



INSTITUTO DE
ESTUDIOS BÍBLICOS
INTERNACIONALES
EN LINEA • ON LINE

ESTUDIO DE JUAN

Adaptado de: La Verdad para Hoy www.biblecourses.com

www.EBlenlinea.com

Tabla de Contenido

1. LA LONGANIMIDAD.....	3
2. “NOSOTROS MISMOS HEMOS OÍDO”	5
3. JUAN 1.1–13 “EL VERBO ERA DIOS”	9
4. JUAN 1.14–18 “AQUEL VERBO FUE HECHO CARNE”	13
5. JUAN 2.1–11 “SE HICIERON UNAS BODAS”	17
6. JUAN 2.12–22 “EL CELO DE TU CASA”	20
7. JUAN 3.1–36 “OS ES NECESARIO NACER DE NUEVO”	24
8. JUAN 4.1–42 “EL AGUA VIVA”	29
9. JUAN 4.16–18 “CÓMO VIVIR EN MEDIO DE LOS SAMARITANOS”	33
10. JUAN 4.46–54 “TU HIJO VIVE”	37
11. JUAN 5.1–18 “¿QUIERES SER SANO?”	41
12. JUAN 5.19–47 “... EL PADRE AMA AL HIJO”	44
13. JUAN 6.1-15 “REY A LA FUERZA”	48
14. JUAN 6.16-69 “COMED ESTE PAN”	52
15. UNA INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO DE JUAN.....	56
16. EL PERDÓN.....	58
17. JUAN 7.1–53 “HUBO ENTONCES DISENSIÓN”	60
18. JUAN 8.1–11 “NI YO TE CONDENO”	64
19. JUAN 8.12–59 “YO SOY”	68
20. JUAN 9.1–5 “PARA QUE LAS OBRAS DE DIOS SE MANIFIESTEN”	71
21. JUAN 9.6–41 “UNA COSA SÉ”	75
22. JUAN 10.1–21 EL BUEN PASTOR.....	79
23. JUAN 10.22–42 “YO Y EL PADRE UNO SOMOS”	83
24. JUAN 11.1–44 “JESÚS LLORÓ”	87
25. JUAN 11.1–44 “YO SOY LA RESURRECCIÓN”	90
26. JUAN 11.1–57 “YO HE CREÍDO”	93
27. JUAN 12.1–8 ¿CÓMO DECIRLE A DIOS “TE AMO”?.....	96
28. JUAN 12.32 LA CRUZ QUE REORIENTA EL CURSO.....	100
29. JUAN 12.9–50 “GLORIFICA TU NOMBRE”	103
30. JUAN 13.1–17 JESÚS LES LAVÓ LOS PIES.....	107
31. VEINTE VERSÍCULOS PARA APRENDER DE MEMORIA DEL EVANGELIO DE JUAN.....	112
32. BENIGNIDAD.....	113
33. JUAN 15.1–16.4 “YO SOY LA VID”	115
34. JUAN 16.1–33 “... QUE EN MÍ TENGÁIS PAZ”	119
35. JUAN 17.1–26 “PADRE, LA HORA HA LLEGADO”	123
36. JUAN 18.1—19.16 “YO NO HALLO EN ÉL NINGÚN DELITO”	126
37. JUAN 19.1–42 “LE CRUCIFICARON”	131
38. JUAN 20.1–31 “¡HE VISTO AL SEÑOR!”	134
39. JUAN 21.1–25 “¿Me amas?”	138
40. LA IGLESIA DE CRISTO DURANTE EL SIGLO PRIMERO	142
41. LA IGLESIA DE CRISTO A TRAVÉS DE LOS AÑOS	146
42. LA IGLESIA DE CRISTO DE HOY DÍA, 1.....	150
43. LA IGLESIA DE CRISTO DE HOY DÍA, 2	153
44. PREGUNTAS ACERCA DE LA IGLESIA DE CRISTO	157
45. PRECIOSA BIBLIA, EL LIBRO DIVINO	161

La longanimidad

León Barnes

Una de las maravillas de la naturaleza de Dios es su longanimidad hacia la humanidad. Su longanimidad, o paciencia, explica por qué el Señor no ha venido todavía por segunda vez. Esto es lo que leemos: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3.9). Pedro también dijo que fue por su longanimidad que Dios esperó en los días de Noé, mientras se preparaba el arca (1 Pedro 3.20). Pablo declaró que la benignidad y longanimidad de Dios guían a los hombres al arrepentimiento (Romanos 2.4). Ser longánimo significa tomar la naturaleza de Dios. Es ser como el Padre. No es de extrañar que el fruto del Espíritu incluya la actitud de la longanimidad (Gálatas 5.22; KJV).

El significado de la palabra “longanimidad” es “larga tardanza para enojarse; paciencia, resistencia, comprensión”. En el Nuevo Testamento se traduce la mayoría de las veces por “paciente” o “paciencia”.

NACE DEL AMOR

Cuando Pablo escribió el gran capítulo sobre el amor, 1 Corintios 13, él comenzó explicando que sin amor, de nada sirve todo lo demás (vv. 1–3). De entre las características que el amor produce en nuestras vidas, el sufrimiento es la primera que se menciona: “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece” (v. 4). Piense por un momento cuánto más fácil es ser paciente y longánimo con las personas que usted ama. ¡El amor cambia nuestras perspectivas!

Cuanto más amemos a los demás, más fácil será para nosotros el desarrollar una actitud de longanimidad hacia ellos. Tal vez ésta sea la razón, por la cual las Escrituras nos hablen tan a menudo acerca de amar a los hermanos. Jesús dijo que el mundo nos identificaría como cristianos por el amor que nos tengamos unos a otros (Juan 13.34–35). Hemos de procurar que “permanezca el amor fraternal” (Hebreos 13.1). Pedro nos mandó que amemos “a los hermanos” (1 Pedro 2.17b). Si el amor ha de sufrir largamente, entonces el amar a nuestros hermanos significa que debemos tener actitudes de longanimidad los unos para con los

otros. No debemos enojarnos fácilmente los unos con los otros.

PRODUCE UNIDAD

La unidad es vital en la iglesia. Jesús oró por nuestra unidad en Juan 17. Él oró por que nosotros fuéramos uno, así como Él y el Padre son uno, para que el mundo crea que Dios le envió (vv. 20–21). ¿Cómo hace una iglesia para tener unidad? Es obvio que no vemos todas las cosas del mismo modo. Mientras las personas tengan sus propios criterios, ellas llegarán a diferentes conclusiones —incluso los que tiernamente aman a Dios y a su palabra. ¿Cómo, entonces, tendremos unidad? Pablo le dio respuesta a esta pregunta en Efesios 4.1–3:

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz;...

Parte del andar digno del cristiano es el tener la suficiente humildad y mansedumbre para soportar con paciencia a los demás.

Antes de mencionar los siete “unos”, sobre los cuales la unidad se construye, Pablo habló acerca del espíritu que debemos tener antes de obtener tal unidad. El acuerdo en las doctrinas fundamentales del cristianismo es vital, pero el tener la doctrina correcta jamás producirá unidad, si nuestros corazones o actitudes no son correctos. Del mismo modo que necesitamos que otros sean pacientes y longánimos con nosotros por nuestras fallas, también necesitamos ser pacientes y longánimos con otros que están tratando de hacer lo correcto.

ESTIMULA EL PERDONAR

El espíritu de longanimidad produce una actitud perdonadora. En Colosenses 3.12–13, Pablo escribió:

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros.

¿Cuán dispuesto está Dios a perdonarnos? ¡Lo está completamente! “Si confesamos nuestros

pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1.9). El Señor no se muestra reacio a perdonarnos, lo que muestra, más bien, es una abundante disposición a hacerlo. Cuando Jesús anduvo sobre los polvorientos caminos de Palestina, él ilustró cuán deseoso está Dios de perdonar. Cuando las personas venían a él para ser sanadas, Jesús a menudo les decía: “Tus pecados te son perdonados”, aun cuando tales personas no le habían pedido el perdón.

Imagínese lo que sucedería en nuestras vidas y en la iglesia entera, si siempre fuéramos pacientes y considerados con las opiniones y sentimientos de los demás. Rápida y fácilmente perdonaríamos las ofensas. Pasaríamos por alto las diferencias en cuestiones que no acarrearán consecuencias para la eternidad. ¡La paz que prevalecería sería un gozo digno de contemplar!

LLEVA A LA RESISTENCIA

El Nuevo Testamento también habla acerca de la longanimidad o paciencia en el servicio a Dios. Como cristianos que somos, debemos descartar la idea de rendirnos, no importa cuán difíciles puedan ser las tribulaciones que surgen cuando servimos. Esto es lo que Santiago 5.10–11, dice:

Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo.

Job se yergue como el ejemplo de la paciencia. ¿Por qué? ¿Será porque tomó todas las cosas con calma? ¡No! Él no podía entender por qué le había sobrevenido el mal. Él creía que no era justo lo que le sucedía, y le pidió explicaciones al Señor de los problemas que tenía. La paciencia o resistencia de Job, se dieron en el hecho de que él en ningún momento se apartó del Señor, por más difícil que su vida llegó a ser.

Cuando Pablo describió su propia vida en 2 Corintios 4.8–10, esto fue lo que dijo: “... estamos atribulados en todo, más no angustiados; en apuros, mas no desesperados; derribados, pero no destruidos;...”. De la vida cristiana de Pablo se puede decir cualquier cosa excepto que fue cómoda; sin embargo, cuando el final llegó, él pudo decir:

He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Timoteo 4.7–8).

Abundan las razones para que la gente deje de servirle al Señor. La vida cristiana no es para los pusilánimes. Es para los que están dispuestos a sufrir largamente por el Señor y jamás, jamás rendirse.

Padre lleno de gracia, que estás en los cielos, con humildad te damos gracias por tu longanimidad para con nosotros. Reconocemos que te hemos fallado muchas veces, pero tú permaneciste fiel a nosotros. Ayúdanos, Señor, a ser fuertes y resistir. Que podamos mostrarle al mundo la misma clase de paciencia y longanimidad que tú nos has mostrado a nosotros. A través de Jesús oramos. Amén.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“Nosotros mismos hemos oído”

Stephen Covey anima a sus lectores, en su libro intitulado *Los 7 hábitos de la gente altamente eficaz*, a “tener idea al comienzo, de lo que al final será”. Esta idea es tan sencilla y a la vez tan profunda. Esto fue lo que Covey escribió:

Es increíble cuán fácilmente cae uno en la trampa de estar activo, de estar ocupado en los afanes de la vida, de trabajar cada vez con más ahínco, para poder subir por la escalera del éxito, tan sólo para darse cuenta después, de que la recostó contra la pared que no debía.¹

Con las siguientes palabras, continuó:

Podremos estar muy ocupados, ser altamente eficientes, sin embargo, no seremos verdaderamente eficaces, sino hasta que tengamos idea al comienzo, de lo que el final será.²

Covey hace que el lector capte el sentido de lo que está diciendo cuando le pide a éste que se imagine su propio funeral. (En tiempos más recientes, él ha cambiado este ejemplo por el de una cena de reconocimiento, con el fin de que ¡la escena no sea tan deprimente!) Imagínese que usted está sentado en medio de los invitados a su propio funeral en el momento que cuatro personas pasan al frente, una tras otra, a decir unas palabras. La primera es un familiar cercano. La segunda es uno de sus amigos. La tercera es un compañero de trabajo, y la última es un miembro de la iglesia donde usted se reúne. ¿Qué esperarías que pudieran decir ellos acerca de usted? Covey sugirió

¹ Stephen Covey, *7 Habits of Highly Effective People (Los 7 hábitos de la gente altamente eficaz)* (New York: Simon & Schuster, 1989), 98.

² *Ibid.*

que lo que nosotros quisiéramos que esas personas dijeran, sobre nosotros, debería convertirse en los principios orientadores de nuestro vivir. ¡Al imaginarnos el final de nuestras vidas, podremos estar mejor preparados para vivir hoy día!

Ahora que damos comienzo a nuestro estudio del evangelio de Juan, queremos hacer lo mismo: tener idea al comienzo, de lo que el final será. Afortunadamente, el enfoque y el objetivo de este evangelio están claramente expresados, y Juan 4.39–42, nos pinta un cuadro del rumbo por el cual nos lleva este estudio.

JESÚS Y LA MUJER SAMARITANA

En Juan 4, se narra que Jesús y sus discípulos habían salido de Judea, la cual se encontraba en el sur de Israel, y se dirigían hacia Galilea, al norte. Samaria estaba situada en medio de estas dos regiones. Los judíos, además de menospreciar a la gente de Samaria, miraban a ésta con recelo; por esta razón, a menudo había judíos que tenían el cuidado de hacer todo lo que estuviera al alcance de ellos, con el fin de evitar pasar por aquella región. Jesús y sus discípulos, por el contrario, hicieron el viaje atravesando Samaria. Ya estaban cansados y hambrientos para cuando llegaron al muy conocido pozo de Jacob. Jesús se sentó a descansar mientras los discípulos iban a la vecina ciudad de Sicar a comprar alimentos. Cuando se encontraba allí a solas, una mujer vino a sacar agua del pozo. Fue durante la conversación que siguió, entre Jesús y esta mujer, que ¡en Samaria dio comienzo el camino de la fe!

La mujer samaritana se empezó a dar cuenta de que Jesús era una persona extraordinaria, cuando

la conversación trató sobre la vida personal de ella. Esto fue lo que él le dijo: “Ve, llama a tu marido, y ven acá” (4.16). La mujer le dijo que ella no tenía marido. Jesús le respondió: “Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad” (4.17–18). Habiendo oído lo anterior, esto fue lo que la mujer declaró: “Señor, me parece que tú eres profeta” (4.19).

Jesús y la mujer continuaron su conversación, tratando temas tales como la adoración, la venida del Mesías, y el problema entre judíos y samaritanos. Cuando los discípulos de Jesús regresaron, la mujer se fue corriendo a la ciudad (dejando su cántaro junto al pozo!), a decirle a la gente acerca de su encuentro con Jesús. Esto fue lo que les dijo: “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” (4.29). Esta fue la manera como ella inició a otros en el camino de la fe.

JESÚS Y LOS SAMARITANOS

Cuando los hombres de Sicar llegaron al pozo de Jacob, ya ellos tenían cierta medida de fe en Jesús, por lo que la mujer les había dicho (4.39). En consecuencia, “le rogaron que se quedase con ellos”. (Note la persistente y continua acción del verbo “rogar”). Jesús estuvo de acuerdo y se quedó allí dos días más. El resultado fue que “creyeron muchos más por la palabra de él” (4.41). Este episodio termina con unas palabras que los hombres samaritanos le dijeron a la mujer, que al comienzo les habló acerca de Jesús. Estas palabras nos sirven de mapa para orientarnos en el camino de la fe: “Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo” (4.42). ¡Al principio “creyeron en él por la palabra de la mujer” (4.39), pero después creyeron “por la palabra de él” (4.41)! ¡Lo que al comienzo se consideraba fe de segunda mano, llegó a madurar a causa de una experiencia personal con éste que llamaban Jesús!

JESÚS Y NOSOTROS

Casi todos nosotros damos nuestros primeros pasos en el camino de la fe, andando a cuestas sobre la fe de alguien que es más fuerte y está más seguro que nosotros en tales momentos. Para muchos de nosotros, ésta puede ser la fe de nuestros padres. Vemos la confianza y dedicación de éstos y, por respeto a ellos, concluimos que lo que ellos creen debe ser verdad. Para otros, puede ser la fe de un amigo. En momentos cuando estamos llenos

de dudas, nos aferramos a la valentía y seguridad de nuestros amigos. Para aún otros, su fe puede haberse construido sobre la vida y palabras de un predicador respetado, un maestro especial, o un querido ministro de jóvenes.

¡La fe que da comienzo a su camino andando a cuestas sobre la fe de otros *no* está del todo mal! Es algo natural y normal —algo que los padres, especialmente, deben esperar y por lo cual deben orar. El único problema con esta clase de fe, surge cuando no logra crecer ni madurar para convertirse en algo más profundo y más fuerte. Eventualmente, la fe que se construye sobre la fe de otros, llega a ser insuficiente e incapaz de sobrellevar las demandas de la vida adulta.

Vista de esta manera, la fe es algo así como un columpio para niños. Cuando mis dos hijas estaban pequeñas, a ambas les gustaba que las mecieran en un columpio para niños. Ellas se mecían alegremente mientras su madre cocinaba en la cocina o yo estudiaba sentado a mi escritorio. El columpio era de una solidez tal que respondía a las necesidades de ellas a tal edad. Las mantenía a salvo, seguras, cómodas y felices. El problema es que ahora mis hijas tienen edades de once y trece años. Si ellas trataran de sentarse en su antiguo columpio hoy día, ¡la experiencia sería diferente! No cabrían, y es probable que toda la estructura se viniera abajo. ¿Significa esto que el columpio no sirve? ¡Por supuesto que no! Sucede simplemente que ellas son más grandes y ahora requieren de algo más sólido que pueda soportar su peso.

La fe es similar. Al principio, la fe que ha sido construida sobre la fe de otros, es suficiente para sobrellevar el peso de todas las situaciones que la vida nos presenta en tal etapa. No obstante, pasada esta etapa, llega cierto momento cuando necesitamos tener algo de mayor solidez, algo que nos lleve por el resto de la vida. En tales momentos, lo que necesitamos es una fe que haya sido construida sobre nuestro propio encuentro con Jesús, y sobre nuestra propia convicción de la capacidad de éste. Mi puesto como predicador de una iglesia que ministra a jóvenes de una universidad, me sitúa en la posición de tratar con muchos de éstos, y puedo comprobar que ellos enfrentan fuertes tentaciones morales. No es fácil ser recto ni conservarse puro y sobrio en un mundo como el de hoy día. Los estudiantes que sólo cuentan con la fe de segunda mano de sus padres, para enfrentar tales tentaciones, se ven en graves problemas. El hecho de que ahora enfrentan dificultades propias de los adultos exige que su fe en Jesús sea mucho más madura.

Aún después de superada la difícil etapa de la adolescencia, siempre habrá que vérselas con decisiones difíciles. Posteriormente, la mayoría se verá en situaciones difíciles, las cuales tendrán que ver con el matrimonio. Es poco el estímulo que la sociedad actual les brinda a las parejas a permanecer unidas en matrimonio, pues vivimos en un mundo en el que la frase: “hasta que la muerte nos separe”, ha llegado a significar: “hasta que nos empiece a ir mal”. En los momentos difíciles, una fe de segunda mano será insuficiente para conservar unido un matrimonio. La iglesia enfrenta una situación semejante. Hasta en las epístolas del Nuevo Testamento hallamos frecuentes indicaciones de que todas las iglesias tienen problemas. Puede llegar un momento cuando algunas personas dentro de la iglesia nos decepcionen, y que, por tal razón, simplemente queramos abandonarlo todo. Una fe de segunda mano no podrá sustentarnos en una situación difícil por el tiempo que sea necesario para resolver un problema así.

La importancia de una fe personal madura también se palpa, cuando enfrentamos los fracasos. Este año espero asistir a la reunión del vigésimo aniversario de graduados de mi clase de escuela secundaria. Cuando tuvimos la reunión del décimo aniversario, parecía que todos habíamos tenido grandes fracasos durante los primeros diez años fuera de la secundaria. El fracaso es parte inevitable de nuestras vidas, y la forma como le hacemos frente influye enormemente en lo que después llegamos a ser. Una fe de segunda mano nos es de poca ayuda para hacerle frente a nuestros fracasos.

Una fe heredada funciona por un tiempo. Ella cumple un importante papel mientras buscamos, aprendemos y crecemos. ¡Cuando tengamos que hacerle frente al mundo de los adultos, y cuando las tempestades de la vida comiencen a azotar, es mejor que hayamos descubierto dónde estamos parados y por qué estamos allí!

EL EVANGELIO SEGÚN JUAN Y USTED

El evangelio según Juan fue escrito para llenar la necesidad, que todos tenemos, de contar con una fe más sólida, más valiente y más personal. Casi al final de este evangelio, el escritor expresó el propósito para el cual, el Espíritu hizo que se escribiera:

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (20.30-31).

La fe sobre la cual escribió Juan, tal como

lo veremos en el transcurso de este estudio, abarca mucho más que el aceptar como ciertas las afirmaciones en el sentido de que Jesús es el Hijo de Dios. También incluye el confiar en que él es fiel como para cumplir sus promesas, y el poner la totalidad de nuestras vidas en sus manos, estando convencidos de que él nos mantendrá en pie, y que es capaz de ello. Juan se preocupó, en todo este evangelio, por definir lo que es y lo que no es la fe bíblica, y nos pidió que no le prestáramos atención a imitación alguna. Son noventa y ocho veces las que el libro se refiere a la fe, en su afán por estimularnos a imitar a los samaritanos en la búsqueda de una fe que sea propia. Andar por el camino de la fe, tal como lo veremos pronto, no es fácil ni cómodo. Habrá situaciones angustiantes que enfrentar, y decisiones difíciles que tomar. ¡El viaje por ese camino hace que valga la pena cualquier precio que se pague, pues el resultado será que personalmente se tenga fe en que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, en quien tenemos la vida eterna!

CONCLUSIÓN

Al comienzo de su libro intitolado *Las crónicas de Narnia*, C.S. Lewis cuenta acerca de un grupo de niños que fueron llevados a las afueras de Londres durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, a la relativa seguridad de un hogar de la campaña. Los niños se fueron a vivir a una enorme casa con muchas habitaciones por donde podían andar vagando y explorando. Un día que estaban jugando, una niña llamada Lucy, entró en un enorme armario. Cuando se dirigía al fondo de éste, ella vio que se abría una puerta, la cual llevaba a un bosque. Ella continuó andando, y pronto se halló caminando sobre la nieve. No fue sino hasta más tarde, que ella se dio cuenta de que, al entrar al armario, había entrado en la tierra de Narnia.

El evangelio de Juan es algo similar. Al comienzo parece un libro acerca de Jesús y cierto número de personas que vivieron hace casi dos mil años: Jesús y la mujer junto al pozo, Jesús y el hombre que era ciego de nacimiento, Jesús y los invitados a las bodas de Caná. No obstante, algo maravilloso sucede cuando estamos leyendo y estudiando estos relatos: Entramos en el “armario” y ¡de pronto nos encontramos cara a cara con Jesús! ¡Una vez allí, escuchándolo a él, mirándolo, e interaccionando con él, comenzamos a andar por el camino más emocionante que la humanidad haya andado —el camino de la fe!

Antes de emprender este estudio, le insto a que primero haga un compromiso y luego se fije una meta. El compromiso es el de aventurarse a mirar profundamente en la vida de Jesús, haciéndose

esta incómoda pregunta: “¿Podré confiarle a él mi vida?”. La meta que le insto a fijarse es la de desarrollar una fe que se base más en su propio encuentro con Jesús, que en las palabras que otros le hayan hablado acerca de él. ¡Este compromiso y esta meta son de importancia crucial, tenga usted trece o noventa y tres años, sea usted cristiano o no, lo haya sido durante sesenta años o no! ¿Se unirá usted al resto de nosotros para emprender lo que será el más importante viaje de su vida, el viaje por el camino de la fe? Mientras usted considera esta invitación, piense en las palabras impregnadas de

oración del siguiente cántico:

Abre nuestros ojos, Señor, deseamos ver a Jesús,
Deseamos llegar hasta él y tocarlo, y decirle que le
amamos.
Abre nuestros oídos, Señor, y ayúdanos a escuchar.
Abre nuestros ojos, Señor, deseamos ver a Jesús.³ ■

³“Open Our Eyes, Lord” (“Abre nuestros ojos, Señor”) Bob Cull. Copyright 1976 by Maranatha! Music. (Administered by The Copyright Company, Nashville, Tenn.) All rights reserved. International copyright secured. Used by permission.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“El Verbo era Dios”

(1.1-13)

En la portada de una edición reciente de la U.S. News & World Report, los editores de esta revista se hacían la siguiente pregunta: “¿Quién fue Jesús?”. En sus páginas interiores informaban acerca de algunos debates académicos sobre la personalidad de aquel que llamamos “Señor”:

Durante los últimos dos años, Jesús ha sido representado de varias maneras, a veces como mago y sanador, otras como revolucionario social y religioso, y como un campesino filósofo de ideas radicales. Un autor, incluso, propuso la teoría de que Jesús fue el líder de la comunidad de los Rollos del Mar Muerto, en Qumran; que él había sobrevivido a la crucifixión, y que se había casado dos veces y que había sido el padre de tres hijos.¹

La revista *Newsweek* destacó en su portada un reportaje similar en 1994, el cual trataba sobre “La muerte de Jesús”. Uno de los artículos se basó en las opiniones de un grupo de setenta y siete eruditos liberales conocido como el “Seminario Jesús”. Estas personas se reúnen dos veces al año para deliberar sobre la persona de Jesús, sobre lo que éste fue y lo que en realidad hizo. Una de las más curiosas prácticas de ellos ha sido la de someter a votación la autenticidad de ciertos pasajes específicos de los evangelios. A cada uno de ellos se les da una sarta de cuatro abalorios o cuentas de diferentes colores; cuando llega el momento de dar el voto, ellos simplemente depositan las cuentas del color que corresponda. Las cuentas rojas indican que ellos están de acuerdo en que Jesús en verdad dijo o hizo

lo que el texto dice. Las cuentas rosadas indican que ellos creen que Jesús dijo o hizo algo parecido a lo que el texto describe. Las cuentas grises indican que ellos dudan de que Jesús haya dicho o hecho lo que el texto relata, y las cuentas negras representan la seguridad que tienen, de que Jesús jamás pensó ni hizo nada, tal como el texto lo declara. Las siguientes declaraciones de la mayoría de los integrantes del “Seminario Jesús”, son escandalosas, y en mi opinión, ¡blasfemas!

Este Jesús “histórico” no obró milagros, pero sí tenía cierta capacidad para sanar, tenía el don de ayudarlo a la gente a sentirse aliviada de sus trastornos emocionales mediante la aceptación y el amor. Él se pronunciaba a favor de un reino de Dios en el que imperara en forma absoluta la igualdad —un reino para el cual no había que esperar que llegara un incierto día del Juicio, sino uno que debía instaurarse aquí y ahora. Él quería que la gente experimentara la comunión directa con Dios, sin el estorbo que representaban las jerarquías del templo y del estado. Las autoridades lo ejecutaron de modo casi casual, después de haber causado un disturbio en Jerusalén, durante la Pascua. Jesús continuó viviendo en el corazón de sus seguidores, tanto antiguos como nuevos, pero no resucitó corporalmente de entre los muertos. Después de bajar su cuerpo de la cruz, es probable que lo enterraran en un sepulcro superficial —de modo que pudieron habérselo comido los perros.²

La personalidad de Jesús es tema de debate, no sólo en los círculos de eruditos hoy día, sino también en los hogares, en los cafés y en las esquinas de las

¹ Jeffery L. Sheler, “Who Was Jesus?” (“¿Quién fue Jesús?”), *U.S. News & World Report* (20 December 1993): 62.

² Russell Watson, “A Lesser Child of God” (Hijo de Dios, pero no tanto), *Newsweek* (4 April 94): 53.

calles alrededor de todo el mundo! Hay quienes sostienen que él fue un “buen hombre”. Otros piensan que él fue “un destacado maestro”. Todavía otros argumentan que él fue “el hombre más sabio que jamás vivió”. La mayoría de la gente en todo el mundo tiene algo que decir acerca de quién fue en realidad Jesús de Nazaret.

Y al fin, ¿qué conclusiones hemos de sacar, usted y yo, de toda esta polémica? A pesar de que estoy totalmente en desacuerdo con las opiniones expresadas en los dos semanarios anteriores, y de que me preocupan muchos de los conceptos que mucha gente tiene de Jesús, me fascina el hecho de que casi dos mil años después de que él viviera sobre la tierra, la gente todavía se pregunta acerca de Jesús: “¿Quién fue este hombre?”. ¡Las buenas nuevas para nosotros es que el evangelio según Juan da comienzo con una respuesta definitiva para tal pregunta!

EL VERBO (1.1-5)

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (1.1). Juan no mencionó dato alguno acerca del nacimiento y niñez de Jesús. En lugar de ello, se remontó al “principio”. Para los que están familiarizados con el Antiguo Testamento, estas palabras les suenan como un eco de Génesis 1.1. Para dar a conocer y explicar quién es Jesús, Juan tuvo que remontarse hasta el “principio” mismo. Antes de que el mundo existiera, Jesús existía.

La frase que se usa para dar a conocer a Jesús, es “el Verbo”. Aunque Juan no dice que Jesús es “el Verbo”, sino hasta en los versículos del 14 al 18, en el versículo 1, él utiliza esa frase para describirlo. “El Verbo” es la palabra *logos* en griego, la cual tenía significados diferentes para los lectores judíos y gentiles. Para los judíos, “el Verbo” era el poder activo de Dios, el cual creó el mundo y lo sustenta. Esto es lo que se dice del “Verbo” en Génesis 1 y 2, y en Isaías 55.3, 11. Los judíos recordaban que Dios había dicho: “Sea la luz”, y fue la luz (Génesis 1.3). ¡La palabra de Dios es, en efecto, poderosa!

Cuando los gentiles oían la frase “el Verbo”, ésta les recordaba la forma como los filósofos griegos la habían utilizado. Consideraban que “el Verbo” era una fuerza impersonal que le daba orden y propósito al universo. En las palabras de un comentarista del Nuevo Testamento, es probable que la idea del “Verbo” que tenía la mayoría de la gente, es muy parecida a la idea de la “fisión nuclear”³ que tenemos muchos de nosotros. Puede

³ Leon Morris, *The Gospel According to John (El evangelio según Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1971), 116.

que no seamos capaces de dar una descripción minuciosa de lo que es fisión nuclear, pero la conocemos lo suficiente como para respetarla, temerla, y posiblemente hasta para hablar de ella.

Cuando Juan utilizó la frase “el Verbo” para dar a conocer a Jesús, él estaba haciendo afirmaciones sorprendentes para judíos y para gentiles. Este Jesús, del cual él estaba escribiendo, era una expresión de la voluntad de Dios, el poder creador que dio origen al universo, la energía en la cual subsiste toda la vida. Esto es lo que Colosenses 1.15-17, dice:

El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten;...

Independientemente de la idea que la gente se formara al oír la frase “el Verbo”, ellos sin duda se daban cuenta de que Juan, al dar comienzo a su evangelio de esta manera, estaba haciendo audaces afirmaciones acerca de aquel que estaba describiendo. En una rápida sucesión de frases descriptivas, Juan declaró que “el Verbo estaba con Dios”, que “el Verbo era Dios”, que “todas las cosas por él fueron hechas”, y que “en él estaba la vida” (1.1-4). El propósito de Juan no era tratar de convencer a la gente de que Jesús era un gran maestro, o un hombre sabio; sino ¡declarar que Jesús era divino, que él poseía la naturaleza de Dios!

LA LUZ DE LA VIDA (1.6-8)

Después de las sorprendentes afirmaciones de los primeros cinco versículos, Juan le dedicó los siguientes tres versículos a una polémica sobre Juan el Bautista. Aunque la mayoría de nosotros consideramos a Juan el Bautista un gran profeta, a la altura de Elías o Jeremías, mucha gente del siglo I lo consideró mucho mayor que eso. ¡Algunos incluso lo confundieron con el Cristo! Juan el Bautista era tan estimado y hablaba con tal fuerza que, algunas veces, hasta tuvo que decirlo llanamente: “Yo no soy el Cristo” (1.20).

Esta confusión fue la causa de que el escritor de este evangelio especificara que Juan el Bautista era un importante testigo de Jesús, pero que no debía confundírsele con éste: “[Juan] vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz” (1.7-8). ¡Al decir esto acerca de Juan el Bautista, el escritor estaba

declarando que no había nadie, ni siquiera el gran Juan el Bautista, que se acercara a lo que Jesús era! Solamente Jesús es “el Verbo”.

EL QUE FUE RECHAZADO (1.9–11)

Si Jesús era, en verdad, el Verbo divino, ¿por qué tantos lo rechazaron? Juan abordó frontalmente esta trágica ironía cuando dijo: “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (1.10–11). ¡El Creador del mundo fue rechazado por el mundo que él creó! Juan no permitió que el problemático rechazo del que fue objeto Jesús por parte del mundo, le impidiera a él aferrarse a las afirmaciones que anteriormente hiciera acerca de aquél. Para Juan, el hecho de que Jesús fuera rechazado era más, una señal de la condición del mundo, que de la grandeza de Jesús. ¡Jesús sigue siendo “aquella luz verdadera” (1.9), aunque un mundo en tinieblas le vuelva la espalda a él!

El hecho de que Jesús fuera rechazado por el mundo que él había creado, es como la siguiente parábola acerca del hombre que regresa a casa después de un difícil día en el trabajo:

Está exhausto por los esfuerzos del día, alegre por haber terminado su trabajo, esperando con ansia llegar a casa y estar con su familia. Sus pasos son más rápidos cuanto más cerca está de su casa. Hurga en sus bolsillos buscando su llave, pero no está allí; por alguna razón la extravió. Pero no importa; la familia está en casa. Así que, camina hasta la entrada principal, y llama a la puerta. Pero nada sucede. Nadie le abre. Están allí y saben que él está a la puerta. Alguien corre la cortina de la ventana unos centímetros, y unos ojos que él conoce perfectamente lo miran. Pero lo dejan parado allí.⁴

Es inconcebible que el cabeza de una familia sea ignorado y rechazado de esta manera por parte de aquellos que él ama y sostiene. No obstante, eso fue exactamente lo que sucedió cuando Jesús vino al mundo.

EL SALVADOR DEL HOMBRE (1.12–13)

La dramática introducción de Juan no termina dejando un sabor amargo. Más bien, termina con una nota esperanzadora de salvación. No todos le habían vuelto sus espaldas a Jesús. Había algunos, incluidos los lectores de Juan, que habían escogido seguir al maestro de Nazaret. Esto fue lo que Juan declaró: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser

⁴ Leon Morris, *Expository Reflections on the Gospel of John (Reflexiones expositivas del evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1988), 11.

hechos hijos de Dios” (1.12). Esta fue la razón por la cual se escribió el evangelio de Juan. ¡Habrá algunos que escucharán y llegarán a creer (20.31), y creyendo recibirán vida en el nombre de Jesús!

CONCLUSIÓN

¿Tendrá alguna relevancia todo este discurso sobre el principio, sobre “el Verbo”, en nuestras vidas, el lunes cuando damos comienzo a una nueva semana de trabajo? ¿Desde luego que sí! ¿Tiene toda la relevancia del mundo! Jesús no fue un hombre cualquiera. Él es mucho más que un gran maestro, mucho más que un profeta sabio o un poderoso líder. ¡Él es Dios! Si nosotros escogemos creer en él, pronto descubriremos que nada en este mundo es tan importante como Jesús, y que nada en este mundo importa tanto como el conocer a éste.

Es el Jesús del evangelio de Juan, no el Jesús atenuado de la cultura popular, el que nos invita a venir a él a recibir la salvación. Si él fuera un simple hombre tal invitación sería de poco valor. Aun si verdaderamente fuera un gran hombre, pero no más que esto, tal limitación todavía sería algo que podríamos escoger pasar por alto. En vista de que él es el divino Verbo de Dios, ¿podrá alguno de nosotros tener la audacia de tomar a la ligera su invitación?

Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (1.12–13). ■

Donde el libro da comienzo

El modo como Juan da comienzo a su evangelio es muy significativo. En primer lugar, Juan no fue como los que se introducen en la casa de uno subrepticamente. Todos hemos sido abordados por vendedores que tratan de ocultar lo que verdaderamente se proponen hacer. A menudo, durante la hora de la cena en mi casa, recibimos una llamada telefónica de algún vendedor a distancia que trata de vender algún sistema telefónico, alguna tarjeta de crédito, o algún paquete de vacaciones compartidas. (¡Por lo general puedo adivinar que es un vendedor, en el momento que pronuncia mal mi nombre!). Me asombra la manera como estas personas pueden hablar y no llegar al grano de lo que realmente quieren, que es, tratar de venderme algo. ¡Usted notará que el comienzo del libro de Juan viola todas las reglas del telemercado!

En segundo lugar, Juan no dio comienzo abordando las cuestiones más fáciles para luego

pasar gradualmente a las más difíciles. Cada semana, el diario tiene anuncios en los que se promocionan membresías en clubes tales como el del "libro del mes" o el del "casete del mes". Tratan de atraer nuevos miembros diciéndonos que recibiremos diez libros o casetes gratis con solo inscribirnos. ¡Pero lo que no nos dicen es que es casi imposible cancelar la suscripción una vez que hayamos comenzado! Comienzan con lo fácil (los diez libros o casetes gratis) para comprometernos con lo difícil (un contrato a largo plazo). No fueron estos los métodos que Juan utilizó para dar comienzo a su evangelio.

En tercer lugar, Juan no dio comienzo a su evangelio abordando temas en los que todo el mundo está de acuerdo, para luego tratar aquellos en los que hay mayor desacuerdo. Los políticos

son expertos en decirle a la gente lo que ella quiere oír. Conocen sus audiencias y les dicen cualquier cosa que les agrada y les deleite. Después, cuando tienen que hablar ante una audiencia diferente, alteran su mensaje para complacer a los nuevos oyentes. Tratan de evitar, o por lo menos se demoran en dar, cualquier mención de cuestiones que puedan ser polémicas. ¡Cuando Juan dio comienzo a su evangelio, él exhibió una total ausencia de instinto político!

¡En lugar de todo lo anterior, el evangelio de Juan toma por asalto las aceras de nuestro corazón, golpea la puerta de éste, e inmediatamente nos confronta con el más exigente y potencialmente divisivo mensaje que jamás se haya oído! ¡Debemos prepararnos, pues es estremecedora la declaración con la cual Juan da comienzo! ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“Aquel Verbo fue hecho carne” (1.14-18)

Una paradoja es una figura de pensamiento que consiste en emplear expresiones o frases que aparentemente envuelven contradicción, por ejemplo: pequeño gran hombre, agridulce, muerto en vida.

Esta singular figura es la base del mensaje de Juan 1.14-18. Los primeros trece versículos del evangelio de Juan nos presentan “el Verbo” que era “en el principio”, que “era con Dios”, y que “era Dios”. Aunque audaces, tales afirmaciones acerca de Cristo son fáciles de aceptar para nosotros, pues estamos acostumbrados a escuchar frases que se refieren a la majestuosidad de Dios. La “contradicción” surge con Juan 1.14, donde dice que aquello que es divino fue hecho carne. No sería muy atrevido decir que la paradoja de un Dios de carne es la clave para comenzar a entender quién es Jesús.

FUE HECHO CARNE

“Y aquel Verbo fue hecho carne...” (1.14). Después de presentar a Jesús como el Verbo Divino que era desde el principio, y aquel por quien todas las cosas fueron hechas, Juan 1.14, hace la perturbante declaración en el sentido de que el Verbo fue hecho carne. La palabra “carne” es propia de un lenguaje demasiado abrupto, terrenal, áspero, casi crudo, como para describir a Jesús. Esta es la forma como Juan decía que Jesús llegó a ser completamente humano, no mitad humano y mitad divino. Jesús experimentó la condición de ser humano en toda su plenitud. Nació siendo bebé, creció hasta convertirse en hombre, y conoció el hambre, la sed, el dolor, el instinto sexual, el enojo, y la tristeza. Decir que Jesús fue completamente humano siempre ha parecido rayar en la irreverencia.

Por ejemplo, cuando usted ha mirado un dibujo de la escena del pesebre con María y José y el bebé Jesús, ¿le ha pasado por su mente que los pañales podrían estar sucios? Hasta la sola insinuación podría resultarle ofensiva a usted, sin embargo la palabra “carne” lleva implícito todo lo anterior, y muchísimo más.

Por ejemplo, ¿cree usted que Jesús fue verdaderamente tentado? ¿Tuvo Jesús alguna vez el deseo de hacer lo incorrecto? Piense en ello por algún momento. Esto fue lo que Santiago escribió: “... cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado da a luz la muerte” (Santiago 1.14-15). ¿Fue Jesús alguna vez atraído y seducido “de su propia concupiscencia”? El escritor de Hebreos dice que Jesús, nuestro sumo sacerdote, “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4.15). Sin embargo, la pregunta no ha sido contestada: “¿Tuvo alguna vez el Cristo que no pecó, el deseo de hacer algo malo?”. ¡Creo que la respuesta de las Escrituras es un resonante “SÍ”! Por ejemplo, ¿qué era lo que Jesús deseaba hacer cuando estaba en el huerto de Getsemaní, la noche que fue traicionado? Estas fueron las palabras que en su oración pronunció: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22.42). ¿No revelan estas palabras que el deseo de Jesús era hacer algo diferente de la voluntad del Padre? Podemos estar agradecidos por el hecho de que su deseo de hacer la voluntad del Padre fue mayor, pero no debemos pasar por alto el hecho de que Jesús se hizo “carne”, y de que

él batalló con todas las tentaciones de la carne.

Puede que nos parezca difícil aceptar esto, por las tantas veces que oímos decir de Jesús que él es el “Señor y Maestro”. ¡La idea de verlo ahora como un hombre en todo el sentido de la palabra, puede, entonces, parecernos extraña e incluso blasfema! Recuerdo una ilustración de esta dificultad, sacada de la serie televisiva “Los Walton”, la cual programaban en los años setenta. En uno de los episodios, John Boy Walton, el hijo mayor se había enamorado. Había conocido a una maravillosa damita, la cual le había robado su corazón. Lleno de emoción, y a la vez confundido por toda aquella experiencia, John Boy se dirigió a su padre en búsqueda de orientación. “Papá”, le preguntó, “¿alguna vez has estado enamorado?”. Su padre apartó su mirada del trabajo que hacía y le dijo con una sonrisa en sus labios: “¡Aún lo estoy!”. John Boy, más confundido que nunca, trató de preguntar nuevamente: “Quiero decir, de una chica”. Su padre respondió: “¡Hijo, no me parece que a tu madre le agradaría esa pregunta!”.

Puede que sea difícil para los hijos aceptar que su madre es una mujer, o su padre, un hombre. Para los hijos, los padres siempre han sido sus padres, han sido los que han cuidado de ellos, los han visto como héroes y maestros de ellos. ¡La idea de que alguna vez se enamoraran y pasaran por toda la confusión y aprendizaje que conlleva el relacionarse con el sexo opuesto, es demasiado grande para tener cabida en sus mentes! Del mismo modo, ¡a los cristianos, a menudo, les resulta difícil aceptar la condición humana de Jesús y apreciar el hecho de que el “Verbo fue hecho carne”!

HABITÓ ENTRE NOSOTROS

El lenguaje que Juan utilizó llegó a ser más osado todavía, cuando dijo que aquel Verbo que fue hecho carne, “habitó entre nosotros” (1.14). La palabra “habitó” significa literalmente “hacer tabernáculo”, es decir, “armar tienda”. Conlleva la idea de que alguien se mudó a nuestro vecindario y fijó su residencia entre nosotros. ¡Eso fue lo que Jesús hizo! No fue una corta visita la que hizo. Se mudó, cambió su dirección celestial por una terrenal, y se ensució las manos haciendo el trabajo diario necesario para ganarse la vida. El solo hecho de estar entre nosotros es uno de los más grandes dones que tal vez le pudo haber dado a la raza humana.

La trascendencia del hecho de que Jesús viniera y habitara “entre nosotros”, se ilustra mediante una historia acerca de un monarca persa. El Sha Abbas era un buen rey que amaba a su pueblo. Su

deseo de comprender mejor a su pueblo lo llevaba, a menudo, a disfrazarse de hombre común e ir a lugares públicos. Un día, que visitaba un baño público, atravesó una puerta que lo llevó al sótano y se sentó junto al pobre hombre que mantenía ardiendo los hornos que calentaban los baños. El rey rápidamente trabó amistad con este humilde trabajador, el cual aceptó con agrado su compañía. Sin declararle su verdadera identidad a su nuevo amigo, el rey regresó una y otra vez para reunirse con el encargado de los hornos. Cuando la hora de la comida llegaba, éste compartía sus escasos alimentos con el monarca. Un día, por fin le dio a conocer su verdadera identidad al hombre. Dada su experiencia del pasado, Sha Abbas creyó que el encargado de los hornos le iba a pedir que le hiciera algún regalo o favor especial. En lugar de esto, una vez que el hombre volvió en sí de su sorpresa, su petición al rey no consistió en riquezas ni favores. Simplemente le dijo:

Dejaste tu palacio y tu gloria, para sentarte junto a mí en este oscuro lugar, para comer mi ordinario alimento, para enterarte de si mi corazón estaba contento o triste. A otros, tal vez los colmes de ricos presentes, pero en mi caso, te diste tú mismo, y sólo me queda orar que jamás retires el regalo de tu amistad.¹

VIMOS SU GLORIA

¡Jesús no sólo encarnó para vivir entre nosotros, también permitió que lo viéramos y que observáramos su vida! Juan lo expresó así en 1.14, cuando dijo: “... (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. La palabra “gloria” es una de esas palabras de las Escrituras, que encierran un rico significado. Los siguientes pasajes son dos ejemplos de cómo la palabra “gloria” se usa en el Antiguo Testamento. El primero es del tiempo cuando Israel vagó por el desierto:

Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba (Éxodo 40.34–35).

El segundo pasaje es del tiempo cuando fue construido y dedicado el templo de Salomón:

Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por

¹ Michael P. Green, *Illustrations for Biblical Preaching (Ilustraciones para la predicación bíblica)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1982), 48–49.

causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová (1 Reyes 8.10-11).

Los dos pasajes anteriores demuestran que la palabra “gloria” es una manera de referirse a la “presencia de Dios”. Cuando se dice que la gloria de Dios estuvo en algún lugar, ello equivale a decir que Dios estuvo allí. C.H. Dodd describió la palabra “gloria” como “la manifestación de lo que Dios es, de su naturaleza y presencia, de un modo que sea asequible a la experiencia humana...”.² Por lo tanto, lo que Juan estaba diciendo era que, en aquel ser humano llamado Jesús, ¡la raza humana podía ser testigo de la presencia de Dios! Juan escribió estas verdades al comienzo de un evangelio, en el cual él se proponía contar acerca de la vida de Jesús. Esencialmente, lo que estaba diciendo era esto: “Obsérvenlo con atención, pues lo que ustedes verán es más que un buen hombre tratando con la gente; ¡lo que verán es la gloria de Dios!”. Todo lo que Jesús dijo e hizo estando sobre la tierra demostró la gloria de Dios. En Jesús, hasta la “carne” llegó a irradiar “gloria”.

Un autor de comentarios de la Biblia hizo una pregunta, la cual pienso que nos ayuda a entender aún más la gloria de la cual habla el evangelio de Juan.³ Él preguntaba por qué el relato de la transfiguración no aparece en el evangelio de Juan, a pesar de que aparece en los otros tres,⁴ y de que Juan fue un testigo presencial de tal evento. El hecho de que “resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” parecería haber sido la ilustración perfecta del significado de la gloria (Mateo 17.2). ¿Por qué, entonces, en este evangelio que habla de la gloria más que todos los demás, no incluyó Juan un relato de la Transfiguración? Tal vez sea porque Juan estaba centrándose en la verdad de que toda la vida de Jesús en la carne, reveló la gloria de Dios. Si Juan hubiera escrito sobre la transfiguración, otros momentos podrían haber sido pasados por alto. Los lectores de Juan podrían haber dicho de la transfiguración: “He allí la gloria, la cual dijo Juan que veríamos”, pasando por alto la gloria de Dios en las demás cosas que Jesús dijo e hizo. ¡En este evangelio, la gloria de Dios se aprecia más vívidamente en el Jesús encarnado, cuando éste habitó entre nosotros!

² C.H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel (La interpretación del cuarto evangelio)* (Cambridge: Cambridge University Press, 1958), 206.

³ Leon Morris, *Expository Reflections on the Gospel of John (Reflexiones expositivas sobre el evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1988), 17.

⁴ Mateo 17.1-8; Marcos 9.2-8; Lucas 9.28-36.

ÉL DIO A CONOCER A DIOS

Juan añadió a las afirmaciones del versículo 14, otras declaraciones acerca de Jesús. Él escribió que Juan el Bautista había proclamado públicamente lo siguiente: “...Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo” (1.15). Juan añadió que aunque la ley de Dios fue dada a través de Moisés, y aunque ella fue maravillosa, no fue sino a través de Jesús, que la gracia y la verdad se cumplieron. Es abundante la gracia que se palpa en el Antiguo Testamento, y no hay duda de la veracidad de la ley. ¡No obstante, aquello a lo cual la ley le daba comienzo o hacia lo cual ella señalaba, se cumplía y se completaba ahora en Jesús! Si comparamos la ley con un radio a transistores, lleno de interferencia, entonces podemos decir que Jesús es el reproductor de discos compactos de Dios, el cual reproduce la música de Dios sin interferencia alguna. Si comparamos la ley con un cuadro dibujado con carboncillo en el cielo de una oscura cueva, entonces podremos decir que ¡Jesús es el mensaje por televisión digital, de Dios, el cual es dado con una señal clara, con abundante luz, y sin distorsión alguna!

Juan concluyó este pasaje diciendo que nadie, jamás, ha visto a Dios. En el Antiguo Testamento, leemos acerca de personas que creyeron haber visto a Dios, y se llenaron de terror, pues temían que cualquiera que veía a Dios, moría. Juan señaló que aunque estas personas habían visto mensajeros (o ángeles) de Dios, ellos en realidad no habían visto a Dios. Por esta razón, es más impresionante descubrir que aquél que era en el principio, el que es Dios, “el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre” (1.18), ¡vino a darnos a conocer a Dios, a través de la vida de Jesús de Nazaret! Ninguno jamás tuvo las credenciales necesarias para explicarnos a Dios, del modo que él lo hizo.

CONCLUSIÓN

Entramos al evangelio de Juan sabiendo que hemos de estar atentos a la gloria de Dios. En la medida que observemos a Jesús, éste le dará un nuevo significado a la palabra “gloria” al revelar la “gloria” en la “carne”. Así, cuando se ve el modo como Jesús le introdujo “gloria” a la experiencia de todos los días y a los encuentros con las personas, comenzamos a ver la manera como la “gloria” puede ser mostrada, por gente ordinaria, en circunstancias ordinarias y en lugares ordinarios. Como estamos en la era del entretenimiento, nos sentimos tentados a pensar que la gloria es real solamente en las más tremendas experiencias de

adoración, en los retiros espirituales de mayor inspiración o en la predicación de mayor dinamismo, Juan nos recuerda que Jesús exhibió "gloria" en todo lo que él hizo.

La paradoja divina del Dios hecho carne puede ser fuente de confusión, pero es crucial para nuestro

entendimiento de Jesús. El Verbo que fue hecho carne vino a salvarnos y a revelarnos la gloria de Dios a nosotros. Cuando avancemos en el estudio del evangelio de Juan, nos daremos cuenta de que estamos mirando algo más que a un hombre; ¡estamos contemplando la gloria de Dios! ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“Se hicieron unas bodas” (2.1-11)

Padre, que todos experimentemos tu gloria cuando contemplemos la gloria de Jesucristo, tu Hijo, en este texto. En su glorioso nombre oramos. Amén.

Es cierto que las costumbres varían de acuerdo con el tiempo y el lugar, pero en el caso de las bodas, hay un ingrediente que ha sido el mismo y es que siempre se siente cierta presión por causa de ellas. Por alguna razón, ellas parecen poner a las personas con las mejores intenciones, en posiciones incómodas. El texto bajo estudio, Juan 2.1-11, habla de cuando Jesús asistió a una boda donde él también experimentó la tensión. Cuando miramos lo que él hizo durante este evento, ello nos dice mucho acerca de lo que verdaderamente es el Hijo del Hombre (1.51).

JESÚS ASISTIÓ A UNAS BODAS (2.1-2)

La madre de Jesús fue invitada a unas bodas. Jesús y sus discípulos también asistieron, lo cual hicieron ya sea porque los invitaron a ellos también, o por la invitación que recibió María. Las bodas se llevaron a cabo en Caná de Galilea, una aldea de la cual no hay una ubicación precisa. Jerónimo (345-420 d.C.), el gran traductor bíblico, afirmaba que las luces de Caná se podían ver desde Nazaret por las noches, lo cual indica que estaba cerca del hogar en el que Jesús vivió durante su niñez.

Aunque es bastante lo que se sabe acerca del matrimonio judío durante el siglo I, es poco lo que se sabe acerca de las particularidades de las bodas de ellos. Creemos que el evento de las bodas daba comienzo sin la presencia de la novia, en la casa del novio. Los amigos y familiares de éste se reunían para formar una alegre multitud, y luego

caminaban juntos por entre la ciudad, tomando, a menudo, una ruta larga y sinuosa, hasta la casa de la novia. Allí, la ceremonia matrimonial en sí, tenía lugar. Después de un tiempo de celebración en el hogar de la novia, los recién casados y la multitud entera hacía otra procesión por las calles de la ciudad. Esta vez se dirigían al hogar del novio, donde el festejo se prolongaba hasta por una semana. Es probable que todo esto fuera parte de las bodas en las cuales Jesús se encontraba en Juan 2.

Jesús era un participante completo en esta celebración. Era un tiempo de alegría, de gozo y de risas. ¡No ignore el hecho de que Jesús escogió asistir a las bodas! ¿Puede usted imaginárselo allí? ¿Puede usted imaginárselo sonriendo tranquilamente cuando hablaba con los demás invitados? Vayamos al grano, ¿puede usted imaginarse a Jesús pasando un buen rato? ¿Siente alegría el Jesús que usted se imagina? ¿Se sentiría él cómodo en una celebración de bodas? ¡No hay duda de que el Jesús de este texto sí se sentía así! C.H. Spurgeon, el famoso predicador inglés del siglo diecinueve, habló del gozo piadoso:

Yo les recomiendo estar alegres a todos los que se dedican a ganar almas; no que estén graves ni enojados, sino que tengan un espíritu afable y feliz. Son más las moscas que se atrapan con la miel que con el vinagre, y serán más las almas llevadas al cielo por el hombre cuyo rostro del cielo está revestido, que las almas llevadas por aquel cuyas miradas hacen recordar del Tártaro.¹

¹ C.H. Spurgeon, *Lectures to My Students (Conferencias para mis estudiantes)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1970), 170.

William Barclay hizo el siguiente comentario: “Jesús jamás consideró que fuera un crimen ser feliz. ¿Por qué deberían sus seguidores considerarlo así?”²

A mi parecer, Juan quiso que nosotros echáramos una mirada por esta ventana del banquete de las bodas y observáramos a Jesús pasándola bien. Era mucho lo que él tenía que hacer, el mal estaba presente en el mundo, y había una cruz que le aguardaba más adelante. Todos estos pensamientos podían haber hecho que Jesús constantemente se pusiera austero y se sintiera agobiado; pero el Hijo del Hombre se tomó el tiempo necesario para disfrutar de un banquete, conversar con los amigos, honrar con su presencia a una novia y a un novio, y ser parte de la celebración de las bodas de Caná. Cualquier idea en el sentido de que Jesús no le da cabida al gozo es incompleta.

JESÚS TUVO QUE VÉRSELAS CON SU FAMILIA (2.3–5)

En cierto momento de la celebración comenzó a faltar el vino (2.3). Aparentemente, la madre de Jesús se sintió en la obligación de hacer algo por remediar esta embarazosa situación, así que le pidió a su hijo que hiciera algo al respecto. Ella no dijo lo que ella quería que Jesús hiciera; simplemente le dijo: “No tienen vino” (2.3). La respuesta que Jesús le dio fue: “¿Qué tienes conmigo mujer? Aún no ha venido mi hora” (2.4). La traducción literal del griego al español de esta expresión es: “¿Y qué tenemos que ver usted y yo?”. Puede que nos moleste la aspereza de las palabras de Jesús. Nos parece más humano de lo que podemos aceptar. Aunque no me parece que estaba siendo cruel o irrespetuoso con su madre, sí me parece que Jesús estaba expresando su frustración, por la insistencia de María en verlo a él interviniendo en una situación, que podía complicar su verdadera misión.

Es de gran importancia que veamos a Jesús teniendo que vérselas con la tira y encoge que conlleva el pertenecer a una familia humana. Como parte del hecho de que él se hizo “carne”, está el experimentar la vida como hijo y como hermano. Más adelante, en el capítulo 7, vemos incluso rivalidad entre hermanos, pues los hermanos de Jesús respondieron a la creciente fama de éste con celos y hostilidad. El mirar a Jesús resolviendo un problema con su madre, y escuchando las palabras llenas de malas actitudes de sus hermanos, nos permite obtener un cuadro mucho mejor de él, que

² William Barclay, *The Gospel of John (El evangelio de Juan)*, vol. 1, The Daily Study Bible Series, rev. ed. (Philadelphia: Westminster Press), 85.

el que hubiésemos obtenido en otras circunstancias.

La familia es importantísima, lo es para Jesús, así como para nosotros. Al mismo tiempo, la familia complica nuestras vidas. Las relaciones familiares son enredadas, a menudo nos confrontan con situaciones que no escogimos. Dentro de nuestras familias experimentamos los más grandes gozos y las más profundas penas. Las relaciones son intensamente íntimas, cambian constantemente, y a menudo nos confunden. Damos comienzo a la vida viendo a nuestros padres como criaturas semejantes a Dios, que saben todas las cosas, y pasamos a una edad cuando dudamos de sepan algo, tan sólo para después volver a impresionarnos con la sabiduría de ellos. ¡La mayoría de nuestras vidas nos la pasamos entre una generación mayor y otra menor, y nos preguntamos cuánto dominio deberíamos ejercer sobre ésta y a la vez debatimos sobre cuánto dominio deberíamos permitirle a aquélla ejercer sobre nosotros!

Cuando Jesús estaba en las bodas, él fue jalado en diferentes direcciones por las confusas corrientes de una familia. Lo vemos situado entre el amor y la honra debidos a su madre, por un lado, y su dedicación al deber por el otro. El suyo era el terriblemente incómodo conflicto entre “lo bueno” y “lo mejor”. Se vio forzado a buscar un equilibrio entre los deseos de su madre y la voluntad de su Padre. Aunque jamás tenemos una oportunidad de ver a Jesús como esposo o como padre, sí lo vemos como hijo adulto, viéndoselas con una situación complicada, creada en parte por el hecho de pertenecer a una familia. ¡Esto debe hacernos sentir agradecidos a todos los que vivimos dentro de una familia!

JESÚS MANIFESTÓ LA GLORIA DE DIOS (2.6–11)

Después de que le dijo a su madre que todavía no había venido su hora de darse a conocer públicamente como obrador de milagros, Jesús se volvió a los siervos y les dio instrucciones en el sentido de llenar de agua seis tinajas de piedra que estaban cerca. Ellos hicieron tal como se les dijo y llenaron las tinajas hasta arriba. Luego les dijo a los siervos que sacaran un poco de agua, y que la llevaran al maestresala. Nuevamente, ellos obedecieron. Cuando el maestresala probó el agua, halló que ésta se había convertido en vino. De hecho, ¡se había convertido en el mejor vino de todo el banquete de bodas! Incluso llamó al esposo y le preguntó por su curiosa estrategia de reservar el mejor vino para el final.

Juan concluyó este episodio escribiendo lo

siguiente: “Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él” (2.11). La palabra “señal” era muy importante para Juan. Son siete señales mayores las que están anotadas en los capítulos del 2 al 12. Esta palabra es la que se usa para referirse a las poderosas obras, o milagros, que Jesús hizo. No obstante, una señal es mucho más que un milagro; se trata de un milagro que hace que la gente vuelva su mirada a la fuente de éste —que es Dios obrando a través de su Hijo, Jesús. Cuando Jesús obró la señal de convertir el agua en vino, él “manifestó su gloria” (2.11), demostrando así, que Dios, en efecto, estaba con él. La respuesta correcta a la experiencia de presenciar una señal, es exactamente la que los discípulos de Jesús dieron: Creyeron. Las dos palabras claves, “señales” y “creer”, aparecen juntas en las palabras que Juan utiliza para expresar el propósito de este evangelio:

Hizo además Jesús muchas otras *señales* en presencia de sus discípulos, las cuales no están

escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que *creáis* que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (20.30–31; énfasis nuestro).

CONCLUSIÓN

Este intrigante incidente nos deja con una obvia invitación a creer. La señal demostró que él era quien afirmaba ser. También demostró que Jesús tenía el poder de cambiar situaciones. En este relato el agua se convirtió en vino; más adelante, los que estaban perdidos en tinieblas, fueron convertidos en hijos de Dios portadores de la luz. No obstante, recuerde que este texto debe quedar en su contexto, dentro de la totalidad del evangelio de Juan. Esta no es sino, la primera —y tal vez, la menor— de las señales que Jesús obró. Más adelante veremos mayores señales invitando a tener una mayor fe. A estas alturas es suficiente preguntar: “¿Vio usted la señal? ¿Qué piensa usted acerca de Jesús? ¿Está usted creciendo en la fe? ¿Se mantendrá usted buscando, escuchando, observando y siguiendo?”. ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

**“*El cielo de tu casa...*”
(2.12-22)**

Las noticias trágicas nos causan un profundo malestar y afectan varios aspectos de nuestras vidas. Nos causa gran conmoción el oír que celebridades favoritas, o respetados líderes, hayan sido inesperadamente acusados de consumo de drogas, de hacer negocios carentes de ética, de conductas inmorales o de violencia doméstica. Cuando así sucede, nos comenzamos a preguntar si realmente conocemos a las personas: a nuestros cónyuges, a nuestros hijos, a nuestros hermanos y hermanas e, incluso, ¡a nosotros mismos! Por esta razón, es importante que experimentemos diferentes situaciones con las personas que anhelamos conocer bien. En el caso mío, que trabajo con muchos estudiantes universitarios que salen en parejas, a menudo les recuerdo a éstos la importancia de que tengan suficientes citas como para poder observar el comportamiento del futuro esposo o esposa, en una amplia variedad de situaciones vivenciales. Es necesario que el joven y la joven observen cómo es el comportamiento del uno y del otro cuando las cosas marchan bien y cuando las cosas marchan mal. Necesitan observarse cuando están descansados y cuando están exhaustos. Necesitan observarse cuando han tenido éxito y cuando han fracasado en algo, pues, solamente cuando se observa a alguien en muchas diferentes situaciones, es que se puede decir que hemos llegado a saber quién es verdaderamente esa persona.

El texto de esta lección, Juan 2.12-22, nos da la oportunidad de ver a Jesús en una situación más. Esta vez se trata de un lugar más grande, más amenazador, y menos personal, que el de la escena de las bodas de Caná. Este pasaje nos lleva al templo que estaba en Jerusalén, el cual era el centro

de la fe judía, y el lugar donde Jesús sería sentenciado a la crucifixión. El observar y escuchar a Jesús en este escenario tan hostil nos permite ver otro aspecto del que afirmó ser el Hijo de Dios. Lo que observemos en este texto nos permitirá conocer a Jesús más de lo que lo conocimos anteriormente.

VEMOS SU INDIGNACIÓN (2.12-16a)

Estos eventos ocurrieron durante la época de la pascua (2.13). Ésta era una de las tres fiestas judías anuales a las que todo varón judío debía asistir cada año. Era una fiesta que conmemoraba la liberación de Israel de Egipto, la cual ocurrió en la época de Moisés, y servía para recordarle al pueblo judío, de la manera como ellos habían llegado a existir. Uno de los efectos de la celebración de la pascua, era que la población de Jerusalén aumentaba varias veces su tamaño normal, por causa de los visitantes que venían de otras ciudades. La gente tiende a alborotarse cuando se forman muchedumbres, y estos judíos no fueron la excepción; con el paso de los años, la pascua se convirtió en una época durante la cual aumentaban las expectativas de la venida de un Mesías.¹ Una pregunta que el pueblo se hacía era ésta: “¿Vendrá el Mesías este año?”. ¡Por alguna razón, era durante la pascua cuando resultaba más fácil pensar que él vendría!

El templo que Jesús halló cuando él llegó a Jerusalén, era ya el tercero de una sucesión de tres, que fueron construidos durante el pasado histórico

¹ La milagrosa alimentación de cinco mil personas (Juan 6.1-15) y la crucifixión de Cristo, fueron ambas acompañadas del alboroto por causa de la Pascua.

de Israel. El actual había sucedido a los templos que habían sido construidos por Salomón y Zorobabel, y se le conocía como el templo de Herodes, nombre que recibió de Herodes el Grande, que fue el responsable de su construcción. Cuando Jesús entró en el templo en esta ocasión, éste ya había estado siendo construido durante cuarenta y seis años (2.20), y no habría de ser completado sino, hasta que pasaran treinta y cinco años más, en el 64 d.C. Los terrenos alrededor del templo no eran sino, una gran área de atrios y muros que llevaban hasta el templo mismo.² El primer atrio que se encontraba uno al entrar al templo, era el de los gentiles. Cualquiera persona podía entrar en esta área. Más adelante estaba el atrio de las mujeres, en el cual sólo judíos podían entrar. La siguiente entrada llevaba al atrio de Israel, al cual sólo los varones judíos podía ir. Por último, estaba el atrio en el cual sólo podían entrar los sacerdotes judíos. Este era el lugar donde se ubicaba el edificio que la mayoría de nosotros se imagina cuando decimos la palabra “templo”.

Dado que el atrio de los gentiles era el único lugar del templo al cual todo mundo podía ir, él se convirtió en un lugar donde los mercaderes y los cambistas podían establecer su negocio. Los adoradores que venían de lejos, tenían necesidad de comprar algún animal para sacrificar, así que era activo el negocio que se daba por la venta de ovejas, palomas y vacas. Se esperaba que todo varón judío, mayor de veinte años, pagara un impuesto del templo, lo cual creaba una oportunidad de negocios en los terrenos del templo, para los cambistas. Es probable que toda esta actividad produjera mucho ruido y que por ella algún desorden se generara en el atrio del templo; pero con el tiempo, la gente lo llegó a aceptar como algo normal. Luego vino Jesús.

Cuando Jesús entró en el templo, él vio lo que estaba sucediendo desde una perspectiva diferente de la que el resto de la gente la veía. Esto fue lo que Juan escribió:

Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado (2.15-16).

En el relato que Mateo, Marcos y Lucas hicieron sobre la purificación del templo, ellos señalaron que Jesús objetaba la forma como los mercaderes habían convertido el templo en una “cueva de

ladrones”,³ con lo cual indicaron que Jesús estaba enojado por el fraude en los negocios. Juan, no obstante, indicó que la objeción de Jesús se extendía a *todo* negocio en general que se llevara a cabo en el templo. El templo había sido creado para servir como casa de oración, como un lugar donde la gente de todas las naciones podía venir a adorar a Dios. Lo que Jesús vio tenía más apariencia de almacén o de mercado, que de lugar para recogimiento espiritual. Cuando Jesús asumió el control de la situación, y echó a los mercaderes y a los animales del templo, él debió haber causado una gran impresión, y un gran temor.

Tanto Pablo como Jesús⁴ condenan que el enojo sea parte del estilo de vida; sin embargo Jesús, en esta ocasión se enojó —y pudo hacerlo sin pecar.⁵ ¿Cuál será la diferencia entre estas dos clases de enojo? Aparentemente, una clase de enojo es el que se origina en la mezquindad, la inseguridad y la frustración humanas. El enojo santo, por otro lado, es el que se tiene cuando se mira que hay personas que están siendo lastimadas, o que se les está impidiendo que se acerquen al Señor, por causa de las acciones de terceros. Jesús vio que las transacciones comerciales, que se estaban llevando a cabo dentro del templo, estaban causando que se mantuvieran alejadas de Dios a las personas, y ¡eso era algo que no se podía tolerar!

Una aplicación sencilla de la escena del templo se relacionaría con la forma como tratamos a nuestros hermanos y hermanas en Cristo, cuando nos reunimos para adorar. He sabido de muchas personas, especialmente de doctores en medicina y de propietarios de negocios, que tienen problemas cuando van a los cultos de adoración, pues la gente insiste en hacerles preguntas relacionadas con sus ocupaciones, antes y después de los servicios. Ellos quieren venir a una “casa de oración”, pero sólo hallan que es “casa de mercado”. De vez en cuando necesitamos que se nos recuerde acerca de la necesidad de dejar los negocios fuera de nuestras asambleas como iglesia, con el fin de que todos podamos adorar sin estorbo.

Una importante aplicación en nuestras vidas, del comportamiento de Jesús en el templo, se da con la siguiente pregunta que nos hagamos: “¿Me enojo yo por las mismas situaciones que se enojaría Jesús?”. La tentación de la cual somos objeto es la de enojarnos por asuntos que no enojarían a Jesús, y de conservar la calma cuando vemos problemas como el que llevó a Jesús a purificar el templo.

³ Mateo 21.13; Marcos 11.17; Lucas 19.46.

⁴ Mateo 5.21-24; Efesios 4.25-32.

⁵ Marcos 3.5; Hebreos 4.15.

² Vea el diagrama del templo que se presenta en esta edición.

Cuando Jesús se enojaba lo hacía correcta, positiva y equilibradamente. Su enojo fue siempre causado por su amor, el cual lo llevaba a actuar por el bien de los demás.

La mayoría de nosotros tenemos problemas con el enojo. Para algunos de nosotros se trata de la presencia en nuestras vidas de demasiado enojo de la clase que no debemos tener. En el caso de otros, el problema es la casi total ausencia de enojo santo. Por ejemplo, ¿se enoja usted lo suficiente por el deterioro moral de nuestro país a la hora de votar? En las elecciones nacionales de los Estados Unidos, en el año 1990, el 90 por ciento de los homosexuales confesos votaron y sólo un 35 por ciento de los que confiesan seguir a Jesús lo hicieron. Tal apatía refleja la necesidad de que haya enojo santo.

¿Qué hay de los niños abandonados? ¿Le destroza su corazón la situación tan grave por la que ellos pasan y se enoja usted por ello lo suficiente como para hacer algo que les ayude? James Dobson habló recientemente acerca de algunos signos alentadores que nuestra cultura está mostrando. Dijo que está comenzando a notar que existe cierta cantidad de personas jóvenes, que están enojadas por el abandono del cual han sido objeto por parte de padres ocupados de sus propios intereses, están tan enojadas que ¡han tomado una actitud en contra del divorcio, mayor que la de la generación que les precedió! En el caso de estas personas, el enojo les está ayudando a alimentar un propósito positivo.

¿Qué hay del poder que Satanás ejerce sobre las naciones? Cuando usted oye de guerras, enfermedades, hambrunas y necesidades, ¿le enoja todo esto lo suficiente como para ayudar, ya sea yendo a los lugares donde tales problemas ocurren, o sosteniendo a los que puedan ir? ¿Puede usted cruzarse de brazos y mirar cómo Satanás se sale con la suya llevándose con él el mundo?

Ojalá que Dios nos convierta en un pueblo más enojado —no más mezquinos, ni más ocupados en intereses personales, ni más frustrados, sino más enojados por el sufrimiento que hay en el mundo. ¡Ojalá que él nos haga lo suficientemente enojados como para amar!

VEAMOS LA PERCEPCIÓN QUE ÉL TENÍA DE SU PROPIA IDENTIDAD (2.16–17)

Una cosa es cuando entro en un estacionamiento y veo que un auto ha sido abollado por una carretilla de supermercado, y otra totalmente diferente, ¡cuando el carro que ha sido abollado es el mío! Una cosa es cuando veo que arrojan latas vacías de cerveza en el jardín de alguien, y otra, ¡cuando ese

jardín es el mío! Es molesto ver que una banca del parque haya sido destrozada; pero mucho más molesto es ¡cuando el mueble que ha sido dañado es el mío! Cuando algo no nos pertenece, no nos importa lo que le suceda. En cambio, sí nos importa lo que le suceda a la propiedad nuestra.

Cuando Jesús vio la manera como el templo de Dios estaba siendo mal utilizado, él lo tomó como algo personal. Jesús se refirió al templo como “la casa de mi Padre” (2.16). Para él era mucho más que el templo de los judíos, mucho más que cualquier otro edificio público de Jerusalén; era la casa de su Padre. Jesús estaba tan molesto con lo que estaba sucediendo que sus discípulos recordaron un pasaje de Salmos 69: “Porque me consumió el celo de tu casa” (v. 9). La palabra “consumir” conlleva la idea de “devorar” o “comerse algo completamente”. Se podría decir, que la profanación del templo era, utilizando un modismo estadounidense, como “comerse vivo a Jesús”. Se trataba de mucho más que un lugar público; ¡se trataba de la casa de su Padre!

El hecho de que Jesús tomara lo sucedido en el templo como algo personal, es otra señal de quién se percibía Jesús que él era. Cuando él gritó a los mercaderes: “la casa de mi Padre”, también les estaba diciendo con estas palabras: “Yo soy el Hijo de Dios”. Esta es la afirmación, acerca de Jesús, que Juan desea que nosotros hayamos creído al terminar de leer su evangelio (20.31).

Hágase usted las siguientes preguntas: ¿Cuánto me identifico yo con las cosas de Dios? ¿Defiendo yo este mundo, teniendo en mente que es “el mundo de mi Padre”? ¿Defiendo la iglesia, teniendo en mente que es “la iglesia de mi Padre”? “¿Es para mí el negocio de predicar el evangelio ‘el negocio de mi Padre’”? Jesús demostró en el templo, que un hijo de Dios no puede ser indiferente a las cosas que son importantes para su Padre.

VEAMOS LA PERCEPCIÓN QUE ÉL TENÍA DE SU PROPIA MISIÓN (2.18–22)

No a todo el mundo le agradó la demostración de celo que Jesús hizo en el templo. Algunos se preguntaban: ¿Qué autoridad tenía él para interrumpir la rutina diaria de ellos y perturbar el negocio de ellos? Fue por esta razón que le preguntaron a Jesús: “¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto?” (2.18). Pero Jesús, en lugar de obrar un milagro como ellos lo pedían, les dijo que si ellos destruían el templo, él lo levantaría en tres días (2.19). El hecho de estar allí rodeados por las enormes paredes, construidas con piedras que pesaban varias toneladas cada una, hacía parecer

tales palabras los delirios de un loco. Juan explicó que Jesús estaba hablando de su cuerpo, el cual iba a ser “destruido” en la cruz y ser “levantado” tres días después por el poder de Dios (2.21).

Después de la crucifixión y la resurrección, los discípulos recordaron las palabras de Jesús. La resurrección llegó a ser la más grande de todas las señales. El propósito de esta señal se cumplió cuando los discípulos “creyeron” (2.22), tanto en las Escrituras, como en las palabras de Jesús. A partir de aquel momento, muchos eventos de la vida de Jesús empezaron a tener sentido para ellos.

CONCLUSIÓN

Cuando leemos el evangelio de Juan, nos damos cuenta de que él termina en la resurrección antes de comenzar con el relato. En consecuencia, leemos todo el evangelio con la clase de visión que los discípulos no tuvieron, sino hasta que Jesús resucitó de entre los muertos. Cuando lo leemos hoy día, el propósito del Espíritu es que nosotros respondamos del mismo modo que lo hicieron los discípulos del siglo I: ¡Que creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y que creyendo tengamos vida en su nombre! ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“Os es necesario nacer de nuevo” (3.1-36)

Algunas veces es poca la distinción que notamos entre elementos que son verdaderamente diferentes. Recuerdo una visita que mi esposa y yo le hicimos a una amiga nuestra, cuando estábamos recién casados. Esta mujer, una de las mejores amigas que mi esposa había tenido en la universidad, también se había casado recientemente, y nosotros estábamos deseosos de oír acerca del esposo de ella. Por más que nos esforzamos por averiguar acerca de este hombre que jamás habíamos conocido, la esposa de éste no nos dijo mucho. Por fin, mi esposa insistió: “Háblenos sobre él, ¿cómo es él?”. Nuestra amiga se volvió a mi esposa y le dijo: “Usted debería saberlo. ¡Usted tiene uno!”. ¡Yo, como esposo que soy, sin duda espero que entre los hombres existan diferencias más grandes que las que a algunas mujeres les parece que hay!

Juan 3, nos advierte en contra de tener una actitud similar para con la fe. Puede ser que nos sintamos tentados a lanzar expresiones tales como: “Fe es fe”, o “Todas las fes son iguales”. En el encuentro de Jesús con un hombre llamado Nicodemo, se ataca la descuidada actitud del que es incapaz de distinguir entre la verdadera fe, y una fe inferior o falsa. El evangelio de Juan fue escrito para producir fe (20.31), así, era muy importante para Juan, definir cuidadosamente la clase de fe que él estaba tratando de producir.

El estudio de Juan 3, debería en realidad comenzar en 2.23, donde se declara que Jesús estaba en Jerusalén para la Pascua. Estando en esta fiesta, él estuvo obrando señales, y la gente comenzó a depositar su confianza en él. A estas alturas del relato, parece que Jesús estaba logrando lo que él se había propuesto lograr. No obstante, Juan

escribió que Jesús “no se fiaba de ellos, porque conocía a todos” (2.24).

LA FE QUE NO ES FE

Estos primeros creyentes no se encontraban aún donde Jesús deseaba que estuvieran eventualmente en su camino de fe. Ellos tenían fe, pero no era la clase de fe que les hubiera permitido entender plenamente quién era en realidad Jesús. Había otras cosas que Jesús quería comunicarles a ellos acerca de él mismo y del reino de Dios, pero estos conceptos eran difíciles de analizar con grandes grupos de personas. Por lo tanto, Juan nos puso al tanto de la enseñanza de Jesús sobre la verdadera fe cristiana, mediante un relato sobre el encuentro en privado, de noche, que tuvieron Jesús y Nicodemo.

Nicodemo, quien sólo aparece mencionado en el evangelio de Juan, es presentado como “un principal entre los judíos” (3.1). La frase “un principal” indica que él era un miembro del concilio judío, el infame concilio de setenta hombres que gobernaba a los judíos en aquel tiempo. Una posición tal, venía acompañada de poder, riquezas y prestigio, lo cual hacía de Nicodemo un miembro de la élite de la sociedad. Más adelante Jesús, incluso, se refirió a él como “maestro de Israel” (3.10). Lo normal era que las personas que ocupaban posiciones como la de Nicodemo, fueran los enemigos más fieros de Jesús. Nicodemo, no obstante, era de espíritu perspicaz; así, vino a Jesús de noche para preguntarle quién era él.

Nicodemo comenzó su conversación con Jesús con una expresión de fe. Esto fue lo que le dijo: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú

haces, si no está Dios con él" (3.2). Nicodemo, por lo menos afirmó creer que Jesús, de hecho, obraba señales milagrosas y que a Jesús le era dado este poder por Dios. Al lector que por primera vez se enfrente a estas palabras puede sorprenderle la manera como Jesús le respondió a Nicodemo. Normalmente esperaríamos que alguien respondiera: "Gracias, Nicodemo. Le agradezco su cumplido y sus palabras tan alentadoras, especialmente porque sé que la aceptación de lo que has dicho no sería muy bien vista por sus amigos del concilio". No obstante, Jesús prácticamente atacó a Nicodemo, cuando abruptamente le dijo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (3.3).¹

A Nicodemo le confundió, especialmente, la utilización que Jesús hizo de la palabra griega *anóthen*, la cual puede significar "nuevamente" o "de arriba".² La conversación que siguió suena casi como dos personas hablando dos idiomas diferentes. Jesús estaba hablando el idioma "de arriba", y Nicodemo hablaba el idioma "de la tierra" (3.31). Jesús estaba declarando cuán necesario era un nuevo nacimiento espiritual por el poder de Dios, y ¡Nicodemo estaba tratando de entender cómo podía alguien volver a entrar físicamente en el vientre de su madre! Aunque el visitante nocturno de Jesús tenía una admirable curiosidad por el maestro de Nazaret, él todavía estaba pensando en términos completamente humanos, y no había entrado todavía en el reino de Dios. En la conversación en que Jesús confrontó, aguijoneó y acicateó a Nicodemo, él definió la verdadera fe. En primer lugar, él señaló dos cosas en las que no consiste el reino de Dios.

No consiste en la práctica formalista de la religión

La palabra "religión" conlleva significados muy diferentes. Un significado positivo sería el de: "Virtud que nos mueve a dar a Dios el culto debido".³ Un significado negativo sería el de: "Conjunto de creencias o dogmas, normas éticas y morales de comportamiento social e individual, y prácticas rituales de oración o sacrificio que relacionan al hombre con la divinidad".⁴ Este último significado es el que Jesús ataca severamente al

¹ Ésta es la única instancia en el evangelio de Juan, en la que encontramos la expresión "reino de Dios". Él utilizó los términos "vida" o "vida eterna" para expresar la misma idea.

² Veá 3.31, donde significa "de arriba".

³ Diccionario General de la Lengua Española Vox, versión en CD-ROM (1998), ver definición de la palabra "religión".

⁴ Íbid.

insistir en que en el reino de Dios sólo se entra mediante un nuevo nacimiento, un nacimiento que viene de arriba. Nicodemo era, por causa de su posición, un serio observante de la ley. ¿Estaba Jesús diciendo que la observancia de la ley no era suficiente para entrar en el reino de Dios? ¡Desde luego que sí! Nicodemo, no podía entender lo que se estaba diciendo acerca de él por causa de su razonamiento terrenal.

Cuando Nicodemo respondió, lleno de confusión, a la declaración de Jesús en el sentido de nacer de nuevo, de arriba, Jesús se expresó nuevamente, esta vez, reemplazando la frase "naciere de nuevo" con la frase "naciere del agua y del Espíritu" (3.5). La expresión "del agua y del Espíritu" introdujo el concepto del bautismo en la conversación.⁵ El "agua" significaba que él necesitaba ser purificado, y el "Espíritu" significaba que el poder que cambiaría a Nicodemo, era ni más ni menos el poder del Espíritu Santo. Una confusión era lo menos que tal idea podía causarle a Nicodemo, y tal vez, hasta podía parecerle insultante.

Antes de que Jesús llevara a cabo su ministerio, el bautismo se practicaba comúnmente dentro del judaísmo cuando un gentil tomaba la decisión de convertirse en judío. Los tres actos necesarios para llegar a ser judío (prosélito), eran los siguientes: la circuncisión, el sacrificio y el bautismo. La sola insinuación de que un importante miembro del concilio judío necesitaba ser bautizado, era inconcebible. Jesús insistía en que la entrada en el reino de Dios no consistía en la observancia de todas las reglas; era cuestión de tener un corazón que se humillara delante de Dios y que le permitiera al Espíritu Santo cambiarlo y renovarlo a los ojos de Dios.

Entre la gente de hoy día se ha generalizado la idea de que ellos, con sólo portarse bien y no causarle daño a nadie, ya Dios estará satisfecho. El texto que estamos estudiando se opone vigorosamente a tal punto de vista. ¡Jesús está de pie, de cara a nosotros y nos mira a nuestros ojos, tal como lo hizo con Nicodemo, y nos dice: "Os es necesario nacer de nuevo"!

No es sólo cuestión de convicción privada

¿Por qué cree usted que Nicodemo vino a Jesús de noche? ¿Sería porque aquél era el momento que más le convenía a los dos? ¿Sería porque aquel era el momento más apropiado para el estudio, tal como los rabíes a menudo lo aconsejaban? ¿Sería

⁵ La frase "naciere del agua" sugería el bautismo, el cual constituía una práctica con la que estaban familiarizados los judíos, y era un tema de debate en aquellos días por causa de Juan el Bautista. Veá 1.25; 3.22-26; 4.1-3.

porque Nicodemo estaba temeroso de acercarse a Jesús a plena luz del día? Las tinieblas constituyen un concepto clave en los escritos de Juan, y la visita de noche era lo propio en el caso de alguien que todavía se encontraba en las tinieblas espirituales (Juan 3.19–21). Él todavía estaba aferrado a un puesto de poder, y ello le impedía sacar a la luz pública su fascinación con Jesús. Cuando Jesús le hizo el llamado a Nicodemo a nacer de nuevo del agua y del Espíritu, él estaba, entre otras cosas, llamándolo a expresar su fe mediante el acto público del bautismo. ¡Es obvio que tal idea era inconcebible para Nicodemo, tanto como lo era la idea de entrar por segunda vez en el vientre de su madre!

Nicodemo aparece mencionado dos veces más en el evangelio de Juan. La segunda vez que lo vemos es cuando el concilio estuvo tratando de arrestar y matar a Jesús, durante la fiesta de los Tabernáculos (7.50–52). En aquel momento, él todavía mantenía en secreto su interés en Jesús, pero tuvo suficiente valentía como para argumentar que a Jesús le debía dar el concilio un “debido proceso”. La reacción del resto de los miembros del concilio fue inmediata y llena de furia. A lo anterior le preguntaron con encono: “¿Eres tú también galileo?” (7.52). Tal respuesta tan virulenta explica por qué no debe sorprendernos el que Nicodemo todavía fuera, a lo más, un discípulo en secreto. La última vez que vemos a Nicodemo es en el momento del entierro de Jesús (19.39–40). En esta ocasión se le mira acompañado de otro discípulo en secreto, José de Arimatea, cuando los dos preparaban el cuerpo de Jesús y lo ponían en un sepulcro. Al final del relato, aparentemente, Nicodemo, al “sacar a la luz pública” su fe, ya había cumplido con una de las cosas que Jesús le había llamado a hacer la noche que hablaron sobre el nuevo nacimiento.

Dada la evolución que vemos en las tres apariciones de Nicodemo en el evangelio de Juan, él constituye un interesante modelo para los que les cuesta armarse de la suficiente valentía para expresar públicamente su fe. El nuevo nacimiento del bautismo es, por su misma naturaleza, un acto público. Es una declaración determinante en el sentido de que pertenecemos a Jesús.

Hoy día enfrentamos una gran presión a conformarnos con nuestra cultura y a no llamar la atención siendo diferentes. Los cristianos desean tanto ser “aceptados” y ser vistos como “personas normales”, que a veces hacemos concesiones respecto de lo que somos. Al comportarnos así, estaremos negando precisamente la misma convicción que tan valientemente proclamamos cuando

nos bautizamos. ¡No importa cuál sea la cuestión, palabras soeces, bebidas alcohólicas o un enfoque egocentrista de la vida, lo cierto es que Jesús nos llama a distinguirnos, a sacar a la luz pública nuestra fe!

LA FE QUE LLEVA AL NUEVO NACIMIENTO

El columnista conservador, Cal Thomas, es conocido entre sus colegas como un hombre de profundas convicciones cristianas. Una vez que cierta noticia sobre alguien que se le conocía como cristiano, se dio a conocer, uno de los colegas de Thomas le preguntó a éste: “¿Cal, no es cierto que usted es un cristiano nacido de nuevo?”. Él hizo otra pregunta para responder: “¿Qué quieres decir con eso?”. El amigo no tenía ni idea de lo que su pregunta significaba, de modo que Thomas contestó: “Sí, lo soy, pero permítame explicarle lo que yo quiero decir con la expresión ‘nacido de nuevo’”.⁶

El poder de Dios

El nuevo nacimiento cuenta con el poder de Dios de principio a fin. Jesús le dijo a Nicodemo que el nuevo nacimiento es posible y está disponible por causa del poder del Espíritu Santo (3.6–8). ¡Podemos llegar a estar tan entusiasmados en la forma como se recibe el don de Dios, que se nos olvida cuán maravilloso es el Espíritu de Dios en sí!

El nacer de nuevo tiene su origen en el poder de Dios, y es por esto que nos da la esperanza de un verdadero e importante cambio en nuestras vidas. Cuando hacemos planes de ir a ver a antiguos amigos, a quienes no hemos visto por años, nosotros siempre nos preguntamos cuánto habrán cambiado. El haberlos conocido años atrás y el haber estado familiarizados con la esencia de sus personalidades, nos lleva fácilmente a suponer que ellos todavía son las mismas personas que conocimos veinte o cuarenta años atrás. ¿Podrán haber experimentado serios cambios en sus vidas? ¡Para los cristianos, la respuesta es un resonante “sí”! Es por el poder de Dios que nosotros somos transformados.

La fe en Jesús

La fe es un aspecto crucial del nuevo nacimiento. Esta fe no se limita a ser una decisión cualquiera acerca de Jesús (3.2), sino que es una decisión en el sentido de depositar la confianza en él, como Cristo e Hijo de Dios que él es (20.31). Jesús comparó esta fe con la fe que se requirió de los israelitas en el desierto, cuando Moisés levantó la serpiente de bronce (3.14; Números 21.4–9). En aquel momento

⁶ Shepherding, Servanthood and Success (El pastoreo, servicio y éxito), *Pastor to Pastor*, vol. 13 (Colorado Springs, Colo.: Focus on the Family, 1994), sound cassette.

los israelitas estaban murmurando en contra de Moisés y de Dios, por haberlos llevado al desierto. Cansado de sus quejas, Dios les envió feroces serpientes al campamento, y muchos fueron mordidos y murieron. El pueblo clamó a Dios por la liberación, y a Moisés se le instruyó en el sentido de poner una serpiente de bronce sobre un asta. Si los que eran mordidos por una serpiente miraban a la serpiente de bronce, ellos no morían. Este acto requirió de una fe suficiente como para mirar a la serpiente; y cuando ellos miraban, eran sanados por el poder de Dios. ¡Jesús fue “levantado” sobre la cruz (12.32, 34), y los que lo miran llenos de fe y obedientes, también son salvos por el poder de Dios!

Una decisión que se proclama

El nuevo nacimiento es posible gracias al poder de Dios. Es motivado y facilitado por la fe que uno tenga en Jesús (3.16). No obstante, su cumplimiento no se da, sino hasta que la decisión de creer es confesada en público mediante el bautismo, cuando uno “nace del agua y del Espíritu” (3.5). Este decisivo acto señala el comienzo de una nueva relación entre esa persona y Dios, y entre esa persona y la comunidad de los demás creyentes en Jesús, la iglesia. El nuevo nacimiento, de hecho, entraña una fe personal en Jesucristo, pero requiere de que esa fe personal se exprese en el acto público en sí, del bautismo (Marcos 16.15–16; Hechos 2.38; 22.16).

CONCLUSIÓN

Se cuenta la historia de que George Whitefield (1714–70), frecuentemente predicaba lo que dice el texto que acabamos de estudiar. Un día, un amigo le preguntó: “George, ¿por qué predica usted tan a menudo acerca de que es necesario nacer de nuevo?”. Whitefield, con firmeza respondería: “¡Porque os es necesario nacer de nuevo!”.

A todos los que creen que Jesús fue un hombre destacado, un gran maestro, pero no el Hijo de Dios, esto es lo que él les dice: “Os es necesario nacer de nuevo”.

A todos los que creen que para Dios es suficiente que seamos buenos en el fondo, esto es lo que Jesús les dice: “Os es necesario nacer de nuevo”.

A todos los que están a gusto con la religión que su cultura les prescribe, esto es lo que Jesús les dice: “Os es necesario nacer de nuevo”.

A todos los que sólo desean una religión personal, privada, esto es lo que Jesús les dice: “Os es necesario nacer de nuevo”.

A todos los que ven en el bautismo una reliquia histórica, sin sentido ni relevancia, esto es lo que Jesús les dice: “Os es necesario nacer de nuevo”. ■

Las siete señales

El término “señal”, en el sentido que se utiliza en el evangelio de Juan, se refiere a una demostración milagrosa del poder de Jesús, la cual fue hecha con el propósito de crear fe en él, y en que él es el Hijo de Dios. Juan escribió que Jesús hizo muchas otras señales, las cuales no están incluidas en su evangelio. Las que fueron incluidas, nos dijo, se escribieron para que “creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios” (20.30–31). Por lo general se afirma que son siete las señales que aparecen en el evangelio de Juan. Hay quienes añadirían, y me parece correcto, que Juan es en realidad “el libro de las siete señales y luego de una gran señal” (la resurrección). Cada una de ellas demuestra algo especial acerca del poder de Jesús y obliga al lector a sacar conclusiones por sí mismo acerca de la veracidad del relato. Las siete señales sirven como indicadores de diferentes etapas en la presentación que hace Juan de la vida de Jesús.¹

Señal 1. La conversión del agua en vino (2.1–11). Esta señal demostró que Jesús es el Señor de la creación.

Señal 2. La sanidad del hijo de un noble (4.46–54). Esta señal demostró que Jesús tiene poder sobre la distancia y la enfermedad.

Señal 3. La sanidad del cojo (5.1–9). Esta señal demostró que Jesús no sólo tiene poder sobre la enfermedad, sino también sobre el tiempo.

Señal 4. La alimentación de los cinco mil (6.1–14). Esta señal demostró que Jesús tiene poder sobre la cantidad.

Señal 5. Jesús anda sobre el mar (6.16–21). Esta señal demostró que Jesús “ejerce dominio sobre las fuerzas naturales del viento y de las olas, y que es Señor de la gravedad y del poder de ésta”.²

Señal 6. La sanidad de un ciego de nacimiento (9.1–12). Esta señal demostró que Jesús ejerce dominio sobre la luz, la cual es una eficaz metáfora utilizada en este evangelio.

Señal 7. La resurrección de Lázaro (11.39–44). Esta señal demostró que Jesús “ejerce dominio sobre la muerte, y es el dador de vida”.

Las señales del evangelio de Juan³ se presentan siguiendo un orden progresivo del asombro que pueden causar. La más fácil de creer, la conversión

¹ Homer Hailey, *That You May Believe: Studies in the Gospel of John (Para que creáis: Estudios en el evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1973).

² *Ibid.*, 112.

³ Solamente dos de éstas señales se encuentran en los demás evangelios: la alimentación de los cinco mil (Mateo 14.13–21; Marcos 6.34–44; Lucas 9.12–17) y el andar de Jesús sobre el agua (Mateo 14.22–33; Marcos 6.45–51).

del agua en vino, es presentada primero, mientras que la más difícil de creer, la resurrección de Lázaro de entre los muertos, es la que se presenta de último. Todas las siete señales constituyen una preparación para la última y más grande de las señales: ¡la

resurrección de Jesús de entre los muertos!⁴

⁴Una señal más ocurrió durante el ministerio posterior a la resurrección de Jesús, cuando él les proveyó a sus discípulos de una buena captura de peces (21.1-11).

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“El agua viva”

(4.1-42)

¡Son tantos los aspectos de la vida de la mujer samaritana que no conocemos! ¿Era ella alguien a quien la gente de su ciudad natal veía con agrado, o simplemente alguien a quien la gente agradable trataba de esquivar? ¿Cómo fue la vida de ella cuando niña? ¿Fueron amorosos sus padres con ella cuando era una menor? ¿Qué clase de hombre fue su *primer* esposo? ¿Era el número de matrimonios de ella (¡cinco!) un récord en Sicar? ¿Qué actitud tendría ella el día que se encontró con Jesús junto al pozo? ¿Tendría ella un espíritu de arrogancia, el cual se reflejara en sus ojos, o se acercaría ella con humildad y con un espíritu quebrantado?

Son muchos los datos que jamás se conocerán acerca de la samaritana, y no deseo extenderme en los detalles sentimentales de lo que podría haber tenido lugar en su vida. No obstante, su historia es uno de los más intrigantes encuentros, entre Jesús y un alma perdida, que se pueda hallar en los evangelios. Ella fue un día a un pozo a sacar agua y se convirtió en un símbolo para todas las personas, en todo lugar, que anhelan levantarse por encima de lo que parecen abrumadoras fuerzas que los arrastran para abajo. La historia de ella es conocida como el relato de “La mujer samaritana”, de modo muy similar como la historia del “Hijo pródigo” recibe su nombre del principal personaje humano de ella. En realidad, las dos son, primordialmente, historias sobre Dios, la clase de Dios que recibe nuevamente a sus hijos, cuando éstos regresan a él, y que colma de su amor a las personas que menos pensamos. La historia de “la mujer samaritana” es también un estudio de la fe, y el encuentro entre Jesús y esta mujer fue utilizado

por Juan para comunicar tres importantes verdades acerca de la clase de fe, a la cual él estaba llamando a tener mediante su evangelio.

LA FE ESTÁ POR ENCIMA DE LAS CIRCUNSTANCIAS

Era cerca del mediodía cuando Jesús y sus discípulos se detuvieron junto al pozo de Jacob, estando camino a Judea y regresando de Galilea. Este antiguo lugar estaba ubicado cerca de la ciudad samaritana de Sicar. Ellos se detuvieron a descansar, sabiendo que podían comprar alimentos allí. Como Jesús estaba cansado del viaje, él se sentó junto al pozo, mientras los discípulos iban a la ciudad a comprar de comer. Cuando Jesús estaba allí, solo, una mujer samaritana vino a sacar agua. Lo típico era que un suceso así pasara desapercibido; la mujer sacaría el agua y regresaría a la ciudad, sin ni siquiera hacer contacto visual con el cansado judío que estaba sentado allí cerca. No obstante, en esta ocasión, algo asombroso le sucedió a la mujer; ¡el judío le habló a ella! Todo lo que hizo fue pedirle agua para beber, pero esa simple petición la sorprendió, y ella le preguntó: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?” (4.9). Así, dio comienzo una trascendental conversación entre Jesús y esta mujer que provenía de la ciudad que estaba cerca.

Durante los minutos que siguieron, él le habló a ella acerca de las más profundas necesidades y más grandes penas de ella, y acerca de que ¡él era el Mesías! Al final ella, no sólo llegó a creer en Jesús, sino que muchos otros de su ciudad, llegaron también a creer. Lo que hace única esta historia es que esta mujer probablemente era,

desde la perspectiva humana, la persona menos indicada de todo el mundo a la cual Jesús le podía hablar acerca del evangelio. El hecho de que lo hiciera declara abiertamente que la fe no está condicionada por las circunstancias en las que uno viva. Si así fuera, esta mujer jamás hubiera llegado a ser creyente, pues, había por lo menos tres problemas con ella ese día.

Problema 1: Ella era samaritana

La mala voluntad que se tenían judíos y samaritanos se remontaba, setecientos años atrás, al tiempo de la cautividad de los israelitas en Babilonia. Muchos de los que se quedaron en la tierra de ellos, se habían casado con personas de otras nacionalidades, diluyendo así sus características nacionales y culturales como hijos de Israel. Cuando los judíos de Babilonia regresaron a Jerusalén a reconstruir el templo, ellos evitaron relacionarse con los de su raza que se habían quedado en la tierra.¹

Con el tiempo, los samaritanos que sufrieron el ser esquivados por los judíos, construyeron su propio templo sobre el Monte Gerizim, el monte que el Antiguo Testamento señala como Monte de la Bendición. Los dos grupos se guardaban gran recelo entre sí, y en el año 128 a.C., un grupo de judíos redujeron a cenizas el templo samaritano. Este lamentable evento, no es de sorprender, dado el desdén de los maestros judíos para con los samaritanos. Esto es lo que el Mishnah dice: “Las hijas de los samaritanos [son consideradas] mujeres menstruantes desde que nacen”.² En otras palabras, ¡las samaritanas eran consideradas inmundas por naturaleza! El Mishnah también incluye el siguiente dicho del rabí Eliézer: “El que come el pan de los samaritanos es como el que come carne de cerdo”.³ La declaración en 4.9, en el sentido de que “judíos y samaritanos no se tratan”, probablemente signifique: “los judíos no usan utensilios con los samaritanos”, o tal como se lee en la versión de la Biblia NRSV: “Los judíos no tienen cosas en común con los samaritanos”. Con todo el anterior trasfondo, es causa de asombro que Jesús alguna vez le hablara a una mujer samaritana. Es causa de conmoción que él le pidiera de beber en el cántaro

¹ Esdras 4.2-5.

² M. Nidd. 4.1. El Mishnah, parte del Talmud, es la versión escrita de la ley oral judía tradicional. Según la tradición judía, tal cuerpo de leyes se originó durante los tiempos de Moisés (1.200 a.C.), y fue memorizado de modo que pudiera ser transmitida de generación en generación. Fue puesto en forma escrita durante el período del 70 d.C. al 200 d.C.

³ M. Shebi. 8.10.

de ella, pero ¡lo asombroso es que le ofreciera a ella el “agua viva” de Dios!

Problema 2: Era mujer

Cuando los discípulos regresaron de comprar pan en la ciudad, ellos “se maravillaron de que [Jesús] hablaba con una mujer” (4.27). La sorpresa de ellos no tenía nada que ver con esta mujer en particular; ¡ellos estaban asombrados por el hecho de que estaba hablando con una mujer! Era de mal gusto para los discípulos ver a Jesús sentado conversando con una samaritana, y no se imaginaban que a su regreso lo iban a encontrar hablando con una *mujer* samaritana.

Una vez más, las enseñanzas de los rabíes condenaban a la mujer samaritana. El Talmud cita a un rabí, el cual alentaba a sus oyentes a no hablar mucho con las mujeres, ¡ni siquiera con la esposa de uno!⁴ A las mujeres las consideraban moralmente inferiores algunos maestros de la ley, y una antigua oración proclamaba: “Bendito seas, oh Señor, que no me hiciste mujer”. El hecho de ser mujer era el segundo problema que había con esta samaritana.

Problema 3: Tenía un pasado manchado

Durante la conversación que tuvieron, Jesús le indicó que él conocía los dolorosos secretos del pasado de la mujer samaritana. Ella se había casado cinco veces y estaba en el momento presente, viviendo con un hombre que no era su esposo (4.18). Se nos deja a nuestra imaginación la clase de conflictos, los rechazos, la inseguridad, la vergüenza y el dolor que ella debió haber experimentado en las relaciones que habían fracasado. Cuando ella vino al pozo, tal vez ya había perdido su fe en el matrimonio, o tal vez se encontraba en un momento de su vida, cuando ya ningún hombre estaría dispuesto a honrarla dándole su apellido.

Tengo varios amigos cristianos que han experimentado la desgracia del divorcio. Ninguno de ellos quería divorciarse y la mayoría luchó desesperadamente por salvar sus matrimonios cuando éstos estaban fracasando. Todos han sufrido la agonía de separarse, cuando lo que era “una sola carne” repentinamente se convierte otra vez en dos; y todos han experimentado el estigma que el divorcio conlleva, a pesar de ser los años 90. He hallado que la mayoría de mis hermanos y hermanas en Cristo divorciados, aborrecen el divorcio

⁴ TB. Ab. 1.5. El Talmud es la colección por escrito de las leyes civiles y religiosas de los judíos. Consta de dos partes: El Mishnah, que son pasajes de la ley oral judía tradicional, y el Gemara, que son inserciones de interpretaciones eruditas y debates acerca de esas leyes.

con más fuerzas que las personas no divorciadas. Ellos conocen por experiencia propia, las razones por las cuales Dios aborrece el divorcio (Malaquías 2.16), pues han experimentado en sus propias vidas los destrozos que causa. La mayoría de ellos llevan consigo, varios años después, las cicatrices emocionales que tales destrozos dejan. ¡Imagínese las cicatrices que la mujer samaritana debió haber llevado consigo, como resultado de sus cinco divorcios!⁵

En otros contextos, tres problemas son suficientes para descalificar a cualquier candidato. ¿Podía haber ido Jesús a algún otro lugar con el fin de hallar un candidato menos idóneo para la fe? Bastaba que la mujer que vino al pozo hubiera sido una mujer virtuosa de Samaria para que la situación fuera problemática. El doloroso pasado y el indecoroso presente de ella hacían más excepcional el hecho de que Jesús la escogiera para recibir el evangelio.

La totalidad del encuentro entre Jesús y la mujer samaritana demuestra de modo eficaz que la fe no está condicionada por las circunstancias que le rodean a uno. A los ojos de Dios, la raza, nacionalidad, género y pasado de uno, no constituyen barrera alguna. ¡La conversación junto al pozo es más elocuente para decir lo anterior que sermón alguno lo ha sido!

LA FE Y EL COMPORTAMIENTO VAN JUNTOS

En un momento crítico de su conversación con la mujer, Jesús le pidió a ésta que fuera y trajera su marido. Cuando ella dijo que no tenía marido, Jesús le dijo: “Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad” (4.17–18). Al comienzo pareciera que se trata de una extraña interrupción de una conversación profundamente espiritual. ¿Por qué saltaría Jesús del tema del “agua viva” al de traer el esposo de ella? La respuesta de la mujer y la reacción de Jesús a esa respuesta, indican que Jesús cambió el tema con el propósito deliberado de asegurarse de que llevaría la vida entera de ella, no solamente la curiosidad de ella, al Señor. Mientras ella no reexaminara su vida personal, la fe de ella sería un fraude.

Aunque la fe no tiene relación con las circunstancias, es de importancia crucial que la relacionemos con nuestro comportamiento. Es

⁵ Es posible que algunos de sus maridos hubieran muerto. No obstante, el contexto parece indicar que los matrimonios habían terminado en divorcio.

posible para uno expresar su fe en Jesús y a la vez rehusarle a él la entrada en su vida. Cuando uno anda en la búsqueda del camino de la fe, es esencial que se le lleve la vida entera al Señor. Tal vez usted haya oído acerca de los soldados que peleaban hace varios años en un ejército llamado “Cristiano”. Cuando estos soldados eran bautizados, ellos dejaban fuera del agua su mano derecha. De este modo, podían hacer en batalla lo que les diera la gana con su mano derecha, y se justificaban diciendo: “¡Esta mano no fue bautizada!”. La pregunta que Jesús le hizo a la mujer, fue su manera de decirle que ella tenía que entregarle toda su vida, o nada de ésta, al Señor.

La relación de la obediencia con la fe verdadera, se expresa en varios lugares del Nuevo Testamento. Esto fue lo que Jesús dijo en Mateo 7.21: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”. Años más tarde, Santiago escribió: “Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2.17). Sencillamente, no pueden separarse la fe y la obediencia. La mujer samaritana no podía haber llegado a la verdadera fe, sino hasta que estuviera dispuesta a abrirle la puerta a Jesús en todo aspecto de su vida.

Cuando Jesús le pidió a esta mujer que trajera a su esposo es como si le pidiera a usted y a mí hoy día que le traigamos nuestras chequeras, nuestros formularios de impuesto sobre la renta, nuestras agendas o nuestros diarios. La fe no es un aspecto de nuestras vidas; ella entraña la totalidad de nuestras vidas. Jesús no consideró que el pasado de ella la descalificara para entrar en el reino; pero sí insistió en que ella le trajera a él toda su vida. Él le pidió que hiciera un rompimiento con su pasado pecaminoso. ¡La fe que no está relacionada con el estilo de vida que uno vive, no es del todo fe!

LA FE SE EXPRESA EN LA VERDADERA ADORACIÓN

Cuando Jesús le pidió a la mujer que trajera a su esposo, parecía como si la conversación se desviaba en gran manera de su rumbo; sin embargo, como lo vimos, no fue así. Luego, la mujer le dijo: “Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar” (4.20). Pareciera que ella estaba tratando de restarle importancia a su situación personal embrollando a Jesús en una polémica religiosa. No obstante, Jesús utilizó la pregunta de ella para continuar llevándola a Dios.

En primer lugar, le dijo que la verdadera

adoración no dependía de un lugar específico, ya fuera Jerusalén o el monte Gerizim. Al decir esto, él no estaba dando a entender que el monte Gerizim fuera tan bueno como Jerusalén, pues él dejó claro que “la salvación viene de los judíos” (4.22). “Mas”, declaró, “la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que adoren” (4.23).

La adoración, Jesús le enseñó, no es una cuestión de lugar. Tanto Jerusalén como el monte Gerizim pronto serían irrelevantes. La verdadera adoración es en espíritu (en contraste con las regulaciones específicas de naturaleza material, de la adoración bajo el antiguo pacto) y en verdad (en contraste con la sombra del antiguo pacto).⁶ Sobre esta cuestión, es probable que la mujer samaritana tuviera las mismas nociones erradas de los doce apóstoles. Para ella, Jesús estaba separando la adoración de un lugar específico y señalándole el camino a la verdadera adoración. Dada la naturaleza espiritual de Dios, la verdadera adoración es cuestión que concierne al espíritu.

John Killinger contó acerca de una conversación que él tuvo con un ministro ya mayor, el cual estaba a punto de jubilarse. Cuando los dos hombres atravesaban el magnífico edificio de la iglesia donde el mayor predicaba, Killinger le preguntó acerca de sus pensamientos diarios en ese momento de su vida. Uno de sus pensamientos frecuentes, respondió, era sobre el amor:

“Cuando digo amor”, dijo él, “me refiero a esto”. En ese momento movió su mano en un gesto para abarcar cierta área, indicando así el desproporcionado tamaño del edificio de la iglesia que había sido terminado de construir en los últimos cinco años. “Yo creía que construir este edificio era lo máximo. Me refiero a todo el complejo de edificios. Ahora que ya está construido, pienso mucho en el amor. ¿De qué sirve un edificio si las personas no cambian? Me gustaría pasarme el resto de mi vida como ministro, enseñándole a la gente cómo amar. Si no aprenden...”. En ese momento sus palabras se apagaron para dar lugar a otro gesto, un gesto de desesperanza parcial, como si no estuviera seguro de que él iba a poder lograrlo, como si su glorioso éxito como constructor hubiera sido de algún modo fatalmente estropeado por su descubrimiento demasiado tardío de que el amor es la meta de todo.⁷

⁶ Vea James D. Bales, *Instrumental Music and New Testament Worship (La música instrumental y la adoración según el Nuevo Testamento)* (Searcy, Ark.: James D. Bales, 1973), 15–30.

⁷ John Killinger, *Christ in the Seasons of Ministry (Cristo en las estaciones del ministerio)* (Waco, Tex.: Word Books, 1983), 67.

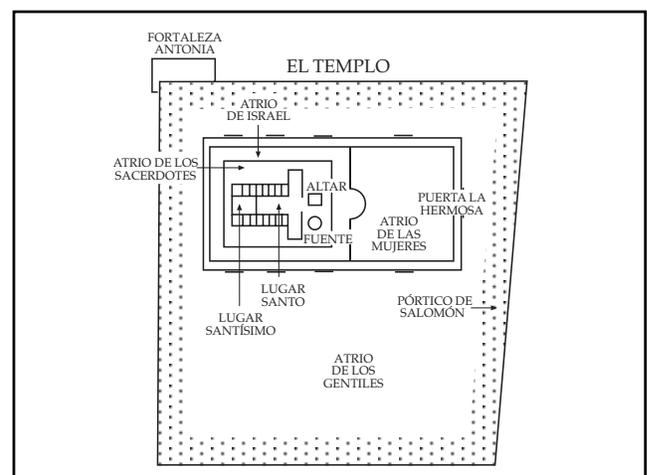
Son muchas las cuestiones que se le adhieren a la religión; unas son más importantes que otras. Más grandes que todas las demás cuestiones, son la fe, la adoración y el amor. Jesús le mostró a una confundida y necesitada mujer samaritana el camino hacia lo que es importante en la vida, cuando le señaló el camino hacia la adoración verdadera y espiritual. La mayoría de las demás cuestiones, incluyendo los templos y los montes santos, carecen de valor alguno cuando se les compara con lo anterior.

CONCLUSIÓN

Después de las palabras que Jesús dijo, acerca de la adoración, la mujer trató nuevamente de cambiar el tema. Esto fue lo que dijo: “Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas” (4.25). Jesús después hizo algo sorprendente —algo muy extraño en los evangelios: ¡Le dijo a ella exactamente quién era él! “Yo soy, el que habla contigo” (4.26). No fue a los sacerdotes ni a los reyes que le hizo tal revelación; sino ¡a una inmoral mujer samaritana! Jesús vio en el corazón de ella el suelo fértil que hace crecer la semilla del reino, así que la hizo partícipe del mensaje de Dios.

Al final, somos usted y yo los que estamos junto al pozo con Jesús. Tenemos un encuentro con el Hijo de Dios, y lo hacemos llevando nuestra confusión, nuestras esperanzas, nuestro pasado y nuestro dolor. Escuchamos y tratamos de entender cuando él nos enseña las siguientes verdades: 1) La fe está por encima de las circunstancias, 2) la fe está relacionada con el comportamiento, y 3) la fe se expresa en la verdadera adoración.

Tan ciertamente como Jesús invitó a la samaritana a andar por el camino de la fe, ¡así también él nos está invitando a usted y a mí a hacer lo mismo hoy día! ■



Juan, el camino de la fe

“Cómo vivir en medio de los samaritanos”

(4.16–18)

En un momento decisivo de la conversación de Jesús con la mujer samaritana junto al pozo, él le pidió que fuera y trajera su marido. Cuando ella respondió que no tenía marido, Jesús le dijo: “Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad” (4.17–18). Ella había dejado, en su pasado, un rastro de matrimonios destrozados y compromisos deshechos, los cuales saboteaban su futuro.¹ Una cosa sí es cierta: había perdido el mando de su vida.

Que la mujer junto al pozo fuera típica de la gente de la ciudad de Sicar, es algo que sólo podemos especularlo. ¿Era desaprobada la situación de ella por la gente de la ciudad, o era su estilo de vida igual al del ciudadano común? Es probable que jamás lo sepamos. No obstante, en este estudio deseamos reflexionar sobre las implicaciones que conlleva el vivir en una sociedad hoy día, en la que la experiencia de la mujer samaritana se ha convertido en algo tan común. Las tendencias actuales indican que el 50 por ciento de todos los nuevos matrimonios de los Estados Unidos, terminarán en divorcio. Aunque la poligamia es ilegal en los Estados Unidos, estamos rodeados de “poligamia en serie”, es decir, la práctica de tener

¹ Esta lección es un ejemplo de un sermón temático que fue predicado a la mitad de una serie de mensajes expositivos sobre el evangelio de Juan. La mujer samaritana, con sus cinco matrimonios, sirve a la maravilla como introducción para un sermón temático sobre el pacto de toda una vida que es el matrimonio. En consecuencia, le dije a la congregación que nos íbamos a detener en los alrededores del pozo, por una semana más, mientras tratábamos una cuestión que emergió en la historia de la mujer junto al pozo.

muchas parejas, una a la vez. Lo más perturbador de todo es el modo como vemos a la iglesia llegando a ser cada vez más como la cultura que nos rodea. Es por esta razón, que es importante detenernos junto al pozo de Samaria y busquemos el mensaje que las Escrituras tienen para nosotros como pueblo “que vive en medio de los samaritanos”.

Para poder vivir con éxito en medio de los “samaritanos” de nuestros tiempos, primero necesitamos algo de sólida información. La siguiente no es la meta de nuestra caminata hoy día, pero sí es una primera parada esencial.

UN COMPROMISO DOBLE

A veces, cuando hablo con una pareja que está considerando la posibilidad de romper sus lazos matrimoniales, oigo que hacen afirmaciones como la siguiente: “Esta relación nos deprime y estaríamos más felices si la termináramos. ¿Porque deberíamos permanecer atados a un matrimonio que cuesta tanto hacerlo funcionar? Después de todo, ¿quiénes permanecen unidos en estos tiempos?”. Una idea implícita en estas palabras es que no deberíamos esperar de los cristianos más de lo que esperamos del resto del mundo. Tal idea es una mentira del diablo, pues las Escrituras plantean, sin más explicación, un estándar más alto para el comportamiento de los cristianos.

En cuanto al estándar de Dios para los creyentes, esto fue lo que Pablo escribió:

Os he escrito por carta, que no os juntéis con los fornicarios; no absolutamente con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras; pues en tal caso os sería necesario salir del mundo. Más

bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis. Porque ¿qué razón tendría yo para juzgar a los que están fuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro? Porque a los que están fuera, Dios juzgará. *Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros* (1 Corintios 5.9–13; énfasis nuestro).

Es obvio el “doble estándar” que se observa en estos versículos. Los cristianos no deben asociarse con cristianos de comportamiento inmoral, pero sí se les permite asociarse con no cristianos de comportamiento inmoral. ¿Por qué? Porque es mucho lo que se espera de los cristianos. Cuando un cristiano trata de justificar su comportamiento diciendo que todo el mundo lo hace, debemos responderle que sí, pero que Dios espera más de nosotros que de ellos, ¡porque nosotros somos cristianos!

Cuando Pablo les escribió su carta a los romanos, él les dedicó los primeros once capítulos a enseñanzas y asuntos doctrinales. Luego, lo referente al comportamiento cristiano lo empezó con las siguientes palabras:

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Romanos 12.1–2).

La bien conocida traducción de este verso, que hizo J.B. Phillips, es como sigue: “No dejéis que el mundo os meta dentro de su molde”. El mundo tiene su manera de ser, y los cristianos han de ser diferentes. Es la devoción a Dios, no la aceptación por parte del mundo, lo que debemos ponernos como meta de nuestras vidas.

Pablo, nuevamente, hizo un contraste entre el estilo de vida del mundo y el del cristiano, cuando escribió acerca de “las obras de la carne” y “el fruto del Espíritu”:

Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley (Gálatas 5.19–23).

La diferencia entre la manera como un hijo de Dios vive y la manera como un hijo de este mundo vive es absoluta; son dos caminos diferentes los que han de seguir. Lo que debería sorprendernos no es que seamos diferentes y no marchemos al mismo paso de nuestra cultura; más bien, lo que debería sorprendernos y preocuparnos, ¡es que nos hallemos siendo casi iguales a todos los que nos rodean! ¿Notó usted cuánto se aplican las “obras de la carne” y “el fruto del Espíritu” al matrimonio? Deberíamos esperar, por lo tanto, que sea poco lo que el enfoque cristiano del matrimonio y el enfoque no cristiano, tengan en común.

COMPROMISO PARA TODA LA VIDA

Malaquías escribió acerca del aborrecimiento que Dios siente hacia el divorcio: “Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio,² y al que cubre de iniquidad su vestido, dijo Jehová de los ejércitos. Guardaos, pues, en vuestros espíritu, y no seáis desleales” (Malaquías 2.16). Tenga cuidado de no leer mal este versículo. ¡Allí no dice que Dios aborrece a los divorciados; lo que dice es que él aborrece el divorcio! A los ojos de Dios el divorcio consiste en el rompimiento de un pacto, en la renuncia a un compromiso. Además de lo anterior, el divorcio consiste en la separación de algo que Dios mismo ha juntado. Esto fue lo que Jesús dijo: “Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Marcos 10.9). El plan de Dios para las personas ha sido, desde el comienzo de los tiempos, un hombre para una mujer para toda la vida. Él sabe que no es fácil, y rara vez es éste el estilo del mundo, pero él sabe que es lo mejor. En consecuencia, él llama a su pueblo a vivir a la altura de ese estándar.

Pablo proclamó este mismo estándar en medio del escenario de inmoralidad que reinaba en la Corinto del siglo I (1 Corintios 7.10–16). Él llamó a los discípulos corintios, cuyas parejas no fueran cristianas, a quedarse unidos en matrimonio. Obviamente había dificultades entre aquellas parejas, y es probable que muchos de ellos estuvieron diciendo que lo mejor era que los cristianos se apartaran de la influencia de sus cónyuges incrédulos. Incluso en situaciones dificultosas, Pablo insistió en que lo correcto era que estos cristianos permanecieran unidos en matrimonio y honraran los pactos que habían hecho. Reiterando lo dicho, es un estándar riguroso y alto el que Dios le ha dado a cumplir a los cristianos. El mundo

² Nota del traductor: En la versión de la Biblia, que utiliza el autor de este artículo, aquí se lee “divorcio” en lugar de “repudio”.

puede hacer lo que quiera, pero Dios espera de sus hijos que ellos sigan siendo fieles a sus votos matrimoniales.

UN COMPROMISO COMUNITARIO

Sören Kierkegaard, un filósofo danés, una vez escribió: “No es de información de lo que se carece en la tierra cristiana; es otra cosa de la que se carece, y esto es algo que un hombre no le puede comunicar directamente al otro”.³ Aunque la obtención de la información correcta es como damos comienzo a nuestros esfuerzos para arreglárnoslas para vivir entre los samaritanos, hay una “cosa de la que se carece”. Nadie que yo conozca ha aceptado unirse en matrimonio teniendo en mente que se va a divorciar. Incluso se oyen canciones seculares por radio, en las que se usan expresiones tales como “para siempre” y “por siempre”. A menudo brindo orientación premarital a parejas en edad universitaria. Cuando les hablo acerca del divorcio, yo ya sé lo que me van a decir, incluso, antes de que abran sus bocas. “No creemos en el divorcio”, afirman llenos de confianza. “Para nosotros, el divorcio no es una salida”. ¿Por qué acaban divorciadas tantas parejas si conocían bien la información cuando dieron comienzo a su matrimonio? Es obvio que hay algo de lo que se está careciendo y ello no es información.

El ingrediente que falta en los matrimonios con problemas, me parece, es la iglesia. Ésta es, en primer lugar, una comunidad donde las personas perseveran juntas, proveyendo cierta presión de grupo positiva. Cada vez que nos reunimos vemos a personas que han estado juntas por cincuenta o sesenta años, y el verlas nos alienta. Hasta los matrimonios con problemas nos alientan, pues ellos muestran que hay personas que están dispuestas a luchar con el fin de fortalecer sus matrimonios.

La iglesia también es vital para el compromiso matrimonial porque ella nos provee de una familia mayor dentro de la cual nuestras familias pueden vivir, batallar, nutrirse y sobrevivir. Me temo que muy a menudo, los cristianos estadounidenses miran en la iglesia una especie de centro de información para el matrimonio, pero no más que eso. Esa mentalidad busca en la iglesia enseñanza, seminarios y talleres a los que podamos asistir a obtener información, la cual después llevamos a casa y tratamos de poner en práctica aislados del resto de la iglesia. Un modelo más bíblico es dejar

³ Fred B. Craddock, *Overhearing the Gospel (Lo que otros dicen acerca del evangelio)* (Nashville, Tenn.: Abingdon Press, 1978), 9.

que nuestros matrimonios sean parte de una comunidad mayor.

Cuando le escribió a Tito, Pablo describió la manera como la iglesia debe funcionar como un centro para la instrucción de familias, en el que las ancianas les enseñan a las jóvenes cómo ser esposas y madres cristianas (Tito 2.1–5). Cuando una iglesia funciona de esta manera, los que son jóvenes e inmaduros tienen acceso a muchos de los recursos necesarios de la edad, la experiencia y la madurez. Cuando los problemas surgen, todo mundo siente la angustia y corre a ayudarles a los que tienen necesidad. Cuando el descuido y el abuso tienen lugar, “los familiares” intervienen y les piden cuenta a los miembros por su comportamiento, y le ayudan a la pareja a resolver el problema. A mí siempre me alienta cuando oigo que alguien dice de la iglesia, de los miembros de ésta: “Estuvieron a nuestro lado en los momentos más difíciles, y anduvieron con nosotros hasta salir de nuestra crisis. ¡Se comportaron como familiares con nosotros!”.

Para que tales relaciones tan esenciales puedan brotar dentro de la iglesia, las parejas deben responsabilizarse de procurar estar vinculados al apoyo que van a necesitar. Por un lado, necesitan acercarse a parejas mayores, más experimentadas, cuyos matrimonios admiren. Necesitan invitar a sus mentores a sus casas, para comer juntos y encontrar maneras de pasar tiempo con estas personas que pueden proveer consejo sabio y amoroso, así como apoyo alentador. Cuando mi esposa y yo estábamos recién casados, nos mudamos a una pequeña ciudad de Mississippi, donde yo le predicaba a una iglesia y mi esposa trabajaba en el hospital local. Como no conocíamos a nadie en la ciudad al mudarnos allí, pronto nos hallamos recibidos por una maravillosa pareja cristiana treinta años mayor que nosotros. Durante los primeros dos años de nuestro matrimonio, Larry y Winnie Murray nos alimentaron, nos dieron aliento, jugaron a las cartas con nosotros, y fueron a la iglesia con nosotros. Todavía les reconocemos el hecho de haber convertido nuestro primer hogar en una maravillosa experiencia, y a menudo los recuerdo cuando me pongo a pensar en las formas como la iglesia debe dar aliento a todas sus familias.

Las parejas deben trabajar para construir una sólida red de amigos cristianos antes de que el mínimo de los problemas dé comienzo. Una vez que un matrimonio entra en crisis, es virtualmente imposible desarrollar la clase de amistades mutuas que todo matrimonio necesita. El predicador de Eclesiastés les aconsejó así a los jóvenes: “Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que

vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento” (Eclesiastés 12.1). El momento de prepararse para los problemas es antes de que sucedan, y el momento de desarrollar una red de apoyo para su matrimonio es antes de que las dificultades surjan.

CONCLUSIÓN

Haga una pausa en este momento y renueve sus compromisos. Puede que usted desee tomar la mano de su esposa y de sus hijos, a la vez que, delante de Dios, usted se compromete a amarlos por el resto de su vida. ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

“Tu hijo vive”

(4.46-54)

Un fin de semana del otoño de 1977, al comienzo de mi último año de estudios en el Harding College, en varios vehículos cargados, viajamos una gran cantidad de estudiantes desde Searcy, Arkansas, hasta Florence, Alabama, con el fin de participar en un seminario sobre cómo ganar almas. De todas las maravillas que oí y en las que participé aquel fin de semana, nada estuvo más cargado de energía que la conferencia dictada por Otis Gatewood, un viejo misionero y héroe para muchos de los que estábamos reunidos allí. A él se le pidió que hablara sobre cómo había sobrevivido los apuros y tribulaciones que durante más de treinta años sufrió en el campo misionero. Esa noche él habló acerca de la soledad, la oposición de algunos hermanos, la persecución por parte de ciertos gobiernos, la muerte de seres queridos y de colaboradores, y de otras tribulaciones que soportó por causa de su obra de amor en el esparcimiento del evangelio.

Estábamos embelesados escuchando al hermano Gatewood poniéndonos al tanto de toda una vida de recuerdos sobre su obra en Europa, pero lo que más recuerdo es el texto que él utilizó aquella noche: Juan 4.46-54. Charles Coil, el presidente del International Bible College y director de las conferencias, había invitado al hermano Gatewood a hablar y le había sugerido que este texto sería apropiado para el tema que iba a tratar. Aquel sermón, intitulado: “Una caminata a través de la oscuridad”, ha servido de base a la manera como he considerado a las dificultades desde entonces. He expuesto sobre este texto en estudios bíblicos personales, y se lo he leído a familias en cementerios cuando afrontaban los momentos más difíciles de sus vidas. Es un texto hermoso, lleno de poder, y

consolador; y constituye la base de esta lección.

EL DESESPERADO PADRE (4.46-47)

Después de su encuentro con los samaritanos, Jesús regresó a Galilea, donde él estaba llegando a ser una figura cada vez más popular. Cuando regresó a Caná, el lugar donde había hecho su primera señal, Jesús tuvo un encuentro con un oficial del rey que había venido a rogar por la vida de su hijo. El intercambio que se dio entre estos dos hombres constituye otro modelo para nosotros los que estamos andando por el camino de la fe.

Son pocos los detalles específicos que conocemos acerca de la posición o política del oficial del rey. Lo que sí sabemos es que debió haber sido parte de la administración de Herodes, el Tetrarca, mejor conocido como Herodes Antipas, el inicuo gobernante que había dado órdenes de decapitar a Juan el Bautista. Dadas las conexiones especiales que él poseía con los que estaban en las altas esferas del poder, también podemos especular que él debió haber sido un hombre de gran influencia.

Es probable que Caná, el lugar donde este oficial se encontró con Jesús, estuviera situada a unos treinta y seis kilómetros de Capernaum, donde el muchacho guardaba cama por causa de la enfermedad. Cuando el hombre oyó que Jesús estaba en Caná, viajó hasta ésta a pedirle a aquél que regresara con él a Capernaum a sanar a su hijo, el cual estaba “a punto de morir” (4.47). No es mucho lo que sé acerca de este hombre, pero lo que sí sé es que cuando un padre tiene un hijo gravemente enfermo, ¡no hay otra cosa en el mundo que importe!

Hace varios años a una de mis hijas se le

desarrolló una infección en la sangre que no cedía. Se le trató una y otra vez con antibióticos, pero éstos no pudieron eliminar lo que estaba mal, así que el pediatra nos envió al hospital una mañana, con el fin de que le tomaran una muestra de sangre a nuestra hija para hacerle más análisis. Nadie nos lo dijo, pero nosotros sabíamos que los análisis eran con el fin de verificar si tenía leucemia. Ése fue el día más largo de mi vida. Todo lo que había sido importante los días anteriores, inmediatamente se convirtió en detalles triviales. Todo lo que importaba en ese momento era la salud de mi pequeña hija. Le doy gracias a Dios de que los análisis revelaron que ella iba a estar bien, pero jamás olvidaré cómo el mundo entero “desapareció de mi vista” ese día, cuando temí por la vida de ella.

El padre del texto que estamos estudiando, trabajaba para Herodes, lo cual lo convertía en una especie de embajador político. El evangelio de Marcos, contiene una interesante referencia cruzada, en la que se indica que los herodianos estaban envueltos en una conspiración para matar a Jesús. Después del incidente en el que Jesús sanó, el día de reposo, a un hombre que tenía una mano seca, esto es lo que leemos: “Y salidos los fariseos, tomaron consejo con los *herodianos* contra él para destruirle” (Marcos 3.6; énfasis nuestro). Es posible que en algún momento anterior el padre de esta historia hubiera buscado la manera de ejecutar a Jesús. No obstante, eso era política; cuando un hijo está a punto de morir, ¡la política deja de tener importancia!

Una situación similar ocurrió en 1981, cuando el presidente estadounidense, Ronald Reagan, recibió un disparo y fue llevado urgentemente al hospital. Rápidamente se le preparó para una intervención quirúrgica y se le llevó en una camilla a la sala de operaciones. Cuando vio a su cirujano, el Presidente se quitó la mascarilla de oxígeno y, con el legendario humor que le caracteriza, le preguntó: “¿Es usted republicano?”. El doctor respondió poniéndole la mascarilla nuevamente en su lugar y diciéndole: “Señor Presidente, hoy todos somos republicanos”. Cuando es la vida lo que está en juego, las diferencias partidarias se desvanecen en el trasfondo de la preocupación de todos.

Hay otro aspecto de la petición de aquel padre, el cual debe señalarse antes de seguir adelante con este pasaje. Cuando él vino a Jesús, él “le rogó” a éste que fuera a sanar a su hijo. El tiempo del verbo griego es imperfecto, lo cual indica que se trató de una acción continua. En otras palabras, este oficial, el cual es probable que fuera un hombre importante

a los ojos del pueblo, ¡le estaba rogando a Jesús que salvara la vida de su hijo! Ésta era su última esperanza, así que hizo a un lado su orgullo y le suplicó a este polémico y poíbre rabí por la vida de su hijo.

EL PREOCUPADO SALVADOR (4.48–50)

Cuando Jesús oyó la petición del padre del muchacho, su primera respuesta fue reprender a la gente que estaba allí cerca. Esto fue lo que dijo: “Si no viereis señales y prodigios, no creeréis” (4.48). Una vez más, nos vemos escandalizados por la respuesta abrupta de Jesús. Era ternura, apoyo y esperanza, lo que esperábamos del Señor. En lugar de ello, hallamos reprensión. Una vez más, hallamos a Jesús motivando a la gente a tener fe, e insistiendo en que no se conformen con sustitutos inferiores de ésta, los cuales son tan comunes.¹

La reprensión de Jesús debería llevarnos a pensar en lo que hacemos en el nombre de ayudarles a otros. ¿Estamos más dedicados a la búsqueda de la verdad, o a la búsqueda de la comodidad? ¿Estamos más preocupados porque las personas crean, o porque sean libradas de sus trastornos emocionales? Siempre me han significado una advertencia y reprensión las siguientes palabras de Henri Nouwen:

Un ministro no es un doctor cuya tarea primordial sea quitar el dolor...

Tal vez la tarea primordial del ministro sea el impedir que la gente sufra por razones que no debieran. Son muchas las personas que sufren por causa de los falsos supuestos bajo los cuales han guiado sus vidas. Uno de tales supuestos es que el temor, la soledad, la confusión y las dudas no debieran existir. Pero estos sufrimientos pueden ser tratados de modo creativo sólo cuando se les acepta como heridas que forman parte integral de nuestra condición humana. Por lo tanto, el ministerio es un servicio en el que se tienen muchas confrontaciones. No le permite a la gente hacerse ilusiones de inmortalidad y sanidad. Nos mantiene recordándonos a los demás que ellos son mortales y están quebrantados, y también que, es mediante el reconocimiento de esta condición, que la liberación da comienzo.²

Pienso que Jesús estaba profundamente preocupado por este afligido padre y por el hijo moribundo de éste, pero también pienso que él estaba más preocupado por la relación de ellos con Dios. Jesús deseaba que el niño fuera sano y que el corazón de aquel padre no siguiera destrozado,

¹ Vea 2.23, 24; 6.26.

² Henri J. M. Nouwen, *The Wounded Healer (El sanador herido)* (Garden City, N.Y. : Image Books, 1972), 92–93.

pero su deseo de que la gente perdida fuera salva, era aún mayor. Jesús vio que la necesidad más grande de la vida que aquel oficial del rey tenía, no era de que se le librara de la muerte física; sino ¡necesidad de Dios! Jesús también veía que la posibilidad de que un hijo se le muriera, era lo que le había abierto el corazón de este hombre a su más grande necesidad.

Antes de seguir con esta historia, es necesario que todos hagamos una pausa para preguntarnos cuál es nuestra preocupación más grande en este momento. ¿Qué asunto es el que está ocupando su mente ahora mismo? Aunque es importante para usted, es probable que tal asunto no constituya su más grande necesidad. Sin embargo, ello puede servirle para reconocer esa más grande necesidad —¡abrirle su corazón a Dios!

La reprensión que Jesús les hizo a los oyentes es interrumpida en la historia, por el ruego persistente del padre: “Señor, desciende antes que mi hijo muera” (4.49). Tal vez tenga un significado especial el modo como el hombre habló de su hijo en este momento. Aquí él utilizó la palabra griega *paidion*, que significa “mi muchachito”, y no las más genérica *huios*, que significa “mi hijo”, la cual aparece en los versículos 46 y 47. No se hace mención alguna de rango o condición —no se mencionan títulos. Éste es el cuadro doloroso de un hombre quebrantado rogando por la vida de su “muchachito”.

Cuando las palabras de sanidad por fin fueron dichas, ellas fueron simples y directas. Esto fue lo que Jesús dijo: “Ve, tu hijo vive” (4.50). No fue necesario recorrer la distancia de treinta y seis kilómetros que lo separaba de Capernaum, para poder cumplir con su misión. Simplemente pronunció la palabra y el muchacho fue sano.

LA NOCHE DE FE (4.50–54)

Con una palabra de Jesús, la pesadilla del padre llegaba a su fin —¿o no? Eran treinta y seis kilómetros los que todavía le separaban del momento de ver con sus propios ojos que su pequeño hijo ya se había recuperado. Por alguna razón (tal vez porque era tarde³ o porque el hombre estaba cansado) él no pudo regresar a casa aquella noche. No fue sino hasta el día siguiente que él se pudo encontrar con sus siervos, los cuales vinieron para decirle que su hijo estaba, de hecho, sano y salvo. Cuando les preguntó acerca de la hora cuando se recuperó, esto fue lo que se le respondió:

³ “...las siete” equivalían a la 1:00 p.m. de la hora judía, o las 7:00 p.m. de la hora romana.

“Ayer a las siete le dejó la fiebre” (4.52). Él inmediatamente reconoció que en ese preciso momento fue cuando Jesús le había dicho: “Ve, tu hijo vive”.

El detalle que me fascina en esta historia, y del que Otis Gatewood habló en su poderoso sermón de 1977, es que el padre del chico esperó una noche desde el momento en que recibió la promesa de la sanidad de su hijo y el momento en que se le confirmó el milagro. Él “creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue” (4.50). En la NIV⁴ se lee: “El hombre aceptó la palabra de Jesús y se fue”. Lo experimentado aquella noche, en la vida de aquel padre, es una poderosa imagen de cómo vivimos la vida todos nosotros; la vivimos esperando con paciencia que pase la noche que separa a la promesa del cumplimiento de ella.

La noche tiene algo que vuelve los problemas y los temores, más amenazadores de lo que son cuando vistos a plena luz del día. Las películas de terror casi siempre se programan para la noche, pues es la oscuridad lo que nos aterroriza. Yo no permito que los problemas serios ocupen mi mente cuando todo está oscuro. Si no puedo dormir, o si me despierto de noche preocupado por algún problema serio en particular, me levanto, voy a la cocina, donde pueda encender una luz y así pensar en una solución para mis dificultades, ¡con los ojos abiertos!

Como él se encontraba a treinta y seis kilómetros de su casa, podemos suponer que este oficial pasó la noche poniendo esperanza contra esperanza, y batallando con sus temores. Me pregunto si él pasó de la confianza llena de optimismo en un momento, a las oscuras dudas en el siguiente. Ni siquiera sabemos su nombre, pero todos nosotros podemos identificarnos con este hombre; pues todos nosotros conocemos las luchas de la noche que transcurre entre la promesa y el cumplimiento de ella.

Claudette Jones, una maravillosa dama cristiana, murió el 10 de noviembre de 1994, después de una larga batalla contra el cáncer. Ella le hizo frente a su enfermedad y a su dolor con una singular gracia, y asombrosa valentía. El esposo de ella, Jerry, y los hijos de ellos —junto con sus amigos y miles de personas, que ni siquiera la habían conocido— fueron bendecidos por la forma tan maravillosa como ella le hizo frente a su enfermedad y a su muerte. La semana antes de fallecer, ella habló con su madre, Georgia DuBois, por teléfono. Sabiendo

⁴ Nota del traductor: La NIV es la New International Version, una versión en inglés de la Biblia, de la que hemos traducido las palabras citadas.

que pronto moriría, Claudette le dijo a su madre: "Papito y yo te estaremos esperando". Tal es la promesa que Dios les ha hecho a sus hijos. Para Claudette, la fe ya se convirtió en vista, mientras que al resto de nosotros que quedamos, nos falta esperar con paciencia a que pase la noche que separa a la promesa del cumplimiento de ella en los cielos.

La experiencia del preocupado padre nos sirve de modelo a todos nosotros para que crezcamos en nuestra fe en Jesús. Al comienzo de la historia, este padre tenía suficiente fe en Jesús, como para venir y rogar por la vida de su hijo. Es probable que su fe fuera la del que piensa que "nada se pierde con pedir". Luego, después de hablar con Jesús, él "creyó la palabra que Jesús le dijo" (4.50). Por último, cuando oyó de testigos oculares, que su hijo vivía, "creyó él con toda su casa" (4.53). Observe cómo su fe progresó, pues, siendo ésta al comienzo, la esperanza de uno al borde de la desesperación, se transformó más adelante en la seguridad de uno que está lleno de confianza. La fe, como él lo demostró, es un proceso difícil, a menudo agotador, el cual consiste en depositar nuestra confianza en la confianza.

CONCLUSIÓN

Una última verdad debe enfatizarse antes de concluir la historia del oficial del rey y Jesús. Quiero que usted mire detenidamente al rostro de Jesús. Lo que usted vea allí le hará arder la esperanza y le llevará a tener confianza.

En primer lugar, vea el rostro de la verdad. Jesús reveló en este encuentro que él se rehúsa a permitir que alguno de nosotros viva con una mentira cómoda. Hay algo más importante que el estar aliviados del dolor: nuestra relación con Dios. Como cristianos que somos, no debemos permitir que la obsesión de nuestra sociedad, con una vida libre de dolor, nos oscurezca nuestro compromiso con la verdad. La cuestión más importante en la vida de toda persona es la salvación de su alma.

Jesús siempre tuvo a la vista esta verdad todo el tiempo; usted y yo no debemos hacer menos.

En segundo lugar, vemos el rostro de la compasión. Jesús continuamente demostró que, como el "Verbo fue hecho carne", él pudo identificarse con la condición humana. Jesús sabía que, en el contexto de la eternidad, la sanidad del muchachito sólo servía para demorar lo inevitable. Algún día, el muchacho iba a morir. En el contexto de la eternidad, dudo que esto tenga alguna importancia; pero los seres humanos se duelen en gran manera cuando un ser querido muere. Jesús entendía el amargo dolor que sentía el padre del muchacho y actuó por compasión sanando al hijo.

Por último, vea el rostro de la esperanza. Jesús jamás prometió sanarnos de todas nuestras enfermedades, pero sí prometió ir a prepararnos un lugar para nosotros (Juan 14.2). Jamás prometió facilitarnos todas las cosas, pero sí prometió estar siempre con nosotros (Mateo 28.20). Nos ha llamado a depositar nuestra confianza en él y a seguirlo a través de la noche de la vida, la cual en ciertos momentos puede ser causa de temor. Juan declaró, y lo creemos, ¡que Jesús es digno de nuestra confianza! ■

¿Vive usted en el sótano?

En el famoso cuadro de Holman Hunt, "La Luz del Mundo", el pestillo se encuentra en la parte de adentro de la puerta. Un crítico, al comenzar a ver el cuadro, le hizo ver al artista que faltaba el pestillo de la parte de afuera. El artista dijo que la puerta representa al hombre, el cual debe abrirla él mismo, cuando Cristo llama.

Una vez que un niño estaba viendo el cuadro, le preguntó a su padre: "Papá, ¿por qué no dejan entrar a Jesús?". "No lo sé, hijo", respondió el padre. Al momento dijo el niño: "Papá, ya sé por qué no dejan entrar a Jesús. Ellos viven en el sótano, y no pueden oírlo llamar".

Joseph A. Smith

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

“¿Quieres ser sano?”

(5.1-18)

Menciónale el nombre “Bethesda” a un estadounidense, y es probable que éste se imagine el Hospital Naval de Bethesda y el Instituto Nacional de Salud. Llama la atención el hecho de que aquella ciudad de Maryland, llamada Bethesda, la cual era pequeña, se haya convertido en un centro médico, reconocido mundialmente ¡gracias a su nombre! Un día que el fallecido Presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, viajaba en automóvil a través de la ciudad junto con su consejero de confianza, Harry Hopkins, éste le mencionó el curioso nombre de la ciudad y el trasfondo de su nombre. Al oír tal explicación, el Presidente Roosevelt decidió que ése era el lugar ideal para situar el nuevo Instituto Nacional de Salud.¹ Bethesda, según parece, es el nombre que mejor le va a un lugar donde haya sanidad.

LA SANIDAD (5.1-8)

Había en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque llamado “Bethesda”,² nombre que significa “casa de misericordia”. Se le conocía como un lugar de sanidad, por tal razón los “enfermos, ciegos, cojos y paralíticos”, fijaban su residencia en los cinco pórticos que rodeaban el estanque. No hay duda de que debió haber producido lástima el ver tanto dolor y sufrimiento, en aquellas personas provenientes de Jerusalén, reunidas en este sitio en particular. Muchos venían porque eran echados del seno de sus propias familias. Esto es algo que todavía sucede hoy día

¹ Gerard Sloyan, *John (Juan)*, Interpretación: A Bible Commentary for Teaching and Preaching (Atlanta, Ga.: John Knox Press, 1988), 78.

² También llamado Betzata o Betsaida.

en ciertas partes del mundo; cuando algún miembro de la familia pierde la salud y es incapaz de “arreglárselas por sí mismo”, éste es llevado a una ciudad cercana y es dejado allí para que se gane la vida pidiendo. Tal práctica era común en la Jerusalén del siglo I.

Los afligidos se reunían alrededor del estanque de Bethesda, también, porque allí veían por lo menos un destello de esperanza. Habían probado otros métodos de sanidad, y todos habían fracasado. No obstante, habían oído acerca de las sanidades que se habían dado junto a este estanque, y por ello anhelaban probar los poderes milagrosos de éste. Es grande el debate que se da hoy día, en círculos médicos estadounidenses, sobre los tratamientos no tradicionales para aquellas enfermedades que en estos momentos son incurables para la medicina. La mayoría de nosotros sabemos que —independientemente de nuestra opinión sobre tales tratamientos— si nos estuviéramos muriendo, es probable que haríamos casi cualquier cosa que nos diera la más mínima esperanza de sanarnos. Tal era la agitación que se daba en los corazones de aquellas almas abandonadas de Bethesda.

Durante una fiesta judía, estando Jerusalén atestada de visitantes y bullendo de revuelo, Jesús pasó cerca del estanque de Bethesda y vio a un hombre que tenía treinta y ocho años de ser paralítico, el cual estaba acostado allí (5.5). Cuando leí este texto el año pasado, el pequeño detalle del tiempo que este hombre había estado sufriendo me causó conmoción como nunca antes. En mayo de ese año llegué a cumplir los treinta y ocho años de edad. ¡Este hombre había estado enfermo por un tiempo igual al que yo había estado vivo! No me

puedo ni siquiera imaginar cómo pudieron haber sido esos treinta y ocho años para él.

Cuando Jesús vio a aquel hombre que estaba cerca del estanque, y conoció su historia, él le hizo la siguiente pregunta: “¿Quieres ser sano?” (5.6). ¿Por qué le dijo esto? ¿No es algo que se da por sentado que toda persona enferma desea ser sana? ¿No fue más bien el colmo de la insensibilidad y un insulto el preguntarle a un hombre parálítico si él deseaba poder caminar?

Una reconsideración nos permite ver que aquella realmente era una buena pregunta —tal vez la más importante que Jesús alguna vez hiciera. Era importante, porque *no* todo mundo desea ser sano. Cuando ocurren cambios en algún aspecto de nuestras vidas, ellos por lo general estremecen nuestro mundo y a su vez producen cambios en todos los demás aspectos. ¿Estaba el cojo dispuesto a hacer tales cambios? ¿Estaba él dispuesto a aceptar la responsabilidad de sí mismo? ¿Deseaba él obtener un empleo regular e ir todos los días a trabajar? ¿Podía él sobrevivir la pérdida de su condición de víctima? Que la aflicción que sufrimos sea física, emocional, espiritual, o no lo sea, lo cierto es que la pregunta de Jesús: “¿Quieres ser sano?”, realmente es una buena pregunta.

La respuesta del hombre a Jesús fue que el estaba afligido porque cuando el agua se agitaba y la sanidad era posible, él no podía llegar al estanque antes que otro descendiera al agua (5.7). Jesús luego le dio las siguientes instrucciones al hombre: “Levántate, toma tu lecho, y anda” (5.8). El hombre, quedando asombrado él mismo y todos los que le rodeaban, hizo exactamente lo que Jesús le había dicho: ¡Comenzó a andar! Dado el énfasis en la fe que Juan le da a este evangelio, es curioso que nada se diga acerca de la fe de este hombre. Por cierto, parece haberse sentido confundido por todo lo que le estaba sucediendo y por la polémica que se suscitó por causa de esta milagrosa sanidad.

LA POLÉMICA (5.9–15)

¿Puede usted imaginarse el haber sido cojo durante treinta y ocho años, y que el día que es sanado la gente lo comienza a criticar por llevar al hombro su lecho? Eso fue exactamente lo que le sucedió al hombre que estaba junto al estanque. Los líderes judíos comenzaron a reprenderlo por actuar así, pues al modo de verlo ellos, eso constituía un quebrantamiento del día de reposo (5.10). El hombre que había sido cojo una vez tenía una gran respuesta: El que lo había sanado le había dicho que tomara su lecho, y ¿quién le desobedecería a un hombre que lo acaba de sanar a uno?

Los líderes judíos estaban muy molestos, pues a su modo de verlo se estaban quebrantando por lo menos dos estipulaciones de la ley del día de reposo. En primer lugar, les escandalizaba el ver al hombre llevando consigo su lecho el día de reposo, y en segundo lugar, les escandalizaba el oír que Jesús había sanado a este hombre el día de reposo. ¡Uno pensaría que estos hombres iban a estar alegres de que el hombre fuera sanado después de treinta y ocho años de sufrimiento! No obstante, estaban tan preocupados por las tradiciones que sólo podían pensar en los posibles quebrantamientos del día de reposo que podían haber sido cometidos por este hombre y por cualquiera que lo hubiera sanado.

El día de reposo era el ejemplo favorito de Jesús para poner a prueba las tradiciones de los rabíes. La ley del día de reposo, según se presenta en el Antiguo Testamento, había sido directa y sencilla; el día sétimo no se debía trabajar.³ Para el tiempo cuando Jesús vino, los rabíes habían elaborado un complejo conjunto de reglas acerca de qué era permitido hacer y qué no, el día de reposo. En el Mishnah, en el cual se consignaban muchas de las enseñanzas que estaban en boga durante el siglo I, se dedica una sección completa al día de reposo. En total, eran treinta y nueve clases de trabajo las que estaban prohibidas el día de reposo: tareas tales como coser, moler, tamizar, hornear, tejer, cazar, escribir dos cartas, encender un fuego y golpear con un martillo.⁴

Es obvio que las leyes sobre el día de reposo habían tomado su propio curso y se habían convertido en algo que no reflejaba el propósito original de ese día. En otra ocasión, esto fue lo que Jesús les recordó a sus oyentes: “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo. Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo” (Marcos 2.27–28). Tal como este pasaje lo señala, las polémicas que sobre el día de reposo se suscitaban entre Jesús y los líderes judíos, tenían menos que ver con las violaciones del día de reposo en sí, que con aquello que la sanidad el día de reposo, revelaba acerca de la verdadera identidad de Jesús.

EL RESULTADO (5.16–18)

En el momento de su sanidad, el hombre que estaba junto al estanque no tenía ni idea acerca de quién era el que le estaba diciendo: “Levántate, toma tu lecho, y anda”. Jesús, pasado ese momento, se escabulló entre la muchedumbre de la fiesta y

³ Éxodo 20.8–11; Deuteronomio 5.12–15.

⁴ M. Shabb. 7.2.

desapareció. No obstante, después de la polémica, Jesús halló al hombre en el templo y le instó a no pecar más, para que no le viniera alguna cosa peor que la parálisis (5.14). Después de este segundo encuentro con Jesús, el hombre fue a los líderes judíos y les dijo que Jesús era el que le había sanado.

La respuesta de los líderes judíos no fue serena ni guiada por la razón; no tomaron en cuenta la nueva información que se les proporcionó ni pospusieron su decisión hasta tener mejor criterio. En lugar de ello “los judíos perseguían a Jesús” por las violaciones del día de reposo que él supuestamente había cometido (5.16). Jesús, por tal razón, expresó valientemente lo que sus oponentes estaban planeando en secreto. Les dijo: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (5.17). Esto confirmó lo que tanto sospechaban. La verdadera cuestión no era el trabajo durante el día de reposo; era la identidad y fuente de autoridad de Jesús. El sanar el día de reposo parecía indicar que Jesús era mayor que el día de reposo. En lugar de considerar esta posibilidad, los líderes judíos se enneguercieron y su único propósito era matar a Jesús (5.18). Ellos reconocían que, al llamar a Dios su Padre, Jesús se hacía “igual a Dios” (5.18). Tal como Agustín lo hizo notar: “Ellos buscaron tinieblas en el día de reposo, más que luz en el milagro”.

La importante palabra, “señal”, no se encuentra en todo este pasaje. En este evangelio, las “señales” eran milagros obrados por Jesús, con el fin de guiar nuestra mirada más allá de los milagros mismos, hacia la fuente del milagroso poder de Jesús. Esta historia cuenta que definitivamente se había producido un milagro. No obstante, estas personas estaban tan endurecidas de corazón, que no podían ver más allá del milagro, a la fuente de éste. En consecuencia, Juan no utilizó en ninguna parte del relato, el término “señal”, para referirse al milagro.

A los eventos que rodearon la sanidad del hombre que estaba junto al pozo se les podría denominar un ejemplo de no conversión. Así como hallamos varios ejemplos de no conversión en Hechos, también estas personas fueron confrontadas con la verdad, y no fueron capaces de

aceptarla. Éste es un ejemplo en el que “la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella” (1.5).⁵ Como resultado de que los líderes judíos se rehusaron a creer en Jesús, la feroz oposición de ellos dio comienzo en este punto del evangelio de Juan.

CONCLUSIÓN

La desacertada división entre los capítulos 4, y 5, que se da aquí, nos puede impedir que relacionemos la historia acerca del oficial del rey en 4.46–54, con el relato sobre los líderes judíos de Jerusalén que se encuentra en 5.1–18. Tanto el oficial como los judíos fueron testigos de un milagro. El uno y los otros vieron al poder de Dios sanando a alguien. Todos fueron forzados a tratar de comprender la cuestión sobre la identidad de Jesús. Las situaciones en las cuales se encontraban eran llamativamente similares en muchos aspectos; pero las conclusiones a las cuales se llegó, fueron completamente contrarias. La “señal” del capítulo 4, creó fe en el corazón del padre del chico enfermo, mientras que el milagro del capítulo 5, tan sólo endureció los corazones de los líderes judíos.

Cada vez que esta historia se vuelve a contar hoy día, las mismas dos respuestas se manifiestan entre todos los que oyen. Algunos son llevados a tener una fe más profunda, gracias a lo que está relatado en estos pasajes, y otros, que escuchan las mismas palabras, no atinan sino a alejarse más de Dios. Reiterando lo dicho, se nos recuerda del propósito de Juan al escribir este evangelio:

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (20.30–31).

¿Está usted escuchando? ¿Está usted viendo? ¿Está usted buscando? ¿Está su corazón abierto? ¿En qué rumbo le ha llevado este pasaje hoy día? ■

⁵ Nota del traductor: En la versión que el autor utiliza se lee: “y las tinieblas no la entendieron”.

Juan, el camino de la fe

“... el Padre ama al Hijo” (5.19-47)

Para el año 49 a.C., Julio César había llegado a ser el hombre más poderoso de Roma. Había pasado dos años lejos de la ciudad, peleando contra tribus guerreras y demostrando sus grandes habilidades como general y como administrador. Para desaliento de sus oponentes políticos, el tiempo que había pasado en Galia, sólo sirvió para hacer más poderoso a César una vez de regreso a Roma.

Cuando a César le ordenó el Senado Romano regresar a Roma, en ese momento se dio cuenta de que sus enemigos estaban tratando de destruirlo. Para regresar a Roma debía cruzar el Río Rubicón y dejar tras sí sus tropas que le eran leales. Ese río había servido de barrera absoluta, más allá de la cual ningún general podía llevar sus tropas. Dado que a sus enemigos se les iba a permitir tener sus tropas con ellos, César se percató de que entrar en Roma le significaba su sentencia de muerte. En consecuencia, ¡tomó la audaz decisión de atravesar con sus tropas el Río Rubicón y llevarlas consigo a Roma! Cuando la noticia de que César había “cruzado el Rubicón”, llegó a la ciudad, todo mundo supo que la guerra civil había comenzado. Estaba actuando en forma provocadora para el Senado Romano y sus enemigos rápidamente huyeron de la ciudad. No habían pasado dos meses, cuando ya Julio Cesar había aplastado toda oposición y había sometido a toda Italia bajo su poder. Esta historia dio pie para que la expresión “cruzar el Rubicón”, sea utilizada, incluso hoy día, para referirse a una decisión que no puede ser revocada o a una acción decisiva que no puede ser cambiada.

Hasta este momento del evangelio de Juan, hemos estado echándole una mirada a las historias

de Jesús y sus tratos con las personas. Nos encanta verlo sanándolos de sus enfermedades, consolándolos en sus desánimos y guiándolos a la vida. Al comienzo del capítulo 5, Jesús sanó a un hombre cojo y desató una candente tormenta de oposición por parte de los líderes judíos. El texto de esta lección, 5.19-47, no contiene una historia. En su lugar, se trata de una sección aleccionadora en la que Jesús tomó la palabra en la totalidad de ella. No debemos saltarnos esta sección en nuestro afán por hallar otra sección narrativa, pues algo crucial estaba sucediendo aquí: *¡Jesús estaba “cruzando el Rubicón”!*

En este texto, Jesús se expresó de un modo que les dijo a todos: “¡Ésta es la guerra!”. Como estaba lleno del ímpetu que le daba lo que había hecho en la primera parte de este capítulo, el podía fácilmente haberse retirado o haber tratado de calmar el enojo de los judíos. En lugar de ello, “cruzó el Rubicón”, sabiendo que la crucifixión le aguardaba al otro lado. El pasaje se divide naturalmente en tres secciones, las cuales muestran todas a Jesús haciendo audaces afirmaciones, acerca de sí mismo, que pusieron furiosas a las autoridades y eventualmente lo llevaron a la cruz.

AFIRMA SER UNO CON EL PADRE (5.19-23)

Yo, en lo personal, soy muy parecido a mi padre, especialmente en el sonido de mi voz. Un día que era de Acción de Gracias, algunos amigos llamaron a mi casa esperando hallar a mis padres de visita por ser día festivo. Cuando respondí, la persona al otro extremo de la línea, preguntó: “¿Durley?” (el nombre de mi padre). Yo dije: “No, soy Bruce”. Y como lo esperaba, respondieron:

“¡Bruce, usted suena exactamente igual a su padre!”.

No solamente nuestras voces son casi iguales, pero últimamente pareciera que lo que en realidad decimos suena cada vez más y más igual. Recientemente, mi madre pasó una semana con nosotros, mientras mi padre iba de cacería fuera de la ciudad. No pude contar el número de veces esa semana que, después de un comentario que yo hiciera, mi esposa y mi madre se volverían a ver y dirían: “¡Suena casi como su padre!”. Estas palabras casi siempre eran seguidas por esta respuesta: “Asusta, ¿verdad?”.

Aunque nos parecemos en gran manera, mi padre y yo también somos diferentes. Mi padre es ingeniero, y yo, predicador. Déjennos libres una tarde, y es probable que lo encuentren a él reparando o construyendo algo, y a mí, en algún lugar, leyendo un libro. Somos parecidos, pero también diferentes. La relación de la cual habló Jesús, que había entre él y su Padre, guardaba todas las semejanzas que hay entre un padre y un hijo que son cercanos, pero no las diferencias que naturalmente se espera que haya.

Cuando Jesús dijo que Dios era su Padre, Él estaba afirmando algo de sí mismo que ponía furiosos a los líderes judíos. Después de la sanidad del cojo, cuando los oponentes de Jesús lo querían matar, la furia de ellos se debió a que “no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (5.18). Pudo haber sido una declaración que causara furia, pero era esencial para el mensaje y propósito de Jesús.

A Dios se le refiere como “Padre”, no menos de 122 veces en el evangelio de Juan. Para Jesús, el ser Hijo de Dios significaba que “todo lo que el Padre hace, también hace el Hijo igualmente” (5.19). Mientras Jesús anduvo sobre la tierra, la relación de él con su Padre era cercana, se fundamentaba en el amor, y entrañaba una completa comunicación. Mi padre y yo tenemos algunas diferencias notables, en cambio el Padre y el Hijo no tienen diferencia alguna. Aunque tienen diferentes funciones dentro de la trinidad, son uno en carácter, convicción, misión y corazón. ¡En otras palabras, no existe brecha generacional alguna entre este Padre y este Hijo!

Jesús dijo que el Padre y el Hijo son iguales en lo que hacen (5.19–20), en su capacidad para dar vida (5.21), y en su merecimiento de honra (5.23). Tales afirmaciones fueron consideradas blasfemas por parte de los líderes judíos y fueron precisamente las mismas que eventualmente hicieron que a Jesús se le clavara en la cruz. Cuando hizo

estas afirmaciones, Jesús sabía que con ellas le estaba declarando la guerra espiritual a sus oponentes.

AFIRMA QUE SU MISIÓN ES DIVINA (5.24–29)

En 5.24–29, Jesús hizo dos atrevidas afirmaciones que lo distinguían como el Hijo de Dios. *En primer lugar, afirmó tener vida y ser capaz de darla:*

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo;... (5.24–26).

El hecho de que al Padre se le consideraba el gran Dador de vida, convertía esta afirmación en otra manera como Jesús se hacía “igual a Dios” (5.18).

En segundo lugar, él afirmó ser el que haría juicio al final de los tiempos:

... y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación (5.27–29).

Su voz, afirmó él, iría un día a levantar a los muertos a una “resurrección de vida” o a una “resurrección de condenación” (v. 29).

La mención del juicio, que hace Jesús, no parece hacerlo más querido para los oyentes modernos de lo que lo fue para la gente del siglo I. El concepto de un juicio final es por lo general ridiculizado por la sociedad e ignorado por la mayoría de los cristianos debido al desagrado que causa. Este pasaje nos recuerda que Jesús habló abiertamente acerca del juicio. De hecho, Jesús fue el que más habló acerca del juicio, en comparación con todos los demás que registra el Nuevo Testamento. El esquivar esta parte de su enseñanza equivale a negar una verdad vital y a separarnos de una poderosa motivación para la vida santa. Además, sin una doctrina coherente, acerca del final de los tiempos, no habría fervor para las misiones de la iglesia. Si no nos ocupamos del día del juicio, tendremos poca motivación para hacer a otros partícipes del evangelio, ya sea que vivan al otro lado del océano, o ¡al frente de nuestras casas!

Las afirmaciones de Jesús acerca de su misión

divina hizo que sus oyentes pasaran de darle énfasis a su identidad a darle énfasis a lo que él estaba haciendo. Sus afirmaciones en el sentido de ser el Hijo de Dios suponían su dedicación a la obra de Dios. Cuando él afirmó estar haciendo la obra del Padre, Jesús siguió confrontando a los líderes judíos. ¡Después de esto, ya no había retroceso!

LAS AFIRMACIONES DE SUS TESTIGOS (5.30–47)

¿En qué se basa usted para creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios? Si a usted lo llamaran a dar testimonio de su fe ante un juzgado, ¿cómo respondería a la pregunta: “¿Por qué cree usted?”? Ravi Zacharias, un apologista moderno, dijo recientemente: “Estamos viviendo en un mundo de escepticismo a nivel de graduado universitario. Las respuestas que un estudiante daría, no convencer. Debemos prepararnos para dar respuesta a las preguntas más difíciles que el mundo pueda hacernos”.¹ Cuando se le preguntó a Zacharias acerca de su decisión de aceptar un puesto como investigador de la Cambridge University, bajo la dirección de famosos ateos, esto fue lo que contestó:

La mayoría de los esfuerzos de evangelización están adaptados a las personas que sufren alguna crisis. La pregunta es: ¿Cómo influir sobre la innumerable cantidad de personas que no sienten necesidad de Dios? Esto hizo que me decidiera a estudiar bajo la enseñanza de los más excelentes pensadores ateos de nuestros tiempos, y así poder responder con argumentos sostenibles y convincentes. Mi deseo es poder servirle de evangelista al pensador —al escéptico honesto, al que yo le llamo Pagano Satisfecho.²

En el texto bajo estudio, Jesús presentó pruebas de que él es el Hijo de Dios, y lo hizo de un modo muy similar al que un abogado procesal emplearía. Primero presentó, nada menos que, la prueba testimonial *del Padre* (5.32, 37). Luego vino el testimonio de *Juan el Bautista* (5.33). El testimonio de Juan puede parecernos insignificante hoy día, pero en el siglo I, tenía el mismo peso que el de un personaje público de alto nivel. Jesús también mencionó *sus propias obras milagrosas* como prueba de su condición de Hijo de Dios (5.36). La cuarta prueba de Jesús la constituyeron *las Escrituras* (5.39). Juntas, todas estas pruebas se convirtieron en una convincente

¹ Ravi Zacharias, “Reaching the Happy Pagans” (La evangelización de los paganos satisfechos), *Christianity Today* (14 November 1994), 18.

² *Ibid.*

argumentación a favor de las afirmaciones de Jesús.

Jesús hizo notar cuán irónico era que, siendo los líderes judíos tan diligentes para escudriñar las Escrituras, no fueran capaces de cumplir en sí mismos el propósito máximo de ellas: “¡conocer el testimonio que ellas dan de Jesucristo mismo!”. Recientemente leí acerca de un cuadro que cuelga a la entrada del edificio de una iglesia de Atlanta, Georgia. Este cuadro, un retrato de Jesús, fue donado por unos oficiales del ejército coreano. Basta una mirada casual para darse cuenta uno, que se trata de una imagen en la que aparece Jesús representado como el Buen Pastor que cuida de su rebaño. Una mirada más de cerca, le permite a uno darse cuenta de que ¡el artista creó el cuadro utilizando todas las palabras del Nuevo Testamento! No obstante, cuando el observador se acerca lo suficiente como para poder leer todas las diminutas palabras, él pierde la visión del conjunto del cuadro. ¡Esto era lo que los líderes judíos habían hecho! Habían ampliado cada declaración por separado y se habían olvidado de lo que la totalidad de la obra se proponía dar a conocer!

El último testimonio que Jesús presentó para su defensa, fue el de Moisés (5.46). Los oponentes de Jesús veían a éste como un enemigo del gran legislador, pero Jesús les dijo: “... si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él” (5.46). Después de esto, ninguna duda quedó de que, cuando hizo las anteriores afirmaciones, ya Jesús había terminado de “cruzar el Rubicón”. Después de haber dicho tales cosas acerca de Dios el Padre, de Juan el Bautista, de sus propias obras, de las Escrituras y de Moisés, ¡ya Jesús no podía retroceder!

CONCLUSIÓN

Son muy pocas las personas que adoptan una postura firme a favor de la verdad. Existe una poderosa corriente cultural llamada pluralismo —un movimiento que consiste en alejarse del concepto de verdad absoluta y adoptar una postura relativista para con todas las ideas. Todos los pueblos y religiones son aceptados como correctos según su propio modo de verlo. Se nos dice que es nuestra obligación entender la vida desde la perspectiva de los demás, y aceptar los puntos de vista de ellos. En el texto que hemos estudiado, Jesús entra en nuestro mundo y en esencia nos dice: “Mi pueblo debe respetar, amar y procurar entender a todos los pueblos. No obstante, hay ciertos principios sobre los cuales no se pueden hacer concesiones. Hay preceptos que son verda-

deros y se les debe proclamar como verdad absoluta, sin importar lo que otros opinen al respecto”.

G. Campbell Morgan, “el príncipe de los expositores bíblicos”, dijo una vez acerca de este texto: “Desde el punto de vista humano, lo que Jesús hizo y dijo ese día, le costó a él su vida. Jamás

lo perdonaron”.³ Ésta es otra manera de decir que en el capítulo 5, Jesús “cruzó el Rubicón”. Lo menos que podemos hacer es cruzarlo con él. ■

³ Leon Morris, *Expository Reflections on the Gospel of John (Reflexiones expositivas sobre el evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1988), 193.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

“Rey a la fuerza”

(6.1-15)

John Barton, un misionero que trabaja en medio de los Basoga, una tribu de Uganda, tuvo un encuentro con un anciano de una aldea, el cual, leyendo en dos Biblias diferentes, se esforzaba por entender lo que en ellas decía. Como ninguna de las dos Biblias estaba escrita en su propio idioma, el anciano batallaba con las palabras. Aunque John no hablaba bien el idioma lusoga, ni el anciano, el inglés, ellos hablaron por un rato acerca de lo que el hombre estaba tratando de leer. Le dijo a John que el problema de los Basoga era que, para poder recibir el mensaje de la Biblia, ellos debían “comprar el idioma” de él. Al comienzo, John no entendía lo que estaba oyendo. No obstante, por fin se percató de que lo que el anciano le estaba diciendo, era que ellos tenían que pagar una matrícula escolar y estudiar en escuelas de habla inglesa, para poder obtener la habilidad de leer y conversar sobre la Biblia en inglés.

John cuenta que esto fue lo que él le respondió:

Le dije al anciano que yo estaba aprendiendo el idioma de él, con el fin de poderle llevar el Mensaje a los Basoga, “sin costo alguno”. El anciano se emocionó, y ahora desea que yo regrese a visitarlo.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”. En otras palabras, Jesús vino a nosotros. Habló nuestro idioma. Vivió en nuestro mundo. Se hizo uno de nosotros. Cerró la brecha; no nos obliga a cerrarla a nosotros. Y en el proceso, nos mostró su gloria, “gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”.¹

Es la gloria de Dios lo que se revela cuando

¹ John Barton, Work Report, December 1994.

personas como John Barton le dan a conocer a otros la historia de Jesús. En Juan 6.1–15, podemos ver la gloria de Dios nuevamente, esta vez, cuando Jesús alimenta a los cinco mil.

LA HISTORIA (6.1–15)

El capítulo 5, contiene la enseñanza que Jesús dio en Jerusalén, durante una fiesta de los judíos. El capítulo 6, prosigue el relato cuando Jesús está de regreso en la región de Galilea, donde él cruzó el mar de Galilea con sus discípulos. Por aquel tiempo, su popularidad estaba en las alturas. La gente siguió hablando acerca de las “señales” milagrosas que él hacía. El versículo 2, contiene tres verbos en el tiempo imperfecto griego, los cuales indican acción continua. En otras palabras, el significado del pasaje es que: “*continuamente le seguía una gran multitud, porque continuamente veían las señales que él continuamente hacía*” (énfasis nuestro).

El siguiente detalle que Juan incluye, es que “estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos” (6.4). La purificación del templo también había tenido lugar cuando “estaba cerca la pascua de los judíos” (2.13a). Es probable que este detalle, aparentemente sin importancia, explique por qué tanta gente vino a ver y a oír a Jesús ese día. La pascua en el Israel del siglo I, era un tiempo, en el que los sentimientos patrióticos se exaltaban. Cada año los judíos se reunían en Jerusalén con la esperanza de que el Mesías llegara ese año y derrocará a los gobernantes romanos y restaurara el reino libre e independiente de Israel.

En consecuencia, cuando Jesús entusiasmaba a la gente de Galilea haciendo milagros, y la pascua

se acercaba, ¡los judíos se llenaban de grandes esperanzas de que él podía ser el Rey de Israel que ellos habían estado esperando por tantos años! Los cinco mil hombres (6.10), que seguían a Jesús ese día, no eran oyentes casuales que vinieran movidos por la curiosidad. En realidad, se trataba de combatientes judíos con la sangre caliente, que estaban dispuestos a seguir al Mesías a la batalla. Los labradores dejaron atrás sus azadones, y los tenderos cerraron sus negocios, con el fin de ir hasta el otro lado del mar de Galilea a oír a Jesús.

Cuando Jesús vio la gran multitud que venía hacia él subiendo por un costado del monte, le preguntó a Felipe, un nativo de la región (1.44), lo siguiente: “¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?” (6.5b). Aunque Felipe estaba bien consciente de las otras señales que Jesús había hecho, él mostró tener poca fe en Jesús, al responder que “doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco” (6.7). Pero Jesús sabía lo que él estaba a punto de hacer por la multitud.

En ese momento, Andrés le habló a Jesús acerca de un muchacho² que tenía “cinco panes de cebada y dos pecesillos”, y luego dijo: “... mas ¿qué es esto para tantos?” (6.9). Andrés es mencionado en el libro de Juan, principalmente, como uno que le llevaba otras personas a Jesús.³ El lector moderno debe tener el cuidado de no definir las palabras “panes” y “pecesillos” según lo que algunas veces se mira en el mercado hoy día. Es probable que los panes fueran hogazas redondas pequeñas, de cebada (panecillos grandes para la cena), las cuales constituían el alimento básico del pobre de aquellos tiempos. Es probable que los pecesillos fueran trozos del tamaño de un bocadillo, cuyo propósito principal era darle sabor a la comida. No obstante, ¡para el Hijo de Dios, esto era más que suficiente!

Jesús les dijo a sus discípulos que hicieran recostar la gente sobre la hierba, lo cual hicieron. Lo que sucedió después fue tan increíble que la gente, a través de las edades, ha tratado de encontrarle alguna explicación humana a la manera como cinco mil personas pudieron haber sido alimentadas con cinco panes y dos pecesillos. No obstante, Juan declaró que éste fue un innegable milagro, en el cual Jesús tomó el alimento, dio gracias y multiplicó los panes y los pecesillos. Las personas recibieron “cuanto querían” (6.11), y “cuando se hubieron saciado” (6.12), fueron reco-

² La palabra griega significa “un muchacho muy pequeño”.

³ Juan 1.40–41; 12.20–22.

gidas doce canastas de sobras. Recuerde que la muchedumbre estaba compuesta por cinco mil hombres con suficiente fortaleza como para ir a la guerra —y con suficiente hambre como para comerse una gran cantidad de alimento!

Cuando aquellos hombres vieron la “señal” (6.14), ellos se dieron cuenta de que la mano de Dios estaba con Jesús de un modo especial. Llegaron a la conclusión de que él era “el profeta que había de venir al mundo” (6.14). Esta expectativa de la venida de un profeta se basaba en una enseñanza proveniente de la ley, en la que Moisés había hecho la siguiente declaración: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis” (Deuteronomio 18.15).

Unos versículos más adelante, Moisés citó las siguientes palabras del Señor: “Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare” (Deuteronomio 18.18). Con estas palabras haciendo eco en sus oídos, con sueños patrióticos ardiendo en sus corazones y con restos de la comida enmarañados en sus barbas, no es de extrañar que estos revolucionarios en potencia amenazaran con “venir para apoderarse de [Jesús] y hacerle rey” (6.15). Tal intención no podía ser tomada a la ligera. Si ellos hubieran hecho rey a Jesús, las autoridades romanas hubieran interpretado las acciones de ellos como una declaración de guerra. Para que un rey pueda ser entronizado, otro debe ser destronado. ¡Sin embargo, ésa era la intención de ellos!

EL RESTO DE LA HISTORIA

Antes de continuar con el texto, imaginemos lo que aquellos cinco mil hombres estaban esperando que sucediera ese día. Una vez que declararan rey a Jesús, ¿qué podían esperar ellos que sucediera? Es probable que, como ya se habían hartado de la comida que produjo el milagro de Jesús, ellos esperaran que Jesús hallara una espada en algún lugar y la multiplicara para armar a este desordenado ejército de labradores y tenderos. Luego, con sus espadas reluciendo al sol, marcharían contra Tiberias, al otro lado del mar de Galilea. En forma rápida aplastarían la ciudad y luego se dirigirían a su más ambiciosa meta, Jerusalén. Como era la época de la pascua, hallarían a las tropas romanas acuarteladas allí. La batalla sería intensa, pero al final, los romanos serían vencidos.

Jesús y su ejército de hombres comunes purificarían el templo para librarlo de la contaminación y de los abusos de los cuales era objeto, y los saduceos serían derribados de sus posiciones de

autoridad. Cuando la noticia de la toma de Jerusalén llegara a Roma, las poderosas legiones romanas serían enviadas en contra de Jesús y de su ejército. En un espectacular y decisivo conflicto, los judíos aplastarían a los romanos para convertirse ellos en el nuevo imperio mundial. ¡Es probable que esto fuera lo que el común de los cinco mil miembros del ejército en potencia de Jesús, esperaba que sucedería! No obstante, lo que Jesús tenía pensado hacer era otra cosa.

EL ERROR DE ELLOS Y NUESTRO

Estando las expectativas elevadas y la agitación que ya alcanzaba niveles de frenesí, Jesús hizo lo que menos se esperaba: “Volvió a retirarse al monte él sólo” (6.15). Es probable que él fuera el único, de entre todos los que se encontraban en aquel monte aquel día, que sabía lo que estaba haciendo. A los doce y a los otros cinco mil seguidores, debió haberles parecido que Jesús había renunciado a la meta que él mismo, con gran ahínco, se había propuesto alcanzar.

La mejor comparación que se me ocurre, sería con una persona que le ha dedicado cuatro años de su vida a convertirse en un líder de su país. Ha hecho campaña durante largas horas, y ha viajado durante las cincuenta y dos semanas del año, con el fin de promover su candidatura al puesto. Luego, por fin, todo el esfuerzo da su fruto: en las elecciones primarias gana el suficiente número de delegados para asegurarse de su nominación como candidato del partido. No obstante, cuando la convención tiene lugar, y se hace la votación, algo inconcebible sucede: Habiendo miles que expresan a grandes voces su apoyo, y que agitan pancartas con el nombre del candidato en ellas, éste, de repente, se levanta de su silla y abandona el recinto de la convención. Tal acto sería inconcebible —pero no más inconcebible que lo que Jesús hizo cuando aquellos cinco mil estaban a punto de hacerlo rey de ellos.

Jesús demostró nuevamente su singular habilidad para permanecer concentrado en su meta final. Él sabía que las intenciones aduladoras de la muchedumbre, no lograrían el propósito final de Dios; una revuelta junto al mar no salvaría al mundo del pecado. Además, él sabía que, dado el estado de ánimo en el que se encontraban en aquel momento, no habría modo de hacerlos entrar en razón. Por lo tanto, ¡él simplemente abandonó el lugar!

Hay dos aspectos de este texto que me preocupan. Mi primera preocupación es con nuestra tendencia humana a hacer que Jesús encaje a la

fuerza en nuestro molde mental. Deseamos que nuestras expectativas de lo que él es, sean adoptadas por Jesús, en lugar de permitirle que sea él el que nos muestre su personalidad. ¿No es cierto que a veces damos por sentado que Jesús es como nosotros? Los estadounidenses tienden a creer que Jesús es estadounidense, mientras que los italianos se lo imaginan italiano. Los angloparlantes suponen que Jesús hablaba el inglés, mientras que los hispanohablantes parecen estar seguros que el idioma favorito de Jesús era el español. Los ricos lo ven rico, y los pobres lo ven pobre. Los cultos se imaginan que Jesús es culto, y los incultos están seguros de que él, al igual que ellos, le guardó recelo al estudio. Los emocionables lo consideran emocionable, mientras que las personas más serenas alegan que Jesús tenía en común con ellas un comportamiento tranquilo. La escena en la que Jesús se aleja de los cinco mil, nos recuerda cuán equivocados estamos cuando pretendemos que Jesús sea lo que deseamos. Él estaba determinado a cumplir con la voluntad de su Padre, aunque el mundo entero no lo entendiera.

Otra advertencia que este corto pasaje nos hace, es que nosotros podemos estar, también, tan absorbidos en problemas a corto plazo, que pasamos por alto las soluciones a largo plazo. Los judíos del tiempo de Jesús estaban cansados de la tiranía de los romanos. Anhelaban tanto ver el momento cuando alguien le restaurara la independencia política a Israel, ¡que pasaron por alto al “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”! (1.29). ¿Hacemos siempre nosotros esto? ¿Nos preocupamos siempre, y tanto, por problemas inmediatos, al punto que perdemos la visión de las cuestiones más importantes de la vida? ¿Nos hallamos siempre deseando ser aliviados de impuestos, dolores, conflictos, estrés o trabajos, más que del pecado? ¡Cada vez que insistimos en que Jesús sea lo que esperamos y cumpla con nuestros propósitos, estamos haciendo lo mismo que los cinco mil hicieron aquel día sobre el monte... cuando Jesús se alejó de ellos!

CONCLUSIÓN

Hace cerca de dos años fue la primera vez que vi un estereograma cuatridimensional.⁴ Caminaba con mi familia dentro de un centro comercial,

⁴ Un “estereograma cuatridimensional” es un cuadro que debe verse en más de un nivel. Lo usual es que al primer vistazo parezca una mezcla confusa de colores. Si uno atina a mirar “a través” del diseño del modo preciso y correcto, una segunda imagen —un cuadro tridimensional— se le formará.

cuando tropezamos con una multitud de personas, las cuales se arremolinaban alrededor de varios carteles colocados sobre caballetes. Los carteles mostraban coloridos diseños, los cuales ocultaban espectaculares cuadros. Todos nos ubicamos en frente de ellos y los miramos fijamente. Algunos descubrieron las bellas imágenes que estaban ocultas en los diseños, pero otros jamás pudieron “verlas”.

Juan 6.1–15, es como un estereograma. Al pie del cuadro se encuentra una sola palabra: ¡Victoria! Todos estamos ubicados de frente y lo miramos

fijamente con el fin de distinguir la imagen oculta. ¿Qué esperamos ver? Es probable que algunos esperen ver un signo de dólares, y otros, la sede de la capital de su nación. Otros están seguros de que verán una mansión, y otros, creen que van a captar el vislumbre de un ejército equipado con tanques y bombarderos. Luego, alguien comienza a ver la imagen oculta y susurra suavemente: “Oh, ya la veo”. Uno tras otro, empiezan todos a ver el cuadro, y no es lo que ninguno se había imaginado. Descubren, más bien, que la “¡Victoria!” es una cruz. ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

“Comed este pan”

(6.16-69)

Un niño estaba de regreso en casa, después de haber asistido a la iglesia un domingo, y comenzó a contarle a su madre, acerca de la lección que había aprendido en la clase bíblica. “Nos hablaron de cierto hombre llamado Moisés”, comenzó a decir. “Él estaba guiando un pueblo en su salida de Egipto, cuando de pronto se hallaron atrapados entre el mar y el ejército de sus enemigos”. “¿Al fin que hizo?” le preguntó su madre para estimularlo a seguir. “Llamó a los ingenieros y los puso a construir un puente de pontones sobre el mar, con el fin de que la gente pudiera escapar. Luego, cuando la gente hubo cruzado y estuvo a salvo en la otra orilla, el ejército de los egipcios comenzaron a cruzar por el puente. ¡En ese momento fue cuando Moisés hizo llegar ataques aéreos, y volaron el puente!”. La madre, aunque no una erudita de la Biblia, sabía que no era así como a ella le habían contado la historia. Ella le preguntó al niño: “¿Es esa verdaderamente la manera como su maestra le contó que sucedió?”. El hijo de ella respondió: “No, pero si te la contara como la maestra me la contó, ¡jamás la creerías!”.¹

La alimentación de los cinco mil es precisamente esa clase de historia. Jesús alimentó a un ejército hambriento de cinco mil hombres con tan sólo cinco panes y dos pecesillos. Cuando los hombres se hubieron saciado y doce cestas llenas de sobras fueron recogidas, no es de extrañar que intentaran “venir para apoderarse de él y hacerle rey” (6.15). El poder que acababan de ver (y saborear) era

mayor que lo que podían, tal vez, entender.

Cuando Jesús vio que la multitud estaba a punto de apoderarse de él para hacerle rey, él “volvió a retirarse al monte solo” (6.15). Mateo y Marcos escribieron que Jesús primero hizo que los doce salieran de allí en barca y luego despidió a la multitud (Mateo 14.22; Marcos 6.45). Juan simplemente declaró que “Jesús... volvió a retirarse al monte solo” (6.15). Luego, cuando la noche llegó, sus discípulos se dirigieron a Capernaum en barca. En este momento, todos los protagonistas de la historia, excepto Jesús, debieron haber estado terriblemente confundidos. A los ojos de ellos parecía que él le había vuelto su espalda a un espectacular triunfo. “¿En qué estará pensando?”, seguramente se preguntaron.

Esa noche, los doce estaban aún más confundidos. Cuando cruzaban el lago en la oscuridad, una violenta tempestad se levantó y amenazaba con hundir la barca (6.16–18). Fue en ese momento que vieron a Jesús andando sobre el mar. Éste, al ver el terror en el rostro de ellos, les dijo: “Yo soy, no temáis” (6.20). Tan pronto como subió a la barca, enseguida llegaron a Capernaum. ¡Primero, fue emoción, luego asombro y gran gozo, todavía más grandes fueron la frustración, la confusión, el terror, el susto y el envolvente alivio: Los discípulos lo habían experimentado todo en un día!

Al siguiente día, la multitud de los que lo habían seguido anteriormente, y que habían comido de los panes y los pecesillos, comenzaron a buscar a Jesús. Sabiendo que él era de Capernaum (la sede durante su ministerio como adulto), se dirigieron hasta allí en botes para hallarlo. Juan no consignó cuánta gente hizo el viaje ese día, pero parece que

¹ Contado en: Leon Morris, *Expository Reflections on the Gospel of John (Reflexiones expositivas sobre el evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1988), 175.

la mayoría de aquellos hombres todavía deseaba coronar a Jesús rey de ellos. Al llegar a Capernaum, hallaron a Jesús en la sinagoga (6.59). Lo que menos se imaginaban era que estaban a punto de oír uno de los más difíciles y exigentes sermones que Jesús alguna vez predicara; estaban a punto de oír que Jesús es el pan de vida.

LA ENSEÑANZA (6.25–59)

Discipulado fácil (6.25–34)

Es probable que a estas alturas de nuestro estudio del evangelio de Juan, a usted no le extrañe que Jesús no recibiera a la multitud al día siguiente con tiernas palabras de aprecio y bienvenida. Con una aspereza que recuerda la manera como le respondió a Nicodemo (3.3), Jesús inmediatamente reprendió a la multitud:

De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre (6.26–27).

La gente, Jesús insistía, había visto una señal de Dios. Habían reconocido que era la mano de Dios la que estaba con la vida de Jesús, pero no atinaban a ver la clase de relación que Dios quería que ellos tuvieran con Jesús. En lugar de confiar en él para que les mostrara el Padre, los de la multitud sacaron sus propias conclusiones acerca de lo que el evento milagroso del alimento había significado. Podríamos decir que ya creían (en cierto sentido), aunque en realidad no creyendo (en el sentido que Jesús definía esa palabra en el evangelio de Juan).

Jesús también percibía que la multitud buscaba en él un medio para llenar las necesidades temporales de ellos. Ellos comieron el pan y se saciaron (6.26). Estos mismos defectos se miran todas las veces que alguien sigue a Jesús solamente para recibir bendiciones en esta vida. Por ejemplo, puede que uno siga a Jesús solamente porque cree que Jesús mejorará su negocio, su matrimonio o su salud. Aunque esto es cierto, la preocupación más grande de Jesús es que las personas lleguen a conocer al Padre a través de él. ¡Cualquier religión que ofrezca menos que esto es falsa! La noción del “discipulado fácil”, de seguir a Jesús por lo que él nos da, es una idea que él aborrece.

La multitud comenzó a preguntarle a Jesús: “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?” (6.28). Jesús respondió: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado”

(6.29). Nuevamente se nos recuerda que es del “creer”, de lo que el evangelio de Juan trata (20.31), y ello significa mucho más que la simple aceptación de que algo es verdadero. Los de la multitud después mencionaron el tema del maná, el cual, en el tiempo de Moisés, había sido “pan del cielo”. Jesús les respondió que Dios les estaba dando ahora algo mayor que el maná de Moisés, el “verdadero pan”. En este momento de la historia, la gente respondió del mismo modo que la mujer samaritana lo había hecho en un momento similar de su conversación con Jesús (4.15): Le pidieron a Jesús que les dieran algo del pan, del cual él hablaba. Jesús convirtió la petición en una oportunidad para enseñarles el más profundo significado de seguirlo a él.

Discipulado difícil (6.35–52)

La frase: “Yo soy el pan de vida” (6.35), debió haber explotado como una bomba en medio del encuentro de Jesús con la multitud. La frase “Yo soy” sonaba como las palabras que Dios le dijo a Moisés desde la zarza ardiente: “Yo soy el que soy” (Éxodo 3.14b). Desde luego que no fue coincidencia; Jesús constantemente confrontaba a la gente con su divinidad en el evangelio de Juan. Jesús luego procedió a presentarse él mismo como el único que podía llenar las más profundas necesidades de ellos. A menudo, venimos al Señor procurando que satisfaga nuestras necesidades secundarias, cuando lo que realmente necesitamos, es que Dios nos llene las necesidades más profundas de nuestras almas. Jesús sabía que su más grande necesidad no era que se llenaran sus estómagos, sino sus almas. Él se ofreció a sí mismo como el alimento que podía llenar las almas de ellos. Jesús sabía que la gente procuraba llenar las necesidades menores de alimento e independencia política. ¡Él sabía que era a Dios a quien ellos necesitaban más!

La respuesta de la gente fue la murmuración. Nuevamente se nos recuerda de la historia que cuenta Éxodo, cuando los israelitas constantemente murmuraban, como si Dios no hubiera cuidado adecuadamente de ellos. Esta vez los judíos murmuraron porque Jesús estaba haciendo grandes afirmaciones acerca de él mismo. Algunos hablaron de la familia carnal de Jesús y de su procedencia, la cual consideraban ordinaria. Parecía que podían aceptarlo como “el profeta” (6.14) y estaban deseosos de hacerle rey de ellos, pero no podían aceptarlo en su plenitud; como el Hijo de Dios que había venido del cielo! Con una multitud tan confundida y perturbada por sus enseñanzas, ¿que cree usted que hizo Jesús después? Aunque yo, en

su lugar, podría haberme dejado llevar por mi tendencia a atenuar la polémica y a tranquilizar a los oyentes, ¡Jesús decidió seguir adelante con una de las más radicales y severas enseñanzas que se encuentra en la Biblia!

Discipulado completo (6.53–56)

Esto fue lo que Jesús les dijo: “De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (6.53). Durante los primeros años de la fe cristiana, a los cristianos se les acusó de canibalismo. ¡A los extraños al movimiento, a menudo les escandalizaba el lenguaje usado por los cristianos, especialmente cuando oían a éstos repetir las palabras de Jesús en el sentido de comer su carne y beber su sangre! ¿Qué habrá querido decir él con tal declaración tan extrema?

Sus palabras debieron haberles sonado a muchos de la muchedumbre, como los delirios de un hombre fuera de sí; sin embargo, lo que Jesús estaba enfatizando era que una relación correcta con el Hijo del Hombre era absorbente. Jesús quería que fuéramos más que simples conocidos con él, más que amigos, soldados o súbditos. Jesús insistía en que el verdadero seguidor permanece en él, y él en éste (6.56). Él tenía que estar cerca de sus seguidores, más que un rey de su pueblo, más que un general de su ejército, más que un rabí de sus estudiantes. Jesús insistía en ser como el pan que era digerido y absorbido por todas las células que había en sus cuerpos. En otras palabras, Jesús estaba diciendo: “Debes dejarme entrar hasta tu ser más íntimo”.

Este mensaje de Jesús es tan escandalizador y amenazador hoy día como lo fue hace dos mil años. Él todavía aborrece una relación casual con los que desean ser sus seguidores. Él todavía desea estar tan cerca de nosotros como lo está la sangre de nuestras venas, el aliento de nuestros pulmones, o el tuétano de nuestros huesos. Él exige que le permitamos entrar a los lugares más recónditos de nuestras vidas, tanto si se trata de nuestras cuentas bancarias, como si se trata de nuestros matrimonios o de nuestras ambiciones. Como pan de vida que él es, no aceptará menos del cien por ciento de una relación íntima con nosotros.

LA RESPUESTA (6.60–69)

La multitud (6.60–66)

Después de oír el mensaje de Jesús, la multitud continuó murmurando. Esta enseñanza, coincidían, era “dura” (6.60). Como la enseñanza era dura,

sus corazones se endurecieron. Luego, en uno de los más tristes versículos de la Biblia, Juan escribió: “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (6.66). Éste fue el momento decisivo del ministerio público de Jesús en Galilea. Nunca más volvió a gozar de la popularidad y el favor de las multitudes, que él había gozado el día que alimentó a los cinco mil. Las muchedumbres habían venido, habían comido pan del cielo, se habían entusiasmado, habían oído la dura enseñanza de Jesús, y, al final, se habían vuelto atrás. Habían estado dispuestos a recibir a Jesús como rey de ellos, pero no estuvieron dispuestos a recibirlo como Señor de ellos.

Los doce (6.67–69)

Mientras la gente desilusionada y enojada se retiraba rápidamente de Jesús, él se volvió a los doce y les preguntó si ellos también iban a irse. Pedro, como otras veces lo hizo, respondió con más brillantez de la que estaba consciente. Esto fue lo que dijo: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (6.68). Pedro y los otros once, estaban probablemente tan confundidos y desilusionados como el resto, pero estaban conscientes de que Jesús seguía siendo la mejor esperanza que tenían. A pesar de que se sentían decepcionados por él, todavía creían en él. En lo que ellos se quedaban y los demás se iban, vemos a los doce dando otro paso más hacia la fe verdadera, la fe bíblica.

Francis Schaeffer² pensaba que lo que dijo Pedro en este pasaje es la clave para llevar a las personas a la fe en Dios. Cuando Schaeffer les hablaba a los incrédulos acerca de Dios, él los forzaba a mirar las alternativas a la fe. Les preguntaba si estaban preparados para vivir en un mundo en el que no hubiera bien o mal absolutos ni un sustento para la dignidad humana. Él estaba convencido de que los seres humanos no pueden vivir con tal ausencia de significado. Schaeffer llevaba a las personas al umbral de la desesperanza con el fin de llevarlos a tener consciencia de lo mismo que Pedro llegó a tenerla: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”.

CONCLUSIÓN

Necesitamos echarle una mirada a una respuesta más, antes de terminar esta lección: La respuesta de Jesús a la multitud. El evangelio de Juan ilustra, desde el primer capítulo, el modo como el eterno

² Francis A. Schaeffer, *The God Who Is There (El Dios que está allí)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1968), 126–31.

Verbo de Dios se sacrificó hasta el heroísmo para venir y “habitar entre nosotros”. Vino en busca de la humanidad. ¿Cómo respondió él cuando las multitudes le volvieron la espalda a sus enseñanzas? Nadie quiso que la gente fuera salva, más que Jesús, sin embargo, él estuvo dispuesto a quedarse quieto y mirar a la gente irse. Estoy seguro de que esto le destrozaba el corazón, pero ¡no corrió tras ellos, suplicándoles que regresaran, ni les ofreció suavizar su mensaje si se quedaban! Él era, y es, el pan de vida, y él no aceptará nada menos que el que cada uno de nosotros coma la carne del Hijo del Hombre, y beba su sangre (6.53). Es un mensaje duro, pero ¡es el único que da vida!

Así como Jesús llamó a estos primeros seguidores a decidirse por la opción difícil de seguirlo a él, también nos llama a nosotros hoy. Debemos aceptar el duro mensaje de que nosotros estamos completamente perdidos sin él, y que el camino de la fe sobre el cual andamos debe llevarnos a obedecer sus mandamientos. Este camino comienza con fe (confiarle nuestra vida a Jesús), arrepentimiento (volvernos de nuestros caminos pecaminosos), y bautismo (ser nacidos de nuevo, “del agua y del Espíritu”; Juan 3.5). Luego, utilizando las palabras del evangelio de Juan, debemos permanecer en él así como él permanece en nosotros (Juan 6.56; 15.4–7). ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Una introducción al evangelio de Juan

Donald Guthrie, en su Introducción al Nuevo Testamento, le dedicó casi cien páginas a muchas cuestiones relacionadas con el trasfondo del evangelio de Juan. A continuación se ofrece un resumen de esas cuestiones, junto con las conclusiones, a las cuales Guthrie llegó.

LAS DISTINTIVAS CARACTERÍSTICAS DEL EVANGELIO DE JUAN

El lugar que se le da al Antiguo Testamento. La historia de Jesús se despliega en términos del pacto, ciertos personajes y las promesas del Antiguo Testamento. Nicodemo vio a Jesús como un maestro judío (3.2), y Jesús utilizó las Escrituras del Antiguo Testamento para responderles a sus oponentes (10.34). Moisés y Abraham figuran de modo prominente en la presentación que hace Juan de Jesús, como también figura la representación antigotestamentaria del buen pastor.

... tanto la utilización que hace nuestro Señor, del Antiguo Testamento, así como los propios comentarios del evangelista, reflejan el supuesto de que toda la Escritura apunta a Cristo. Él es el cumplimiento de lo Antiguo, y este hecho debe guiarnos en la interpretación de los conceptos del evangelio.¹

La enseñanza sobre el Espíritu Santo. El evangelio de Juan tiene más que decir acerca del Espíritu, que cualquier otro evangelio. El Espíritu Santo es parte importante de la conversación que Jesús tuvo con Nicodemo, y más importante lo es, del discurso de despedida de Jesús, en los capítulos del 14 al 17. Las palabras de Jesús, que están escritas en este evangelio, dejaron claro que cuando él saliera para ascender al Padre, el Espíritu Santo vendría como un consolador para sus discípulos.

El predominio de grandes temas. Basta con mencionar palabras y frases tales como: “vida”, “luz”, “amor”, “fe”, “Yo Soy”, y “verdad”, para darse cuenta uno, de que este evangelio se caracteriza por el trato que les da a grandes temas. Aunque algunos de éstos están presentes en los demás evangelios, en ninguna parte, sea en Mateo, en Marcos o en Lucas, reciben tanto tratamiento como en Juan.

La comparativa falta de movimiento. Es tanto lo que este evangelio le dedica a lo que Jesús dijo, que

la cantidad de material que se incluye sobre lo que Jesús hizo, es mucho menor. No obstante, no hay total ausencia de movimiento, y Juan menciona más viajes a Jerusalén que cualquiera de los demás evangelios.

La forma como Jesús es representado. En comparación con los evangelios sinópticos, el evangelio de Juan utiliza menos veces el título de “Hijo del Hombre”, habla más de la relación entre Jesús y Dios Padre, y explica el papel de Jesús como el Mesías judío. Juan también tiene mucho que decir acerca de la humanidad de Jesús. Se nos ofrecen vislumbres de Jesús en el conflicto familiar que se suscitó en Caná. Lo vemos cansado junto al pozo, cerca de Sicar, profundamente atribulado y sollozando en Betania, y sediento en la cruz.

LA AUTORÍA

El autor fue un testigo ocular de los eventos sobre los cuales escribió (1.14). Él era, aparentemente, “el discípulo a quien amaba Jesús” (21.20, 24), uno de los doce apóstoles.

El autor tenía un conocimiento detallado de las costumbres judías (2.6; 7.37; 18.28; 19.31–42). También estaba bien familiarizado con la historia de los judíos (la construcción del templo, las actitudes políticas del pueblo, el papel y sucesión del sumo sacerdote, etc.). Además, él estaba familiarizado con la geografía de Palestina, tanto en Jerusalén como en la campiña. Esta fue la conclusión a la cual llegó Guthrie:

Esta [la creencia de que el evangelio de Juan fue escrito por el apóstol Juan]... es el punto de vista tradicional, y la que encuentra bastante respaldo en la evidencia interna. De hecho podría decirse que no existe evidencia que pruebe lo contrario, a pesar de la gran oposición que hay en contra de ella. Parecería que tal punto de vista explica, en la totalidad, más hechos que cualquier otro, aunque no se encuentre libre de objeciones.²

EL PROPÓSITO

El propósito de un libro de la Biblia es siempre una de las cuestiones que analizan los que lo estudian. El evangelio de Juan es singular por el hecho de que su propósito está claramente expresado. El autor mismo escribió lo siguiente:

Hizo además Jesús muchas otras señales en

¹ Donald Guthrie, *New Testament Introduction (Introducción al Nuevo Testamento)*, rev. ed. (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1970), 238.

² Íbid. 264.

presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (20.30–31).

Aunque muchas otras cuestiones relacionadas se abordan en el evangelio, la génesis y desarrollo de fe deben continuar siendo el centro de todo lo que veamos como propósito del autor.

LA FECHA

Hubo un tiempo cuando muchos eruditos sostenían que el evangelio de Juan debía haber sido escrito durante la última cuarta parte del siglo II. Esto, por supuesto, haría de otra persona, y no de Juan, el autor, y daría a entender que el autor no fue un testigo ocular del ministerio de Jesús. No obstante, en 1934, se descubrió un fragmento de papiro conteniendo Juan 18.31–33, 37–38, en la Biblioteca John Rylands, en Manchester, Inglaterra (el cual había sido traído de Egipto a Inglaterra en 1920). Los expertos fecharon este fragmento en la primera cuarta parte del siglo II, probablemente cerca del 125 d.C. Esto significa que para tal fecha, el evangelio de Juan ya era conocido en una remota provincia del río Nilo. No se conoce a ciencia cierta cuánto tiempo atrás habría sido escrito el original.

Si, como ya se ha supuesto, fue el apóstol Juan quien escribió este evangelio, entonces es probable que fuera escrito entre el 90 y el 100 d.C.

RELACIÓN DEL EVANGELIO DE JUAN CON LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Semejanzas

Al igual que los evangelios sinópticos,³ Juan

³“Los primeros tres evangelios, Mateo, Marcos y Lucas, son llamados evangelios sinópticos porque ellos relatan la vida de Cristo desde un punto de vista común (sun, con; *opsis*, ver)” (W. Graham Scroggie, *A Guide to the Gospels (Una guía a los evangelios)* [Old Tappan, N.J.: Fleming H. Revell Co., 1962], 83).

contiene la historia de Juan el Bautista. Todos los relatos del evangelio registran el llamado de los discípulos y la alimentación de los cinco mil.

Tal como lo hacen los otros evangelios, Juan menciona la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Del mismo modo, todos incluyen la negación de Pedro. Como podría esperarse, los cuatro brindan información sobre el juicio, crucifixión y resurrección de Jesús.

Diferencias

Los detalles de los evangelios sinópticos que no se encuentran en el evangelio de Juan, incluyen la genealogía, el que Jesús naciera de una virgen, el bautismo y tentación de Jesús, la transfiguración, todas las parábolas, la institución de la cena del Señor, la lucha en oración sostenida en Getsemaní, y la ascensión. Los elementos del evangelio de Juan que no se encuentran en los evangelios sinópticos, incluyen: el prólogo, el primer ministerio de Jesús en Judea, su conversación con Nicodemo y la mujer samaritana, la resurrección de Lázaro, y el lavamiento de los pies de los discípulos. El evangelio de Juan contiene varias secciones prolongadas de enseñanza, las cuales no contienen los evangelios sinópticos. En los evangelios se narran veintisiete entrevistas con Jesús, y la mayoría de ellas se encuentran en Juan.⁴

Existen importantes diferencias cronológicas entre Juan y los demás relatos del evangelio. La diferencia primordial es que los sinópticos, sitúan el ministerio público de Jesús en Galilea, siendo su único viaje a Jerusalén, el que hizo cuando fue allí a morir en la cruz. El evangelio de Juan, en cambio, menciona varios viajes a Jerusalén (2.13; 5.1; 7.10). ■

⁴Robert G. Gromacki, *New Testament Survey (Reseña del Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1974), 135.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

El perdón

León Barnes

Si algún tema hay, que deba considerarse la esencia misma del cristianismo, ése es el del perdón. Dios estaba tan ansioso por perdonarnos a nosotros los pecadores que, con el fin de asegurarse de que tendríamos ese perdón, pagó el precio más alto que se podía pagar. Envio a su propio Hijo al mundo, dándole a éste la condición de hombre, y así, poder andar en medio de nosotros, enseñarnos el modo correcto de vivir, pasar por las tribulaciones y tentaciones que nosotros pasamos, y por último, sufrir la agonizante muerte del Calvario, con el fin de que nosotros pudiésemos ser salvos. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5.21).

Dios demostró su irresistible gracia el día de Pentecostés. Los mismos que, vociferando, pidieron la sangre del Hijo de Dios, después se compungieron de corazón al oír el sermón de Pedro, y clamaron: “Varones hermanos, ¿qué haremos?”. Pedro, inspirado por Dios les respondió: “Arrepentíos, y bautizaos cada de uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hechos 3.37-38). Cuando tres mil de ellos obedecieron, Dios les perdonó ampliamente todos los pecados a ellos.

La verdad es que Dios siempre está dispuesto a perdonar a cualquiera de nosotros, de todos sus pecados, si tiene la fe necesaria para volverse obedientemente a él. Después de que Pedro negó al Señor, en el momento que éste más tuvo necesidad del apoyo y del aliento de sus amigos, pareció perderse toda esperanza de que Pedro se restaurara. No obstante, cuando se arrepintió de sus pecados, Dios no solamente lo perdonó, sino que le concedió el privilegio de predicar el primer mensaje completo del evangelio el día de Pentecostés. Pedro utilizó las llaves del reino para abrir la entrada y para que gente de todas las razas vengan a la presencia de Dios.

LOS QUE SON PERDONADOS DEBEN PERDONAR

Aunque la meditación en el perdón de Dios nos produce gran gozo, es necesario tomar en cuenta que él nos insta a perdonar a los que pecan en contra nuestra, del mismo modo que él nos perdona cuando pecamos en contra suya. Jesús señaló la pauta a seguir en la oración modelo: “Y perdónanos nuestras deudas, como también

nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6.12). Después de su oración, esto fue lo que añadió: “... mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (v. 15). Refiriéndose a lo mismo, esto fue lo que Pablo dijo: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4.32).

Pedro, una vez le preguntó a Jesús: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (Mateo 18.21-22). Jesús prosiguió con uno de los grandes relatos bíblicos sobre el perdón. Un rey perdonó a un siervo que debía más de lo que podía llegar alguna vez a pagar. En nuestros días esa deuda sería el equivalente a siete millones de dólares. El mismo siervo se rehusó a perdonar a alguien que le debía cerca de quince dólares. Jesús dijo que Dios hará con los que no perdonan del mismo modo que el rey hizo con aquel siervo:

... Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas (Mateo 18.32-35).

No hay duda de que lo más obvio de todo esto es que Dios no le pone límites al perdón. El peor de los crímenes y de los abusos es todavía perdonable. El perdón no es algo que ofrecemos sólo cuando otros lo llegan a merecer. Jesús dijo:

Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y wiete veces al día volviere a ti, di-ciendo: Me arrepiento; perdónale (Lucas 17.3-4).

Piense en cuán poderosa es esta declaración. Cuando nosotros conocemos del pecado de un hermano, deberíamos reprenderle, no esperar ni aguardar de que otro lo hará. Cuando se arrepiente, hemos de perdonarle libre y generosamente.

Incluso, si comete la ofensa nuevamente —hasta siete veces en el día— hemos de perdonarle. No nos corresponde a nosotros examinar el arrepentimiento. Nuestra responsabilidad es perdonarle y dejar todo examen a Dios.

EL PERDÓN PRODUCE CAMBIOS

La gente a menudo dice que si usted perdona, usted olvida. Cuando Dios perdona, él olvida. Esto es lo que él dice: “Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades”. En ninguna parte se nos dice que perdonemos y olvidemos. La verdad es que somos hechos por Dios de un modo tal que hay ciertas experiencias, las cuales puede que jamás olvidemos. No obstante, podemos olvidar en el sentido de que ya no echaremos más en cara una ofensa, y no tomaremos acción vengativa alguna que se pueda gestar en nuestras mentes. Si a alguien se le perdona un pecado, debemos tratarlo como si jamás hubiera cometido tal pecado.

Pensemos en cómo la Biblia describe el perdón del Señor. Esto puede ayudarnos a entender mejor el concepto. Leemos acerca de la “remisión de pecados”. Cuando una deuda es remitida, ello significa que ya no tenemos que pagarla; ha sido cancelada completamente. En 1 Juan 1.9, leemos: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. El pecado ensucia el alma. Somos limpiados cuando se nos perdona. La Biblia también dice que el pecado es “borrado”. En Hechos 3.19, Pedro dijo: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”. En los tiempos de Pedro, los estudiantes escribían en tabletas de cera. Cuando uno cometía un error, uno podía tomar un rodillo y borrar el error de modo que la cera quedaba preparada para escribir nuevamente.

Cuando Dios perdona, nuestros pecados son borrados de modo que podamos tener tabletas nuevas sobre las cuales escribir nuestras vidas.

El perdón es un mandamiento que transforma la vida de aquellos que lo obedecen. No hay nada más devastador para nuestra salud mental, espiritual, emocional que el guardar un resentimiento. Cuando nos rehusamos a perdonar, la vida se amarga y se llena de dolor. Vivimos con dolores físicos, los cuales son el resultado de heridas emocionales. Nos enojamos con todos los que pensamos que nos han maltratado de algún modo.

El enojo y el resentimiento pueden crear un barrera entre Dios y nosotros. Nuestra habilidad para suplicarle abiertamente a Dios por nuestros problemas es destruida por causa de nuestra omisión en perdonar a otros. Un resentimiento siempre acaba lastimando al que lo tiene en mucho mayor grado que aquel que es objeto de él.

CONCLUSIÓN

Algunas veces la gente dice: “No merece que se le perdone”, o “no me pidió que le perdonara”. Debemos perdonar como el Señor perdona. Jesús, colgando de la cruz, dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23.34). No hay duda de que aquellos por los cuales oraba, no se habían arrepentido de sus pecados ni pedido que se les perdonara, sin embargo Jesús los perdonó. Dios perdonó a los que posteriormente obedecieron el evangelio. Cuando perdonamos a los que están alrededor nuestro, somos liberados de la carga de los resentimientos, pero eso no significa que Dios los haya perdonado a ellos. El que Dios perdone a otros no se basa en lo que nosotros hagamos, sino en lo que ellos hagan. Necesitamos ser capaces de perdonar para nuestro propio bien y para el bien de las relaciones nuestras con otros y con Dios.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

“Hubo entonces disensión”

(7.1-53)

A Jesús se le conoce por muchos diferentes títulos. La mayoría de ellos son nombres hermosos y atractivos, tales como: “El Magnífico Cristo”, “El Incomparable Cristo”, o, según la expresión acuñada por William Barclay: “El suficiente y completo Cristo”. No obstante, hay otras descripciones de Jesús, las cuales son igualmente importantes. También se le puede llamar: “El Discutido Cristo”, “El Divisivo Cristo”, o “Cristo el Polarizador”, pues, en todo lugar donde él anduvo, fue el causante de intensas reacciones y grandes debates.

Para el momento en que llegamos a lo narrado en el capítulo 7, ya hemos tratado con importantes indicios que apuntan a la naturaleza divina de Jesús. Ya hemos considerado el testimonio de Juan el Bautista, el milagro de la conversión del agua en vino, la purificación del templo, el despertar religioso de Samaria, la sanidad del cojo y del hijo del oficial del rey, la alimentación de los cinco mil, y el sermón sobre el pan de vida. ¿Qué hemos de hacer con toda esta información? Los capítulos 7 y 8, nos ayudan a abordar la cuestión acerca de la naturaleza de Jesús, al permitirnos echar una mirada a la reacción de las multitudes a las afirmaciones que él hizo. Algunos creyeron en él, otros no, y aún otros buscaron matarlo.

El comienzo del capítulo 7, sitúa a Jesús en Galilea cuando se acercaba la fiesta de los tabernáculos. Aunque los cristianos no están tan familiarizados con esta fiesta, como sí lo están con la pascua, ella era bastante importante para los judíos de los tiempos de Jesús. La fiesta de los tabernáculos, también llamada la fiesta de la cosecha, era una de las tres grandes fiestas anuales

de los judíos. Se llevaba a cabo a mediados de octubre, unos seis meses después de la pascua. Durante esta fiesta, la gente construía refugios con ramas entrelazadas, en los cuales dormían al aire libre todas las noches durante una semana. Esto servía como recordatorio de que sus antepasados, una vez, durmieron bajo las estrellas mientras vagaron por el desierto. El hecho de que se llevara a cabo después de la cosecha, llevó a que se le asociara con la gratitud por el feliz término de los cultivos. La fiesta de los tabernáculos era un tiempo de celebración, y es probable que fuera el tiempo del año que los niños judíos más preferían. Goodspeed tradujo la expresión que describe esta fiesta como: “El festival judío del campamento”.¹

Cuando el inicio de la fiesta se acercaba, la gente proveniente de toda aquella tierra, daba comienzo a su marcha hacia Jerusalén. Los hermanos de Jesús lo aguijonearon a ir a la fiesta, incitándolo con las siguientes palabras: “... manifiéstate al mundo” (7.4). Da la impresión de que le estaban hablando con sarcasmo, pues, “ni aun sus hermanos creían en él” (7.5). Esto fue lo que quisieron decir: “Usted se cree especial porque esta gente campesina le siguen a todo lado. ¿Por qué no va a la gran ciudad de Jerusalén, donde la gente es más sofisticada? ¡Entonces veremos cuántos le siguen!”. Ellos todavía veían las cosas desde una perspectiva terrenal, veían a Jesús primordialmente como una figura política. La respuesta inicial de Jesús fue quedarse en Galilea y no ir al festival. Él sabía que su vida

¹ *The Bible, a American Translation (La Biblia, una traducción estadounidense)*, ed. J.M. Powis Smith and Edgar J. Goodspeed (Chicago: University of Chicago Press, 1939).

peligraba en Jerusalén (5.18; 7.1) y se rehusaba a dejarse guiar por otro plan que no fuera el de su Padre (7.6, 8, 30). Por lo tanto, se quedó en Galilea y dejó que sus hermanos se fueran para la fiesta.

Después que sus hermanos se fueron, Jesús mismo fue a la fiesta, pero no en la forma como sus hermanos habían sugerido. Él fue a Jerusalén calladamente y mantuvo en secreto su identidad.

“MI DOCTRINA ES DE ARRIBA”

En este momento de su evangelio, Juan comenzó a centrar su atención en la forma como las multitudes de Jerusalén respondieron a las enseñanzas que Jesús dio durante la fiesta de los tabernáculos. Podemos imaginarnos a Jesús andando por la ciudad, sin ser reconocido, deteniéndose y escuchando acalorados debates sobre Jesús de Nazaret. Mientras tanto, los líderes judíos aguardaban temerosos la llegada de éste, anticipando otro conflicto con él. Hasta las multitudes estaban divididas sobre el tema de Jesús. Algunas personas decían: “Es bueno”, al tiempo que otros decían: “No, sino que engaña al pueblo” (7.12). Esta discusión se daba mediante susurros llenos de temor, pues el pueblo se sentía intimidado por sus poderosos líderes. Había corrido la voz por la ciudad de que poderosos hombres querían ver muerto a Jesús, y que aquellos que se le unieran ¡bien podían acabar igual!

En algún momento, a mitad de la fiesta, Jesús se dirigió a los terrenos del templo, donde una multitud se había reunido, y comenzó a enseñarles. Los líderes judíos estaban asombrados por su sabiduría y se maravillaban de que fuera tan sabio, “sin haber estudiado” (7.15).² Jesús recalcó que no era él la fuente de la que provenía la enseñanza, sino que ésta venía de aquel que le había enviado. Además, Jesús les aseguró a sus oyentes que todo aquel que quería hacer la voluntad del Padre, conocería si la doctrina de él era verdadera o no. (7.16–19): “Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta...”.

La relación que hay entre la obediencia y la fe es esencial. Un escritor la puso en los siguientes términos: “Solamente el que cree es obediente, y solamente el que es obediente cree”.³ Esta verdad

² En Hechos 4.13 se hace el mismo comentario acerca de Pedro y Juan, dada la valentía y confianza de ellos al estar de pie ante el concilio.

³ Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship (El costo del discipulado)* (New York: Macmillan Co., 1937), 69.

se expresa bellamente en el cántico “Confía y obedeced”:

Jamás podremos probar
Las delicias de su amor
Sino hasta que todo sobre el altar sacrifiquemos;
Pues la gracia que él muestra,
Y los goces que imparte,
Son para los que confían y obedecen.⁴

Jesús declaró que, del mismo modo que un corazón humilde y obediente lo lleva a uno a creer, así también, un espíritu orgulloso y rebelde causa que pasemos por alto a Dios o lo rechazemos.

Cuando Jesús reprendió a algunos de la multitud por querer matarlo, ellos negaron tener tal propósito, y declararon que Jesús tenía demonio (7.20). Según la manera de hablar de ellos, le estaban diciendo: “¡Estás loco!”. No obstante, Jesús persistió en su acusación en contra de ellos, y llegó a mencionar la sanidad que le hizo al cojo,⁵ el evento que al principio hizo que los líderes judíos de Jerusalén desearan matarlo (7.21–24).

“HE VENIDO DEL CIELO”

La multitud se confundía cada vez más a medida que la confrontación seguía. Algunos se maravillaban de que a Jesús, de quien tanto se había hablado, se le permitiera enseñar públicamente en el templo (7.25–26). El hecho de que los líderes judíos no detuvieran a Jesús, fue causa para que algunos se comenzaran a preguntar si existía la posibilidad de que ellos hubieran llegado a la conclusión de que Jesús era, de hecho, el Profeta o Mesías esperado. A otros les molestaba el hecho de que Jesús proviniera de Nazaret (7.27). Ellos sostenían que cuando viniera el Cristo, nadie sabría de dónde vendría. Nuevamente vemos la confusión y la dificultad de la gente para determinar si Jesús era del Padre o del diablo.

La siguiente declaración que se registró, fue una respuesta a las preguntas que se hacían los de la multitud que estaba en el templo. Jesús “alzó la voz”, declarando abiertamente a todos los que estaban a su alrededor, que él había sido enviado del Padre que está en los cielos (7.28–29): “... A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis...”.

Una vez más, Jesús dijo palabras que conmovieron a la gente, ofendiendo a muchos y obligando a todos a determinar si lo que el decía

⁴ “Trust and Obey” (“Confía y obedeced”), by D.B. Towner. Music by J.H. Sammis.

⁵ Veá 5.1–18.

era verdad o no. ¡Después de haber escuchado tan audaces declaraciones, acerca de quién era él, no había nadie que pudiera seguir neutral con respecto a este hombre llamado Jesús!

“VENID A MÍ Y BEBED”

Para los líderes judíos, las palabras que Jesús dijo en el templo constituían nada menos que peligrosas blasfemias. Estos hombres entendieron la obvia afirmación, que Jesús estaba haciendo, en el sentido de que él era el Hijo de Dios. Como resultado de ello, procuraron prenderle. No obstante, no pudieron hacerlo, y nuevamente Juan nos recuerda que Jesús se rehusó a someterse a otro plan que no fuera el del Padre (7.30). Lo que tanto temían los líderes empezó a ocurrir cuando la gente, en cantidades cada vez mayores, creían en Jesús (7.31). Cuando los fariseos oyeron el murmullo de la gente, mediante el cual ésta expresaba su creciente fe, ellos enviaron a los guardas del templo a prender a Jesús (7.32). Nuevamente fallaron en el intento, pues no podían hacerlo sino hasta que fuera el momento cuando él estuviera listo —y para ello todavía faltaba algún tiempo (7.33–36).

En el último día de la fiesta, Jesús se puso en pie nuevamente y proclamó públicamente que él era el Mesías. En esta ocasión se refirió a sí mismo como la fuente del agua viva. Es probable que hiciera esta afirmación en el momento que cierto ritual popular se estaba llevando a cabo, como parte de la fiesta de los tabernáculos. Cada día de aquella semana, el sacerdote iba hasta el estanque de Siloé, llenaba de agua un cántaro de oro, y luego lo traía de regreso al templo andando al frente de una procesión a modo de desfile. En el templo, el agua era derramada en ofrenda de agradecimiento a Dios.⁶

Estaba teniendo lugar esta gozosa celebración, cuando Jesús dijo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (7.37–38). Igualmente importante es lo que escribió Juan acerca de Jesús en este momento: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (7.39).

El hecho de que Jesús intensificara su enseñanza durante la celebración, causó que las respuestas de

aquellos que lo oían también cobraran intensidad. Esto es lo que, al final de la fiesta, algunos estaban diciendo: “Verdaderamente éste es el profeta”. Otros decían: “Este es el Cristo” (7.40–41). A estas alturas, el fervor que éstos hombres mostraban ya igualaba el celo de aquellos cinco mil de Galilea que habían comido los panes y los peces (6.14). Esta gente estaba dispuesta a aceptar a Jesús como uno que había sido enviado de Dios. Otros se oponían a lo que Jesús estaba diciendo, y aún otros estaban tan furiosos que siguieron procurando su aprehensión. En unas palabras que parecen servir de resumen para todo este capítulo, Juan observó que “hubo entonces disensión entre la gente a causa de él” (7.43).

Cuando los oficiales del templo regresaron a los principales sacerdotes, tuvieron que presentarse ante éstos con las manos vacías. Ellos también se encontraban ahora asombrados por Jesús y por las maravillosamente sabias palabras que él había dicho. Este fue el informe que dieron: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (7.46). Cuando los líderes oyeron esto, montaron en cólera. Los principales sacerdotes y los fariseos ridiculizaron a los oficiales y les dijeron que era solamente la gente ignorante y estúpida la que había sido engañada por Jesús. Esperando que les contestaran con un “¡No!” a sus preguntas, los líderes les preguntaron a los oficiales: “¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos?” (7.47–48). Luego vemos a Nicodemo haciendo su segunda aparición en el evangelio de Juan.

Como miembro del concilio que él era, Nicodemo intervino y les recordó a sus colegas, que la ley no condenaba a un hombre, sino hasta que primero hubiese tenido una audiencia (7.50–51). La anterior intervención no calificaría como una confesión de fe en Jesús, pero sí constituyó un valiente paso para este tímido buscador de Dios que había venido anteriormente a ver a Jesús de noche. Es evidente que la fe de Nicodemo se estaba desarrollando; pero él todavía era un discípulo en secreto, porque temía a los líderes judíos. La respuesta que le dieron al comentario de Nicodemo fue inmediata y llena de furia: “¿Eres tú también galileo?...” (7.52). No era que estaban razonando, sino reaccionando. No les interesaba la verdad; lo que deseaban era hacer callar a todo aquel que se atreviera a interceder defendiendo a Jesús. La pregunta de ellos era el modo de ellos para decir: “¿Acaso eres un idiota, estúpido o hereje?”. La reaparición de Nicodemo constituye una conclusión apropiada para un capítulo, en el cual Jesús había

⁶ R.K. Harrison, “Feast of Booths” (“La fiesta de los tabernáculos”), in *The New International Standard Bible Encyclopedia*, rev. ed., ed. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1979), 1.535.

sido presentado como una figura divisiva y polémica. La mayoría de las personas más divisivas son así por mezquindad o por orgullo, pero no era éste el caso de Jesús. Desde el comienzo de este evangelio, Juan declaró que Jesús enfrenta a las personas con una disyuntiva basada en la verdad (1.11–12). Al final del proceso, sucede una de dos cosas: o las personas lo aman o lo odian (7.7). Jesús se rehúsa a permitirle a alguno de nosotros el fatal lujo de la indecisión.

CONCLUSIÓN

En los anales de la historia de los Estados Unidos, la batalla del Álamo continúa siendo el ejemplo primordial de la determinación audaz. En 1836, un grupo de menos de doscientos hombres defendían una pequeña misión de San Antonio, Texas, contra un ejército de seis mil soldados mexicanos, dirigidos por el General Santa Ana. Durante dos semanas mantuvieron en pie el Álamo luchando contra lo imposible. Luego, el 5 de marzo, la noche anterior a lo que seguramente sería el asalto final, William Barret Travis, el comandante de los tejanos, llamó a sus hombres a una reunión. Después de decirles que él estaba seguro de que los invasores entrarían derribando los muros al día siguiente, tomó su espada y trazó una línea en el suelo. Invitó a todos los que deseaban quedarse y defender el Álamo a cruzar la línea. Uno tras otro así lo hicieron. Jim Bowie, el cual estaba enfermo y postrado sobre su lecho, pidió que lo llevaran para cruzar la línea. De los 184 hombres, sólo uno se rehusó a cruzar la línea. Al día siguiente todos los defensores del Álamo murieron peleando. ¡Ese día no había oportunidad de situarse sobre la línea! Había que tomar una decisión.

El año pasado, durante una campaña de evangelización, un joven estudiante universitario respondió a la invitación. Las palabras que expresó, bien pudieron haber sido sacadas de las páginas de Juan 7. Esto fue lo que escribió en una tarjeta: “Es demasiado el tiempo que he estado tratando de ver los toros desde la barrera, tan sólo para llegar a descubrir que no hay tal barrera”. Es cierto, no podemos darnos el lujo de continuar indecisos, y continuar sentados en la barrera cuando de seguir a Jesús se trata. ¿Está usted a favor de él, o en contra de él? ■

“¿Cómo puedo llegar a ser miembro de la iglesia de Cristo?”

Los cristianos, o miembros de la iglesia de Cristo, son personas que han sido salvadas por la sangre de Cristo. Por lo tanto, a la iglesia la componen solamente pecadores —personas que durante cierto tiempo estuvieron perdidas en sus pecados— que han hecho suya la gracia de Dios. La iglesia no fue concebida para niños. Los niños son “salvos”; no necesitan ser salvos (Mateo 18.3). Pecamos cuando llegamos a tener suficiente edad como para entender que el pecado es rebelión en contra de Dios. El hecho de que todos pecamos (Romanos 3.23) nos convierte en personas que tenemos necesidad de salvación.

Cristo murió para salvarnos de nuestros pecados (1 Corintios 15.3). ¿Qué debemos hacer para que el don de la gracia de Dios sea nuestro?

En primer lugar, tenemos necesidad de *aprender de Cristo*, y de que se nos enseñen las gloriosas verdades del evangelio (Mateo 28.18–20; Juan 6.45). Esto debe causar que *tengamos fe* (Romanos 10.17), la clase de fe en Cristo que nos mueve a *confesar delante de los demás, que Jesús es el Hijo de Dios* (Romanos 10.9–10). Nuestra fe también nos lleva a *arrepentirnos de nuestros pecados* (Hechos 2.37–38), es decir, a tener un cambio de actitud hacia nuestros pecados (2 Corintios 7.10). Por último, nuestra fe nos llevará a *bautizarnos* (Marcos 16.16). El bautismo es un acto mediante el cual somos sepultados (Romanos 7.3–4) bajo del agua (Hechos 10.47) para el perdón de los pecados.

El día que la iglesia fue establecida, hubo tres mil que cumplieron el plan anterior. Luego, otros más fueron añadidos por el Señor a su iglesia (Hechos 2.38, 41, 47). Las vidas de ellos cambiaron a partir del momento en que llegaron a ser cristianos, : “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2.42).

En 1 Corintios 12.13, Pablo recalcó que los que son guiados por las enseñanzas del Espíritu, son “bautizados en un cuerpo”, el cual es la iglesia (Colosenses 1.13). Puesto que la iglesia es el cuerpo de los salvos, se desprende entonces que aquello que nos convierte en miembros de ella, también nos salva; y aquello que nos salva, también nos convierte en miembros de la iglesia.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

“Ni yo te condeno”

(8.1-11)

Puede ser que de todo el evangelio de Juan, el capítulo 8, sea el que contenga el relato preferido de mucha gente. Este pasaje encierra, en once breves versículos, la esencia misma del ministerio de Jesús. Es probable que no formara parte de la versión original del evangelio de Juan,¹ pero a pesar de ello, contiene un poderoso mensaje que nos lega una inolvidable imagen de Jesús.

CÓMO TRATÓ JESÚS EL DILEMA (8.1-9)

El relato da comienzo en el momento cuando Jesús se dirige hacia el monte de los Olivos, acción que repitió cada una de las noches de la última semana antes de su crucifixión.² En las primeras

¹ Al igual que la mayoría de las traducciones, la NASB coloca la porción 7.53—8.11 entre paréntesis cuadrados, anotando que ella no se encuentra en la mayoría de los manuscritos antiguos. Este pasaje aparece solamente en algunos de los manuscritos griegos posteriores, e incluso, en éstos aparece en diferentes partes: después de Juan 7.36; 7.44; 7.52; 21.25; y Lucas 21.38. No obstante, esto *no* significa que el texto no sea inspirado y deba ser pasado por alto. Metzger afirmaba que “el relato tiene todas las señales de la veracidad histórica” (Bruce Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament (Un comentario textual del Nuevo Testamento griego)* [Stuttgart, Germany: United Bible Societies, 1975], 200). Aunque tal vez no formara parte de la versión original del evangelio de Juan, la porción 7.53—8.11, es probable que fuera un relato altamente apreciado, el cual se transmitiera oralmente hasta que se convirtió en un panfleto del siglo I. Parece que, por ser demasiado pequeño como para presentarse por separado, halló un acomodo apropiado en el capítulo ocho del evangelio de Juan.

² Lucas 21.37 señala que Jesús acostumbraba enseñar en Jerusalén durante el día y retirarse al monte de los Olivos por la noche. Es probable que esto ocurriera en la casa de María y Marta en Betania, la cual se situaba sobre la falda oriental de ese monte.

horas del día siguiente, él volvió a Jerusalén y entró en el templo. Cuando la gente empezaba a reunirse a su alrededor, él se sentó y comenzó a enseñar. En algún momento en que esto ocurría, los escribas y los fariseos³ le trajeron una mujer que había sido sorprendida en el acto de adulterio. Sin demostrar ninguna compasión ni cuidado por la mujer, la pusieron “en medio” (8.3), exponiéndola a la burla del público. Pronto, las verdaderas intenciones de ellos llegaron a ser evidentes: no era que deseaban tratar el caso de la mujer, sino atrapar a Jesús.

“Maestro”, le dijeron, “esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?” (8.4-5). Por un momento ellos creyeron haber colocado la trampa perfecta. El concilio judío era estricto en sus requerimientos de pruebas. No era suficiente tener sospechas ni que corrieran rumores, ni siquiera lo era el ver a una pareja entrando en una casa. Era esencial que hubiera testigos oculares del acto en sí de adulterio, para que tales acusaciones pudieran ser dirigidas en contra de persona alguna por parte de los escribas y fariseos.

Los oponentes de Jesús se habían preparado bien para tender esta trampa, y estaban seguros de que ya lo tenían atrapado. Si él decía que no apedrearán a la mujer, ¿no estaría quebrantando la ley de Moisés?⁴ Lo que es más, tal respuesta le daría razones a los fariseos la oportunidad de decir

³ La expresión “los escribas y los fariseos” es una frase, la cual aparece con frecuencia en los evangelios sinópticos, siendo ésta la única mención que se hace de ella en el evangelio de Juan.

⁴ Vea Levítico 20.10; Deuteronomio 22.21-24.

que Jesús era débil e infiel en lo que a la aplicación de la ley se refería. Por otro lado, si hubiera dicho: “¡Apedréenla!”, se hubiera expuesto a acusaciones en el sentido de que era revolucionario y de que incitaba al desacato de las leyes romanas, las cuales les prohibían a los judíos llevar a cabo ejecución alguna.⁵ De cualquiera de las dos maneras que Jesús respondiera, los líderes judíos pensaban que lo tenían acorralado. Solamente cuando entendamos cuán ingenioso era este plan, es que podremos apreciar cuán brillante fue la respuesta de Jesús.

Jesús sabía que las intenciones de ellos eran perversas (8.6). Después de todo, ¿dónde estaba el hombre con quien ella había cometido adulterio? El adulterio no es un pecado que una persona pueda cometer sola, sin embargo, sólo la mujer fue traída a Jesús. Es obvio que ellos estaban más interesados en hacer quedar mal a Jesús, que en vigilar por el cumplimiento de la ley de Moisés. Les preocupaba mantenerse en el poder, no el cumplimiento de la justicia.

No les respondió (v. 6)

Cuando Jesús fue confrontado con aquella “pregunta para la cual no había respuesta”, ¡él se limitó a quedarse completamente callado! Estando todos los ojos fijos en él, Jesús se inclinó y, utilizando su dedo, comenzó a escribir en tierra (8.6). Aquellos pocos segundos de silencio alrededor suyo, parecieron durar toda una eternidad. Se rehusó a responderles la pregunta. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cuándo hablaría nuevamente? ¿Cuál iba a ser el siguiente movimiento de los líderes judíos?

El no decir nada es, a veces, la mejor manera de responder. El silencio es, a veces, la mejor respuesta que se puede dar. Esto es lo que Proverbios 26.4–5 dice:

Nunca respondas al necio de acuerdo con su
necedad,
Para que no seas tú también como él.
Responde al necio como merece su necedad,
Para que no se estime sabio en su propia opinión.

Al principio, estas dos declaraciones parecen contradecirse. No obstante, después de una nueva reflexión descubrimos que hay momentos cuando al necio se le ha de responder según su necedad, y momentos cuando una respuesta es desaconsejable. En el capítulo 8, una respuesta era desaconsejable.

⁵ Vea Juan 18.31. El acto mediante el cual apedrear a Esteban, según se relata en Hechos 7, el cual parece ser una excepción de esto, fue en realidad un acto producido por la exacerbación de las pasiones de una muchedumbre alborotada, más que un acto legal de ejecución.

No importa cuán verdaderas pudieran haber sido las palabras de Jesús, ellos no las habrían escuchado. La pregunta estaba distorsionada, los sentimientos patrióticos estaban demasiado exaltados, y no se le habría hecho ningún favor a la causa de la verdad con una respuesta. En una situación así, Jesús se abstenía de hablar.

Los puso en evidencia (vv. 7–9)

Por fin, después de que los escribas y los fariseos continuaran insistiendo en que Jesús respondiera a la pregunta de ellos, él se enderezó y dijo unas palabras, las cuales han sido repetidas por los cristianos durante los últimos dos mil años: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (8.7). Luego se inclinó nuevamente a escribir en tierra. Una vez más, un incómodo silencio debió haberse cernido sobre la multitud, al mismo tiempo que todos los presentes se empezaban a dar cuenta del poder de las palabras que Jesús acababa de decir.

¿Qué estaba escribiendo Jesús en tierra? El relato no lo dice con certeza. Algunos han insinuado que no estaba escribiendo nada, sino que estaba esperando que sus oponentes se sintieran incómodos. Otros han especulado que él estaba escribiendo pasajes de la Escritura, los cuales condenaban lo que los escribas y los fariseos estaban haciendo aquel día. Todavía otros han pensado que Jesús estaba poniendo en una lista, los pecados de los cuales los acusadores de la mujer, eran culpables. Sea lo que escribiera o no escribiera, lo cierto es que su mandamiento hablado hizo que, de allí en adelante, no fuera la mujer la que estuviera en evidencia, sino ellos, los que la habían traído a Jesús.

Con la frase “El que de vosotros esté sin pecado”, Jesús incomodó a los líderes judíos tanto como éstos habían incomodado a la mujer que todavía estaba en medio del grupo. Siempre es más cómodo fijarse en los pecados ajenos, que confrontar los pecados propios. La incomodidad se extendió hasta que todos salieron, comenzando con el más viejo hasta llegar al más joven. Los más viejos pudieron haber salido primero, porque es a ellos a quienes se les hubiera responsabilizado, de haber cometido la multitud una insensatez. Tal vez los hombres más viejos eran más sabios y más capaces de apreciar la sabiduría de las palabras de Jesús. Cualesquiera que hayan sido los pensamientos de ellos, lo cierto es que se dieron cuenta de que Jesús había convertido la “pregunta para la cual no había respuesta” de ellos, en un mandamiento imposible de ser obedecido.

CÓMO TRATÓ JESÚS A UNA PERSONA (8.10–11)

Después de haber resuelto magistralmente el dilema que le plantearon, Jesús pasó a demostrar cómo se trata a una persona. Después de que los hombres hubieron salido, Jesús se enderezó y miró a su alrededor. Luego le preguntó a la acusada: “Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?” (8.10). A estas alturas del relato, nos damos cuenta de cuán poco es lo que sabemos acerca de esta mujer. Aunque a menudo se le ha idealizado como una persona de buen corazón, que fue víctima de una terrible injusticia, no se nos dice nada acerca de ella, ¡excepto de su pecado! ¿Era ella dulce y agradable o, por el contrario, ruda y detestable? Cuando se encontraba “en medio” de sus acusadores (8.3, 9), ¿estaba ella sollozando con las lágrimas propias de la persona que busca que le tengan lástima porque se siente oprimida bajo el peso de su vergüenza o, estaba ella mirando desafiantemente a los que se atrevieron a traerla de rastras al templo? Todo lo que sabemos es que ella fue sorprendida en el acto de adulterio, y que el pecado de ella era exhibido públicamente por todos los atrios del templo. No es la mujer la que vuelve maravilloso este relato, sino la forma como Jesús le respondió a ella.

La trató con dignidad

¿Ha estado usted presente cuando otras personas hablaban de usted? Tal vez siendo niño, o paciente de hospital, tuvo la terrible experiencia de oír a otros hablar de usted, como si usted ni siquiera estuviera allí. Es una experiencia deshumanizante. A eso fue a lo que la mujer fue sometida cuando cayó en manos de los escribas y los fariseos. Fue tratada como un objeto, como un problema, no más que eso. Después que Jesús hizo que los acusadores de ella tuvieran que bajar su rostro, él se volvió a ella y le habló. El hecho de que le hablara *a* ella, y no *sobre* ella, fue tal vez el regalo más precioso que esta mujer alguna vez recibió.

Jesús no la vio como un humillante fracaso ni como una irritante dificultad; la vio como una persona, como una creación de Dios, a la cual él concedía enorme valor. El hablarle *a* la gente es algo habitual de Jesús en los evangelios. También es habitual del modo como Jesús nos mira hoy día. Él nos tiene en alta estima a cada uno de nosotros, y nos ama profundamente. En un mundo en el que a menudo nos sentimos desvalorizados, Jesús nos trata con dignidad. Su encuentro con la mujer sorprendida en el acto de adulterio, es un eficaz recordatorio de esa verdad.

La trató con compasión

El trato que Jesús le dio a la mujer no sólo incluyó la dignidad; su comportamiento hacia ella también manifestó una extraordinaria compasión. Su primera acción compasiva fue ponerse a escribir en tierra. ¿Suena extraño esto? Imagínese la escena nuevamente. Esta mujer fue llevada de rastras hasta los atrios del templo, donde Jesús estaba enseñando. Los escribas y los fariseos le anunciaron en voz alta a Jesús y a todos los presentes, que ella había sido sorprendida en el acto de adulterio. Todos los ojos debieron haberse fijado en esta desgraciada mujer. ¿Qué trato más humillante que éste podía haber? Cuando a Jesús le preguntaron qué hacer con ella, él se inclinó hacia el suelo y comenzó a escribir en tierra. A partir de este momento todo mundo comenzó a observar el extraño comportamiento de Jesús. ¿Qué estaba escribiendo? ¿Tendría algún sentido? ¿En qué momento comenzaría a hablar? ¿Habrían logrado, los líderes judíos, poner de manifiesto alguna contradicción en las enseñanzas de Jesús? De repente, todo mundo había dejado de mirar a la mujer. El haber logrado que las miradas de la multitud dejaran de posarse en la mujer y se fijaran en él, fue la primera y preciosa muestra de compasión para con ella.

Luego, oímos las palabras que Jesús le dijo a la mujer después que sus acusadores se hubieron marchado: “Ni yo te condeno;...” (8.11b). Estas palabras constituían una expresión legal, la cual significaba: “Ni yo te condeno a muerte”. Aunque Jesús pudo haber sacrificado la vida de esta mujer, con el fin de preservar su popularidad entre las multitudes, él se rehusó a hacer tal. La única persona presente ese día, que tenía todo el derecho de arrojar la primera piedra, fue la que dijo: “Ni yo te condeno”. La anterior fue la muestra más grande de compasión que se pudo haber dado.

La trató con franqueza

Los que se sienten inclinados a hacer de este relato una narrativa sentimental, indiferente al pecado, pasan por alto esta importante parte de él: Cuando Jesús despedía la mujer, él le dijo: “... no peques más” (8.11c). Fue amable, pero a la vez franco, cuando tocó el tema del pecado de ella. El pecado de ella debía ser confrontado. Son muchas las maneras como hoy día tratamos de eludir la confrontación con nuestro pecado. Tratamos de pasarlo por alto (“no pensaré en ello”), de negarlo (“no hice nada malo”), e incluso, de justificarlo (“lo hice llevado por la influencia de mis padres, de mi trabajo o de mi cultura”). Jesús, en cambio, insistió

en que la mujer reconociera su pecado. Le llamó al pecado “pecado”. Hoy día estamos teniendo necesidad constante de que se nos trate igual. Jesús no responde a nuestro pecado diciéndonos: “¡No te preocupes, no es tan grave!”. Más bien, nos dice que el pecado es su más seria preocupación, ¡tan seria como para tener que ir a la cruz por él! Para que la redención se pueda llevar a cabo, debemos primero reconocer que nuestros pecados son reales y que somos culpables de ellos. Aunque jamás podremos saldar la deuda que nuestros pecados nos acarrearán, debemos ser sinceros acerca de nuestra pecaminosidad. De otro modo, el arrepentimiento jamás tendría lugar. ¡No es sino hasta que apreciemos cuán malas son las nuevas de nuestro pecado, que podremos apreciar las buenas nuevas del evangelio! Jesús todavía insiste en que su pueblo sea sincero en el reconocimiento de sus propios pecados y acepte la responsabilidad que le cabe por sus propios actos.

La trató con gracia y esperanza

No hay nada en este pasaje que indique que Jesús le perdonara a la mujer su pecado, sin embargo, se rehusó a condenarla a muerte. Sus palabras de despedida nos recuerdan de lo que le dijo al cojo que había sido sanado junto al estanque de Betesda: “Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor” (5.14). En este relato no se nos cuenta de qué modo pudo haber sido influenciada la mujer por lo que Jesús le hizo. ¿Llegó a creer? ¿Fue ella movida al arrepentimiento de su pecado? No podemos tener certeza de las respuestas a estas preguntas.

De los que sí podemos tener certeza, es de que Jesús le ofreció esperanza para el futuro. La frase “vete, y no peques más”, encierra la idea de futuro. Cuando alguien a quien conocemos, ha sido asociado con un pecado en particular (¿No estamos todavía refiriéndonos a ella, dos mil años después, como “la mujer adúltera”?), la tendencia nuestra es siempre a volver nuestra mirada hacia el pasado en lugar de mirar hacia el futuro. Demasiado fácilmente, el pecado forma parte de la personalidad del que lo comete. Las palabras que Jesús le dijo a la mujer proclaman este mensaje: “¡Tu vida está hecha de algo más que tu pecado. Puedes apartarte de tu pecado!”. Este fue el mensaje que la mujer adúltera más necesitaba oír; es el mensaje que más necesitan oír todos los seres humanos de todos los tiempos. ¡Jesús, el que está “lleno de gracia y de verdad”, nos ofrece a cada uno la oportunidad de comenzar de nuevo!

CONCLUSIÓN

El relato de 8.1–11, nos deja preguntándonos qué llegó a ser de la mujer. ¿Siguió ella a Jesús, o regresó nuevamente a su lecho de adulterio? Nos gustaría creer que apreció el maravilloso don que Jesús le había dado, pero la Biblia no nos dice si así fue. Tal vez es mejor que no nos lo diga, pues este relato es primordialmente un relato acerca de cada uno de nosotros. Cuando oímos el mensaje de Jesús, nosotros también, somos “sorprendidos” en nuestro pecado. Nos damos cuenta de que hemos sido localizados, de que Dios conoce nuestro pecado, y de que somos culpables.

Algunas veces hay personas que se indignan de que la mujer fuera traída delante de Jesús y no así su compañero. En realidad, la mujer fue la que recibió la bendición ese día. El compañero de ella bien pudo haber escapado del asedio de los escribas y de los fariseos, pero no escapó de la presciencia de Dios. El hecho de que escapara sin ser sorprendido, bien pudo haberlo llevado a pensar de que se había salido con la suya en cuanto a su pecado. La mujer, por otro lado, no pudo escapar de la realidad de su pecado. Fue ella, y no el hombre, la que mayor beneficio recibió por los eventos que siguieron. En el tanto que neguemos nuestra pecaminosidad, en ese mismo tanto estaremos frustrando el deseo de Dios de perdonarnos nuestros pecados.

Nosotros, al igual que la mujer, estamos bajo condenación delante de la multitud. Si la gente estuviera consciente de todo lo que hemos hecho y pensado, lo más seguro es que nos condenarían. Jesús nos conoce mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos, sin embargo él está dispuesto a defendernos (a veces lo hace inclinándose al suelo), tal como lo hizo con la mujer. ¡Él se interpone entre nosotros y la multitud de acusadores, entre nosotros y la condenación, entre nosotros y una cruz!

Es probable que algunas de las personas que estaban en el templo llegaran a casa aquella noche y murmuraran diciendo que no había sido servida la justicia por lo que Jesús había hecho. “El pecado debe ser castigado”, de seguro decían algunos. De lo que no se daban cuenta, era de que en efecto, el pecado fue objeto de castigo por los eventos posteriormente relatados en el evangelio de Juan. ¡El que dijo: “Ni yo te condeno”, fue “el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”! (1.29). Él recibió el castigo por nuestros pecados cuando estuvo en la cruz, y ahora nos dice a todos nosotros, pecadores condenados: “Ni yo os condeno; ved y no pequéis más”. ■

“Yo soy”

(8.12-59)

Hace poco comencé a notar una expresión que continuamente surge en conversaciones estos días. Esta expresión puede tener varios significados, supongo, pero parece que sirve primordialmente para ponerle fin a los argumentos. Al comienzo, creí que sólo la utilizaban los adolescentes, pero ya la he oído en labios de personas de todas las edades. Cada vez se utiliza más para decir: “No tiene sentido seguir hablando de ello más”. Esa expresión es: “Lo que sea”.

Un padre le ordena a su hijo: “¡Debes hacer esto!”, y el hijo le responde: “Lo que sea”. Una adolescente alienta a su amiga a “hacer lo correcto” en cierta situación, y la respuesta es: “Lo que sea”. Dos adultos tienen un debate sobre política, hasta que uno de ellos se impacienta, se encoge de hombros y dice: “Lo que sea”.

Llevada a un nivel más crítico, la expresión “Lo que sea”, puede significar que la verdad ya no le importa a la gente. Puede dar a entender que usted tiene derecho a su propio punto de vista acerca de la verdad, que yo tengo derecho a mi propio punto de vista acerca de la verdad, y que podemos suponer que los dos tenemos la razón. En los Estados Unidos de la década de los noventa, la expresión “Lo que sea” es más que una moda pasajera de la cultura; es una expresión indicadora de la manera como la nación piensa. ¿Qué piensa usted de mi análisis de esta interesante expresión? ¿Dijo usted: “Lo que sea”?

En el texto bajo estudio de esta lección, 8.12-59, Jesús puso en tela de juicio el espíritu de la expresión “Lo que sea”. Su mensaje es audaz, y sus afirmaciones no admiten ser pasadas por alto. Al final usted puede responderle con un gozoso ¡Sí! o

con un desobediente ¡No! —pero no le admitirá que le responda con un “Lo que sea”.

LA FRASE “YO SOY”

Esto fue lo que Jesús declaró en 8.12: “Yo soy la luz del mundo”. Los lectores modernos tienden a centrarse en aquella parte de la declaración que dice: “la luz del mundo”, sin embargo, el aspecto más importante de lo que Jesús estaba diciendo, se encuentra en las primeras dos palabras: “Yo soy”. Esa pequeña frase encierra un rico trasfondo antiguotestamentario; y para la audiencia de Jesús, compuesta por judíos del siglo I, probablemente fue la declaración más polémica que alguna vez pudo dar. Para ellos sonaba como si estuviera diciendo: “Yo soy Dios”. En el contexto del evangelio de Juan, jeso es *exactamente* lo que estaba diciendo!

El “Yo soy” es la forma como Dios se presentó a sí mismo en el Antiguo Testamento. Cuando Dios tuvo el encuentro con Moisés, a través de la zarza ardiente, éste le preguntó por su nombre. Esto fue lo que se le contestó: “YO SOY EL QUE SOY” (Éxodo 3.14). Más adelante, en el Cántico de Moisés, Dios declaró:

Ved ahora que yo, yo soy,
Y no hay dioses conmigo;
Yo hago morir; y yo hago vivir;...
(Deuteronomio 32.39).

Siglos más tarde, el profeta Isaías escribió lo siguiente:

Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y mi siervo que yo escogí, para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí (Isaías 43.10).

¡Por lo tanto, la frase “Yo soy” era lenguaje santo, y el utilizarla para referirse a otro que no fuera Dios constituía una blasfemia!

JESÚS DICE: “YO SOY”

A medida que el relato prosigue en Juan 8, Jesús comenzó a utilizar las dos palabras: “Yo soy” (del griego: *ego eimi*) para referirse a sí mismo:

Yo soy la luz del mundo (8.12).
Yo soy el que doy testimonio de mí (8.18).
Yo soy de arriba (8.23).
Yo no soy de este mundo (8.23).

Cada vez que él utilizó este lenguaje, las personas que estaban escuchando debieron haber hecho una mueca de malestar. Sin decir que era divino, Jesús estaba utilizando el lenguaje de la divinidad. Si Jesús no hubiera dicho nada más, se nos hubiera dejado preguntándonos qué fue lo que quiso dar a entender con tal lenguaje. Por supuesto, no tenemos que preguntárnoslo, pues Jesús puso en claro lo que estaba afirmando.

Fueron tres las veces que, durante su interacción con los judíos en el capítulo 8, Jesús utilizó la incendiaria frase “Yo soy”. La gente sabía entonces, tal como lo sabemos hoy, que Jesús se estaba presentando como el Hijo de Dios: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy *{ego eimi}*, en vuestros pecados moriréis” (8.24).

Los judíos, confundidos, le preguntaron nuevamente: “¿Tú quién eres?” (8.25). Esto fue lo que les contestó: “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy [*ego eimi*], y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo” (8.28).

Más adelante, en el relato que hace Juan de esta conversación, éste indicó que ¡Jesús estaba hablándole a “los judíos que habían creído en él” (8.31)! Ellos insistían en que ellos eran hijos de Abraham y que, como jamás habían sido esclavos de nadie, no tenían necesidad de la oferta de libertad que les hacía Jesús. Cuando Jesús los acusó de tratar de matarlo a él, ellos alegaron que Jesús tenía demonio (8.48). Al aumentar la hostilidad de ellos, alegaron nuevamente que eran hijos de Abraham. Jesús les respondió que Abraham se gozó de que había de ver el día de Jesús. ¿Cómo era posible esto?, se preguntaban, pues Abraham había estado muerto por siglos. Jesús respondió: “De cierto, de cierto, os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy [*ego eimi*]” (8.58).

¡Esa fue la gota que derramó el vaso! Tomaron piedras, y en observancia de lo que dice Levítico

24.16, planearon apedrearlo. No obstante, Jesús se les escabulló y salió del templo. Todos reconocieron la trascendencia de lo que él acababa de decir; se dieron cuenta de que había hecho la atrevida afirmación ¡de que era uno con Dios, de que era el Hijo de Dios, de que él era divino!

LAS AFIRMACIONES DE JESÚS HOY DÍA

¿Qué debemos creer de Jesús hoy día? La mayoría de las personas están dispuestas a aceptar que Jesús vivió y que fue un buen hombre, pero muchos no están dispuestos a aceptar que él es, en efecto, el Hijo de Dios. Jesús hizo absurdo el punto de vista anterior. Él no afirmó ser simplemente un buen hombre; él afirmó ser el “Yo soy”. Él no se presentó como un gran filósofo, él se presentó como el único camino al Padre. Él no enseñó que tenía un entendimiento especial de Dios; afirmó que era uno con el Padre. Sus atrevidas afirmaciones nos obligan a escoger una de dos opciones: o creer, o rechazar lo que él dijo ser. Cuando de Jesús se trata un “lo que sea”, deja de ser una opción. En este asunto, los furiosos líderes, piedra en mano, entendían lo que Jesús estaba diciendo, mejor de lo que lo entienden los incrédulos hoy día, los cuales hablan de cuán “buen hombre” Jesús fue.

Esto fue lo que Josh McDowell escribió al respecto:

Para Jesús, lo que los hombres y las mujeres pensaban que él era, era de fundamental importancia. Al decir lo que Jesús decía y afirmar lo que él afirmaba acerca de sí mismo, uno no podía concluir que él simplemente fue un buen hombre en cuanto a lo moral o que simplemente fue un profeta. Esta opción no es plausible para nadie, y jamás fue el propósito de Jesús que lo fuera.¹

Hace varios años, C.S. Lewis llegó a una conclusión semejante:

Estoy tratando aquí, de evitar que a alguien se le ocurra hacer la verdaderamente insensata afirmación que la gente hace acerca de él: “Estoy preparado para aceptar a Jesús como un gran maestro de lo moral, pero no puedo aceptar su afirmación de que es Dios”. Esto es lo que no debemos decir. Un hombre que fue simplemente un hombre y dijo la clase de cosas que Jesús dijo, no sería un gran maestro de lo moral. Tal hombre sería una de dos: un lunático —a nivel con el hombre que dice que él es un huevo escalfado— o, de otro modo, sería el diablo del infierno. Usted debe hacer su elección. Jesús fue, y es, una de dos: o el Hijo de

¹ Josh McDowell, *More than a Carpenter (Más que un carpintero)* (Wheaton, Ill.: Living Books, 1977), 25.

Dios, o un loco, o peor que eso. Usted puede encerrarlo como a un estúpido, puede escupirle y matarle como a un demonio; o caer a sus pies y llamarle Señor y Dios. Pero no vengamos con el condescendiente sinsentido de que él es un gran maestro humano. No nos ha dejado abierta esa posibilidad ni ha sido su propósito dejarla abierta.²

Tal vez sea Homer Hailey el que mejor haya resumido las implicaciones que tienen las audaces afirmaciones que Jesús hizo acerca de sí mismo: “Si él no era lo que afirmaba ser, entonces era un impostor, un blasfemador, un hipócrita, un engañador y un mentiroso”.³

CONCLUSIÓN

¿Qué importancia tiene todo esto para nosotros hoy día? En primer lugar, para los que hemos crecido dentro de la fe cristiana, nos obliga a ir, en el camino de nuestro crecimiento espiritual, más allá de la etapa en la que a Jesús se le mira como a un hombre agradable. A medida que mis hijas crecen, yo quiero que a ellas las impresionen, a una temprana edad, la bondad y amabilidad de Jesús hacia los niños y las personas que sufren. Es bueno que tengan una idea así de Jesús. No obstante, si ellas jamás crecen en su conocimiento, como para enriquecer esa idea de Jesús, si jamás se llegan a enterar de que Jesús no fue solamente amable, sino también valiente y exigente, entonces la fe de ellas no llegará a la madurez. Jesús afirmó ser el “Yo soy”. Es cierto el viejo dicho que dice: “Jesús, o fue Señor de todo, o ¡del todo no lo fue!”.

El encuentro que pueda tenerse con Jesús en el capítulo 8, sacude a los cristianos somnolientos y apáticos, como lo haría una bofetada en el rostro. ¿Es él quien dice ser? Si no lo es, entonces, ¿por qué todavía “jugamos de iglesia”? Si lo es, entonces, ¿por qué no vivimos y trabajamos como si nada en la vida importara tanto como el Señor Jesús?

Para el hombre o la mujer que todavía asiste a los cultos, pero que no es cristiano de lunes a sábado, este encuentro con Jesús es un llamado a tomar una decisión. Cada uno de nosotros debe estar firme, al lado de la fe o al lado de la incredulidad.

¿Qué piensa usted de Jesús? ¿Fue él blasfemador? ¿Fue él mentiroso? ¿Fue él lunático? ¿Es él el Señor? ¡La determinación es suya! ¡Un “Lo que sea” no es una opción plausible! ■

² C.S. Lewis, *Mere Cristianismo (Simplemente cristianismo)* (New York: Macmillan Co., 1943), 55–56.

³ Homer Hailey, *That You May Believe (Para que creáis)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1973), 25.

Jesús es presentado como el “Yo soy”

De todos los evangelistas, Juan es el que más énfasis le da a la deidad de Cristo, y lo hace a través del registro de las afirmaciones en sí, que Jesús hizo de sí mismo. Cuando Cristo dijo: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (8.58), la gente sabía que él se estaba dando el mismo nombre de Dios que le fue revelado a Moisés junto a la zarza ardiente (Éxodo 3.14). Esa es la razón por la cual el pueblo trató de apedrearlo por presunta blasfemia. Cristo era, y es, el eterno *Yo Soy*. En una serie de aserciones, él amplió tal afirmación:

1. Yo soy el pan de vida (6.35).
2. Yo soy la luz del mundo (8.12; 9.5).
3. Yo soy la puerta (10.7).
4. Yo soy el buen pastor (10.11, 14).
5. Yo soy la resurrección y la vida (11.25).
6. Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (14.6).
7. Yo soy la vid verdadera (15.1).

Otras declaraciones de apoyo que hay en Juan, incluyen: “Yo y el Padre uno somos” (10.30), y “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (14.9).

Jesús es presentado como el que fue enviado

Cuando Jesús obró para afirmar la naturaleza de su persona y su propósito en las mentes de sus oyentes, él recalcó que era “enviado” de Dios.

1. Jesús declaró llanamente que él era enviado del Padre (6.57; 7.29; 8.42; 10.36).
2. Él dijo: “Porque el que me envió, conmigo está;...” (8.29).
3. Él habló las palabras del Padre que lo envió (3.34; 7.16; 12.49; 14.24).
4. Él hizo la voluntad, u obras, de aquel que lo envió (4.34; 5.30, 36; 6.38–39; 9.4).
5. El mundo ha sido llamado a creer en el que fue enviado (6.29; 11.42; 17.8, 21, 23, 25).
6. Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere;...” (Juan 6.44).
7. Él dijo que el Padre que le envió ha dado testimonio de él (5.37; 8.18).
8. Él dijo: “... y el que me ve, ve al que me envió” (12.45).
9. Aceptar o rechazar a Jesús equivale a aceptar o rechazar al que lo envió (5.23, 38; 12.44; 13.20).
10. Jesús dijo que él iría al que le envió (7.33; 16.5).
11. Él prometió que la vida eterna vendría a través de conocer al que fue enviado (5.24; 17.3).
12. Él dijo que como el Padre le envió, así él enviaba a sus discípulos (17.18; 20.21).
13. Jesús les advirtió a los seguidores suyos que ellos serían rechazados por aquellos que no conocieran al que lo envió (15.21).
14. Él dijo que él y el que lo envió son verdaderos (7.18, 28; 8.16, 26).

Juan, el camino de la fe

“Para que las obras de Dios se manifiesten”

(9.1-5)

¿Será la vida sencillamente una gran contingencia, un gigantesco juego de azar? La pregunta acerca de por qué suceden ciertos eventos en nuestras vidas, ha sido hecha ininidad de veces. Ha sido el tema de obras literarias y de películas clásicas, y es hecha por personas reales, especialmente en momentos en los que la tragedia y las pérdidas suceden. Jesús proporcionó una singular manera de responder a la pregunta del “¿por qué?”, en el texto de estudio de esta lección, en 9.1-5.

LA PREGUNTA (9.1-2)

Cierto día estaba Jesús caminando con sus discípulos en los alrededores del templo, en Jerusalén, cuando vio a un mendigo que había sido ciego desde su nacimiento (9.1). Si éste representaba al típico mendigo, es probable que anduviera sucio, vestido de andrajos, y que su vida la caracterizara la más terrible desesperanza. Jesús y sus discípulos veían mendigos todos los días que estaban en Jerusalén; pero por alguna razón, cuando vieron a este hombre que había sido ciego de nacimiento, ello causó que los discípulos le hicieran una pregunta a Jesús aquel día.

Ellos querían saber por qué creía Jesús que este mendigo había nacido ciego (9.2). ¿Era por los pecados del hombre, o por el pecado de sus padres? En las mentes de ellos, el sufrimiento siempre era causado por el pecado. En consecuencia, eran los pecados de alguien los que habían causado la ceguera del hombre. ¿Eran los pecados de este hombre? ¿Si así era, entonces por qué *nació* ciego? Era obvio que un recién nacido no podía ser culpable de un pecado que diera como resultado la ceguera. ¿Eran los padres del hombre los que habían

pecado? ¿Tal vez, si era el pecado de los *padres*, entonces por qué era el *hijo* el que estaba sufriendo?

La pregunta de los discípulos surgía de la creencia que ellos tenían, en el sentido de que el pecado causa sufrimiento, de que hay una relación causal entre el pecado y el sufrimiento. Este punto de vista era muy común en la antigüedad. Uno de los amigos de Job, que vino y lloró con Job cuando éste perdió sus hijos, sus riquezas y su salud, le dijo lo siguiente a Job:

Recapacita ahora; ¿qué inocente se ha perdido?
Y ¿en dónde han sido destruidos los rectos?
Como yo he visto, los que aran iniquidad
Y siembran injuria, la siegan.
Perecen por el aliento de Dios,
Y por el soplo de su ira son consumidos.
Los rugidos del león, y los bramidos del rugiente,
Y los dientes de los leoncillos son quebrantados.
El león viejo perece por falta de presa,
Y los hijos de la leona se dispersan
(Job 4.7-11).

Un punto de vista similar fue expresado cuando algunos le preguntaron a Jesús acerca de “los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos” (Lucas 13.1). Querían oír lo que Jesús pensaba acerca de aquella masacre de galileos. Independientemente de las intenciones de los que preguntaban, Jesús aprovechó la pregunta para enseñar que el sufrimiento y el pecado no siempre guardan una relación causal; cierta clase de sufrimiento específico no siempre tiene sus raíces en cierta clase de pecado específico. De seguido, Jesús pasó a mencionar otro incidente que daba pie a discusiones sobre este mismo tema. Les recordó de los dieciocho que murieron cuando la torre de Siloé les cayó encima. ¿Fue el pecado la

causa de la muerte de ellos? Así respondió Jesús respondió su propia pregunta: “Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13.5).

Los mismos rabíes judíos han debatido esta pregunta a través de los años. El rabí Ammi había dicho: “No hay muerte sin pecado ni sufrimiento sin iniquidad”.¹ Es obvio que él también creía que la explicación para el sufrimiento se encontraba en el pecado.

Al principio, este punto de vista nos puede parecer extraño y ajeno a nosotros hoy día, pero después de analizarlo, podemos descubrir que nuestras creencias coinciden con las de aquellos discípulos, más de lo que pensábamos. He conocido a padres de familia que, en circunstancias trágicas, han perdido niños pequeños por enfermedades fatales o accidentes trágicos. Después de la conmoción inicial, todos ellos tratan de imaginarse, durante un largo período, qué habrán hecho para que tales tragedias les sucedieran a sus niños. Tal vez fue un pecado de la juventud, han pensado algunos. Puede ser que ellos habían pecado en contra de Dios, de un modo terrible, del cual no estaban conscientes. Es triste que muchos padres que se han encontrado en tales situaciones, se torturen mentalmente con estas ideas durante años. Tal vez la pregunta de los discípulos, acerca del hombre nacido ciego, ¡no sea tan extraña para nosotros después de todo!

Aun cuando no hayamos enfrentado tragedias devastadoras, nuestra forma de hablar algunas veces delata que nosotros todavía nos apegamos a una creencia de relación causal entre el pecado y el sufrimiento. Cuando enfrentamos pruebas o tribulaciones, ¿no nos preguntamos algunas veces qué habremos hecho para *merecernos* tales cosas? Es el mismo pensamiento que se refleja cada vez que nos quejamos: “¡No es justo!”, cuando algo desagradable nos sucede. ¿Esperamos que todos los eventos de la vida sean justos? ¿Pensamos que lo placentero siempre es el resultado de un buen comportamiento y que el dolor siempre es la consecuencia del pecado?

Todos nosotros nos hacemos la misma pregunta de los discípulos en ciertos momentos. Cuando se nos enfrenta con el sufrimiento, ya sea el nuestro o el de otra persona, queremos saber por qué sucede. La pregunta del por qué, no es contestada completamente en las Escrituras. Aunque es

¹ Leon Morris, *The Gospel According to John (El evangelio según Juan)*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1971), 478.

hecha varias veces, a ninguno se le dio una completa explicación. Job la hizo, y Dios le respondió diciéndole que la respuesta sobrepasaba su capacidad humana para entenderla (Job 40; 41). “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42.5–6). Habacuc preguntó pero jamás se le dio una respuesta. Al final, él decidió confiar en el Señor aunque no lo entendiera plenamente:

Aunque la higuera no florezca,
Ni en las vides haya frutos,
Aunque falte el producto del olivo,
Y los labrados no den mantenimiento.
Y las ovejas sean quitadas de la majada,
Y no haya vacas en los corrales;
Con todo, yo me alegraré en Jehová,
Y me gozaré en el Dios de mi salvación.
Jehová el Señor es mi fortaleza,
El cual hace mis pies como de ciervos,
Y en mis alturas me hace andar
(Habacuc 3.17–19).

¡Ninguna de estas personas recibió una respuesta satisfactoria para la pregunta del por qué, como tampoco la recibieron los discípulos en Juan 9!

LA RESPUESTA (9.3)

Cuando se le preguntó por qué el mendigo había nacido ciego, Jesús respondió: “No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifestasen en él” (9.3). A Jesús se le preguntó acerca de la *causa* del sufrimiento humano. Se rehusó a responder esa pregunta específica. Puede que fuera porque nosotros somos incapaces de entender completamente lo que Dios nos diría sobre ese tema. Cualquiera que fuera la razón, en lugar de ello, lo que Jesús hizo fue responder la pregunta acerca del *propósito* del sufrimiento humano. Aunque no les dijo a los discípulos por qué el hombre nació ciego, sí les dijo el propósito de la vida del ciego: “que las obras de Dios se manifiesten en él”.

Las palabras que Jesús dijo sobre este tema entran en abierta contradicción con la manera como nosotros ordenamos nuestras prioridades en la vida. A los estadounidenses se les dice en la Constitución de su país que ellos tienen el derecho a la “vida, la libertad y a la procura de la felicidad”. Demasiadas veces, la gente interpreta mal este derecho entendiendo que el propósito de la vida es lograr la felicidad individual. Cuando adoptamos tal punto de vista, entonces todo el sufrimiento es un estorbo para nuestra felicidad, y como tal, él es algo terrible. No obstante, si vemos que el propósito

de la vida es que se manifiesten las obras de Dios, entonces veremos el sufrimiento, casi del mismo modo que vemos nuestras bendiciones: ¡como una manera de glorificar a Dios! Ese fue el mensaje que Jesús les dio a sus discípulos. Aunque no les dijo por qué el hombre había nacido ciego, les dijo cuál era el propósito de la vida de este hombre: ¡glorificar a Dios!

Cuando trato de acordarme de las personas en cuyo sufrimiento se han manifestado las obras de Dios, son varios los nombres que vienen a mi mente. Uno es el de un joven de limitada capacidad mental. Estoy seguro que su padre y su madre deben haberse preguntado un millón de veces a sí mismos, y a Dios, por qué el hijo de ellos nació así. Jamás olvidaré la noche que el hijo de ellos fue bautizado después de responder a una invitación, a la conclusión de un sermón. No hubo ojo que no derramara lágrimas en aquella audiencia, cuando él confesó su fe en Jesús y con una hermosa sencillez dijo: “Simplemente quiero hacer lo que Dios quiere que haga”. En ese momento, las obras de Dios se manifestaron en la vida de aquel joven.

También recuerdo a un predicador al que una vez oí, después de que se le dijo que tenía una enfermedad terminal en potencia. Le dijo a la iglesia que le había pedido a Dios que él pudiera ponerse bien; pero también le pidió que si no se podía poner bien, que le ayudara a enseñarle a la iglesia cómo morir. Pocos meses después, precisamente eso fue lo que hizo; ¡con su muerte las obras de Dios fueron manifestadas!

Otro ejemplo de una persona cuyo sufrimiento manifestó las obras de Dios es el de una cristiana que por años batalló contra el cáncer, y recientemente partió para estar con el Señor. Muchas veces las personas se preguntan “¿Por qué?”. Cada vez que recuerdo los años que duró la enfermedad de ella, me convengo de que ella manifestó las obras de Dios a través de su enfermedad, y lo hizo de un modo como pocas personas lo hacen, aún teniendo buena salud.

El ejemplo máximo de tener un propósito para vivir es, por supuesto, el de la muerte de Jesús en la cruz. Fue una muerte injusta y cruel. Fue, desde muchos puntos de vista, una tragedia; sin embargo, Jesús colgó de la cruz con el fin de que las obras de Dios se manifestaran en su vida y en su muerte. No conozco a nadie que haya podido explicar por qué Jesús tuvo que sufrir en la cruz. No creo que lo entendamos completamente, sino hasta que lleguemos al cielo. No obstante, hasta un pequeño niño puede apreciar el hecho de que Dios fue manifestado de un modo maravilloso, por el

hecho de que Jesús fuera a la cruz. Él vivió y murió para los propósitos de Dios.

Todos nosotros enfrentamos algo que nos lleva a creer que Dios nos ha vuelto su espalda, y no vemos la forma como nuestra situación pueda servir para la gloria de Dios. Habrá algunos que dirán: “Pero, yo soy divorciado”; “Tengo problemas en mi matrimonio”; “Tengo problemas con mis hijos”; “Estoy enfermo”; “Soy demasiado joven”; o “Soy demasiado viejo”. Jesús se adentra en nuestro mundo y en esencia nos dice: “No te diré por qué sufres las dificultades que ahora sufres, pero sí te diré esto: Las obras de Dios pueden ser manifestadas en tu vida, a pesar de tus problemas —incluso, ¡tal vez por causa de tus problemas!”.

Un ejemplo de lo anterior es el apóstol Pablo, el cual era atormentado por su conocido “aguijón en la carne” (2 Corintios 12.7). Tres veces le pidió al Señor que lo quitara de él. Estoy seguro que Pablo pensó cuánto más útil podía él serle a Dios si tan sólo fuera aliviado de su aflicción, sin embargo, el Señor se rehusó a quitar de Pablo el aguijón en su carne. En lugar de ello, Dios lo dejó con este mensaje: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12.9). Pablo, al final, aceptó que el mejor medio como Dios había determinado que se mostrara su poder, era a través de la debilidad y no a través de la fortaleza y la buena salud. En esto Pablo nos dio los pasos a seguir para tratar con las aflicciones. El primer paso consiste en pedirle a Dios que nos alivie del dolor. Esta es la acción refleja natural de todo ser humano al dolor, y es lícito clamar por la liberación. El segundo paso, no obstante, es que el cristiano le diga a Dios lo siguiente: “Suceda lo que suceda, tú serás glorificado en mi vida”. ¡Cualquiera que sea nuestra situación, todos podemos servir como instrumentos en los que se manifiesten las obras de Dios!

Después de una dramática batalla en contra del cáncer, y de un igualmente dramático regreso al béisbol, Dave Dravecky fue víctima de una lesión que acabó con su carrera como lanzador estrella del equipo los Gigantes de San Francisco. Esto fue lo que después escribió:

La tragedia nos obliga a entrar por una puerta de un solo sentido, y una vez que entramos por ella, jamás podremos volver a la manera como la vida solía ser antes de la tragedia... No podremos volver atrás, por más que lo anhelemos. Todo lo que podemos hacer es dar gracias por lo que una vez fue, por las cosas buenas que estuvieron allí, por los momentos felices que tuvimos, por la risa, por el amor, por los recuerdos de los que fuimos partícipes. Luego,

diciéndole adiós a aquellos seres queridos, podemos poner nuestra mano en la mano de aquel que le señaló su órbita al sol, a la luna y a las estrellas, y confiar en que él le ha trazado un curso a nuestras vidas también.²

CONCLUSIÓN

La pregunta sigue sin responder en el mundo:

²Dave Dravecky, *When You Can't Come Back (Cuando no puedes volver atrás)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1992), 159.

“¿Tiene la vida significado, o será ella no más que un juego al azar?”. Puede que el mundo no tenga una respuesta a tal pregunta, pero los seguidores de Jesús sí la tienen. Sabemos que, cualquier cosa que nos suceda en este mundo, ella encierra en sí misma la posibilidad de servir de instrumentos para la gloria de Dios. Vivamos de modo tal que, cualesquiera que sean las circunstancias que nos rodean, ¡“las obras de Dios se manifestarán” en nosotros! ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“Una cosa sé” (9.6-41)

Hay momentos en los cuales las “oraciones contestadas” pueden complicar nuestras vidas. Algo de lo cual teníamos certeza que nos iba a mejorar nuestra vida puede en realidad traerle dificultades. Tome por ejemplo a las personas que ganan la lotería. Hace algunos años, el *New York Times Sunday Magazine*¹ publicó un reportaje sobre ganadores de lotería y de la manera como la experiencia de ganar la lotería había afectado las vidas de ellos. Se descubrió que estas personas consideraban el ganar la lotería una bendición agrídulce. El dinero les había permitido comprar lindas casas y lindos autos, pero también les había creado problemas que no esperaban.

La mayoría de los ganadores de lotería habían hecho instalar, rápidamente, líneas telefónicas privadas con el fin de evitarse llamadas de familiares, hacía tiempo olvidados, que andaban en búsqueda de préstamos, de consejeros de las finanzas que pretendían tener la “perfecta” estrategia para la inversión de la inesperada suerte, y de personas con historias de mala suerte que deseaban dinero. Un hombre en particular, Donald Blakeley, era un ingeniero eléctrico que había ganado 4.2 millones de dólares en 1982. Aunque disfrutaba de la riqueza, se quejaba de la manera como el dinero había cambiado a las personas con las que se relacionaba. Un amigo que le debía dos mil dólares a Blakeley, se resintió con éste cuando Blakeley le pidió que le cancelara el préstamo. El amigo se preguntaba por qué debía alguien, que había ganado 4.2 millones, estar interesado en algo tan

mezquino como un préstamo de dos mil dólares. Esto es lo que Blakeley decía: “Me hace sentir mal el haberle perdido el dinero, pero lo que me hace sentir más mal es el haber perdido un amigo”. El prosiguió diciendo que sus compañeros de trabajo, al principio, habían estado alegres de que él había ganado. Después de seis meses, la alegría de ellos se convirtió en envidia, y Blakeley eventualmente tuvo que renunciar a su empleo. Hay veces cuando una “oración contestada” puede complicarnos la vida.

El día que Jesús se encontró con el hombre nacido ciego fue el más maravilloso de la vida de éste. Toda persona ciega ha orado porque se le restaure la vista. No hay duda de que este hombre había soñado a menudo de lo que haría si tan sólo pudiera ver. Luego, un día, sin que lo esperara, cierto hombre se dirigió hasta él y cambió todas las cosas. Jesús hizo lodo con su propia saliva y con tierra tomada del suelo, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo que fuera a lavarse al estanque de Siloé (9.6). Esto es lo que Juan informa: “Fue, entonces, y se lavó, y regresó viendo” (9.7b). ¡La oración más grande que el ciego había hecho, había sido contestada! Lejos estaba de adivinar que esto sería el comienzo del día más difícil de su vida.

El texto bajo estudio, 9.6-41, relata la historia de un hombre que estaba andando sobre el camino de la fe. Aunque el que le da el impulso inicial a los eventos, y el que regresa después a dar una explicación, y a poner las cosas en su lugar, es Jesús, el relato se centra principalmente en el hombre que había sido ciego y en el viaje de éste por el camino que lo llevó a la fe en Jesús. Es fascinante el modo como el pasaje es salpicado por las manifestaciones, cada vez más llenas de fe, del hombre.

¹ *New York Times Sunday Magazine*, 31 January 1993, xiii-NJ-4.6.

“YO SOY” (9.6–9)

Tan pronto como el hombre fue sanado de su ceguera, sus vecinos comenzaron a hablar sobre este increíble evento. Algunos se preguntaban: “¿No es éste el que sentaba y mendigaba?” (9.8). Algunas personas respondían: “Él es”, y otros decían: “A él se parece” (9.9). La conversación de ellos suena como la de una familia hablando sobre un ser querido que está en el hospital —hablando en presencia de éste ¡pero sin tomar en cuenta al paciente mismo! “¿Cómo cree que le está yendo?”. “Creo que tal vez está un poco mejor hoy”. “Oh, a mí no me parece. No se ve muy bien hoy”. “¿Qué ha dicho el doctor?”. “¿Cree usted que sobrevivirá?”.

Por fin, el hombre que había sido sanado habló por sí mismo y dijo: “Yo soy” (9.9). Él no iba a permitir que pasaran por alto su presencia. Aunque había sido mendigo por varios años, ¡él era un experto en varios temas, y uno de ellos era el tema de sí mismo! Él estaba seguro de que él había estado ciego y de que ahora podía ver, así que con toda confianza declaró lo que él conocía como verdadero: “¡Yo soy el hombre!”.

El camino de la fe, para cada uno de nosotros, bien puede comenzar teniendo nosotros conciencia de nuestra condición de personas. Usted es una autoridad sobre el tema que concierne a su persona. Usted puede estar seguro de que usted es una persona y un alma viviente. Los científicos bien pueden decirle una cosa acerca de usted mismo, su jefe puede decirle otra, y su familia todavía otra. No obstante, usted es el que sabe que usted está vivo, que usted es un ser espiritual, y que usted está buscando algo que no ha recibido en toda su plenitud. “¡Yo soy el hombre!” es lo que declaramos cuando comenzamos a andar por el camino de la fe.

“JESÚS HIZO LODO” (9.10–12)

Las palabras que el hombre dijo en el sentido de que él era el mendigo ciego, a quien todos habían visto cerca del templo, no fue suficiente para disipar la confusión causada por el milagro. Las piezas de este rompecabezas no encajaban correctamente en la mente de ellos. Ellos no veían que milagros como éste sucedieran todos los días —¡ni *ningún* otro día, en tal caso! Le preguntaron cómo era que había tenido lugar evento tan maravilloso. De un modo simple y directo, les relató lo siguiente: “Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista” (9.11).

Nuevamente, este hombre sin posición social

ni riquezas, demostraba ser el experto más grande del mundo en ciertos temas. Él tenía la certeza acerca de quién era él y acerca de la experiencia que había tenido. Del mismo modo, todos los que andan por el camino de la fe, son expertos sobre el tema de sus propias vidas. Hay algunos que pueden decir: “Yo era un amargado antes de conocer a Jesús”. Otros podrían decir: “Yo no podía dominarme a mí mismo (o me desesperaba, o me emborrachaba), antes que Jesús me liberara”. Estos son temas sobre los cuales usted puede hablar con gran convicción, pues usted es la única autoridad sobre quién es usted y sobre lo que Jesús ha hecho en su vida. ¡Nadie puede usurparle esa autoridad a usted!

“ES PROFETA” (9.13–17)

A pesar de las explicaciones, lo que le había sucedido al hombre nacido ciego, todavía no tenía sentido para las personas que lo conocían, así que lo llevaron ante los expertos religiosos, los fariseos. Jesús había sanado al hombre el día de reposo, el cual era sagrado para los judíos. Esto les planteaba una gran dificultad. Como sospechaban de que una sanidad había sido llevada a cabo el día de reposo, le pidieron al hombre que relatara de nuevo los eventos. Después de que lo escucharon, esta fue la conclusión a la que llegaron: “Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo” (9.16). Esta conclusión pudo haber cerrado el caso en la mente de los fariseos, para quienes la sanidad era sólo una curiosidad. No obstante, para aquellos que conocían al hombre, tal respuesta distaba mucho de ser satisfactoria. No entendían cómo alguien podía obrar un milagro tan asombroso y no proceder de Dios.

El debate que se suscitó entre las personas llevó a que surgiera una “disensión entre ellos”. Por todo el evangelio de Juan, vemos que Jesús constantemente presionó a las personas a tomar una decisión respecto de él. Como no se contentaba con que las personas lo pasaran por alto, Jesús insistía en que ellos tomaran en cuenta las pruebas, y con base en éstas, determinarán si él procedía de Dios o del diablo. En lo que a Jesús y a Juan se refería, no había territorio neutral.

La frustración los llevó a buscar al que había nacido ciego, y le preguntaron qué pensaba acerca del asunto. Éste, dando otro importante paso más hacia la fe, respondió: “... es profeta” (9.17). Al decir esto, el antiguo mendigo, estaba haciendo una aseveración —no sobre sí mismo, sino sobre el hombre que le había sanado. La conclusión a la cual llegó es que este hombre había recibido poder de Dios. Dijeran lo que dijeran los fariseos, acerca

de cuán malo Jesús era, el hombre que había nacido ciego estaba convencido de que Jesús era bueno y que su poder procedía de Dios.

“UNA COSA SÉ” (9.18–25)

Cada frase que decía el hombre nacido ciego, suscitaba una tirantez cada vez mayor. Los fariseos habían rechazado por completo la creencia de que Jesús fuera profeta de Dios. Algunos, incluso, dudaban de que aquel hombre fuera el mismo que solía sentarse a mendigar. Por lo tanto, llamaron a los padres de éste y los interrogaron. Les preguntaron: “¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?” (9.19). Los padres del hombre estaban aterrorizados. A ellos no les gustaba quedar en evidencia ni atraer la atención hacia sí mismos, y la situación entera les asustaba. Incluso, habían oído decir que si alguien decía algo positivo acerca de Jesús, era expulsado de la sinagoga (9.22). Como estaban temerosos de que perderían a sus amigos, a sus familiares, y su modo de ganarse la vida, este padre y esta madre (los cuales hacía tiempo habían abandonado a su hijo a una vida de mendicidad) una vez más lo abandonaron en medio del conflicto. Esto fue lo que dijeron: “... edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo” (9.21). Aquel podía haber sido el día más feliz de sus vidas, pues al hijo de ellos se le había concedido el don de la vista. Sin embargo, fue un día de terror y de vergüenza.

Nuevamente, los investigadores se volvieron al hombre y le pidieron que explicara cómo era posible que él ahora viera. “Da gloria a Dios”, le exigieron. Esta expresión no tenía nada que ver con la adoración o alabanza a Dios. Más bien, era la manera como los judíos quería dar a entender: “¡Di la verdad!”.² Era la manera como se le podía hablar a un criminal que todavía no había confesado algún crimen, el cual todo el mundo estaba seguro de que él había cometido. Las palabras de ellos eran una señal de una frustración cada vez mayor, y del enojo e impaciencia de ellos para con el hombre que había nacido ciego.

Como ya lo hemos visto anteriormente, cuando el hombre les respondió a los que le cuestionaban, él lo hizo con certeza y mostrándose calmo y lleno de seguridad. Esto fue lo que les dijo: “Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo sido yo ciego, ahora veo” (9.25). Había muchos aspectos del debate religioso, en el cual este hombre no hubiera podido estar tan bien parado. Al verse amenazado, se atuvo a los hechos: “... una cosa sé, ... habiendo

sido ciego, ahora veo”.

“ÉL VIENE DE DIOS” (9.26–34)

Como estaban frustrados por el obstinado empeño del hombre que había nacido ciego, los fariseos comenzaron todo el interrogatorio nuevamente (9.26). Las tácticas de ellos me recuerdan los procedimientos antiterroristas que soportaba hace algunos años cuando volaba al extranjero. Los empleados de la aerolínea, tomaban a cada pasajero por separado y nos hacían una serie de preguntas. Luego, pocos minutos después, otro empleado nos haría las mismas preguntas. Al final, un tercer empleado ¡nos haría las mismas preguntas una vez más! Más adelante, veíamos a los tres empleados reunidos y comparando apuntes para ver si todos habíamos dado las mismas respuestas a los tres. El hombre nacido ciego, debió haber tenido la misma sensación que nosotros tuvimos aquel día.

Como le hacían la misma pregunta otra vez, el hombre comenzó a ponerle algo de sarcasmo a la situación. Les preguntó a los líderes judíos si ellos le estaban haciendo preguntas nuevamente, debido a algún interés que ellos tuvieran en Jesús, y a que querían convertirse en discípulos de éste (9.27). Como era de adivinar, se pusieron furiosos. Luego, cuando tenía la última oportunidad de hablarles, les señaló cuán ilógico era su razonamiento a algunos de los más brillantes y mejor instruidos pensadores de todo Israel. Sostuvo que nadie había visto un milagro tan grandioso, como la sanidad de un hombre que había nacido ciego. En verdad que era una obra maravillosa. No había duda de que este milagro tenía que venir de Dios; sin embargo los fariseos, que se creían tan cercanos a Dios, no tenían idea de dónde era Jesús ni de lo que éste había hecho. La audaz conclusión a la que el hombre llegó, fue que si Jesús no era de Dios, él no hubiera hecho una cosa así. En esencia, esto fue lo que dijo: “Él viene de Dios” (9.33).

Después de haber sido avergonzados por el hombre nacido ciego, los fariseos explotaron en furia y dieron comienzo a un bombardeo verbal. ¿Cómo se atrevía aquel hombre a darles instrucciones a ellos? Él ignoraba la ley y no era alguien en quien se podía confiar que pensara responsablemente. Además, declararon ellos, él había nacido completamente en sus pecados. (Recuerde la pregunta de los discípulos acerca de la relación entre el pecado y el sufrimiento, en el versículo 2). Cuando ellos terminaron su diatriba verbal, “le expulsaron” (9.34). Aparentemente, le hicieron lo que sus padres habían temido que le hicieran a ellos: lo echaron de la sinagoga.

La experiencia del hombre nacido ciego nos

² Veá Josué 7.19.

recuerda que la fe en Jesús puede algunas veces complicar nuestras vidas. ¿De dónde será que habremos sacado la idea de que Jesús siempre hace la vida más simple? La luz no puede coexistir con las tinieblas sin que haya incomodidad. La fe no siempre hace que las familias tenga más paz; en ciertos momentos pueden suscitarse más conflictos. La fe no siempre hace más tranquilos los matrimonios; en ciertos momentos ella es la fuente más grande de conflictos. La fe no siempre facilita las cosas en el trabajo; en ciertos momentos hará que alguna persona sea despedida. Jesús dijo lo siguiente una vez:

¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra (Lucas 12.51-53).

La fe causa problemas al punto que ella puede ser la causa de que nos sintamos tentados a retroceder. No obstante, el hombre nacido ciego había visto la luz (por lo menos en dos sentidos), y para él no había marcha atrás. Él estaba seguro de lo que él creía, y nadie lo iba a ahuyentar de lo que el sabía que era cierto.

“CREO” (9.35-41)

¡Era tanto lo que le había sucedido a este hombre en tan corto tiempo! El más maravilloso día de su vida había llegado a ser el más lleno de contención y el más costoso también. Había recibido su vista, pero había sido echado de la sinagoga. Por fin podía ver los rostros de sus congéneres, pero los únicos rostros que hasta ese momento había visto, habían estado llenos de ira y confusión. No podía ocupar el lugar al que tenía derecho dentro de su comunidad, pues había sido ridiculizado y condenado por el público del cual había anhelado ser parte. Cuando su dilema se le revolvía dentro de su mente, fue saludado por alguien cuya voz le

era conocida, pero cuyo rostro jamás había visto —¡Jesús!

Jesús le preguntó si él creía en el Hijo del Hombre. Confuso a causa de la pregunta, pero confiado en el que la hacía, dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? (9.36). Jesús le dijo que él mismo era el Hijo del Hombre. Al oír esto, el hombre que había sido ciego de nacimiento confesó: “Creo, Señor” (9.38) y le adoró. El viaje por el camino a la fe lo había traído hasta un mojón de ese camino. Ya podía decir: “Creo”.

Observe la progresión de la fe de este hombre, a medida que los eventos se sucedieron. Pasó de decir: “Yo soy”, a decir sucesivamente: “Jesús hizo lodo”, “Es profeta”, “Una cosa sé”, “Él viene de Dios”, hasta decir: “Creo”. Cada frase constituyó una cuidadosa pisada sobre lo que en ese momento entendía. No era un “salto de fe” a lo desconocido lo que había dado, sino una gradual caminata a paso firme hacia la fe.

CONCLUSIÓN

Esto fue lo que Jesús les dijo a sus discípulos: “Luz soy del mundo” (9.5b). Nuestro mundo está cubierto por el negro y pesado manto del pecado. Las tinieblas no pueden tolerar la luz, pues ambas están en conflicto una contra la otra. Si usted se convierte en una persona de la luz, se hallará en feroz batalla contra las fuerzas de las tinieblas. ¡Usted puede mantenerse firme contra ellas! Usted puede aferrarse a lo que usted sabe acerca de sí mismo, acerca de la vida y acerca de Jesús. ¡Al hacer esto, aunque no salga el sol por la mañana, usted todavía sabrá quién es usted y qué, lo que usted cree!

El hombre que había nacido ciego no podía haber imaginado el conflicto que enfrentaría el día de su sanidad. No obstante, si él hubiera sabido todos los problemas que el recibir su vista le iba a causar, siempre hubiera escogido la vista antes que la ceguera. Jesús es verdaderamente “luz del mundo”. ¡La invitación que se nos hace hoy, es a venir a la luz! ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

El buen pastor

(10.1-21)

La imagen de Dios a la que más cariño le tenemos, tal vez sea la del buen pastor. Es una imagen que habla de protección, cuidado, ternura y sacrificio. Hay algo especialmente apropiado acerca de la comparación de Dios con un pastor, y de nosotros con sus ovejas. Por ejemplo, las ovejas tienen una pobre visión y poco sentido de orientación. Están virtualmente indefensas cuando son atacadas por sus enemigos. Cuando se sienten aterrorizadas, simplemente se echan sobre sus patas. Las ovejas a menudo parecen ingenuas en la forma como se comportan. Cuando las ovejas se encuentran en un campo, si una de ellas salta sobre un obstáculo imaginario, todas las demás saltarán sobre el mismo obstáculo o cerca inexistente. Muchas veces, los pastores tienen que ir al potrero de las ovejas para arrear a éstas hasta los abrevaderos y así evitar que se mueran de sed. ¡Las ovejas necesitan ayuda, y nosotros también!

La palabra “pastor”, sin embargo, no transmite una idea positiva. En ciertas culturas, los pastores tienen fama de ser perezosos, borrachos e irresponsables como obreros de granja. Del mismo modo que la palabra “padre” puede significar la mejor de las virtudes o el peor de los vicios, así también la palabra “pastor” puede dar la idea de nobleza o de algo que causa vergüenza. Por ejemplo, el Salmo veintitrés presenta una hermosa imagen de Dios como el preocupado pastor. Contrastando con esto, están las siguientes descripciones de pastores inicuos que hacen dos profetas anti-*qu*otestamentarios:

Todas las bestias del campo, todas las fieras del bosque, venid a devorar. Sus atalayas son ciegos, todos ellos ignorantes; todos ellos perros mudos, no pueden ladrar; soñolientos, echados, aman el dormir. Y esos perros comilones son insaciables; y los pastores mismos no saben

entender; todos ellos siguen sus propios caminos, cada uno busca su propio provecho, cada uno por su lado. Venid, dicen, tomemos vino, embriaguémonos de sidra; y será el día de mañana como este, o mucho más excelente (Isaías 56.9-12).

¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi rebaño! dice Jehová. Por tanto, así ha dicho Jehová Dios de Israel a los pastores que apacientan mi pueblo: Vosotros dispersasteis mis ovejas, y las espantasteis, y no las habéis cuidado. He aquí que yo castigo la maldad de vuestras obras, dice Jehová. Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas; y crecerán y se multiplicarán. Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se amedrentarán, ni serán menoscabadas, dice Jehová (Jeremías 23.1-4).

Juan 10, es llamado comúnmente “el capítulo del buen pastor”. Es el que sigue a continuación del relato sobre la sanidad del hombre que había nacido ciego, y del discurso sobre la ceguera espiritual de los oponentes de Jesús. Los relatos de Juan sobre Jesús, siguen después con el último discurso en público que se registra en este evangelio. El discurso, después de girar en torno al tema de la ceguera, pasa a girar en torno al de las ovejas, pero el mensaje es casi el mismo: Jesús es el verdadero Hijo de Dios, y aquellos que son de corazón recto y tierno llegan a aceptar esto. El mensaje del texto bajo estudio se centra en dos expresiones más de “yo soy” que Jesús hace.

“YO SOY LA PUERTA” (10.1-10)

El sermón comienza con una alegoría sobre las ovejas y los pastores de éstas, en la cual Jesús utiliza la bien conocida imagen del redil de las ovejas (10.1-5). En ciertos momentos, por las

noches, las ovejas serían reunidas en un aprisco hecho de rocas o espinas. El reunir las ovejas de esta manera, facilitaba el protegerlas de los animales salvajes y de los ladrones. Jesús les recordó a sus oyentes acerca del modo como los verdaderos pastores entrarían por la puerta a sacar sus ovejas. Ellos llamarían a las ovejas de ellos por su nombre, y éstas los seguirían de buena gana. El ladrón, por otro lado, siempre se metería a escondidas, saltando la valla, con el fin de robarse las ovejas. Lo que Jesús estaba diciendo era que él no había venido a engañar ni a estafar al pueblo de Dios. Más bien, había entrado por la puerta hablando claramente en público, y no reuniendo a escondidas a sus seguidores. No obstante, en aquel momento, sus oyentes no entendieron lo que él les decía (10.6).

Jesús habló nuevamente y dijo: “Yo soy la puerta de las ovejas” (10.7). Había otros que podían haber afirmado ser pastores enviados por Dios, pero ellos no eran más que ladrones y salteadores. Las verdaderas ovejas de Dios no respondían a las voces de los falsos pastores, y Jesús sostenía que él era la única y verdadera puerta que lleva a Dios. Esto suena parecido a la declaración que dio más adelante, cuando dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (14.6). La expresión “Yo soy la puerta” era una afirmación en el sentido de ser el único camino al Padre. Los que trataban de venir por otro camino no eran más que ladrones y salteadores. Una vez conocí a un adolescente que trabajaba en una barbería, lustrando zapatos y barriendo el piso. Después de algún tiempo, notó cuánto dinero gastaban en la máquina dispensadora de refrescos que estaba en la barbería, y comenzó a hacer planes para ver cómo podía robar el dinero. Una noche regresó a la barbería, pasada la medianoche, y trató de meterse a través de una rejilla de ventilación que estaba en el techo. El único problema que tuvo fue que se quedó atorado en la rejilla. Cuando la policía lo halló, se puso a suplicar que lo ayudaran y a explicar ¡que no estaba haciendo nada malo! ¡No obstante, nadie le creyó su explicación! Las personas íntegras, que no tienen nada que ocultar, no se meten por el techo; entran por la puerta. Esto es exactamente lo que Jesús estaba diciendo acerca de los falsos maestros.

Uno de los pequeños secretos sucios de ciertos líderes religiosos, es que ellos no están verdaderamente interesados en las cosas de Dios. Algunos están metidos en asuntos relacionados con la iglesia, tan sólo para saciar su sed de dinero, posición o poder. Cada vez que un nuevo escándalo es descubierto, nos asombra que cierto líder de la iglesia hubiese actuado de tal manera. Yo no creo

que a Jesús le extrañara alguna vez, que los ladrones y los salteadores trataran de extraviar al rebaño. Él sabía que él no era el único que quería el rebaño, y también sabía que él era el único pastor verdadero, y el único a quien le interesaba lo que mejor le convenía al rebaño. “He venido”, decía, “para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (10.10b).

Por todo el evangelio de Juan, a Jesús se le presenta entrando por la puerta. En su ministerio estaban ausentes la manipulación, la estafa, el engaño y el interés personal. Aunque sus palabras causaban un alto nivel de polémica y eventualmente le costaron su vida, Jesús insistía en entrar por “la puerta”. Él sabía que aquellos cuyos corazones estaban vueltos hacia el Señor, oirían su voz y responderían, sin importar lo que el resto del mundo hiciera.

Durante la Primera Guerra Mundial, un grupo de hambrientos soldados turcos, que estaban estacionados en Israel, se encontraron un rebaño de ovejas. Ellos comenzaron a arrear las ovejas hacia el campamento de ellos, pensando en que aquel sería un succulento banquete. El pobre pastor que estaba mirando a las ovejas no tenía armas con las cuales pelear contra los soldados, así que corrió tan rápido como pudo en dirección contraria, cruzó un barranco y subió hasta la cima de una colina cercana. Luego se volvió, se llevó las manos a la boca, e hizo el llamado que tan menudo le hacía a sus ovejas. Acto seguido, las ovejas dejaron de escapar con los soldados y comenzaron a correr en dirección del pastor de ellas. Los soldados estaban tan sorprendidos que no pudieron hacer nada para impedir que el “banquete” se les desapareciera en la oscuridad.¹

¡Esta es la relación que Jesús tiene con sus ovejas hoy día! Las ovejas de él oyen su voz. Los verdaderos buscadores de Dios reconocerán su llamado y lo hallarán. A éstos él les dará vida abundante. El tema de la “vida” ocupa un lugar importante en el evangelio de Juan (20.31). No se trata de la “buena vida” ni de la “vida fácil” que a menudo procuramos; se trata de la “vida abundante” que Jesús les da a los que oyen su voz.

“YO SOY EL BUEN PASTOR” (10.11–18)

Relacionada, pero algo diferente a la afirmación de Jesús en el sentido de ser la puerta, estuvo la declaración en la que dijo: “Yo soy el

¹ Michael Green, *Illustrations for Biblical Preaching* (*Ilustraciones para la predicación bíblica*) (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1982), 420.

buen pastor” (10.11a). Tal como se mencionó anteriormente, la palabra “pastor” puede tener diferentes significados. En esta ocasión, tenía un significado en particular en la mente de Jesús: “El buen pastor su vida da por las ovejas” (10.11b). Aunque su muerte en la cruz no se registra, sino hasta nueve capítulos después en el evangelio de Juan, Jesús ya le estaba diciendo a sus discípulos lo que la cruz significaría. Como el buen pastor que era, él estaba dispuesto y preparado para poner su vida por las ovejas. Cinco veces en esta corta sección recalco que su muerte no sería algo fuera de su control. ¡Cuando él muriera, ello sería porque él eligió poner su vida!

... el buen pastor su vida da por las ovejas (10.11).

... y pongo mi vida por las ovejas (10.15).

... yo pongo mi vida, para volverla a tomar (10.17).

Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo (10.18a).

Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar (10.18b).

El poner su propia vida es la característica suprema del buen pastor. Los asalariados no muestran tal nivel de lealtad ni de sacrificio. Cuando los problemas llegan, se esconden, se olvidan de las ovejas.

David (quien después llegó a ser rey de Israel) fue un pastor en su juventud. Estando ocupado en tal oficio, él aprendió bastante sobre la vida, sobre el liderazgo y sobre Dios. Aprendió especialmente lo que significaba ser un buen pastor. Cuando se ofreció a pelear en contra del gigante filisteo Goliat, David le dijo a Saúl:

Tu siervo era pastor de las ovejas de su padre; y cuando venía un león, o un oso, y tomaba algún cordero de la manada, salía yo tras él, y lo hería, y lo libraba de su boca; y si se levantaba contra mí, yo le echaba mano de la quijada, y lo hería y mataba. Fuese león, fuese oso, tu siervo lo mataba; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos,... (1 Samuel 17.34–36).

El futuro rey de Israel había probado ser un fiel y buen pastor con las ovejas; más adelante probaría ser un fiel pastor del pueblo de Dios.

Jesús, a menudo llamado “Hijo de David” en los evangelios, fue, y continúa siendo, el Buen Pastor. Él estuvo tan comprometido con el cuidado y bienestar de las ovejas encomendadas a su cuidado (usted y yo) que él puso su vida por nosotros, tal como David la puso por sus rebaños. Cuando se refirió al buen pastor, Jesús dejó claro

que él, “de sí mismo”, iría a la cruz (10.18). Judas, los principales sacerdotes, Pilato, y las multitudes tendrían su parte que cumplir en la crucifixión de Jesús, pero no se daban cuenta que tal atrocidad podría suceder sólo porque Jesús estaba, de su voluntad, poniendo su vida por sus ovejas. ¡Él es el buen pastor!

Más adelante, en el evangelio de Juan, hay dos frases que nos recuerdan de lo que Jesús dijo en su discurso del Buen Pastor. Durante el juicio que le hicieron a Jesús, el gobernador romano, Poncio Pilato, le hizo a Jesús una pregunta. Como se rehusara a contestarla, Pilato le dijo: “¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?” (19.10). Jesús, el buen pastor, le contestó: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba;...” (19.11). Aunque nadie lo entendió así en aquel momento, Pilato jamás podía haber hecho que se crucificara a Jesús, si Jesús no se lo hubiera permitido. ¡La crucifixión fue en realidad el sacrificio amoroso del buen pastor! Al final, cuando Jesús estaba colgando de la cruz, “habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu” (19.30). Los términos en los que Juan se expresó no son casualidad. Nadie le arrebató a Jesús su vida. Nadie lo asesinó. Nadie lo engañó ni lo atrapó en la cruz. Él “entregó el espíritu” de sí mismo.

CONCLUSIÓN (10.19–20)

Nuevamente hallamos que las maravillosas palabras de Jesús dieron como resultado que se suscitaban reacciones divididas en medio del pueblo. Algunos decían que él tenía demonio, una acusación cuyo propósito era desacreditarlo, lo cual se asemeja en gran manera hoy día, a afirmar que alguien está “loco” o “mentalmente perturbado”. No obstante, otros todavía estaban maravillándose del poderoso milagro de abrirle los ojos a un hombre ciego de nacimiento. No podían hacerse la idea de que un demonio pudiera llevar a cabo tan increíblemente maravillosa acción. Aunque Jesús amaba a todas sus ovejas, había algunas que le correspondían con amor, pero había otras que le odiaban. La respuesta de ellos nos recuerda de que Jesús nos llama a seguirlo, pero él deja que seamos nosotros los que tomemos la decisión.

Jesús es el buen pastor. Sus ovejas conocen su voz y lo siguen. Hoy él está en pie sobre la cima de una colina cercana y está llamándolo a usted por su nombre. ¿Le escucha? ¿Reconoce su voz? ¿Lo seguirá usted? Recuerde, ¡él puso su vida por usted! ■

El evangelio de Juan bosquejado en tres versículos

En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado (7.37-39; énfasis nuestro).

1. “Beba” (7.37) nos recuerda de la mujer samaritana (4), del sermón sobre el pan de vida (6), y de las demandas a creer en Jesús.

2. “Cree” (7.38) nos recuerda nuevamente que el propósito de este evangelio es construir fe (20.31).

3. “Agua viva” (7.38) es un recordatorio de lo que Jesús le dijo a la mujer samaritana (4.13-14), y del ofrecimiento de “vida”.

4. “Espíritu” (7.39) nos da un anuncio del énfasis en el Espíritu Santo, que viene más adelante en el libro (14; 16).

5. “Glorificado” (7.39) —Todo el evangelio de Juan trata sobre la visión de la gloria de Dios en Jesús. La más grande visión de esta gloria es la que se mira en la cruz.

“Parábola” (10.6)

La palabra “parábola” proviene de la palabra griega *parabole*, la cual significa literalmente “poner a la par”, es decir, hacer una comparación. La palabra aparece cincuenta veces en el Nuevo Testamento —de las cuales todas, excepto dos, se encuentran en los evangelios sinópticos (las dos excepciones se encuentran en Hebreos).

La palabra no aparece en el evangelio de Juan; de modo que la palabra “parábola” no debería estar en la versión inglesa de la Biblia. La palabra griega que aparece en 10.6 es *paroimia*. En 2 Pedro 2.22, ella significa “proverbio”, el cual era una connotación común en la literatura griega antigua. Además de este pasaje, ella aparece (en el Nuevo Testamento) solamente en el evangelio de Juan (10.6; 16.25, 29). Aquí significa “lenguaje oculto, oscuro, el cual necesita ser interpretado”.² Lo que

¹ Nota del traductor: El autor se refiere aquí a la palabra que aparece en este versículo en la versión inglesa de la Biblia conocida como la King James. La palabra que aparece en la versión española es “alegoría”.

² Friedrich Hauck, “*paroimia*,” in *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Friedrich, trans. and ed. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967), 5:856.

tenemos en Juan 10.1-5, no es una “parábola” (KJV), sino una alegoría. La palabra *paroimia* está correctamente traducida por “figura de lenguaje” (NASB, NIV). Existe acuerdo general en el sentido de que en el evangelio de Juan no hay parábolas.

Word Meanings in the New Testament, vol. 2
Significados de palabras del Nuevo Testamento, vol. 2

Ralph Earle

¿Qué es esa “una cosa” que usted sabe?

Debe haber alguna razón que explique por qué es que nos resultan fascinantes las personas que sobrevivieron el haber sido prisioneras de campos de concentración. Durante las horribles experiencias de ellos, fueron despojados de sus familias, de sus hogares, de sus trabajos, de sus puestos de trabajo e, incluso, de sus ropas. Después de haber tenido tales tragedias, están ahora de regreso para responder a nuestra persistente pregunta: “Cuando todas estas cosas son quitadas, ¿queda algo de la vida?”. Uno de los precios que pagan las personas que tienen bendiciones materiales abundantes es la gran inseguridad respecto de los fundamentos espirituales de la vida. Se preguntarán: “Si no tuviera nada más, ¿tendría fe todavía? Si sufriera terriblemente, ¿tendría fe en Jesús todavía? ¿Está mi vida construida sobre un fundamento sólido?”. En el caso de las personas que han sobrevivido el haber estado en un campo de concentración, han sido dolorosas experiencias las que les han enseñado las respuestas a estas preguntas.

El hombre que había nacido ciego les dijo a los judíos: “... una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (9.25). ¿Qué es esa “una cosa” que usted sabe? ¿Qué es lo que constituye el cimiento fundamental de su fe? Si todas sus bendiciones terrenales le fueran arrebatadas repentinamente, ¿qué sería esa “una cosa” que usted todavía sabría con certeza? Es probable que esta pregunta tenga diferentes respuestas para diferentes personas. Algunos podrían decir: “Una cosa sé: ¡Soy un alma viviente!”. Otros podrían decir: “Una cosa sé: Que en esta tierra hay señales claras de que existe un Creador”; “Una cosa sé: Que yo vi la mano de Dios en el nacimiento de mi hijo”; “Una cosa sé: Que el amor es la más importante y poderosa fuerza que hay en el mundo”. ¿Qué es esa “una cosa” de la cual usted tiene certeza?

Juan, el camino de la fe

“Yo y el Padre uno somos” (10.22-42)

Durante su breve pero espectacular vida, Alejandro Magno conquistó la mayor parte del mundo conocido de su tiempo. Cuando murió en el 323 a.C., a la edad de treinta y tres años, él dejó su imperio en manos de sus generales de mayor confianza. Uno de ellos, Seleuco I, llegó a ser el gobernante de Siria, y fundó la dinastía seléucida. Muchos años después, uno de sus descendientes, Antíoco Epífanes, llegó al poder y dio comienzo a la expansión de sus dominios invadiendo Egipto. Después de su exitosa conquista de Egipto, marchó contra Jerusalén en el 169 a.C. Después de su llegada allí, él entró al santuario y tomó todos los objetos valiosos.¹

No obstante, el saqueo del templo de los judíos no satisfizo a Antíoco Epífanes. Procedió a insistir en que todos los pueblos de su imperio renunciaran a sus diferentes costumbres y religiones, y llegaran a ser un solo pueblo que hablara el idioma griego, observara las costumbres griegas, y practicara la religión griega.² Para lograr esto, él les ordenó a los judíos que dejaran de hacerles sacrificios a su Dios, de circuncidar a sus hijos, y de observar el día de reposo. El altar que estaba en el templo fue profanado sacrificando un cerdo (los judíos jamás sacrificarían un animal inmundo a Dios) sobre él, y los libros de la ley que fueron descubiertos, fueron quemados.³ Sin duda fue una de las horas

¹ 1 Macabeos 1.21. Los dos libros apócrifos de Macabeos, escritos cerca del 100 a.C, contienen relatos de eventos históricos ocurridos durante el período entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Ambos libros se centran en el intento de supresión del judaísmo y en la lucha de los judíos por la independencia en el período del 166 al 40 a.C.

² 1 Macabeos 1.41.

³ 1 Macabeos 1.56.

más negras de la historia de Israel:

Según el decreto, ellos mataban a las mujeres que hacían circuncidarse a sus hijos, y a sus familias y a los que los circuncidaran; y colgaban a los infantes del cuello de sus madres. Pero muchos de Israel se mantuvieron firmes y estaban resueltos en sus corazones a no comer alimento inmundo. Ellos eligieron morir antes que ser contaminados por el alimento o profanar el santo pacto; y ellos murieron. Y una gran ira se cernió sobre Israel.⁴

Entre los judíos que se “mantuvieron firmes” había un sacerdote llamado Matatías. Éste y sus cinco hijos se oponían a las órdenes de Antíoco Epífanes y se vieron obligados a huir a las colinas. Pronto, vino gente de todo el país a unírseles y a prepararse para una pelea en contra de los sirios. Cuando Matatías murió en el 167 a.C., su hijo, Judas Macabeo, llegó a ser el líder de la revuelta. Los judíos, actuando bajo el liderazgo de éste, superaron algunos obstáculos iniciales y echaron a los sirios, reclamando para sí la tierra y el templo de ellos. Cuando eventualmente culminaron con éxito la expulsión de los sirios de Jerusalén, la primera acción a emprender fue la purificación del templo que había sido profanado por Antíoco Epífanes. “Luego dijeron Judas y los hermanos de éste: He aquí, nuestros enemigos han sido aplastados; subamos y purifiquemos el santuario y dediquémoslo”.⁵ Cuando la purificación y rededicación del templo fueron completadas, Judas y sus hermanos decidieron que cada año, el pueblo debía tener una celebración de la dedicación del templo, por un

⁴ 1 Macabeos 1.60-64.

⁵ 1 Macabeos 4.36.

período de ocho días. Esta fiesta de dedicación llegó a ser un tiempo en el que Israel celebraba su liberación y conmemoraba la rededicación del templo y del altar a Dios. Hoy día, esta celebración es conocida para los judíos como el Hanukkah.

Casi doscientos años después de la primera fiesta de dedicación, Jesús llegó al templo a unirse a esta celebración. En esa ocasión, él habló audazmente acerca de quién era él y acerca de por qué había venido. Igual como sucedió en la primera parte de Juan 10, entre más habló Jesús, más tirante se puso la situación. Él continuó obligando a sus oyentes a tomar una decisión respecto de él. Algunos creían en él, pero otros—primordialmente los líderes judíos— no creían, sino que se enojaban más y más con cada palabra que él decía. En los encuentros registrados en este texto, 10.22–42, Juan incluyó tres acciones amenazadoras tomadas por los oponentes de Jesús, y las respuestas de él a ellas.

Y LE RODEARON (10.22–30)

Cuando Jesús andaba por el atrio del templo conocido como el pórtico de Salomón, “le rodearon los judíos” (10.24). Tal vez, una mejor traducción a estas alturas sería: “le sitiaron los judíos”. La palabra griega que se utiliza para referirse a “rodearon”, aparece sólo cuatro veces en el Nuevo Testamento.⁶ En dos de estas ocasiones se utiliza para describir las acciones de un ejército invasor que se encuentra en el proceso de rodear y ponerle sitio a una ciudad amurallada. Los oponentes de Jesús estaban sitiando a éste como buitres que planeaban arrancar a picotazos la carne de sus huesos. Esta no era una agradable reunión de amigos; ¡era una amenazadora asamblea de sus peores enemigos!

Los líderes judíos incrédulos insistían en que Jesús les dijera si él era o no el Cristo. Ellos le rodearon y continuaron preguntándole:⁷ “¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (10.24). La tensión continuó creciendo entre Jesús y aquellos que deseaban destruirlo.

Al comienzo, pudo haber parecido que la pregunta de ellos era una que Jesús debió haber respondido directamente. No obstante, algunas

⁶ Lucas 21.20; Juan 10.24; Hechos 14.20; Hebreos 11.30.

⁷ Nota del traductor: La expresión “continuaron preguntándole” es la que aparece en la versión bíblica que usa el autor de estas lecciones, en lugar del “dijeron” de la versión española de la Santa Biblia. Nota del autor: La expresión “Continuaron preguntándole” se encuentra en el griego original en el sentido que da el tiempo imperfecto del verbo aquí.

preguntas no pueden ser respondidas con un simple “Sí” o un simple “No”. Las preguntas de ellos eran como preguntarle a alguien: “¿Has dejado de mentir?”. Si su respuesta es “Sí”, usted estará reconociendo que estaba mintiendo anteriormente. Si su respuesta es “No”, ¡da la impresión de que usted continúa mintiendo! Tal pregunta debe ser respondida con una mayor explicación que un simple “Sí” o un simple “No”. En los tiempos de Jesús, la gente tenía un entendimiento diferente de lo que la expresión “el Cristo” significaba. Si Jesús les decía: “Sí, yo soy el Cristo”, él sería terriblemente malentendido por las personas que esperaban que “el Cristo” fuera un poderoso rey terrenal como David o Salomón. Si decía: “No”, estaría negando la verdad acerca de sí mismo. Al plantearse tal dilema, Jesús respondió con unas palabras que los sinceros buscadores de Dios entenderían, sin darle a sus oponentes razones que pudieran usar en contra suya. Utilizando la figura de un pastor y sus ovejas, tal como la había utilizado en Juan 10, Jesús dijo: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (10.27).

En otro lugar, Jesús dijo que si la gente verdaderamente “pedía, buscaba y llamaba”, ellos “recibirían, hallarían y se les abrirían” las puertas que llevan a la fe (Mateo 7.7–8). La fe incluye el intelecto, pero incluye más que esto. Un corazón abierto y una obediencia dispuesta son cruciales para el crecimiento de la fe.

Después, rodeado por airados, y críticos líderes judíos, Jesús dijo algo que los puso todavía más furiosos. Esto fue lo que declaró: “Yo y el Padre uno somos” (10.30). La palabra “uno” en este versículo, significa literalmente “una cosa”,⁸ dando a entender que Jesús y el Padre eran una unidad. Jesús estaba nuevamente haciendo audaces afirmaciones acerca de su divinidad, alegando que él era, en efecto, el Hijo de Dios. Aunque se encontraba rodeado por sus oponentes, Jesús se rehusó a retractarse sobre esta importante verdad que concernía a su naturaleza.

VOLVIERON A TOMAR PIEDRAS (10.31–38)

La afirmación de Jesús, en el sentido de que él y el Padre eran uno, fue más de lo que los judíos podían soportar. Ellos comenzaron a tomar piedras (10.31), pues, ¡estaban lo suficientemente furiosos como para apedrearlo allí mismo en el templo! Convencidos de que las palabras de Jesús constituían una blasfemia, ellos se creían justificados en lo que hacían. A pesar de las piedras

⁸ El género es neutral en el texto griego.

que sus acusadores tenían en sus manos, Jesús continuó proclamando la verdad de sus afirmaciones en el sentido de ser el Hijo de Dios.

A medida que el conflicto se intensificaba, Jesús les decía a sus oponentes: “Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?” (10.32). Ellos respondieron que no era por sus obras, sino que era por la blasfemia que estaban a punto de matarlo. Por lo menos, los líderes judíos entendían las profundas implicaciones de lo que Jesús estaba diciendo. Esto fue lo que dijeron: “... tú, siendo hombre, te haces Dios” (10.33). Si Jesús hubiera sido simplemente un hombre, entonces, lo que ellos estaban diciendo hubiera sido cierto. No obstante, como era el Hijo de Dios, a él le asistían todo el derecho y toda la razón al hacer tales afirmaciones.

Jesús les respondió a sus oponentes poniéndolos en dificultades con las palabras del Salmo 82.6, donde el salmista había escrito: “Yo dije, dioses sois”. Él argumentaba que si las Escrituras habían dicho esto acerca de aquellos en el pasado, entonces a él no se le podía culpar por utilizar las mismas palabras. Después de todo, proclamó, él era aquel “al que el Padre santificó y envió al mundo” (10.36).

Juan presentó a Jesús como uno que no cesó en su empeño por proclamar la verdad acerca de sí mismo. Aunque la gente estaba ya furiosa y todavía sostenían piedras en sus manos, Jesús siguió insistiendo en su argumento. Les dijo que tomaran en cuenta las obras y que consideraran si ellas eran obras típicas del Padre. Él sostenía que como él estaba haciendo las obras del Padre, ellos debían creer en él cuando decía: “el Padre está en mí, y yo en el Padre” (10.38). El significado de todo esto era obvio para todos los que estaban cerca de él, en el templo, aquel día; ¡Jesús estaba nuevamente afirmando ser el Hijo de Dios! ¡Ni siquiera la amenaza de ser apedreado por la muchedumbre impidió que él les predicara la verdad acerca de sí mismo!

PROCURARON OTRA VEZ PRENDERLE (10.39–42)

Los oponentes de Jesús trataron de prenderle, pero él se les escapó y terminó siendo el “ganador” de otra disputa con los líderes judíos. Jesús continuó demostrando que él pondría su vida en el momento que él lo decidiera, no cuando sus oponentes pensaban que podían arrebatársela (10.17–18). No se nos dice cómo fue que Jesús lo logró, pero de alguna manera él “se escapó de sus manos” (10.39).

Después de la confrontación sostenida en el templo, Jesús cruzó el río Jordán al lugar donde

Juan el Bautista había llevado a cabo su eficaz ministerio de predicación. En este momento, la mayor parte del ministerio público de Jesús en Jerusalén, había llegado a su fin. Sus afirmaciones habían sido proclamadas, y las condiciones de la batalla habían sido fijadas. La gente estaba profundamente dividida acerca de Jesús. Para unos él era el Hijo de Dios, y para otros, él parecía ser un diablo salido del infierno.

Estando junto al río Jordán, mucha gente vino a él. Esto constituyó un acto de fe de parte de ellos. Esto es lo que decían: “Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad” (10.41). Las palabras de ellos, daban a entender que Juan no había hecho ninguna señal, en contraste con Jesús, el cual había hecho muchas señales. Es importante hacer notar que, en el capítulo diez, la palabra especial que Juan utilizó para referirse a “señal” aparece por primera vez hasta en el versículo cuarenta y uno. Anteriormente, en el capítulo, los milagros de Jesús fueron llamados “obras”,⁹ pues éstas no habían dado el fruto de la fe en los corazones de los que las habían visto. No obstante, donde la fe en Jesús se describe en el versículo cuarenta y uno, la palabra “señal” reaparece.

La conclusión de todos los eventos del capítulo diez es que “muchos creyeron en él allí” (10.42). A medida que el relato avanza, el lector del evangelio de Juan descubre que la expresión “muchos creyeron” puede tener diferentes significados, lo cual es casi como la pareja que ha estado unida en matrimonio por cincuenta años, y echa una mirada al pasado y recuerda los diferentes significados que la expresión “Te amo” ha tenido en sus vidas.

En este momento del evangelio de Juan, los que creían en Jesús habían llegado a entender que el *contenido* de la verdadera fe es que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. También habían llegado a entender que el *costo* que conllevaba esta fe podía ser el conflicto, la división, e incluso la amenaza de muerte. Después de todo, los vemos al final del capítulo, con una banda de marginados en el desierto, que siguen a aquel en quien habían llegado a creer.

Aunque Juan presentó un vigoroso mensaje acerca de cuán costosa la fe puede ser, su mensaje es, al mismo tiempo, uno de aliento. Él quiso que nosotros entendiéramos que tendremos oposición por ser creyentes en Cristo. No obstante,

⁹ La palabra griega *ergon* se utiliza en 10.25, 32, 38. Vea el comentario sobre la palabra “señales” en la edición “Juan, 1”.

la oposición no debería sorprendernos ni oprimir nuestro espíritu. Además, el ejemplo de Jesús es en el sentido de que nos mantengamos firmes en la verdad que creemos —aun cuando seamos perseguidos. Su constante respuesta a la oposición violenta fue el hablar la verdad, y nosotros deberíamos hacer lo mismo.

CONCLUSIÓN

La totalidad del episodio anterior tuvo lugar durante la fiesta de dedicación. Es irónico que, precisamente cuando Jesús se hizo presente para celebrar el que Dios liberara a su pueblo, ese mismo

pueblo lo tratara de inicuo blasfemador. Los líderes judíos lo consideraban un hombre peligroso y un vil hereje. No se daban cuenta de que Jesús pronto iría a la cruz para proporcionarles verdadera liberación. No se daban cuenta de que él pronto derramaría su propia sangre —no la sangre de animales— para la purificación de su pueblo. No apreciaban el hecho de que era al Cordero de Dios sin pecado y sin mancha, al cual trataban de matar ese día. ¡Hoy día podemos considerar esos mismos hechos desde la perspectiva en que nos encontramos, y sabemos que ellos constituyen la esencia del evangelio! ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“*Jesús lloró*”

(11.1-44)

La película de 1993, titulada “Shadowlands” (Tierras de Sombras), nos cuenta la agri dulce historia de amor en la que se ven envueltos el gran escritor C.S. Lewis y Joy Gresham. Al inicio del filme, aparece Lewis presentando una conferencia sobre el dolor, en una sala llena de gente. Esto fue lo que les dijo,

El dolor es el megáfono que usa Dios para hacer oír a un mundo que está sordo. Somos como bloques de piedra, de los cuales el escultor talla las formas de los hombres. Los golpes de su cincel que tanto nos lastiman, son los que nos perfeccionan.

En el transcurso de la película, Lewis conoce a Joy Gresham, y ésta comienza a enamorarse de él. Al principio Lewis, un solterón empedernido, solamente estaba interesado en tener una relación de amistad con Joy. Pero un día, cuando los dos tomaban el té en el apartamento de él, Joy no pudo contenerse y, frustrada por la actitud de Lewis, gritó:

En este preciso instante lo acabo de descubrir —cómo le haces para organizar tu vida para ti mismo de modo que nadie te pueda tocar. Todo el que está cerca de ti es, o más joven, o más débil que tú, o está bajo tu dominio.

Gradualmente, Lewis se llegó a dar cuenta de que Joy tenía razón en cuanto a la forma como él había aislado su vida de los sentimientos y del dolor. Más adelante, cuando Joy se encontraba en el hospital sufriendo de cáncer, Lewis le propuso matrimonio y en 1956 llegaron a ser esposo y esposa. Los siguientes cuatro años fueron maravillosos a pesar del permanente nubarrón del cáncer que se cernía

sobre la dicha de ellos. Durante ese tiempo se fueron de luna de miel a un hermoso valle que estaba representado en un cuadro que colgaba de una pared de ellos. Cuando caminaban por el campo, la lluvia empezó a caer y buscaron refugio debajo de un cobertizo en el que se almacenaba heno. Estando sentados allí, Joy insistió en hablar sobre su inminente muerte. Con una voz calmada, le dijo,

Déjame decírtelo, antes que deje de llover y regresemos... Que voy a morir y quiero estar contigo también para entonces. La única manera que lo lograré es si puedo hablarte ahora... Creo que puede ser mejor así, que simplemente vivir con ello. Lo que quiero decir es que el dolor de entonces es parte de la felicidad de ahora. Ese es el trato.

Más adelante, cuando Joy murió, Lewis estuvo destrozado por la pérdida, al igual que lo estuvo el hijo de Joy de ocho años, Douglas. Ambos sufrían en silencio hasta que un día Lewis subió al ático donde el niño solía estar a solas. Sin saber qué decirle, Lewis se sentó a su lado. La conversación que tuvieron fue el momento más intenso del filme. Lewis le dijo a Douglas que él también había perdido a su propia madre cuando niño, y así, empezaron a hablar sobre la muerte:

Douglas: ¿Crees en el cielo?

Lewis: Sí creo.

Douglas: Yo no creo en el cielo.

Lewis: No hay problema.

Douglas: Me gustaría mucho verla de nuevo.

Lewis: ¡A mí también!

En ese momento los dos empezaron a llorar. Lewis abrazó al muchacho y siguieron llorando juntos.

Al final del filme, Lewis caminaba por el campo y Douglas corría con su perro por un campo cercano. Era obvio que se tenían una amistad y un amor cada vez más profundo. Su relación había sido cambiada para siempre gracias al dolor que habían sufrido juntos.

En el mismo texto especial que es el tema de este estudio, 11.1–44, el relato cuenta del momento cuando Jesús se encuentra junto al sepulcro de su querido amigo Lázaro. Es un relato en el que se demuestra cómo “aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”(1.14). Nos muestra que Jesús entra voluntariamente en nuestro mundo de dolor, llega a nosotros en nuestra hora más oscura y se sienta junto a nosotros en nuestro sufrimiento. No nos presenta un discurso sobre la causa del sufrimiento o el significado del dolor; Él une sus lágrimas con las nuestras. Encontramos aquí un consuelo inesperado y una más profunda comunión con Dios,

Juan once, puede ser estudiado de muchas maneras, y dos lecciones más en esta serie serán dedicadas a este maravilloso texto. En este primer viaje a través del capítulo queremos centrarnos en las referencias a los sentimientos y las emociones.

AMOR

Lázaro, de la aldea de Betania, llegó a enfermarse, y sus hermanas, María y Marta, enviaron para decirle a Jesús (v. 1). Le dijeron, “Señor, he aquí el que amas está enfermo” (v. 3). Al comienzo esto puede sonar extraño. Después de todo, ¿no amaba Jesús a todo el mundo? ¿Cómo podía ser referida una sola persona, como aquella a la que Jesús ama? Jesús en efecto amó, y ama, a todo el mundo, pero eso no quiere decir que no tuviera amigos especiales. Para poder apreciar lo importante que eran María, Marta y Lázaro para Jesús, hágase esta simple pregunta: Si usted tuviera una emergencia a las 2:00 de la madrugada, ¿a quién llamaría? Jesús hubiera llamado a estos tres amigos íntimos.

Cuando Jesús recibe el mensaje, él se volvió a sus discípulos y les aseguró que la enfermedad no era de muerte (v. 4), sino que era “para la gloria de Dios” (v. 4b). El comentario de Juan que sigue, nos recuerda de los sentimientos especiales de Jesús para con estos tres: “Y amaba Jesús a Marta, y a su hermana, y a Lázaro” (v.5).

Dos días después, Jesús les dijo a sus discípulos que tenían que ir a Judea a ver a Lázaro. Sabiendo lo mucho que los líderes judíos odiaban a Jesús y deseaban matarlo, los discípulos trataron de convencerlo de no ir. Sin embargo Jesús insistió

diciendo: “Nuestro amigo Lázaro duerme” (v.11b). De nuevo el lenguaje de Jesús indica la relación especial que él tenía con Lázaro y las hermanas de éste. El dormir del que hablaba, en realidad se refería a la “muerte”, y más adelante les dijo específicamente, “Lázaro está muerto” (v. 14). Tomás, consciente de que el ir podía significar la muerte para ellos también, dijo, “Vamos también nosotros, para que muramos con él” (con Jesús, v. 16). Podemos detectar en sus palabras una mezcla de temor y lealtad.

DESILUSIÓN

Cuando Jesús llegó a Betania, el cuerpo de Lázaro tenía cuatro días de estar en la tumba. Antes que Jesús entrara en la aldea, Marta supo que venía y salió a su encuentro. Cuando lo vio ella le dijo: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiese muerto” (v. 21). Aún hoy, el lector puede “oír” el terrible sentimiento de desilusión que hay en las palabras de ella. Ese “Si hubieses” bien podría ser el sentimiento más triste que se pueda expresar en cualquier idioma. Aunque es probable que ya Lázaro hubiese muerto para cuando llegó la noticia de su enfermedad a oídos de Jesús, Marta se debió haber entristecido por la tardanza de Jesús en venir a ellos. Jesús se quedó allí y la dejó hablar. Simplemente la dejó expresar su dolor, su confusión y desilusión, sin hacerle reproche alguno.

LÁGRIMAS

Después de un breve intercambio de comentarios con Jesús, Marta volvió a casa y le dijo en secreto a su hermana: “El Maestro está aquí y te llama” (v. 28). Sin explicar lo que hacía, María se levantó y salió al encuentro de Jesús. Los judíos que habían venido de Jerusalén a Betania a acompañar a las hermanas, la siguieron al salir ella de su casa, creyendo que se dirigía a la tumba de Lázaro a llorar.

Cuando María llegó donde Jesús, “se postró a sus pies” (v. 32), en contraste con su hermana, la que en forma más controlada había hablado con él más temprano el mismo día. El que María se postrara delante Jesús nos muestra que a ella no le preocupaban el orgullo ni la apariencia. El dolor de su corazón había opacado cualquier otra emoción. Luego, María repitió las palabras de su hermana: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiese muerto” (v. 32).

Lo que sucedió a continuación podría ser considerado “la esencia” del relato. Esto fue lo que Juan escribió,

Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró (v. 33–35).

Juan describe con pocas palabras —pero de un modo inolvidable— el efecto que el dolor de las hermanas produjo en Jesús. Él “se conmovió”. Hoy diríamos que el dolor de ellas “le llegó”. Él permitió que lo que ellas sentían entrara en su corazón. El llanto de Jesús no fue exactamente como el llanto a gran voz de las hermanas o de los que habían venido con ellas. Es probable que fuera un suave sollozo, o como alguien lo dijo, “la suave lluvia de lágrimas”. “Las lágrimas”, escribió Gregorio de Nisa, “son como sangre en las heridas del alma”.¹ El corazón de Jesús fue lastimado por la familia doliente, y él lloró con ellos.

Los que le vieron dijeron, “Mirad cómo le amaba” (v. 36). Algunos pensarán que Juan estaba demostrando cuán mal entendía la multitud a Jesús hasta este momento. No estoy de acuerdo. Pienso que Juan utilizó las palabras de la multitud para describir precisamente lo que estaba sucediendo. Éstos eran amigos muy queridos y la pérdida de ellos era su pérdida.

Jesús preguntó dónde estaba el cuerpo de Lázaro y fue al sepulcro. Juan cuenta que Jesús fue “profundamente conmovido otra vez” (v. 38).² La pregunta que nos debemos hacer es: “¿Qué significaban las lágrimas de Jesús?”. ¿Lloró acaso porque Lázaro había muerto? No hay duda de que él sabía que en pocos momentos resucitaría a Lázaro a la vida. ¿Pudieron ser sus lágrimas causadas por el dolor que vio en los demás? Tal vez. Reiterando, debió haber sabido que el dolor de ellos pronto

¹ Citado por Richard Foster, *Prayer (La oración)* (San Francisco: Harper, 1992), 37.

² La misma palabra griega, *embrimaomai*, se traduce “profundamente conmovido” en los versículos 33 y 38.

sería transformado en el gozo más grande que hubieran podido experimentar. Hay quienes han sugerido que sus lágrimas se debieron a la falta de fe que vio en sus amigos. Sin embargo, Jesús ya había visto mucha incredulidad durante su ministerio, y llorar no era una reacción acostumbrada de su parte.

Las lágrimas que corrían sobre el rostro de Jesús demostraron cuán completamente él experimentó la condición de ser humano. Recordando el relato sobre C.S. Lewis, usted podría decir que Jesús estaba llegando a nuestro mundo, sentándose junto a nosotros y llorando con nosotros.

CONCLUSIÓN

Damien de Veuster (1840–89) fue a Hawaii como misionero en 1864, en sustitución de su hermano, que había enfermado de fiebre tifoidea. Después de nueve años de difícil trabajo misionero en la isla, Damien fue como voluntario a la isla de Molokai, donde los leprosos eran obligados a ir a vivir. Allí trabajó como enfermero, constructor, doctor, constructor de féretros y cavador de tumbas. Incluso, organizó la construcción de dos orfanatos en la isla. Cada domingo que predicaba, él iniciaba sus sermones con las palabras: “Ustedes leprosos saben que Dios los ama”. Un día descubrió que él también, había contraído la enfermedad. El siguiente domingo, cuando estaba al frente de la iglesia, esta fue la manera como empezó: “Nosotros leprosos sabemos que Dios *nos* ama”.

La escena en la que Jesús aparece junto a la tumba de Lázaro es un vívido recuerdo de que Jesús experimentó la totalidad de la condición de ser humano. Él no fue cincuenta por ciento humano y cincuenta por ciento Dios; El fue ciento por ciento humano al mismo tiempo que fue ciento por ciento Dios. Jesús entra en *nuestro* mundo, siente *nuestro* dolor, y llora *nuestras* lágrimas; todo para darnos este mensaje: “Nosotros sabemos que Dios *nos* ama”.■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

***“Yo soy la
resurrección”
(11.1-44)***

¡Ignoro cómo hizo Jeremías para soportarlo! Cada vez que este profeta antiguotestamentario se ponía de pie para predicar, su congregación se hacía más pequeña. Debido a la época en que vivió, la verdad que fue llamado a predicar, casi siempre fueron malas noticias. Israel había caído mucho en la maldad, y Dios había decidido enviarlos al cautiverio en Babilonia. El mensaje de Jeremías para Israel, era que ellos “tomaran su medicina” y aceptaran pacíficamente el juicio que les había sobrevenido. Como resultado de ello, ¡la gente lo odió y deseó su muerte!

LAS MALAS NOTICIAS

Para un predicador de la actualidad el iniciar este estudio con Juan 11, lo hace sentirse un poco como Jeremías. Aunque este pasaje contiene algunas maravillosas noticias, él requiere de que nos enfrentemos a algo que tal vez no deseemos. Ello es la dolorosa verdad de que ¡todos nosotros nos vamos a morir! La vida es fatal. Aunque estemos jóvenes, fuertes y sanos en este momento, algún día moriremos. Puede que sea hoy, puede que sea mañana o en ochenta años, pero todos moriremos.

Son muchas las maneras como tratamos de evitar el enfrentamiento con esta terrible verdad. Tratamos de convencernos de que si nos ejercitamos lo suficiente, comemos lo correcto, bebemos agua purificada, usamos cinturón de seguridad en nuestros autos y nos ponemos loción protectora contra el sol cuando salimos, entonces estaremos protegidos de la muerte. Al final, nada nos protege del hecho de que ¡la tasa de mortalidad en este mundo es del ciento por ciento!

Es probable que usted esté pensando: “¡No

quiero escuchar eso hoy! ¡He tenido una mala semana y ahora me recuerdan de que voy a morir!”. Yo no traería conmigo un tema tan doloroso y tan estresante si el evangelio no nos diera también la respuesta. En este relato de Juan 11, Jesús le dice a la humanidad de todos los tiempos: “Yo soy la resurrección y la vida”. Esta es una maravillosa noticia, pero se nos tiene que recordar primero de las malas noticias para poder apreciarla.

Jesús y sus discípulos habían huido del conflicto de Judea cruzando el río Jordán para llegar a la región donde Juan el Bautista había estado predicando (10.40). Un día llegó la noticia de que Lázaro, de Betania, había enfermado (11.1). Debido a que Lázaro y sus hermanas, María y Marta, eran amigos queridos de Jesús, todos supusieron que Jesús iría a Betania de inmediato. Sin embargo, por razones que solo él conocía en ese momento, Jesús se quedó donde estaba dos días más. Finalmente, sabiendo que Lázaro ya había muerto, Jesús les dice a sus discípulos que era hora de ir a ver a su amigo enfermo. Al principio ellos se opusieron a la idea porque sabían que la persecución, y posiblemente la muerte, los esperaba si eran hallados cerca de Jerusalén de nuevo, y Betania estaba a sólo tres kilómetros de allí (11.18). Sin embargo, cuando Jesús les dice que Lázaro había muerto, ellos, no de buena gana, decidieron ir —como lo dijo Tomás, para morir “con él” (11.16).

Cuando Jesús se acercaba a la aldea, antes de entrar en ella (11.30), Marta escuchó que venía y se apresuró a su encuentro. Ella le dijo, “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiese muerto” (11.21). La raza humana entera puede

entender la impotencia que ella siente ante la muerte. Los funerales tienen su manera de recordarnos de que, ni aun nuestros mejores esfuerzos podrán protegernos del aplastante poder de la muerte.

Jesús le respondió a Marta diciéndole: “Tu hermano resucitará” (11.23). No podemos saber como le sonó esta declaración a ella. ¿Fue dolorosa? ¿Acaso sonó como las muchas palabras vacías que escuchamos en los funerales? ¿Podría haber sonado como un regaño por su falta de fe? Cualquiera que haya sido su primera reacción a las palabras de Jesús, Marta las espiritualiza y responde: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero” (11.24).

LAS BUENA NOTICIAS

Fue en este escenario, que Jesús hizo una de las afirmaciones más llenas de poder para cambiar el mundo, de todo su ministerio. Esto fue lo que le dijo a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (11.25–26a). Es importante, a estas alturas, darnos cuenta de lo que Jesús *no* dijo. No dijo, “Resucitaré a Lázaro”. No dijo: “Experimentaré una resurrección yo mismo”. Él expresó mucho más que las anteriores ideas cuando proclamó: “Yo soy la resurrección y la vida”. Aquí encontramos otro “Yo soy” del evangelio de Juan. Jesús estaba haciendo otra afirmación acerca de su divinidad, al mismo tiempo que definía su relación con ese gran enemigo que es la muerte.

Al proclamarse a sí mismo como la resurrección, Jesús no estaba prometiendo que sus seguidores jamás verían la muerte física, tampoco, que él mismo jamás moriría. Más bien, él estaba afirmando que como él moriría y se levantaría de nuevo, quebrantando así el poder de la muerte, sus seguidores jamás volverían a tener la misma relación con la muerte. La resurrección sería mucho más que un evento milagroso, de una sola ocurrencia, para ellos; ¡ella sería ahora una nueva realidad de la vida!

Las siguientes palabras de Marta reflejan una enorme fe y un profundo entendimiento de los asuntos espirituales. Cuando Jesús le preguntó si creía en él, esto fue lo que le contestó: “Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que ha venido al mundo” (11.27). Todavía no había presenciado el maravilloso milagro que estaba a punto de suceder, y ya Marta demostraba tener la clase de fe que el

evangelio de Juan ha de producir.¹

Después de su encuentro con Jesús, Marta regresa a su casa a contarle a su hermana acerca de la llegada del Señor. Al escuchar que Jesús estaba cerca, María se apresuró a encontrarlo. Al verlo, ella se postró a sus pies y repitió las dolorosas palabras de su hermana: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano” (11.32). Todos hemos experimentado el dolor, la aflicción, el sufrimiento y la frustración que María debió haber experimentado en ese momento. Como resultado de ello, nosotros también estamos dispuestos a ir con Jesús al sepulcro de Lázaro.

Todo lo que él había visto ese día, hizo que Jesús se estremeciera en espíritu y se conmoviera (11.33). Preguntó dónde había sido sepultado Lázaro. De camino al sepulcro, Jesús añadió sus lágrimas a las de los otros dolientes y visiblemente lloró (11.35). Los que estaban mirando comentaron: “Mirad cómo le amaba” (11.36).

El sepulcro de Lázaro era en realidad una cueva cuya entrada estaba cubierta por una gran piedra (11.38). Cuando Jesús les pidió quitar la piedra, Marta se opuso diciendo que Lázaro llevaba sepultado cuatro días para entonces y que su cuerpo ya hedía. Jesús le pidió que confiara en él, y la piedra fue quitada (11.39–41).

De todas las “señales” registradas en el evangelio de Juan, ninguna es tan grandiosa como la sucedida en el sepulcro de Lázaro. Tres veces en este capítulo, Jesús afirma que estas cosas sucedían para que la gente pudiera ver la “gloria de Dios” (11.4, 15, 40). En cada paso del camino hemos visto la gloria de Dios en las enseñanzas y milagros de Jesús; pero no es sino hasta este momento en el evangelio de Juan, en la resurrección de Lázaro, donde la gloria de Dios —la presencia de Dios en Cristo— brilla en su máximo esplendor. Es como que si hubiéramos estado leyendo el evangelio de Juan con una lámpara con un interruptor capaz de regular la intensidad de la luz. Entre más nos adentramos en Juan, más brillante se pone la luz. Cuando llegamos al capítulo once, la luz es casi enceguedora. Ya hemos visto la gloria de Dios de muchas maneras; la veremos en su máximo poder en los próximos versículos.

Cuando los estupefactos dolientes estaban fuera del sepulcro de Lázaro y observaban cómo la piedra era quitada de la entrada, observaban también

¹ Como una nota accesoria a la confesión de Marta, León Morris (*The New International Commentary on the New Testament* [Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1986], 551) hizo notar cuán desafortunado es que Marta sea más famosa por su afanosidad (Lucas 10.41) que por su extraordinaria confesión.

cómo Jesús alzaba sus ojos al cielo y oraba (11.41-42). Habiendo terminado su oración, clamó: “¡Lázaro, ven fuera!” (11.43). Un mudo silencio debió haber seguido a su clamor mientras todos observaban la entrada de la cueva. Si nada sucedía, sabrían que estaban ante la presencia de un loco; pero si Lázaro salía de la cueva, entenderían entonces que estaban ante la presencia de alguien con más poder que el que ellos habían visto en sus vidas. Lázaro, “el que había muerto” (11.44), salió de la cueva envuelto todavía en las vendas que las que habían cubierto su cuerpo cuando lo sepultaron. Jesús les pidió a los que estaban cerca: “Desatadle, y dejadle ir” (11.44). ¡Lázaro estaba vivo, Jesús demostró nuevamente ser todo lo que afirmaba ser él mismo y la gloria de Dios brilló esplendorosamente! El resultado, como esperaríamos, fue que muchos que presenciaron estos eventos llegaron a creer en Jesús ese día (11.45).

LAS BUENAS NOTICIAS Y NOSOTROS

El relato de lo que Jesús hizo junto al sepulcro de Lázaro, nos ayuda a enfrentar nuestro propio temor a la muerte. Gracias a lo que Jesús hizo entonces y todavía hace hoy, no tenemos que negar la realidad de la muerte para poder ser felices en esta vida. Como cristianos que somos, nosotros no huimos de la muerte; más bien la enfrentamos. No pretendemos creer que no nos sucederá a nosotros, pero proclamamos tener la solución para ella. Esta nueva actitud es la que se puede observar en los siguientes dos ejemplos de los escritos de Pablo:

Por lo cual estoy seguro de que ni la *muerte*, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 8.38-39; énfasis nuestro).

Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: *Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?* (1 Corintios 15.54-55; énfasis nuestro).

La muerte es una realidad de la vida. Podemos estar agradecidos de que el cristianismo tiene la solución para ella. El saber que Jesús es la resurrección y la vida nos permite tener paz y gozo en el “mundo real”. Es solamente mediante el enfrentarnos primero a nuestro temor a la muerte, que podremos tener verdadero gozo en esta vida.

John Donne, un poeta y predicador del siglo XVII, decidió por un tiempo dormir en un féretro

para disciplinar su mente y su alma en los grandes temas de la vida y la muerte. Hace algunos años tuve una experiencia un poco similar. Al no poder encontrar suficiente tiempo para estudiar y orar debido al constante ruido y actividad alrededor de mi oficina, le mencioné mi problema a un buen amigo mío, dueño de una funeraria. Poco tiempo después éste me dijo que había encontrado la solución a mi problema. ¿Se pueden imaginar mi sorpresa cuando me llevó al segundo piso de la funeraria y me mostró donde estaba haciendo que me construyeran un pequeño estudio para mí? —¡Estaba al fondo de su bodega de féretros! Fue uno de los regalos más maravillosos que haya recibido, y llegó a ser el único lugar en la ciudad donde me podía refugiar para estudiar, pensar y orar (Después de todo, a nadie se le ocurriría ir a molestar a otro en la bodega de féretros de una funeraria). Desde entonces, me pregunto si todos los sermones no deberían ser escritos en una funeraria, a la sombra de la realidad más difícil de la vida. El tener que pasar por la sala de embalsamado y dejar ésta atrás para poder entrar en otra sala la cual está llena de féretros, me recordó que mi misión principal no es ayudar a la gente a llevar vidas más placenteras, sino ayudarles a hallar la verdadera vida. No es quitar todo el dolor de sus corazones; es mostrarles el camino más allá del dolor, que lleva a la resurrección. No es simplemente ayudarles a enfrentar las presiones y tensiones del mundo; es prepararlos a encontrarse con su Dios (Amós 4.12).

CONCLUSIÓN

¿Ha leído usted alguna vez un libro o visto una película llena de suspenso que lo haya asustado y dejado nervioso? ¿Ha vuelto a leer ese mismo libro o visto esa misma película nuevamente? ¿Cuál fue su reacción esa segunda vez? Cuando hago así, puedo tomarlo con calma la segunda vez, y mirar los problemas del héroe de la historia y los peligros que éste enfrenta, de una manera diferente, confiado en que habrá un final feliz.

Cuando Lázaro salió de aquella cueva cerca de Betania, él nos mostró cómo va a ser el final de la historia de nuestras propias vidas. Es cierto que, al menos que el Señor venga antes, todos vamos a morir. No obstante, dado que Jesús es la resurrección y la vida, vemos la muerte de una manera diferente. Aunque nuestros cuerpos serán puestos en sepulcros, sabemos que ¡algún día nos levantaremos de ellos! La ironía está en que, ¡no es sino hasta que creamos que Jesús es la respuesta al problema de la muerte, que estaremos realmente preparados para vivir! ■

Juan, el camino de la fe

“Yo he creído”

(11.1-57)

Nota del autor: Durante la semana anterior a la presentación del siguiente material, Jamey Gowen, un miembro de la iglesia local, de 23 años de edad, sufrió una caída desde lo alto del Auditorio Benson de la Harding University. Cuando subía a un nivel más alto, sus manos se le resbalaron, y cayó quince metros a través del delgado techo, zarandeándose todo el trayecto hasta estrellarse en el piso. Por dicha, salió de este accidente casi sin rasguños, y después de tres días en el hospital, regresó a casa. Hoy se encuentra en perfectas condiciones, pero por varios días su accidente afectó a la congregación donde yo predico todos los domingos. Después de esa dramática semana, la congregación tuvo necesidad de un servicio mediante el cual darle gracias a Dios por la vida de Jamey y cantar sus alabanzas de un modo especial. En consecuencia, este sermón —al estilo de devoción— fue dividido en cinco partes y salpicado con cánticos especiales que expresan las verdades proclamadas por este maravilloso texto de las Escrituras.

¡El amor es siempre iniciar de nuevo! Uno puede creer que conoce el amor cuando, siendo niño, está seguro en los brazos de su madre. Una adolescente puede creer que halló el amor en su primer enamorado. Un hombre puede estar seguro de haber descubierto el amor más grande cuando halla la mujer con la que desea casarse. El amor puede parecer perfecto cuando los padres sostienen en brazos a su recién nacido. Podemos creer que por fin hemos descubierto lo que hace verdadero el amor, cuando hemos sufrido una terrible adversidad junto a otro. El amor, según parece, es siempre empezar de nuevo.

LA FE ES SIEMPRE EMPEZAR (11.15)

La fe es parecida al amor en que también es siempre empezar. Por ejemplo, en el evangelio de Juan, los discípulos ya habían llegado a tener fe en Jesús para cuando arribamos al capítulo once. Andrés creyó el día que dejó a Juan el Bautista para seguir a Jesús (1.41). Felipe creyó el día que Jesús lo llamó (1.45), y Natanael creyó cuando Jesús le dijo que lo había visto debajo de la higuera (1.49). Los discípulos que estaban en las bodas de Caná, creyeron cuando vieron a Jesús convertir el agua en vino (2.11). Se nos dice también que Pedro y los otros discípulos que fueron testigos de la alimentación de los cinco mil, y oyeron el sermón del pan de vida, igualmente creyeron (6.69). A pesar de todas estas declaraciones de fe, Jesús les dijo a sus discípulos que se alegraba por la oportunidad de resucitar a Lázaro para que ellos creyeran (11.15).

La fe es así—siempre está empezando. Muchos de nosotros ya creemos, por lo menos hasta cierto grado. Entonces, en algún momento de nuestras vidas, enfrentamos algo tan poderosamente transformador que no volvemos a ver la fe de la misma manera de nuevo. Un encuentro así podría ser una bendición o una prueba, el nacimiento de un niño o una caída desde una altura de quince metros. De pronto, vemos todo de un modo diferente, y parece que la fe empieza de nuevo.

Hoy el evangelio de Juan nos llama a creer (20.31). Muchos escuchamos ese llamado y decimos: “Yo ya creo”. No obstante, si escuchamos, y buscamos, y seguimos, puede que descubramos que la fe apenas está empezando en nosotros.

Cántico sobre fe en crecimiento tal como: “Estoy marchando por el camino que lleva arriba”.

LA FE ESTÁ LLENA DE PROMESA (11.25–26, 40)

Cuando Marta se encontró con Jesús en las afueras de Betania, su hermano ya llevaba cuatro días de estar en el sepulcro. Ella se lamentaba de que si Jesús hubiese estado allí, su hermano no hubiese muerto. En respuesta a su dolor, Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” (11.25–26). Las palabras de Jesús proveen una poderosa motivación para creer. La fe es trabajo duro y una persona perezosa simplemente no hará el esfuerzo. No creemos simplemente porque queremos creer, pero jamás crearemos si no queremos creer. La fe entraña dedicación, obediencia, sacrificio, y a veces, lágrimas. Sin embargo, es una rica promesa la que se nos hace a todos los que creemos.

En relación a esto, la fe es como el trabajo duro en la universidad; el estudiante lo hace por la promesa de que obtendrá un empleo bien remunerado. El trabajo duro en nuestros estudios es recompensado con una buena paga o un ascenso laboral. No se equivoque con esto: La fe no hace que se gane recompensa, pero son las promesas de Dios las que nos motivan a continuar en el largo, difícil y a veces atribulado camino a la fe.

Cántico acerca de la fe, tal como: “Mi fe espera en ti”.

LA FE SE CENTRA EN JESÚS (11.27, 42)

La fe de Juan nos mueve hacia la fe en Jesús. Lo que necesitamos, no es fe en nuestros padres, ni fe en los apóstoles, ni fe en otros cristianos, ni fe en la iglesia, ni siquiera fe en la fe. Por el contrario, es fe en Jesús lo que necesitamos.

En la poderosa declaración de fe que hace Marta, ella le dice a Jesús, “... *yo he creído* que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo” (11.27; énfasis nuestro).

Cuando Jesús, sus discípulos, Marta, María, y la multitud de dolientes estaban a la entrada de la tumba de Lázaro, Jesús oró al Padre diciendo: “Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado” (11.42) Esto es consecuente con el resto del evangelio de Juan, cuyo propósito es producir fe en “que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios” (20.31).

John Paton fue un misionero en África que

enseñó y bautizó a mucha gente. Dado que la Biblia no estaba disponible en la lengua de la gente a la que le enseñaba, Paton empezó el largo y difícil proceso de traducir la Biblia. La labor iba bien hasta que empezó a tratar de traducir la palabra “creer”. Tan extraño como suena, no había palabra en ese lenguaje que se tradujera por “creer”. ¿Cómo podría alguien traducir la Biblia sin una palabra para “creer”?

Entonces, un día, mientras Paton trataba con este problema lingüístico, un cristiano de la aldea vino a visitarlo. Este hombre había estado trabajando todo el día y estaba exhausto. Al sentarse mostró en su cara una expresión de gran alivio y dijo, “se siente tan bien apoyar todo el peso de uno sobre algo”. Paton se dio cuenta de que había encontrado una expresión para “creer”: Creer es “apoyar todo su peso sobre Jesús”.¹ La fe se centra en Jesús y en nada menos.

Cántico sobre la confianza, tal como: “Creo en Jesús”.

LA FE ES DIVISIVA (11.45–46)

Mientras la gente estaba afuera del sepulcro de Lázaro y lo veían salir vivo, se les presentó una inevitable disyuntiva. Habían visto a Lázaro muerto, lo habían preparado para su sepultura, lo habían puesto en el sepulcro, y habían colocado una piedra a la entrada de la cueva. Fueron testigos de esos eventos. Luego, debido al milagro de Jesús, esta misma gente fueron testigos de la resurrección de Lázaro. ¿Creerían ahora? No podían evitar tomar una decisión.

Juan escribió lo siguiente sobre la división que ocurrió entre los que observaron el milagro ese día:

Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho (11.45–46).

Asombrosamente, toda esta gente fueron testigos de los mismos eventos pero reaccionaron de maneras opuestas. Algunos vieron que estaban ante la presencia del poder de Dios, así que pusieron su fe en Jesús ese día. Otros sólo “vieron” un chisme bien gordo y se apresuraron a ir a Jerusalén a contarles a los líderes judíos acerca del revuelo causado por Jesús. La división causada entre la gente ese día no es una parte insignificante del

¹ King Duncan, “Faith” (“Fe”), *Dynamic Illustrations* (Knoxville, Tenn.: Seven Worlds Press, January / February 1995).

relato. Por el contrario, la división es la naturaleza misma del relato sobre Jesús: Cuando la gente escucha acerca de Jesús, se ven forzados a tomar una decisión, de un modo u otro, acerca de quién verdaderamente es él. No hay territorio neutral.

Jesús y el apóstol Juan nos presionan incesantemente a tomar una decisión. ¿Es Jesús el Hijo de Dios, o fue él un fraude? O él es divino, o fue un blasfemo que merecía morir. ¿Por cuál se va a decidir usted?

Cántico sobre el compromiso, tal como: "He decidido seguir a Cristo".

LA FE ES AMENAZADORA (11.48)

Algunos de los que habían sido testigos de la resurrección de Lázaro fueron a los principales sacerdotes y los fariseos que estaban en Jerusalén, para decirles sobre lo que el maestro de Nazaret había hecho. Cuando daban su informe, se quejaban: "Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación" (11.48). Se daban cuenta de que la fe en Jesús transformaría vidas, transformaría familias e, incluso, transformaría a la nación. Se daban cuenta —tal vez más de lo que muchos cristianos hoy día se dan— de cuán "peligrosa" es la fe. Una antigua canción sobre el amor dice que éste "te inspirará, jamás te deprimirá, tomará tu mundo y completamente te lo transformará". Lo mismo debe decirse acerca de la fe en Jesús.

La tendencia hoy día es a esperar lo más mínimo

en lo que concierne a la fe. Muchos cristianos han hecho la fe muy fácil, muy suave, muy poco exigente. Wilbur Rees expresó esta tendencia mediante el siguiente párrafo de carácter sarcástico:

Me gustaría comprar el equivalente de tres dólares en Dios, por favor, no lo suficiente como para hacer estallar mi alma o perturbar mi sueño, sino justo lo suficiente para equivaler a una taza de leche caliente o a una siesta a la luz del sol. No quiero lo suficiente de él como para hacer que ame a un negro ni para hacer que recolecte remolachas con un inmigrante. Quiero éxtasis, no transformación; quiero el calor del vientre, no un nuevo nacimiento. Quiero una libra del Eterno en una bolsa de papel. Me gustaría comprar tres dólares de Dios, por favor.²

La fe a la cual Jesús nos invita, bien puede transformar la totalidad de nuestras vidas. Juan quería estar seguro de que nosotros entenderíamos los posibles costos que implicaba el seguir a Jesús. Puede que suframos, puede que seamos perseguidos y puede que perdamos todo lo que poseemos. ¡En comparación con las ricas promesas de la fe, los costos parecen raramente insignificantes!

Cántico sobre la fe perseverante, tal como "La fe de nuestros padres". ■

² Citado en: Charles Swindoll, *Improving Your Serve (Cómo mejorar su servicio)* (Waco, Tex.: Word Publishing Co., 1981), 29.

Juan, el camino de la fe

¿Cómo decirle a Dios “Te amo”? (12.1-8)

¿Cómo le dice uno “Te amo” a alguien? A todos nos cuesta comunicarles nuestro amor a los demás. Mis padres me han contado de una vez, que yo tenía cinco años de edad y estaba profundamente enamorado de una niña llamada Kate, la cual estaba en mi clase dominical. Una noche, cuando íbamos de regreso a casa viniendo de la iglesia, me incliné sobre el asiento delantero y le pregunté a mi padre: “Papá, ¿qué haces cuando estás enamorado?”. Su respuesta fue simple y tenía sentido para un pequeño niño. “Hijo”, dijo, “supongo que le comprarías un anillo”. Luego, esa semana me llevaron a la tienda, e hice exactamente eso: Le compré, a Kate un anillo de juguete y se lo di la siguiente vez que la vi.

¿Cómo le dice uno “te amo” a alguien? Una vez le pregunté a varios universitarios en mi clase de los miércoles por la noche, cómo habían observado ellos que se expresara el amor. Una pareja se había comprometido precisamente la semana anterior. Ellos nos contaron de cómo él le había propuesto matrimonio, presentándose inesperadamente y llevando puesto su mejor traje donde ella encontraba, con un gran grupo de amigas. Ahí, en frente de todas, tomó su mano, se arrodilló ante ella y le pidió casarse con él (Por supuesto que ella dijo que “Sí”).

Varios de los universitarios habían recibido tarjetas especiales y cartas donde alguien les comunicaban su amor por ellos. Una estudiante recordó la forma como su padre hacía para mostrar su amor a su esposa, cuando ésta estaba teniendo una semana particularmente difícil. Sin decir una palabra, él limpiaría, secretamente, la casa, quitando así un poco del peso de encima de su

ocupada esposa. Otra estudiante nos contó la forma como su madre le escribía mensajes cariñosos en los bananos que ella le ponía en el almuerzo escolar de su hija. Otro estudiante comentó la forma como su abuela hizo y vendió artesanías para poder enviarlo a él a un viaje misionero, y todavía otro describió cómo su padre vendió su preciado rifle con el fin de comprarle a su hija sus libros universitarios de un semestre.

Hay tantas formas de decir “Te amo” como tanta hay gente para decirlo, pero aún más importante, ¿cómo se le dice a Dios “Te amo”? Es una pregunta crucial y creo que María tiene la respuesta en el texto bajo estudio, 12.1-8.

EL REGALO DE MARÍA

Los eventos del relato de esta lección, empezaron seis días antes de la fiesta judía de la Pascua. Así que, estos eventos sucedieron durante la última semana de la vida de Jesús. Todos los cuatro evangelios nos dicen que al final, Jesús había dejado Galilea por última vez, y se había dirigido hacia el sur, a Jerusalén. Para entonces, él ya había pasado por Jericó, donde había encontrado a Zaqueo (Lucas 19.1-10). Todos sabían que este viaje sería peligroso (11.8), y Jesús estaba consciente de que iba a Jerusalén a morir.

Jesús llegó a Betania, ciudad natal de María, Marta y Lázaro. En esta ocasión él asistía a una cena dada en su honor.¹ Entre los invitados, se nos dice que estaba Lázaro. Imagine la lista de invitados a esta cena. Incluía a “Lázaro el muerto” y a “Simón

¹ Mateo 26.6 y Marcos 14.3 sitúan este evento en la casa de Simón el leproso.

el leproso". Tal vez un "Santiago el ciego" o un "Josué el manco" también asistieran. Es probable que todos los que estaban en la cena tuvieran algún relato que contar acerca de cómo Jesús había transformado sus vidas. Marta, la hermana, muy trabajadora, de Lázaro, servía a los invitados.

En algún momento durante la cena, María vino a Jesús. La recordamos como la más emotiva de las hermanas de Lázaro, y la que se había postrado a los pies de Jesús, y la que lloró cuando Jesús regresó a Betania después de la muerte de su hermano. Para ella, Jesús era un buen amigo, un asombroso maestro, y un maravilloso sanador —el hombre que había convertido su más profundo dolor en su más grande gozo. Sus sentimientos hacia él no podían ser expresados en palabras aquella noche. Él era tan grande, tan santo, tan cercano —¡e iba a Jerusalén a morir! Con todos esos pensamientos en su corazón, María ungió al Salvador.

Esto es lo que Juan escribió, "Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume" (12.3). El nardo era un aceite perfumado caro, importado del norte de la India. Es probable que viniera sellado en un frasco hecho de alabastro, un mármol casi claro. Para poder abrir el perfume el cuello del frasco tenía que ser quebrado, de allí que tuviera que ser usado en su totalidad. Juan nos dice que el frasco contenía doce onzas de nardo, el cual María derramó sobre los pies de Jesús. Normalmente se hubiera usado para ungir la cabeza de varios invitados para una ocasión especial. En cambio, María lo derramó todo sobre los pies de Jesús y enjugó éstos con sus cabellos. Fue un hermoso regalo de parte de alguien que desesperadamente deseaba decirle "Te amo" a Jesús.

Varias características del regalo de María lo hacían especial. Primero, era extravagante. Judas objetó tal acción, señalando que el perfume podía ser vendido por el equivalente del salario de un año de un trabajador común (12.4-5). A pesar de que las cantidades monetarias son difíciles de interpretar de una época a otra, o de una cultura a otra, todos podemos entender el significado del salario de un año. Un regalo tan generoso como éste no tenía sentido para alguien de corazón tan frío como el de Judas.

Segundo, el regalo de María fue entregado sin pensar en ella. A veces, cuando damos regalos, pensamos más en nosotros que en la persona a la que le damos el regalo. Nos preguntamos: "¿Será suficiente?"; "¿Les gustará?"; "¿Qué pensarán de mí?". Sin embargo, pareciera que ninguna de estas

preguntas estuvo en la mente de María. A ella le interesaba sólo Jesús y el mostrarle qué tan grande era su amor por "el Maestro". El dejar su cabello suelto era indicación de lo poco que María pensaba en sí misma. Las mujeres judías de esa época no solían hacer tal cosa, pero la actitud de María parece haber sido la del que dice: "¿A quién le importa? Jesús es todo lo que importa".

Tercero, el regalo de María estaba envuelto en humildad. No fue la cabeza de Jesús la que ungió, sino sus pies. No fue una toalla la que usó para enjugarlos, sino su cabello. El orgullo no era importante para María. Todo lo que importaba era expresarle amor a Jesús.

Finalmente, el regalo de María fue realmente su corazón, no simplemente las doce onzas de nardo. A veces damos flores, anillos, ropa o dinero a alguien que amamos. En cada caso el objeto que damos simboliza algo más grande aún que el regalo mismo; representa el amor que estamos tratando de expresar. Así fue con el perfume de María. El perfume era una forma aromática de decirle a Jesús y a todos los demás que ella amaba a su amigo especial de Nazaret.

NUESTRO REGALO

¿Cómo podemos dar un regalo como el de María en la actualidad? ¿Cómo le decimos "Te amo" a Dios? ¿Qué clase de regalo es el apropiado para tal relación? ¡Las Escrituras están llenas de muchas ideas de regalos!

Para empezar, le podemos dar nuestro corazón. Después de todo, el más grande de los mandamientos, según Jesús, es: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mateo 22.37). La experiencia verdadera de Robertson McQuilken, un maestro de la Biblia cuya esposa sufría de la enfermedad Alzheimer, nos señala lo que significa el darle a Dios nuestros corazones. Esto fue lo que McQuilken escribió,

La junta del seminario hizo arreglos para que una persona estuviera en casa y así yo pudiera ir a la oficina todos los días. Durante esos dos años era cada vez más difícil retener a Muriel en casa. Tan pronto como yo salía de la casa, ella salía detrás de mí. Conmigo, estaba contenta, sin mí, se angustiaba, a veces atacada de terror. El camino a la escuela era un viaje de una milla en redondo. Ella hacía ese viaje hasta diez veces al día.

Algunas veces, por la noche, cuando le ayudaba a desvestirse, hallaba que sus pies estaban sangrando. Cuando se lo mencioné al médico de familia, él se atragantó. "Es tal el amor", fue lo más que atinó a decir. Luego,

después de un momento, dijo: “Yo tengo una teoría y es que las características desarrolladas a través de los años, surgen en momentos como éstos”. Desearía amar a Dios con tal fuerza —al punto de sentirme desesperado por estar con él en todo momento.²

Una de las maneras más obvias de decirle a Dios “Te amo” es expresárselo con palabras. Esto es lo que hacemos cuando oramos en privado y cuando nos reunimos para adorar. Los Salmos nos enseñan cómo expresarle esto al Señor. Así es como imitamos al salmista: “Te exaltaré, mi Dios, mi Rey, y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre. Cada día te bendeciré, Y alabaré tu nombre eternamente y para siempre” (Salmos 145.1-2).

Durante la Operación Tormenta del Desierto, cuando los Estados Unidos salieron a la guerra en contra de Iraq, un joven piloto llamado Scott Speicher fue muerto en combate, dejando esposa y dos hijos pequeños. Unas pocas semanas después de su muerte, sus pertenencias personales les fueron devueltas a su esposa. Entre éstas venía una carta que había sido escrita el día antes de su muerte, la cual él no había tenido tiempo de poner en el correo. En ella le había escrito algo a cada uno de sus hijos, y concluía con las siguientes líneas dirigidas a su esposa: “Eres el motivo central de mi vida. He vivido contigo en completa satisfacción. Si desaparezco, aprende a amar nuevamente”.³ ¡Hay momentos, en los cuales hablar de nuestro amor, puede ser el más grande regalo!

El amar a otros demuestra nuestro amor por Dios. El amar a nuestro prójimo así como nos amamos a nosotros mismos, es una idea que había sido introducida en el Antiguo Testamento y fue citada por Jesús como el segundo más grande mandamiento.⁴ Del mismo modo que un esposo le expresa su amor a su esposa al amar a los hijos de los dos, también le expresamos nuestro amor a Dios al amar a nuestros congéneres. Le decimos a Dios “Te amo” cuando nos amamos unos a otros.

Las Escrituras también declaran que podemos expresar nuestro amor por Dios cuando les hablamos a otros acerca de él. Esto es lo que se conoce como “confesar”. Jesús dijo:

A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante

² Robertson McQuilken, “Repaying a Four-Year Debt” (“La cancelación de una deuda de cuatro años”), *Leadership* (Summer 1993): 43.

³ Jerry D. Twentier, *The Positive Power of Praising People* (*El poder positivo de alabar a las personas*) (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1994), n.p.

⁴ Levítico 19.18; Mateo 22.39.

de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos (Mateo 10.32-33).

Cuando les hablamos a otros acerca de nuestro amor hacia Dios, ello es otra manera de decirle a Dios “Te amo”.

Tal vez, la forma más difícil de decirle “Te amo a Dios” —y que es algo que no podemos eludir si verdaderamente deseamos amar a Dios —es simplemente obedecerlo. Esto fue lo que Juan escribió: “Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5.3). A veces, esto es exactamente lo que la gente no desea oír, pero debemos obedecer para serle agradables a él.

La dificultad que tenemos con la obvia y práctica naturaleza de la obediencia, se observa en la siguiente ilustración sobre un hombre y su esposa. El hombre estaba fatalmente enfermo, así que un día la esposa de él fue al doctor a hablarle sobre la condición de su esposo. Cuando hablaban en privado, el doctor le dijo lo siguiente a la mujer: “Tu esposo va a morir —a menos que comience recibir tres comidas saludables, cocinadas en casa, al día. Además, para reducirle el estrés en su vida, necesita que usted siempre sea agradable y amable con él. Por último, dada su baja resistencia a los microbios, él necesita que la casa siempre esté limpia”. Cuando la mujer regresó a su esposo, éste estaba ansioso por oír lo que el doctor había dicho. “Él dijo”, le informó la esposa, “¡que te vas a morir!”. El amor a Dios es más que decir que amamos a Dios; conlleva el obedecerle, del mismo modo que el amar a los padres, al cónyuge o a los hijos entraña más que el simple hablarles con palabras amorosas.

Las anteriores son algunas de las maneras como podemos decir “Te amo” a Dios. ¿Sabe usted cómo Dios nos dice “Te amo” a nosotros?

EL REGALO DE DIOS

Después de que María hubo ungido a Jesús y él hubo salido de la comida, Jesús se dirigió hacia Jerusalén. Él sabía que hacia dónde iba y lo que estaba haciendo. Se daba cuenta de que este era su último viaje y de que los líderes judíos se habían propuesto matarlo. Su muerte no iba a ser una casualidad. Anteriormente había dicho:

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla

a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre (Juan 10.17-18).

Jesús salió de Betania por su propia voluntad, ¡para darle al mundo el regalo más grande que jamás hayamos recibido! En pocos días, Jesús moriría en la cruz por los pecados del mundo. Aunque María le dio a Jesús un maravilloso regalo, ¡éste se queda corto en comparación con la enormidad del regalo que es dar la vida de uno en la cruz!

CONCLUSIÓN

Después de su muerte, el cuerpo de Jesús fue puesto en una tumba, de la cual resucitó tres días después. Pablo resumió la importancia de estos eventos cuando escribió que Jesús “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4.25). Son muchas las maneras como Dios nos dice: “Te amo”, —pero

nos lo dice especialmente mediante la muerte, sepultura y resurrección de Jesús.

El evangelio de Juan había hecho anteriormente esta relación, cuando Juan informó que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (3.16).

¿Ama usted a Dios? Si así es, ¿cómo se lo está expresando en este momento? Puede que usted tenga necesidad de expresar su amor mediante el volverse de sus pecados y ser bautizado en Cristo (Hechos 2.38). Puede que usted tenga necesidad de expresarle su amor mediante el volver a la fe que una vez eligió, pero de la cual se ha alejado. Puede que usted tenga necesidad de expresarle su amor mediante el simple decirle “Te amo” a Dios. María es la que nos guía en el camino de expresarle nuestro amor a Dios. ¿Le dirá usted “Te amo” al Señor hoy? ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

La cruz que reorienta el curso (12.32)

Nota del autor: La semana del 16 de abril de 1995, fue una de esos tiempos cuando el mundo pareciera estar llegando a su fin. El lunes por la mañana, a uno de mis mejores amigos se le practicaban algunos exámenes de laboratorio en el hospital local, debido a un problema del corazón que se le había detectado la semana anterior. Él no tenía temor por los exámenes y estaba optimista acerca de los resultados. No obstante, al comienzo de la tarde, el doctor le había dicho que su situación era crítica. Una ambulancia lo llevó ochenta kilómetros hasta un gran hospital de nuestra ciudad capital, ¡con el fin de que pudiera tener cirugía de desviación coronaria al día siguiente! El lunes por la tarde, uno de los ancianos de nuestra iglesia estaba lanzando pelota durante un juego de béisbol cuando una pelota bateada con fuerza se le estrelló en el ojo, enviándolo al hospital y causándole daño permanente a la visión. Esa misma noche, aunque yo no la conocía a esas alturas, una chica cristiana de la universidad local, había sido raptada cuando se encontraba en el estacionamiento de una tienda. Los amigos de la chica, los oficiales de la universidad y la policía local estuvieron buscándola desesperadamente. El martes por la tarde, se dio el conmovedor informe, en el sentido de que el cuerpo de ella había sido hallado en la cajuela de su automóvil, el cual había sido abandonado sobre un camino rural. Tales crímenes pueden ser comunes en grandes ciudades, pero rara vez se nos ocurre que tales atrocidades puedan suceder en nuestra ciudad. Un tributo en memoria de la chica asesinada fue llevado a cabo en el servicio de capilla de la universidad al día siguiente. Los estudiantes, aunque normalmente locuaces, esta vez llenaron el auditorio en medio de un gran silencio y treinta minutos después salieron con sus corazones destrozados y sus rostros bañados de lágrimas.

Me dirigí del servicio de capilla nuevamente a mi oficina y apenas me había sentado a mi escritorio, cuando alguien se presentó corriendo para decirme que un edificio federal de Oklahoma City, Oklahoma, ¡había sido bombardeado y que se temía la muerte de más de doscientas personas! ¿Qué más podría ir mal en un período de tres días? ¿Qué sería lo siguiente que ocurriría?

Cuando batallábamos por hallarle el sentido a todas estas tragedias, mis pensamientos se comenzaron a centrar en el siguiente domingo que se acercaba. ¿Qué podía decirse después de una semana como ésta? Sólo el volumen en sí de noticias trágicas que habíamos oído durante los siete días transcurridos desde la última vez que nos habíamos reunido, había sido desorientador. En tales momentos, ¿qué necesitaba oír la iglesia? Yo ya había avanzado veintiséis semanas en la serie de estudios sobre el evangelio de Juan. ¿Debía yo continuar con el estudio de Juan o tomarme el tiempo para abordar los serios eventos de la semana? Después de orar tomé la decisión de guiar a la iglesia ese domingo en un “retorno” a la cruz de Cristo.

Cuando nos reunimos los domingos, estamos llenos de sentimientos y pensamientos. Algunas veces venimos pensando en que deberíamos venir. Otras veces lo hacemos con el deseo de estar juntos. Este domingo, especialmente a causa de los eventos de la semana, lo hacemos porque necesitamos estar aquí. Necesitamos el consuelo y el aliento que nos podemos dar unos a otros, y necesitamos que se nos recuerde de aquello que en este mundo tiene permanencia. Hoy día, más que en la mayoría de

los domingos, *necesitamos* la cena del Señor.

Necesitamos la cena porque hay algo reorientador acerca de la cruz que la cena nos llama a recordar. Esta semana que pasó, nos ha dejado tambaleantes, como niños que han estado dando vueltas rápidamente. Como niños mareados, echamos la mirada a nuestro alrededor y vemos que el mundo se nos va volando, y comenzamos a perder el equilibrio. En momentos como éste extendemos la mano como deseando aferrarnos a algo —algo que sea sólido e inmovible. Nos abrazamos a ello y nos aferramos apretadamente hasta que nuestras cabezas dejan de girar y podemos una vez más estar firmes sobre nuestros dos pies. Hoy, después de todo lo que ha sucedido durante los últimos siete días, nos hallamos aferrándonos a la cruz.

Cuando estoy enfermo me desoriento y pierdo la noción del tiempo. Recuerdo que en ocasiones he tenido que quedarme en casa por varios días para recuperarme de alguna enfermedad. Normalmente, cuando me comienzo a sentir bien, digo: “No sé qué día es hoy. Creo que va a ser necesario un domingo para volverme al horario normal”. Así es como el día de hoy funciona al reunirnos después de una semana llena de confusión.

Alexander Solzhenitsyn es un escritor ruso que pasó ocho años en un campamento de trabajo estalinista. Hubo por lo menos un día, durante aquellos difíciles años, que su esperanza se desvaneció y estuvo a punto de renunciar a la vida. Estaba enfermo, cansado y desanimado. Cuando servía en un pequeño destacamento de paleros, Solzhenitsyn dejó de trabajar, se dirigió a una banca de madera, se sentó, y esperó que un guarda viniera a ver lo que él había hecho. Él sabía lo que sucedería, pues lo había visto muchas veces anteriormente. El guarda tomaría la pala del hombre y lo golpearía con ella hasta matarlo. No obstante, ese día, alguien que no era guarda, vio a Solzhenitsyn sentado allí. Era un hombre de hombros caídos, sin expresión en su rostro, el cual se acercó y se sentó junto a él. Con una vara en su mano, trazó una cruz en la arena a los pies de Solzhenitsyn. La desesperanza de éste desapareció, la verdad llenó apresuradamente su alma, el coraje regresó y una razón para seguir viviendo reavivó su corazón. Se puso de pie, tomó su pala y volvió al trabajo. Años más tarde, sus escritos inspirarían a millones de personas. Una simple cruz, trazada sobre la arena, reanimó a Solzhenitsyn, salvando así su vida. Es este mismo poder reorientador de la cruz el que estamos buscando hoy.

Por todo el Nuevo Testamento, las Escrituras

nos están llamando a volver a la cruz. Sea que la iglesia estuviera enfrentando una nueva empresa, un tema confuso, o una terrible crisis, los escritores inspirados dirían: “¡Mira a la cruz!”. El ver cómo lo hicieron ellos ante situaciones ocurridas hace miles de años, nos recuerda que la misma cruz nos ayuda a enfrentar cualquier situación hoy día.

LA RESPUESTA A LA DIVISIÓN

Un ejemplo de la manera como la cruz guía a la iglesia en medio de aguas tempestuosas, se ve en la primera carta de Pablo a los corintios. Como resultado de haber estado con esa iglesia al comienzo de ella, Pablo le había tomado un especial cariño a ellos. Al mismo tiempo, no obstante, él estaba profundamente preocupado por las muchas discusiones y temas que estaban dividiendo a la iglesia. En la introducción de su carta él les hizo un llamado a la unidad:

Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas (1 Corintios 1.10–11).

¿Cuál es la solución a tal problema? ¡Pablo dijo que ella era la cruz!

... nosotros predicamos a Cristo crucificado,...
(1 Corintios 1.23).

Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado
(1 Corintios 2.2).

“Miren a la cruz”, les dijo Pablo, “y hallarán la manera de superar la división”.

LA RESPUESTA AL DOLOR

Un segundo ejemplo de la manera como la cruz guía a la iglesia a través de tiempos difíciles es el que aparece en 1 Pedro. Fue escrito en un contexto de persecución, cuando los cristianos estaban sufriendo por su fe. ¿Adónde pueden los cristianos ir para hallar consuelo y poder poner las cosas en perspectiva durante los momentos de angustia? ¡Pedro dijo que hay que ir a la cruz!

Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; *el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca*; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la

causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados (1 Pedro 2.21-24; énfasis nuestro).

“Miren a la cruz”, decía Pedro, “y hallarán la manera de soportar el sufrimiento”.

LA RESPUESTA AL ERROR

Un tercer ejemplo de la manera como la cruz guía a los cristianos a superar situaciones angustiantes y confusas, es la que se encuentra en Gálatas. Tal vez sea el escrito más antiguo de todo el Nuevo Testamento, fue escrito con el fin de atacar el legalismo que amenazaba a las nuevas iglesias que Pablo había ayudado a establecer durante su primer viaje misionero. Los falsos maestros habían seguido a Pablo durante sus viajes y estaban enseñando que era necesaria la obediencia a la ley de Moisés para que los cristianos pudieran ser salvos. Para Pablo, esto era una mentira que amenazaba la existencia misma de la iglesia. ¿A dónde pueden ir los cristianos para obtener ayuda para tratar con los falsos maestros y sus falsas enseñanzas? ¡Pablo dijo que ellos debían ir a la cruz!

Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá; y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciera estas cosas vivirá por ellas. Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero) (Gálatas 3.11-13).

“Miren a la cruz”, le decía Pablo a los Gálatas, “y hallarán la manera de evaluar ideas polémicas y confusas”.

CONCLUSIÓN

A estas alturas, nuestro estudio de Juan coincide con el tema de este día. Esto fue lo que Jesús declaró: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (12.32). La cruz nos ejerce atracción en nuestros corazones y nos lleva a nuestro maravilloso Salvador, el cual murió allí por nosotros.

Bill Bridgewater, un escritor, dijo cómo, durante su niñez, un matón solía atormentarlo, y un día le quitó un anillo especial que le habían dado para su cumpleaños. Todos los días Bill le pedía que le devolviera su anillo, y todos los días el matón le decía que se le devolvería si Bill lo dejaba golpearle en el hombro con todas sus fuerzas. Temiendo el dolor, Bill siempre se marchaba sin el anillo, sintiéndose humillado. Luego, un día, un íntimo amigo de Bill, Larry Davis, le dijo al chico que él recibiría el golpe. El matón golpeó a Larry y luego le dio el anillo a Bill.

En una reflexión sobre aquel recuerdo de la niñez, Bridgewater escribió lo siguiente: “Hasta la fecha no tengo idea de lo que le sucedió después a ese anillo, pero todavía recuerdo y jamás olvidaré lo que Larry hizo por mí, cuando él recibió aquel golpe en lugar mío”.

Hoy día la cruz de Cristo nos ayuda a reorientarnos después de una semana que lo deja a uno tambaleante. Nos muestra cómo hacerle frente a los nuevos y angustiantes problemas. Nos remolca del corazón y nos lleva de nuevo a Dios. ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“Glorifica tu nombre”

(12.9-50)

Hay un maravilloso cuento folklórico sobre tres árboles, el cual se cuenta en muchos idiomas. Eran tres árboles que crecían sobre la cima de una montaña y soñaban con lo que llegarían a ser cuando grandes. El primer árbol soñaba con diamantes y rubíes, y anhelaba convertirse algún día en un cofre de guardar tesoros, el cual guardaría preciosas joyas. El segundo árbol soñaba con viajes y emociones y anhelaba llegar a ser un poderoso barco navegante que llevara reyes por los grandes mares. El tercer árbol no tenía idea de salir alguna vez de la cima de la montaña. Más bien, su ambición era quedar en pie, derecho y alto, allí mismo donde se encontraba, señalándole a Dios a la gente.

Los años pasaron, y los árboles crecieron en altura y en grosor. Un día tres taladores subieron la montaña buscando árboles que cortar. Un talador se acercó al primer árbol y dijo: “Este es justo el árbol que necesito”, y lo cortó. Otro talador se acercó al segundo árbol, dijo la misma cosa, y luego lo cortó también. El tercer talador refunfuñó que cualquier árbol viejo serviría para sus propósitos y después, descuidadamente cortó el árbol que quedaba.

Cuando del primer árbol se fabricaba una caja, él creía que su sueño de llegar a ser un cofre para tesoros, estaba convirtiéndose en realidad. No obstante, pronto se dio cuenta de que tan sólo era un simple y tosco pesebre del cual los animales comían heno. El segundo árbol vio hundirse su esperanza de convertirse en un poderoso barco cuando se dio cuenta de que lo habían convertido en una pequeña embarcación que jamás navegaría en algo mayor que un lago. El tercer árbol tuvo la peor experiencia de todos, fue convertido en maderos y se le estibó

con otros troncos y allí quedó en el olvido.

Con el pasar del tiempo, los tres árboles tuvieron diferentes experiencias. El que habían convertido en caja fue usado una noche por una joven pareja de campesinos que tenían un recién nacido, y que no habían podido hallar una habitación en la posada. Pusieron paja fresca en la caja y la utilizaron a modo de cuna. Cuando el pesebre le servía de lecho al recién nacido, el árbol se dio cuenta de que estaba llevando el más grandioso tesoro del mundo. El árbol que se había convertido en embarcación estuvo una noche batallando por llevar a través de un lago, en medio de una tormenta, a un grupo de hombres. Temiendo que se hundiría y perdería a todos los que transportaba, la embarcación se maravilló cuando un pasajero que dormía, despertó y le habló a la tormenta, diciéndole: “Calla, enmudece”. Cuando el lago, al instante se puso calmo, el árbol entendió que estaba transportando al Rey de reyes. El tercer árbol, un día fue sacado de un tirón de la pila de troncos y luego fue colocado sobre la espalda sangrante de un hombre que estaba siendo llevado por las calles, rodeado por una muchedumbre llena de odio, la cual clamaba por su muerte. Una vez fuera de la ciudad, el hombre fue clavado en el árbol y levantado para que muriera. Cuando esto ocurría el árbol estaba dolido en su corazón, pues no podía pensar en nada más inicuo que lo que se le estaba haciendo a este hombre. Todo lo que el árbol había querido hacer era mostrarle a Dios a la gente. Tres días después, el mundo cambió: El hombre resucitó de entre los muertos, y el tercer árbol supo que cada vez que la gente lo mirara, de ese momento en adelante, ¡ellos pensarían en Dios!

Tres árboles con diferentes esperanzas y sueños le habían dado cada uno gloria a Dios.

La “gloria”, tal como ya lo hemos visto, es un tema importante en el evangelio de Juan. La hallamos al comienzo de este evangelio, donde Juan escribió: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (1.14). El verbo “glorificar” aparece veintitrés veces en Juan, y el sustantivo “gloria” aparece dieciocho veces. ¡Es obvio que los registros de Juan sobre la vida de Jesús giran en torno a la gloria!

LA GLORIA DE DIOS Y DE JESÚS

Al comienzo del texto bajo estudio en esta lección, hallamos a Jerusalén agitada por el entusiasmo que despierta la fiesta de la pascua y a las multitudes ilusionadas con la llegada de Jesús. ¿Cómo vendría? ¿Qué haría? ¿Era este el momento cuando anunciaría que él era el tan largamente esperado Mesías y se convertiría en Rey de Israel? Todo mundo hablaba acerca de Jesús.

Cuando el día llegó, para que Jesús entrara en Jerusalén, una gran multitud salió a recibirlo, al tiempo que él se acercaba a la ciudad. Agitando ramas de palmeras y clamando: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (12.13, énfasis nuestro), ellos le dieron a Jesús una bienvenida digna de un rey. Cumpliendo la profecía de Zacarías 9.9, Jesús montó sobre un asno para entrar en Jerusalén. Los discípulos estaban confundidos por toda la escena y no entendían el significado de lo que estaba ocurriendo, sino hasta que “Jesús fue glorificado” (Juan 12.16). La gloria, tal como lo vemos nuevamente, se reflejó en toda faceta de la vida de Jesús, pero donde más brilló fue en la cruz. Aunque el mundo siempre ha asociado la gloria con el poder, la fama y las riquezas, la gloria de Dios se aprecia más vívidamente en el amor, la humildad y el sacrificio de la cruz.

Luego, ciertos griegos¹ le dijeron a Felipe: “Señor, quisiéramos ver a Jesús” (12.21). Felipe se dirigió a Andrés, y juntos le dijeron a Jesús lo que los griegos habían dicho. Esto fue lo que Jesús les

¹ Es probable que estos fueran “temerosos de Dios” que se sentían atraídos a las enseñanzas del judaísmo, pero no estaban dispuestos a ser circuncidados ni llegar a ser completamente convertidos al judaísmo. Por lo tanto, ellos continuaban siendo gentiles cuando vinieron a adorar al templo de Jerusalén. Por lo tanto, la palabra “griegos”, en este pasaje, es probable que se refiera a “temerosos de Dios” y no a personas que provinieran de Grecia.

respondió: “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (12.23). Nuevamente, la mención de “gloria” es una referencia a la cruz. Esto llega a ser obvio en los siguientes versículos, donde Jesús describió cómo un grano de trigo debe caer en la tierra, y morir, para llevar fruto. Cuando hablaba acerca de su propia crucifixión, Jesús llamó a sus discípulos a seguir su ejemplo de devoción y sacrificio. Si lo hacían, les indicó, el Padre les honraría.

El diálogo que aparece en los versículos que preceden, fluyen hasta la oración de Jesús en el versículo 28: “Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez” (12.28). Algunas personas que estaban entre la multitud, pensaron que habían oído un trueno. Otros afirmaban que habían oído la voz de un ángel. Jesús les dijo que habían oído una voz, la cual había hablado por causa de ellos. El Padre, de hecho, había hablado. La gloria a la cual él se había referido era, otra vez, primordialmente la cruz. Jesús había glorificado al Padre en todo lo que había dicho y hecho en su vida, pero la más grande gloria sería observada en cuestión de pocos días, cuando Jesús fuera crucificado y levantado de entre los muertos. Jesús explicó que él estaba refiriéndose a la cruz cuando dijo: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (12.32). Juan comentó: “Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir” (12.33).

La gente, después le hizo una pregunta a Jesús acerca de lo que ellos habían “oído de la ley” (12.34). Cientos de años atrás, Israel había oído la voz de Dios con sus propios oídos en el monte Sinaí.² En el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba, Israel había visto algo de la gloria de Dios. Ahora, durante estos últimos años, estaban viendo aún más de la gloria de Dios, cuando miraban y escuchaban a Jesús. Lo que no sabían era que pronto, en su crucifixión y resurrección, Jesús revelaría ¡mayor gloria que la que jamás habían visto anteriormente!

Después de haber entrado en Jerusalén, y haber tenido una bienvenida digna de un rey, y de haber hablado las palabras registradas en este capítulo, Jesús se fue y se ocultó de ellos. Como él les había hablado la verdad a ellos y les había revelado quién era, y el poder que tenía, a través de las señales que había obrado, Jesús estaba afligido por el hecho de que la gente no se decidía a creer. Juan vio la falta de fe de la gente como algo que Isaías

² Éxodo 20; Deuteronomio 5.22.

había profetizado: “¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? (Isaías 53.1; énfasis nuestro). Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vean con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad” (Isaías 6.10; énfasis nuestro). Juan escribió: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él” (12.41). La palabra “gloria” se refiere aquí por cuarta vez en este capítulo a la muerte, sepultura y resurrección de Cristo.

LA GLORIA DE DIOS Y NOSOTROS

Entretejido en lo que Jesús dijo en este capítulo, acerca de sí mismo y la gloria de Dios, hallamos un claro y directo mensaje para nosotros, y la forma como este tema de la “gloria”, ha de afectar nuestras vidas. Esto fue lo que Jesús les dijo a sus discípulos: “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (12.23). Les explicó la necesidad de que él muriera (12.24), y luego les dijo:

El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará (12.25–26).

El flujo de los pensamientos en esta sección es semejante a lo siguiente: Cristo estaba a punto de ser glorificado. No obstante, contrario a lo que uno podía esperar que ello significaba, era necesario que él muriera para poder ser glorificado. Del mismo modo, los seguidores de Jesús reciben vida eterna y manifiestan la gloria de Dios cuando hacen que su orgullo, egoísmo y amor por este mundo, mueran por causa de la obediencia a Dios.

Un marcado contraste es el que se observa entre lo que Jesús llamó a hacer a sus seguidores en 12.25–26, y lo que los discípulos secretos hicieron más adelante en el capítulo:

Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios (12.42–43).

En ciertas versiones de la Biblia la palabra “gloria”, que aparece en el versículo cuarenta y tres, se traduce por “aprobación”, y viene del griego *doxa*. Pero es la misma que se traduce por gloria en los pasajes que ya hemos analizado en esta lección. Juan indicó que los creyentes acobardados mantenían su fe en secreto porque “¡amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios!”. La

gloria de los hombres se observa en el orgullo, el poder, la autoprotección, la autopromoción; la gloria de Dios se observa en su máximo esplendor en la humildad, el sacrificio, y la autonegación.

Más adelante en su evangelio, Juan registró una inusual profecía que Jesús le hizo a Pedro:

De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras (21.18).

Juan explicó: “Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios” (21.19). ¡Nuevamente, hallamos la gloria y el sacrificio, enlazados en las enseñanzas de este evangelio!

Los cristianos han de vivir para la gloria de Dios. Todo lo que nos rodea, debe reflejar la gloria de Dios (1 Corintios 10.31). A través de los años, muchos han tratado de darle gloria a Dios, construyendo grandes templos o reinos en el nombre de El. En el evangelio de Juan, Jesús demostró repetidamente que la gloria de Dios se observa en su máximo esplendor en las acciones simples y humildes. La gloria de Dios se observa en su máximo esplendor hoy día en acciones amorosas, sacrificadas, que tal vez ni siquiera sean notadas por el mundo:

El amoroso cuidado que una madre le prodiga a su hijo manifiesta la gloria de Dios.

El cuidar de un padre o vecino envejecido manifiesta la gloria de Dios.

El escuchar y dar consuelo a una persona atribulada manifiesta la gloria de Dios.

El ser fieles y amables en el matrimonio manifiesta la gloria de Dios.

El ayudar a una persona que tenga necesidad manifiesta la gloria de Dios.

Tuve un maestro en la escuela, que un día hablaba sobre grandes predicadores. Esto fue lo que nos dijo: “Las prédicas más grandes que se están haciendo hoy día, son hechas por personas de las que jamás han oído y en lugares en los que jamás han estado”. ¡Creo que este poderoso comentario se acerca a lo que Jesús estaba enseñando en Juan 12!

El poeta australiano Victor Daley estaba siendo cariñosamente cuidado en un hospital durante sus últimos días. Una de las últimas cosas que él hizo antes de morir fue el darle las gracias a las enfermeras por la amabilidad de ellas. Esto fue lo que ellas respondieron: “No nos agradezca a

nosotros. Agradezca a la gracia de Dios". Daley respondió: "Pero, ¿no son *ustedes*, la gracia de Dios?". Creo que estaba en lo correcto. Del mismo modo, usted y yo hemos sido testigos y hemos recibido la gloria de Dios, y ahora hemos de *ser* su gloria. En el servicio humilde y sacrificado, hemos de convertirnos en la gloria de Dios visible en nuestro mundo.

CONCLUSIÓN

Los tres árboles tenían sueños de grandeza acerca de lo que podían hacer por Dios. Irónicamente, no fue sino hasta que fueron cortados, aserrados, y dejados en la relativa oscuridad, que ellos pudieron ser utilizados para la gloria de Dios. Jesús afirmó que así fue en su vida —¡y en la nuestra también! Elevemos diariamente la sencilla oración: "Que en nuestras vidas, Señor, tu nombre

sea glorificado hoy". ■

El estudio de la Biblia

•Existe una diferencia fundamental entre turistas y exploradores. Los turistas andan de prisa, sólo se detienen para observar los puntos de interés más sobresalientes. Los exploradores, por otro lado, se toman el tiempo para escudriñar todo lo que puedan encontrar a su paso. Muchos de nosotros leemos la Biblia como turistas, y después nos quejamos de que nuestros momentos de meditación son infructuosos. Debemos tomarnos el tiempo que se necesita para explorar la Biblia. Son importantes las verdades que surgen cuando escarbamos debajo de la superficie.

•La Biblia puede ser estudiada solamente de dos maneras: 1) Con la mente ya predisposta, ó 2) dejando que ella predisponga nuestra mente.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

Jesús les lavó los pies (13.1-17)

Era el año 1983, y se me había asignado este texto, 13.1-17, para una presentación en un retiro de hombres. Todos estaban sentados en un gran comedor en frente de una rústica chimenea de piedra. Para dar comienzo a la lección, tomé un lebrillo y una toalla me dirigí a un miembro del grupo el cual había estado de acuerdo en ayudarme con mi ilustración. (Le había pedido a otro, pero dijo que sería “demasiado bochornoso”). Un completo silencio llenó la sala cuando hincé la rodilla delante de aquel hombre, le quité sus zapatos y calcetines, y le lavé los pies. No había previsto cuán nerviosos pondría a todos tal acción —¡ni cuán nervioso yo mismo me sentiría! Aun cuando hemos leído, oído y hablado acerca de cómo Jesús había hecho lo mismo con sus discípulos, siempre fue algo incómodo e intimidante el haberlo hecho en persona. Al reflexionar sobre aquella experiencia en el retiro de hombres, pienso que la experiencia de un lavamiento de pies moderno fue la introducción perfecta para el incómodo, intimidante y bochornoso momento cuando Jesús, al final de su vida, “comenzó a lavar los pies de los discípulos” (13.5).

Poco antes de la fiesta de la pascua (13.1),¹ Jesús se reunió con sus discípulos para comer con ellos. El viaje desde Betania ese día, había sido sobre caminos polvorientos, y la conversación había sido contenciosa.² Cuando se reclinaron a la mesa a comer esa noche, lo hicieron con los pies

¹ Vea 12.1.

² Mateo 20.20-28 y Marcos 10.35-45 indican que la discusión sobre quién el “más grande” entre los discípulos, estaba teniendo lugar mientras Jesús y sus seguidores viajaban hacia Jerusalén.

sucios. En una cultura donde las personas comían reclinadas sobre un codo en el piso, ¡los sucios pies de la persona al lado de uno eran algo serio! Un lebrillo y una toalla estaban disponibles en la sala para el lavamiento, pero no hubo un siervo que quisiera hacer el trabajo. En consecuencia, comenzaron a comer con el polvo del día todavía en sus pies. Mientras la comida estaba teniendo lugar, Jesús se puso de pie, se ciñó una toalla, puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con su toalla. No hay duda de que un bochornoso silencio debió haber llenado aquella sala cuando Jesús se trasladaba de un discípulo a otro. De todas las personas que había en la sala, ¿por qué era Jesús el que estaba lavándoles los pies a todos los demás?

Jesús estaba, a través de sus acciones de aquella noche, haciendo algo más que lavar pies sucios. Estaba preparando a sus discípulos para su muerte y para la misión de ellos. El lavamiento de los pies de los discípulos era un anuncio del sacrificio que pronto haría en la cruz, de la limpieza que había de ser posible a través de la sangre de Jesús, y de los valores completamente nuevos del reino de Dios. Jesús estaba utilizando la ilustración física del lavamiento de los pies para enseñarles a sus discípulos la naturaleza del servicio cristiano.

EL SERVICIO ES UNA MANIFESTACIÓN DEL AMOR (13.1)

El capítulo 13 comienza una nueva sección dentro del evangelio de Juan. Los capítulos del trece al diecisiete son comúnmente llamados los “discursos de despedida” de Jesús. En contraste con la enseñanza en público, que era el enfoque

central de su anterior ministerio, esta sección describe conversaciones en privado, íntimas, sostenidas entre Jesús y los doce apóstoles. Una diferencia que se muestra en esta sección es que la palabra “amor” aparece más frecuentemente que en las secciones anteriores. Los capítulos del uno al doce contiene sólo seis referencias al amor, mientras que los capítulos del trece al diecisiete mencionan el amor treinta y una veces! Dos de estas ocurrencias se dan en el primer versículo del capítulo trece.

Si hemos de llegar a entender por qué Jesús les lavó los pies a los discípulos, o por qué él murió en la cruz, debemos comenzar por entender su amor: “... sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (13.1). Para que las acciones de Jesús puedan ser entendidas, debemos primero apreciar el corazón del cual manaron tales acciones. El corazón de Jesús estaba lleno de amor cuando les lavó los pies a los discípulos. No estaba lleno de enojo, ni de desilusión, ni de frustración, ni de disgusto; estaba lleno de amor. Si queremos servir como Jesús sirvió, es importante que nosotros también comencemos a hacerlo con amor. Muchos que insisten en que debemos servir como Jesús sirvió, no están dispuestos a comenzar como Jesús comenzó, con un corazón lleno de amor.

Más adelante en este mismo capítulo, Jesús describió cómo el amor es el valor central del reino de Dios;

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros (13.34–35).

El servicio, si ha de ser servicio cristiano genuino, debe comenzar con el amor.

No hay límite a lo que el amor puede impulsarnos a hacer. Si servimos movidos por la culpa, o el orgullo, nuestro servicio se quedará corto en comparación con lo que puede ser si servimos movidos por corazones amorosos. Un hombre que estuvo como paciente en un hospital cristiano misionero observaba cómo las mujeres trabajaban arduamente todo el día, haciendo los trabajos más difíciles y más sucios que podía haber visto. Un día le comentó a una enfermera: “¡Yo no haría su trabajo ni por un millón de dólares!”. La enfermera cristiana hizo una pausa en su trabajo, le sonrió al hombre y le dijo: “¡Yo tampoco!”. El amor nos mueve a entregarnos nosotros mismos en el servicio como ninguna otra cosa puede hacerlo.

EL SERVICIO SURGE DE LA CONFIANZA (13.2–4)

Cuando estuve en África, hace varios años, un colega misionero estaba un día trabajando con su asistente de idioma, tratando de traducir la idea del servicio cristiano al idioma local. Cuando llegó al momento de su sermón cuando él quiso decir: “Todos los cristianos deben llegar a ser siervos”, su asistente le dijo: “¡No! ¡No es eso lo que usted quiere decir!”. Este hombre, aunque había oído acerca de Jesús por muchos años, no podía hacerse la idea de que un predicador pudiera pedirles a los cristianos que llegaran a ser algo tan humillante como un siervo.

“Servir”, “siervo”, “servicio” —son palabras que le suenan al mundo como términos “débiles”. Sugieren tareas que sólo llevan a cabo los analfabetos, los pobres, los débiles. El servicio, comúnmente se cree, es para los que no pueden subir por encima de ese nivel. Uno sirve sólo porque se ve obligado a hacerlo.

Jesús, no obstante, le dio un significado contrario a todo eso. La noche que les lavó los pies a los discípulos, él no era débil, ni inferior, ni fue en modo alguno intimidado por los doce. Esto es lo que Juan escribió:

... sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó (13.3–4).

Lo que Jesús hizo, lo hizo estando en una posición de confianza y poder. El servicio, demostró él, no se arraiga en la debilidad, sino que se fundamenta en la fortaleza. Cuando un cristiano entiende verdaderamente cuán amado y apreciado él es ante los ojos de Dios, entonces tiene confianza para servir. Jesús modeló lo anterior cuando les lavó los pies a los discípulos.

EL SERVICIO SE CENTRA EN DIOS (13.1–5)

Los dos discípulos que más destacan en el capítulo 13 son Judas (vv. 2, 18–30) y Pedro (vv. 31–38). A los dos hombres les lavó los pies Jesús, y los dos le causaron gran desilusión menos de dos horas después: Judas lo traicionó y Pedro lo negó. Esta “pequeñez” es en realidad una maravillosa verdad liberadora acerca de la naturaleza del servicio. El modo como los demás respondan a nuestro servicio no es lo que convierte a éste en algo bueno. Debemos servir, y dejar que sea Dios el que juzgue los resultados.

La congregación de la cual soy miembro tiene

un gran ministerio de benevolencia llamado “Casa de Dios”, el cual provee alimento y vestido a los que tienen necesidad. A veces descubrimos que algunas personas nos han mentido y han abusado de nuestra generosidad. ¿Disminuye esto el valor de nuestro servicio? ¡De ninguna manera! Queremos ser sabios, y no creemos que deberíamos dar a los que podrían usar nuestras dádivas para comprar bebidas alcohólicas o drogas. No obstante, si erramos, preferimos errar por ser confiados y generosos. Aunque algunos pueden aprovecharse de nosotros, todavía es importante que sigamos sirviendo. El hecho de que Jesús les lavara los pies a Judas y a Pedro aquella noche, es una razón para sentirnos estimulados a continuar sirviendo a nuestros congéneres, aunque haya personas que algunas veces abusan de nuestro servicio o le dan un mal uso a nuestras dádivas. El servicio, para el cristiano, no consiste primordialmente en estar atentos a los resultados; sino ¡en estar atentos a Jesús!

Los misioneros son otro ejemplo del anterior principio. Antes de salir hacia algún lugar a esparcir el evangelio, ellos ya entienden que algunas personas los van a rechazar, otros los usarán y algunos los maldecirán. El que ellos vayan no depende de los resultados. Ellos van porque eso es lo correcto —no importa cuáles sean los resultados.

EL SERVICIO REQUIERE DE QUE PRIMERO UNO SEA SERVIDO (13.6–10)

Cuando Jesús se acercó a Pedro y comenzó a lavarle los pies a éste, Pedro se opuso, diciendo: “Señor, ¿tú me lavas los pies?”. Jesús le dijo a Pedro que él estaba haciendo algo que Pedro no podía entender en ese momento, pero que eventualmente lo entendería. Pedro continuó oponiéndose e insistió en que Jesús jamás le lavaría los pies. Debió haberle causado estupor a Pedro el que Jesús le dijera: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo” (13.8). Aunque él no entendía por qué esto era importante para Jesús, sí entendió que era importante. Pedro, el impulsivo de siempre, entonces ¡le pidió a Jesús que le bañara todo su cuerpo!

Las palabras que Jesús le dijo a Pedro revelan cuán destructiva puede ser la autosuficiencia espiritual en nuestra relación con Dios. Siempre y cuando sigamos creyendo que hemos ganado nuestra salvación, no seremos llenos de gratitud ni de humildad hacia Dios. En consecuencia, no tendremos deseo ni motivación para servirles a los demás. ¡En tal caso nos estaríamos haciendo nosotros mismos nuestro propio dios! Por otro

lado, cuando nos damos cuenta de que hemos sido salvos solamente por la maravillosa gracia de Dios, entonces llegaremos a ser agradecidos, humildes, y estaremos dispuestos a seguir el ejemplo de nuestro Salvador. ¿Cómo estimularemos a una iglesia que no se preocupa por servirles a los demás? ¡No es mediante los regaños ni el abochornarlos, sino mediante el recordarles que Jesús les “lavó los pies” cuando él estuvo en la cruz! El ser servidos por el sacrificio de Jesús es el primer paso que se necesita dar para llegar al verdadero servicio cristiano.

A menudo, en el evangelio de Juan, las conversaciones en las que participa Jesús tienen varios significados diferentes al mismo tiempo. Lo anterior es lo que estaba sucediendo en 13.1–17. En primer lugar, el lavamiento de los pies de los discípulos fue un acto de bondad y hospitalidad que se le proporcionó a un grupo de hombres que estaban comiendo una cena, mientras estaban reclinados con los pies sucios cerca de unos y otros. En un nivel más profundo, Jesús estaba aprovechando la ocasión para enseñarles a los discípulos (nuevamente) que él era un siervo, y que aquellos que lo siguieran debían estar dispuestos a servir también. Entrelazada en la conversación, había otra indicación de que Judas traicionaría a Jesús (13.10–11).

EL SERVICIO ES IMITACIÓN (13.12–16)

Después de que Jesús hubo terminado de lavarles los pies a sus abochornados discípulos, él tomó su lugar a la mesa. Es probable que un incómodo silencio siguió cuando los doce esperaban que Jesús dijera algo. Por fin, les preguntó: “¿Sabéis lo que os he hecho?” (13.12). Las palabras que dijo después no sólo abordaron la situación que tuvo lugar durante la cena, sino que también nos hablan a nosotros hoy día:

Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió (13.13–16).

¡Jesús sirvió! Él es nuestro maestro. Por lo tanto, ¡debemos servirles a los demás si hemos de ser como él!

En este estudio he evitado utilizar ejemplos “heroicos” de aquellos que han servido en el nombre de Jesús. No quiero dar la impresión de

que el servir a Jesús sea algo exclusivo de los que son excepcionalmente valientes, los mejor dotados, o de aquellos a quienes se les han presentado circunstancias especialmente difíciles. Jesús nos llama a *todos* (y la mayoría de nosotros vive vidas ordinarias) a seguirlo a él mediante el servir a las personas en nuestros hogares e iglesias, en nuestros trabajos, o en cualquier lugar donde podamos tener la oportunidad de “lavarles los pies a los demás”. El actuar así no es ajeno a nosotros los cristianos; es sencillamente cuestión de seguir el ejemplo de Jesús.

EL SERVICIO TIENE QUE VER CON EL HACER (13.17)

Hace veinte años, cuando era estudiante universitario, mis amigos cristianos y yo hablábamos bastante acerca del servicio. De hecho, el relato del lavamiento de los pies de los discípulos era uno de nuestros textos favoritos a tratar. En nuestra arrogancia propia de jóvenes, creímos haber “descubierto” una largamente olvidada enseñanza de Jesús. Hoy día, varios años después, mis amigos y yo hemos llegado a descubrir que es más fácil hablar acerca del servicio que servir. Es más común oír que el servicio sea objeto de conversación que oír que sea objeto de práctica. Jesús quiere que hagamos algo más que “hablar sobre teoría” del servicio; ¡él nos llama también a “poner en práctica” el servicio! Después de decirles a sus discípulos que él quería que imitaran su ejemplo de servir a los demás, Jesús añadió: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris” (13.17). Más adelante, Santiago volvió a expresar, aunque en palabras diferentes, la misma enseñanza: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1.22).

El aspecto práctico del servicio se ilustra en el siguiente relato acerca de una chica de once años, de Sudáfrica. Ella era la hija de un pobre granjero, y su madre había muerto cuando la niña sólo tenía once años. Como ella era la mayor y la familia tenía dos niños más pequeños, ella rápidamente se convirtió en la “mamá” de los demás. Ella trabajaba tan arduamente cumpliendo con sus abrumadoras responsabilidades, que su salud pronto se quebrantó y ella tuvo que ser llevada a un hospital misionero para ser tratada. Estando en el hospital la visitó una bien intencionada dama cristiana, la cual le preguntó: “¿Vas a la iglesia?”. La chica respondió: “No señora”. La dama preguntó: “¿Has ido alguna vez a la escuela dominical?”. Nuevamente, la chica sólo pudo res-

ponder: “No señora”. “Entonces”, continuó la dama, “¿Qué le dirás a Dios cuando mueras?”. Sacando débilmente sus brazos de las limpias sábanas blancas, la pequeña niña dijo: “Señora, le mostraré mis manos”. Ella era, en verdad una sierva. La vida y palabras de ella nos recuerdan cuán importante es no limitarnos al discurso sobre el servicio; ¡es importante servir!

CONCLUSIÓN

Cuando Jesús hubo terminado de lavarles los pies a los discípulos, él se quitó la toalla, pero continuó sirviendo. Al día siguiente tomó una recia cruz romana y voluntariamente murió por nosotros. Tanto la toalla como la cruz son símbolos apropiados de la vida de Jesús. Ambos son símbolos de sacrificio, ambos nos recuerdan de que lo sucio puede limpiarse, ambos fueron utilizados por Jesús para mostrarnos su amor por nosotros, y ambos nos invitan a imitar el ejemplo de Jesús, nuestro Señor. ¿Tomará usted su toalla y su cruz (Marcos 8.43) y seguirá a Jesús hoy día? ■

Etapas en el camino de la fe

El hecho de que el evangelio de Juan fuera escrito para producir fe y hacer que ésta crezca, hace que la pregunta acerca de cómo se desarrolla la fe en la persona, cobre gran interés para nosotros en este estudio. John Westerhoff III sostenía que la fe se desarrolla siguiendo los siguientes “estilos” o “etapas”.¹

FE EXPERIMENTADA

La fe experimentada es primordialmente la fe que observan los niños, pues la experiencia es su único contacto con la fe. No obstante, ella continúa siendo un importante aspecto de la fe a través de toda la vida. La fe experimentada es más pasiva que activa: El niño simplemente observa y responde a la fe de otros. Westerhoff decía: “La experiencia constituye un importante fundamento para la fe. La primera vez que una persona aprende a Cristo, no es a través de una afirmación teológica, sino a través de una experiencia afectiva”.² Es por

¹ John Westerhoff III, *Will Our Children Have Faith? (¿Irán a tener fe nuestros hijos?)* (San Francisco: Harper & Row Publishers, 1976), 91-99.

² *Ibid.*, 92.

esta razón que es tan importante un hogar cristiano o clase Bíblica sólidos y amorosos. Si estos encuentros causan un impacto negativo, la fe del niño tendrá pocas razones para crecer y convertirse en otras etapas de fe.

FE POR AFILIACIÓN

La palabra clave en lo que concierne a la fe por afiliación es “comunidad”. En el viaje de una fe en desarrollo, esta etapa de fe incluye el pertenecer a una comunidad de creyentes, en amar a ésta y aceptar la autoridad que ella ejerce sobre nosotros. El “grupo” llega a ser una fuente de definición de nuestra identidad y funciona como familia nuestra a estas alturas. ¿Puede usted recordar la primera vez que percibió que “pertenecía” a una iglesia—cuando se dio cuenta de que usted hacía falta, era querido y recibido dentro de aquella comunión? Recuerdo tal momento, cuando tenía trece años de edad. Un domingo por la mañana ayudé a servir la cena del Señor. Esa tarde fui con un grupo de hombres a llevarles la cena del Señor a pacientes de un hospital de veteranos de la ciudad. Después, ese mismo día, durante nuestro servicio del domingo por la noche, se me pidió que dirigiera la oración de despedida. Todavía recuerdo el fuerte sentimiento de pertenencia que tuve aquella noche. Tenía un lugar; yo era necesario y se me recibía en medio de mis iguales cristianos. Esta es fe por afiliación.

FE DE BÚSQUEDA

Si la fe fuera una persona, la fe de búsqueda sería un adolescente. Se trata de un período de búsqueda, de prueba, de preguntas, y de dudas. Es el período del descontento, cuando el creyente deja de aceptar viejas respuestas y procura tener una fe propia. Como la tendencia de uno es a dudar de todo, durante esta etapa de desarrollo de la fe, no deja de ser un período incómodo para el buscador —y para la familia y los amigos que observan que esto está sucediendo. La persona puede experimentar con diferentes ideas y prácticas religiosas, a la vez que está buscando algo en lo cual creer firmemente. Esto puede angustiar tanto a la comunidad o a la iglesia a la cual uno pertenece, que algunos le vuelven la espalda al buscador de fe, confundiendo su afán investigador con un rechazo. Westerhoff explicaba cómo deberíamos reaccionar a los que se encuentran en esta precaria etapa de fe:

Algunas personas son obligadas a dejar la iglesia durante esta etapa y, tristemente, algunos jamás regresan; otros se quedan fijos en la fe de búsqueda para el resto de sus vidas. En cualquier caso, debemos recordar que las personas en fe de búsqueda todavía necesitan que se les llenen todas las necesidades propias de la fe experimentada y de la fe dependiente, aunque parezcan que las hayan hecho a un lado. Y sin duda, necesitan ser estimulados a quedarse dentro de la comunidad de fe durante su batallar intelectual, su experimentación y sus primeros esfuerzos por hacer un compromiso.³

FE PROPIA

La fe propia es sencillamente eso: una fe de la que uno es el dueño. No se trata ya de creer en algo porque los padres de uno, o la iglesia a la cual uno va, lo creen; se trata más bien de creer porque uno ha batallado con las pruebas y ha salido con fuertes convicciones personales. Es un movimiento que lleva más allá de un “lo que ellos creen” hasta un “lo que yo creo”. En este nivel la fe está más llena de certidumbre, es más reflexiva, más razonable y más evangelista que la de las etapas anteriores. Westerhoff describía esta fe como la clase de fe que Dios desea que tengamos:

La fe propia, la identidad personal, es lo que Dios desea para toda persona. El llegar a la fe propia (nuestro potencial pleno) es un largo viaje, en el cual necesitamos que se nos proporcionen un ambiente y experiencias que nos animen a actuar en modos que contribuyan a nuestra expansión de fe.⁴

ETAPAS EN EL CAMINO DE LA FE EN EL EVANGELIO DE JUAN

Constituye un estudio absorbente el examinar los relatos de fe del evangelio de Juan, con el fin de hallar las etapas de fe que se reflejan en él. Por ejemplo, ¿cuántas etapas ve usted en Nicodemo? ¿En el hombre que nació ciego? ¿En María y Marta? ¿En Pedro? ¿En Juan? Aunque no debemos olvidar que es Juan, el apóstol, y no John Westerhoff, el escritor inspirado, una lectura de este evangelio con tal propósito, puede ser útil para observar las varias maneras como la fe se desarrolla. Aunque la fe de todos se desarrolla de un modo singular, las etapas de fe de Westerhoff, nos pueden ayudar a entendernos a nosotros mismos y ayudarnos a enseñarles a nuestros hijos, a nuestros amigos y a otros acerca de la fe.

³ *Ibid.*, 97.

⁴ *Ibid.*, 99.

Veinte versículos para aprender de memoria del evangelio de Juan

Juan 1.1

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

Juan 3.7

No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.

Juan 3.16

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Juan 4.24

Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.

Juan 6.35

Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.

Juan 8.12

Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

Juan 8.32

... y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

Juan 10.7

Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas.

Juan 10.11

Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.

Juan 11.25

Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.

Juan 11.35

Jesús lloró.

Juan 13.34, 35

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.

Juan 14.6

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

Juan 15.1

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

Juan 15.13

Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.

Juan 17.20–21

Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.

Juan 20.30–31

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

Benignidad

León Barnes

“El amor es sufrido, es benigno;... no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor” (1 Corintios 13.4–5). Una de las características que distingue al cristianismo, la cual el mundo entero parece reconocerle y apreciarle, es la benignidad. Una persona que no sea benigna, no podrá persuadir a los demás de que él es un devoto cristiano. Se espera de un verdadero cristiano, que sea benigno en todas las circunstancias.

Algunas de las palabras que se utilizan para traducir la palabra griega para “benignidad” son: “servicial”, “bueno”, “agradable”, “amable” y “cortés”. La palabra “filantropía”, del español, proviene de la palabra griega *philanthropia*. Esta palabra aparece en Hechos 28.2, donde se narra que Pablo y sus acompañantes sufrieron un naufragio y los nativos de Malta los trataron con “no poca humanidad”. La misma palabra es utilizada en Tito 3, para referirse a una característica de Dios, la bondad:

Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo (vv. 4–5).

Cuando pensamos en un filántropo, nos imaginamos a alguien cuya benignidad se ha hecho sentir, alguien que ha ido más allá del simple sentir benignidad hacia los demás. Un filántropo trabaja y provee de sus propios recursos para ayudarles a los demás.

LA BENIGNIDAD Y DIOS

La benignidad es la esencia misma de las acciones de Dios para con nosotros. Su misma naturaleza se yergue como un ejemplo para nosotros, de la forma como debemos conducirnos para con los demás. Esto fue lo que Jesús dijo:

Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso (Lucas 6.35–36).

En Efesios 2, cuando Pablo fue guiado por el Espíritu Santo a escribir acerca de la maravillosa gracia de Dios, la cual nos proporciona la salvación, él recalca la benignidad de Dios para con nosotros: “... para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (v. 7).

La benignidad es, por lo tanto, un aspecto básico

de la piedad. Cuando somos benignos con los que no merecen nuestra benignidad, entonces llegamos a ser semejantes a nuestro Señor. La bondad se pone a prueba cuando otros son rudos con nosotros, o nos maltratan. ¿Podremos todavía demostrar espíritu de benignidad hacia tales personas? Cualquiera puede ser benigno con los que son benignos y considerados con ellos. La prueba está en ser benigno con el que no lo merece.

LA BENIGNIDAD Y EL AMOR

Sin el amor, nada que hagamos como cristianos será aceptado por Dios. El discurso más brillante sonará como címbalo que retiñe, si no se da con amor. El más poderoso sermón o el más grande conocimiento de la palabra de Dios, serán vanos e inútiles si no hay amor. Incluso si uno tuviera fe suficiente como para mover montañas, ello no tendría valor alguno, si no hay amor. Si uno diera todo lo que tiene a los necesitados, sería vano, si no hay amor.

El amor es la esencia del cristianismo, y la benignidad es uno de los aspectos primordiales del amor. No es de extrañar que Pablo escribiera: “Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4.32).

CÓMO CULTIVAR LA BENIGNIDAD

Si la benignidad es tan importante, ¿cómo podemos cultivarla en nuestras vidas diarias? Primero, ella es un aspecto del fruto del Espíritu (Gálatas 5.22–23). Por lo tanto, se cultiva, mediante el crecimiento espiritual, mediante el permitir que el Espíritu de Dios tenga cada vez mayor dominio en nuestras vidas. Si andamos en el Espíritu y somos guiados por el Espíritu, seremos benignos en nuestro trato unos para con otros. Una parte de lo que conlleva el permitir que el Espíritu domine o gobierne nuestras vidas, es estudiar las enseñanzas de él, que están en la Biblia, y esforzarse por vivir conforme a lo que aprendamos.

La benignidad también puede aprenderse. En Tito 2.3–5, Pablo dio instrucciones a las ancianas, en el sentido de que enseñen a las jóvenes, de la siguiente manera. Note que ellas necesitaban que se les enseñara a ser buenas, es decir, benignas. Esta clase de enseñanza debe provenir por dos vías, la del ejemplo y la de la palabra. Las ancianas deben mostrar benignidad en la forma como tratan a los demás, especialmente a las más jóvenes que están tratando de influenciar. Además, los cristianos deben enseñar por palabra, que la benignidad es importante en nuestro trato para con los demás.

Podemos cultivar la benignidad mediante la práctica consciente de ella en nuestras vidas diarias. Esto es lo que Colosenses 3.13, dice: "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia,..." El llegar a ser benignos en nuestro trato para con los demás no es algo que nos nazca naturalmente. Debemos trabajar para hacer que la benignidad sea una de nuestras características.

CÓMO PONER EN PRÁCTICA LA BENIGNIDAD

¿Cómo podemos poner en práctica el principio de la benignidad en nuestras vidas? Debemos comenzar por casa. Si no podemos ser benignos con los que vivimos, será vano el tratar de poner en práctica la benignidad en nuestro trato para con los demás en algún otro lugar. Después de referirse a los deberes de los esposos y las esposas, Pedro dijo:

Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición (1 Pedro 3.8-9).

La tenencia de un mismo sentir en el seno de la familia, está vinculada con el ser compasivos o benignos en la forma como nos tratamos unos a otros. Muy a menudo, somos más benignos y corteses

con los extraños que con los que nos han entregado sus vidas y a quienes les hemos entregado nuestras vidas. Nuestros niños aprenderán de nosotros cómo es que ellos han de tratar a los que están a su alrededor. Si no somos benignos en nuestro trato para con ellos, ¿cómo van a aprender a ser benignos para con los demás?

Segundo, la benignidad debe predominar en nuestra asociación con nuestros iguales cristianos. No podemos afirmar que tenemos el espíritu de Cristo, y a la vez ser poco amables unos con otros dentro de la iglesia cuando los desacuerdos surgen.

También debemos ser benignos en los lugares donde trabajamos. Si mostramos benignidad allí, nuestra influencia causará que otros se pregunten qué es lo que nos hace diferentes. Si somos agresivos y poco amables para con los demás, a ellos no les parecerá que Jesús haya afectado nuestras vidas. No debemos perder nuestra benignidad, incluso, cuando otros son poco amables para con nosotros. Nuestra benignidad debe destacarse en medio de las circunstancias difíciles.

La benignidad debe ponerse en práctica en todos nuestros tratos con los demás, o de lo contrario, será inútil en uno cualquiera de estos tratos.

Padre amoroso que estás en los cielos, ¿tú has sido tan benigno y tan generoso para con nosotros! Por favor enséñanos a ser benignos para con los que nos rodean todos los días. Padre, ayúdanos a marcar la pauta en lugar de seguir el patrón que el mundo nos fija. En el nombre de Jesús, amén.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“Yo soy la vid”

(15.1–16.4)

Tengo una reproducción de un cuadro de Norman Rockwell, la cual cuelga de una pared de mi estudio. En ella se cuenta una experiencia que, de una u otra forma, todos hemos tenido: la experiencia de dejar el hogar. En el cuadro, se observa a un padre sentado junto a su hijo, sobre la bodega de la desvencijada camioneta de la familia, mientras esperan algo, tal vez un autobús, que llevará al hijo que se muda a la ciudad, para poder asistir a la universidad. El padre lleva puesto el atavío de trabajo, propio de un granjero, y el hijo está vestido de traje entero y corbata. El padre luce envejecido, ojeroso y preocupado. El hijo luce joven, lleno de energía y ansioso por ir a ver el mundo. Hay cierto toque de tristeza en el cuadro; uno no puede evitar sentir lástima por el padre y por el perro de la familia, el cual sabe que este es el momento del “adiós”, y afligidamente apoya su cabeza sobre la pierna del joven. Hay momentos, cuando miro este cuadro, que me identifico con el joven. Más a menudo, en estos tiempos, me identifico con el padre. En ocasiones, ¡me identifico incluso con el perro!

Una pregunta que el cuadro de Rockwell parece hacer es: “¿En qué estará pensando el padre?”. Yo me imagino que cuando el autobús llegue, los dos hombres se pondrán de pie, y el padre le dirá al joven: “Ten cuidado, ¿me oíste?”, o tal vez: “Hijo, escríbele a tu madre, que ella lo apreciará bastante”. No obstante, no me interesan tanto las palabras que pueda decir, como los sentimientos que pueda abrigar muy profundo en su corazón. Imagino que se estará preguntando qué le espera a su hijo. ¿Estará preparado? ¿Irá a tener buenos amigos? ¿Soportará el dolor de la separación? ¿Le irá a

producir cambios el éxito? ¿Le habrá enseñado el padre todo lo que necesita afuera en el mundo?

Las imágenes del cuadro de Rockwell, de el padre y el hijo en la parada de autobuses, nos preparan bien para el estudio de nuestra lección. En los capítulos del trece al diecisiete, del evangelio de Juan, se narran las últimas horas anteriores al momento de ir a la cruz, de Jesús. En el capítulo trece, él les lavó los pies a los discípulos, y en el capítulo catorce los calmó de sus temores. En este texto, 15.1—16.4, veremos cómo él preparó a los discípulos para los problemas que enfrentarían. Lo hizo anticipando tres cuestiones mayores que ellos enfrentarían sin él.

CUESTIÓN UNO: LA PERSECUCIÓN POR PARTE DE LOS HOMBRES (15.18—16.4)

¿Ha habido alguien que le haya tenido aversión a usted, o que, incluso, lo haya aborrecido, y sin embargo, usted no tenía idea de la razón? Una de mis hermanas tuvo tal experiencia en sus años de universidad. Ella comenzó a notar que un estudiante la miraba a ella como si la aborreciera, pero ella ni siquiera conocía a tal persona. Algunas veces se topaban en las aceras, y mi hermana le sonreiría y le saludaría con un cortés “Hola”. No obstante, él frunciría el ceño, miraría hacia otro lado, y expresaría con un suspiro su disgusto. Ella le contó a sus amigas acerca de esta extraña situación, pero ellas creyeron que debía ser su imaginación.

Un día, mi hermana fue invitada a una “cita a ciegas”, a salir con otra pareja y un joven que era amigo de la pareja. Ella aceptó. La noche de la cita llegó, y ¡quién resultó ser su cita, sino el estudiante

que la aborrecía a ella! La noche fue un desastre. No solamente parecía aborrecerla, sino que en realidad la aborrecía. Nada de lo que él dijo fue amable ni cortés, y él ni siquiera se propuso hacer que la cita fuera agradable. Mi hermana estaba desconcertada por toda la situación. Que ella supiera, no había hecho nada que pudiera lastimar a esta persona; sin embargo, él la trató como si fuera su peor enemiga. Algún tiempo después, descubrió que, desafortunadamente, ¡ella se parecía a una antigua novia que le había destrozado el corazón a este joven, en su ciudad natal, poco antes de que saliera para asistir a la universidad!

En el texto bajo estudio, Jesús les advirtió a sus discípulos que ellos estaban destinados a pasar por una época difícil. ¡Inmediatamente se sintieron tan desconcertados como mi hermana lo estuvo! Jesús los preparó de varias maneras para esta dolorosa experiencia. Primero, les dijo que si el mundo los aborrecía, debían recordar que el mundo lo había aborrecido a él primero (15.18). El hecho de que ellos eran sus discípulos, era razón para que esperaran el mismo trato que él había recibido (15.20). Si el mundo le había escuchado a él, entonces le escucharía a ellos. No obstante, puesto que el mundo por lo general lo persiguió a él, ellos debían esperar que el mundo los persiguiera a ellos también.

La persecución por parte del mundo, les dijo Jesús, no sería algo personal en contra de ellos, sino que vendría por causa de que ellos eran seguidores de él (15.21). Él deseaba que sus discípulos supieran que aquellos que lo aborrecían a él, y a ellos también, aborrecían al Padre (15.23). Jesús sabía que lo más angustiante de la persecución que se acercaba, era que ¡ella no tenía sentido de ser! Él previó que esa persecución sería “sin causa” (15.25). Él esperaba que el estar avisados de esto a tiempo, de alguna manera les haría más llevadera la experiencia a los discípulos.

Los discípulos también debían esperar el ser echados de las sinagogas.¹ De todo lo que Jesús les advirtió, lo más doloroso pudo haber sido la siguiente declaración: “... aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios” (16.2). ¿Por qué les dio Jesús tan angustiantes nuevas, la víspera de su crucifixión? Su propósito era prepararlos para que no trope-

¹ Vea 9.22, 34–35. El ser expulsado de la sinagoga constituía más que el ser temporalmente desahuciado de una casa de adoración. La sinagoga era el centro social y religioso de la comunidad. El estar separado de la familia y personas que uno ama, sería un doloroso precio, el cual pagar por seguir a Jesús.

zaran cuando los momentos difíciles llegaran (16.1). Si ellos recordaban que Jesús les había advertido de tales tribulaciones, entonces ellos no desmayarían (16.4). Estando Jesús presente para darles ánimo y enseñanza, ellos no hubieran tenido necesidad de tales advertencias. El hecho de que él estaba a punto de dejarlos, volvía esenciales estas enseñanzas para la supervivencia espiritual de ellos.

Aunque las situaciones en las que nos encontramos como seguidores de Jesús que somos, son algo diferentes hoy día; nosotros, de igual modo, necesitamos atender a sus palabras acerca de las tribulaciones que enfrentaremos. En algunos lugares del mundo hoy día, la oposición que algunos cristianos enfrentan, es severa. Son golpeados y encarcelados. Sus hogares son quemados, o sus reuniones de iglesia son prohibidas. Estos cristianos pueden entender las palabras que Jesús dice en este pasaje. Ellos saben que no les debe extrañar su sufrimiento, pues ¡Jesús mismo sufrió primero!

Puede que otros cristianos no enfrenten la persecución física tanto como sí enfrentan la social. Aunque no son golpeados físicamente, pueden ser ridiculizados por las creencias de ellos, y ser objeto de que se rían de ellos por las convicciones que tienen. En 1992, el crítico de cine Michael Medved publicó un libro llamado *Hollywood vs. America*, en el cual él demostró cómo la industria cinematográfica aprovecha toda oportunidad que puede, para menospreciar la religión y los valores religiosos. Después produjo el video llamado *Hollywood vs. Religion*. Tanto en el libro como en el video, él declaró que, aunque a menudo les cuesta grandes cantidades de dinero en ganancias que se dejan de percibir, los productores de cine de Hollywood parecen determinados a atacar a los que creen en Dios.

La persecución es a veces más intensa dentro de un hogar cristiano. Un esposo o esposa puede criticar y menospreciar la fe de un cónyuge creyente. Esta forma de persecución puede ser la más difícil de soportar. Esta es, sin duda, la razón por la cual, aunque a los cristianos del siglo primero se les instruyó a permanecer unidos a sus cónyuges no cristianos, la idea de que un cristiano se case con un no cristiano es inconcebible (1 Corintios 7.12–16, 39).

Pablo —al cual la persecución no le era ajena— le escribió lo siguiente a la iglesia de Roma: “Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” (Romanos 12.18). Las primeras ocho palabras de este versículo señalan

que no siempre está dentro de nuestro alcance el vivir en paz. Hay momentos cuando nuestros oponentes espirituales no permitirán que las cosas queden así, y tendremos que enfrentar la persecución. No debería extrañarnos esto, cuando recordamos el sufrimiento de Jesús y su advertencia en el sentido de que nosotros también sufriremos por seguirlo a él. ¡Sus palabras constituyen una protección para evitar que tropecemos!

CUESTIÓN DOS: LA EXPERIENCIA DE ESTAR SEPARADOS DE JESÚS (15.1–8)

Es obvio que la forma de abordar el texto bajo estudio, ha sido inusual, pues hemos comenzado por el final. El propósito para hacerlo así es que veamos el problema que se estaba tratando, con el fin de que valoremos cuán urgente es la relación que Jesús había mencionado anteriormente. De otro modo, tendremos la tendencia a ver esta sección como una lección espiritual interesante, pero no como una que está ligada al problema de la persecución. Fue por esto que dimos comienzo con el final de este capítulo, y ahora sí estamos preparados para el comienzo.

Esto fue lo que Jesús les dijo a sus discípulos: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador” (Juan 15.1). Esta es la última de siete expresiones en las que se incluye un “Yo soy”, que se consignan en el evangelio de Juan. La vid y los pámpanos sirven como alegoría de la relación entre el Padre, el Hijo, y los discípulos del Hijo. Jesús es la vid, el Padre es el labrador (u hortelano, o cuidador de la viña), y los discípulos son los pámpanos. El fruto que los pámpanos han de producir es la piedad en las vidas de los discípulos.

En esta alegoría, el mensaje de Jesús se centra en la importancia de permanecer íntimamente unidos con él, así como los pámpanos lo están a la vid sobre la cual crece. El no hacerlo así produciría la muerte de inmediato. El permanecer en la vid es la única manera de llevar fruto, y el no llevar fruto produciría la muerte. Jesús señaló que los pámpanos sin fruto son quitados y echados al fuego por el labrador (15.6). También declaró que el labrador busca los pámpanos que llevan fruto y los poda para que lleven más fruto (15.2). En los versículos de apertura de este capítulo, la mención de poda es una insinuación en el sentido de que el seguir a Jesús sería doloroso para los discípulos en el futuro.

Jesús recalcó la importancia de que los discípulos permanezcan en él. El verbo “permanecer” sale siete veces en siete versículos (15.1–7) de labios de Jesús. Significa “continuar” o “quedarse”. Así como

el pámpano se nutre de la vid, los discípulos reciben de Jesús el principio de vida que les sostiene. Olvidar esto hubiera sido desastroso para ellos. Si ellos se separaban de la vid, morirían quemados por aquel que cuida la vid.

Los discípulos enfrentarían gran dolor en las siguientes veinticuatro horas, y ellos tenían varias opciones. Nosotros también, como seguidores de Jesús que somos, enfrentaremos oposición y angustia que puede ser espiritual, cuando no física —y nosotros también tendremos opciones.

Cuando somos aborrecidos por causa de Jesús, podemos abandonarlo todo.

Cuando somos aborrecidos por causa de Jesús, podemos sentirnos traicionados.

Cuando somos aborrecidos por causa de Jesús, podemos cambiar nuestras identidades.

Cuando somos aborrecidos por causa de Jesús, podemos *¡continuar unidos a la vid!*

CUESTIÓN TRES: LA NECESIDAD DE SER AMADOS (15.9–17)

Además de ser llamados a permanecer en la vid, a los discípulos se les llamó a permanecer en el amor. ¡El amor es el gran imperativo para los seguidores de Jesús! Anteriormente, Jesús había demostrado, por medio del lavamiento de los pies de los discípulos, cuán importante era el amor en sus enseñanzas. En tal ocasión, él dijo:

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros (13.34–35).

Jesús se refirió al imperativo que dice “Que os améis unos a otros”, como a un mandamiento suyo (15.12). El amor a Dios y a unos y otros es la esencia misma del mensaje del evangelio (Mateo 22.34–40). El amor es también el énfasis de esta sección del evangelio de Juan. C.H. Dodd llamaba la atención al hecho de que la palabra “amor” aparece sólo seis veces en los primeros doce capítulos, mientras que en los capítulos del trece al diecisiete ¡aparece treinta y una veces!²

El “amor” del cual habla este pasaje no es un sentimiento. Más bien, Jesús dejó claro que él se estaba refiriendo a la clase de amor cuya máxima expresión se da a través de su muerte en la cruz. Aunque es probable que los discípulos no entendieran a qué se refería él cuando decía:

² C.H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel (La interpretación del cuarto evangelio)* (Cambridge: The University Press, 1958), 398.

“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (15.13), usted y yo podemos entender que, sin duda, estaba hablando de su muerte, la cual tendría lugar al día siguiente. A sus discípulos se les llama hoy día, tal como se les llamó entonces, a imitar su ejemplo de amor, incluso el amor que llevó a Jesús a la cruz.

CONCLUSIÓN

Jesús nos ha advertido que los que se atrevan a seguirlo han de esperar la persecución. De uno u otro modo, todos los cristianos enfrentamos tribulaciones por causa de nuestra fe. Cuando ello sucede, ¿qué debemos hacer? Las respuestas que Jesús nos da son: “Permanecer en la vid” y “Amarnos unos a otros”.

Un día después de que él diera estas instrucciones, Jesús fue a la cruz, con lo cual hizo la más grande demostración de amor que el mundo

jamás ha visto. No obstante, no se le correspondió con amor. Más bien fue maldecido, escupido, golpeado, humillado y asesinado. Fue una terrible escena, llena del odio más irracional que el mundo jamás ha presenciado. Incluso en medio de esta locura, Jesús demostró fidelidad y amor. Él le hizo frente a la persecución y nos demostró el modo de vencerla.

En el lugar donde yo vivo, tenemos una expresión, la cual utilizamos cuando tenemos un día singularmente malo. Esto es lo que decimos: “Mi madre siempre me dijo que habría días como este”. Cuando se nos llama a pagar un alto precio por el privilegio de llevar puesto el nombre de Cristo, podemos, del mismo modo, decir: “Mi Señor me dijo que habría días como este”. No solamente dijo que el sufrimiento vendría, sino que también nos dijo qué hacer cuando viniera: ¡Aferrarnos a la vid, y amarnos unos a otros! ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“... que en mí tengáis paz” (16.1-33)

La semana anterior a la fecha que utilicé este pasaje para predicar, la comunidad en la cual vivo fue golpeada por dos terribles tragedias. La primera fue la muerte de un muchacho de quince años durante un juego de béisbol. Durante el primer turno de un juego de béisbol por la noche, él había dado un buen batazo y había anotado la primera carrera de su equipo. Luego, en el momento en que se dirigía de regreso a sus compañeros de equipo, él cayó muerto. Un minuto atrás parecía el cuadro de la buena salud, y al siguiente minuto estaba muerto. La segunda tragedia de la semana fue el asesinato de una cristiana de treinta y cinco años y la casi fatal golpiza recibida por su hija de once años. Dos reconfortantes ilusiones de nuestras vidas habían sido abatidas en menos de dos días —la ilusión de que las personas jóvenes y saludables son inmunes a la muerte, y la ilusión de que nuestra comunidad era inmune a los crímenes violentos. No había que decirlo, los eventos de la semana nos habían dejado confundidos y desconcertados. Es asombroso que “confundidos” y “desconcertados” sean las mejores palabras, con las cuales se puede describir el estado de ánimo de los discípulos en Juan 16. En consecuencia, éste fue el texto perfecto para una semana tan difícil.

La experiencia de prepararse para predicar, a menudo es similar a la que tuvo Jacob la noche que luchó con Dios.¹ Estando sólo en la ribera del Jaboc, Jacob luchó con sus pensamientos, con sus recuerdos, con sus temores y con un mensajero de Dios hasta el amanecer. Cuando el sol comenzó a

levantarse, al día siguiente, el oponente de Jacob le ordenó a éste que lo dejara irse. Jacob se rehusó a hacer tal, e insistió: “No te dejaré, si no me bendices” (Génesis 32.26). La preparación para una prédica es, a menudo, así: los predicadores luchan por largo tiempo y arduamente con difíciles textos y a veces no parecen llegar a ninguna parte. No obstante, la lucha no nos desanima; nos mueve a “aferrarnos” al pasaje hasta que, por fin, éste nos bendiga a nosotros.

Tal fue mi experiencia con Juan 16. Durante toda la semana el pasaje pareció resistirse a todo intento mío por resumirlo y organizarlo. Eran demasiadas cosas las que estaban ocurriendo, y era demasiado lo que se estaba diciendo. Luego, una mañana que me dirigía al trabajo, caí en la cuenta de que las características que más me frustraban acerca del texto, eran precisamente las que le daban a éste la fuerza y pertinencia que tiene para la situación en que nos encontramos hoy día. Este texto se resiste a la simplificación, a la reducción y a la organización; pero ¡igual se resiste casi todo lo que conforma la vida! El apremiante mensaje de Juan 16, cual río que serpentea y se arremolina, es, tal vez, el texto idóneo para nosotros hoy día.

Antes de echarle una mirada al mensaje de este capítulo, necesitamos recordar en qué parte del evangelio está ubicado. Después de doce capítulos relacionados principalmente con el ministerio público de Jesús, los capítulos trece al diecisiete están llenos de conversaciones íntimas entre Jesús y sus doce discípulos. Él se preocupaba cada vez más por ellos, conforme la hora de su muerte se acercaba. Como resultado de lo anterior, las enseñanzas

¹ Este relato se encuentra en Génesis 32.22–32.

de estos cuatro capítulos fueron consagradas principalmente al propósito de preparar a los discípulos para la partida de Jesús de en medio de ellos. Para el comienzo del texto bajo estudio, Juan 16, Jesús ya les había lavado los pies, Judas ya había salido a traicionar a Jesús, Jesús ya les había dicho que él se iba, y ya les había advertido acerca de la persecución que vendría después.

“SIGA LA GUÍA DEL ESPÍRITU SANTO” (16.5–15)

Con el fin de continuar preparándolos para su partida, Jesús les comenzó a decir a sus discípulos, que les convenía que él se fuera (16.7). Les recordó que la única manera que “el Consolador”² viniera, era que él se fuera. Este Consolador, el Espíritu Santo, continuaría el ministerio que Jesús había comenzado. Esto fue lo que Jesús les dijo:

Aún tengo muchas cosas que decir, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará;... (16.12–14a).

El debate acerca del Espíritu Santo hoy día, es a menudo causa de confusión y división. Aunque este pasaje no agota el tema del Espíritu Santo, sí describe la misión de éste: guiar a los seguidores de Jesús a toda la verdad. Para los cristianos de hoy día, toda verdad ha de ser evaluada a la luz de lo que el Espíritu les reveló a los apóstoles, cuando él los guió “a toda la verdad”. También debemos recordar que el propósito del Espíritu no es atraer atención hacia sí, sino glorificar al Hijo. Toda enseñanza acerca del Espíritu debe ser consecuente con estas dos verdades.

“NUESTRA RELACIÓN SERÁ ESPIRITUAL” (16.16–22)

Jesús dijo muchas palabras que hoy entendemos con facilidad, pero que en el momento que las dijo, confundieron completamente a sus discípulos. Tal es el caso de lo que dijo en 16.16–22. Jesús les dijo que dentro de poco no le verían, pero que “de nuevo un poco” le verían otra vez (16.16–17). La muerte, sepultura y resurrección de Cristo, son temas sobre los cuales los cristianos están constantemente

² La palabra griega es *paracleitos*, la cual significa “ayudador”, “asesor”, “consolador”, “abogado” o “uno que se pone al lado para ayudar”. En este contexto se refiere al Espíritu Santo, el cual fue derramado sobre los apóstoles el día de Pentecostés (Hechos 2) que siguió después de la resurrección y la ascensión.

hablando, y son los eventos que ellos recuerdan y celebran cada domingo cuando observan la cena del Señor. No obstante, antes del evento de la cruz, lo anterior era una idea inconcebible. Para los discípulos, parecía que Jesús estaba hablando en acertijos imposibles de descifrar.

Jesús continuó preparando los discípulos para su partida; pues aunque estuvieran confundidos esa noche, Jesús sabía que más lo iban a estar al día siguiente, cuando fuera crucificado. Por lo tanto, continuó con su mensaje acerca de lo que estaba a punto de ocurrir. Les dijo que ellos llorarían, mientras el mundo se alegraba; sin embargo, en poco tiempo, el mundo lloraría y los discípulos se regocijarían (16.20–22). Podemos ver que esto fue lo que ocurrió en la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, pero los discípulos no podían en aquel momento entender esta importante verdad.

“PIDAN EN MI NOMBRE” (16.23–28)

Jesús continuó consolando y preparando a los discípulos explicándoles que la situación en la cual ellos realmente quedarían, sería mejor una vez que él ascendiera al Padre: “En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuando pidieris al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (16.23–24). Aunque a ellos no les cabía en la cabeza, cómo esto podía tener la posibilidad de ser cierto, Jesús les aseguró que cuando él regresara a los cielos, sería un poder espiritual indecible el que se liberaría en el mundo: ¡Su sangre, la cual estaba a punto de ser derramada por los pecados del mundo, y el Espíritu Santo, el cual estaba a punto de venir y tomar su lugar, eran dos fuerzas que bendecirían al mundo de formas inimaginables! Jesús les había hablado en lenguaje figurado, pues no estaban preparados para recibir más que eso en aquel momento. No obstante, ellos pronto entenderían “claramente” lo que él les había querido decir (16.25). Les aseguró que cuando pidieran en su nombre, ellos recibirían las respuestas a sus oraciones (16.26–28).

“CREAN EN MÍ” (16.29–32)

Una confesión de fe en él, fue la respuesta que los discípulos les dieron a las palabras de consuelo de Jesús. Esto fue lo que dijeron: “*Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios*” (16.30; énfasis nuestro). Nuevamente observamos la importancia de la palabra “creer” en el evangelio

de Juan. El propósito de este evangelio es que el lector llegue a creer que Jesús es el Hijo de Dios (20.30–31). Se nos recuerda que Juan utilizó la palabra “creer” de muchos modos. En algunos versículos significa que la persona aceptó una afirmación como verdadera. En otros significa que alguien aceptó a Jesús como Hijo de Dios. Hay instancias en las que significa que uno ha reconocido públicamente su fe en Jesús, mientras que en otras significa que uno “está firme” en cuanto a su determinación de seguir a Jesús. En 16.30, los discípulos se estaban refiriendo a que ellos aceptaban como verdaderas las afirmaciones de Jesús; creyeron en que él había “salido de Dios”.

Jesús puso en duda la declaración de fe de ellos, pues, sabía que ellos no estaban preparados todavía para sacrificarse por sus convicciones (16.32). Les dijo que ellos lo dejarían solo. Llegado a este punto, vemos a Jesús mirando hacia fuera de los eventos del evangelio de Juan, y poniendo en duda nuestras confesiones de fe hoy día. ¿Realmente creemos? Decimos que confiamos en que él es el Hijo de Dios, pero ¿estaremos firmes en la defensa de él cuando el hacerlo así significa que sufriremos? El evangelio de Juan no es solamente la historia de la fe de los discípulos; ¡también lo es de nuestra fe!

“RECIBAN MI PAZ” (16.33)

Si todas las enseñanzas de Jesús que se encuentran en el capítulo 16, se pudieran resumir en un tema central, éste sería el mensaje del versículo 33. ¡Todas las advertencias, todas las predicciones, todas las promesas se hicieron con el propósito de darles paz a los discípulos en el momento más tumultuoso de sus vidas! Jesús jamás les prometió a sus discípulos que sus vidas estarían libres de problemas, pero sí les prometió que tendrían la paz de Dios en medio de los problemas: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (16.33). El énfasis aquí es en el “yo”. Serían muchas las formas como los eventos de las siguientes veinticuatro horas llevarían a los discípulos a creer que el mundo había vencido, y que el mal había triunfado. Jesús los preparó para esto, afirmando confiadamente que él había “vencido al mundo”. También es significativo que la frase “he vencido” haya sido utilizada, en griego, en el tiempo perfecto. Por lo tanto, conlleva el siguiente significado: “Yo ya he vencido al mundo, y el resultado de mi victoria, ¡ya se está dando!”. Aunque el evento de la crucifixión no se verificaría literalmente, sino hasta al día siguiente, Jesús les expresó a sus discípulos su confiada certeza de que

todo marchaba según se había planeado, y que ellos serían bendecidos por los eventos que dentro de poco tendrían lugar.

CONCLUSIÓN

Aunque al comienzo nos puede parecer que las circunstancias en que nos encontramos, distan mucho de ser aquellas en las que se encontraban los discípulos que primero oyeron las palabras de consuelo de este capítulo, es necesario preguntarnos: ¿Es realmente diferente el mundo en que vivimos? Del mismo modo que ellos, nosotros enfrentamos problemas inesperados, somos tentados a perder la confianza en Dios, afirmamos que creemos, tan sólo para después vernos negando nuestra confesión de fe, y desesperadamente anhelamos tener paz en medio de este mundo en el que a menudo reina el caos. Jesús quería que sus discípulos estuvieran preparados para las intensas batallas en las que pronto se verían envueltos. No hay duda de que sus palabras cumplen el mismo propósito en nuestras vidas, puesto que ellas nos preparan para cualquier vicisitud que podamos enfrentar en el futuro. La fórmula que Jesús propone en Juan 16, para conservar la paz de Dios en medio de las vicisitudes, es: “Los problemas son de esperar y hay que prepararse para ellos”.

En junio de 1995, el capitán Scott Francis O’Grady, un piloto de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, fue derribado mientras cumplía con una misión aérea sobre Bosnia-Herzegovina. A pesar de esto, él pudo descender en paracaídas sin haber sufrido rasguño alguno, pero él sabía que los que lo habían derribado pronto vendrían a buscarlo para llevárselo prisionero. Poniendo en práctica todo lo que había aprendido durante años de intensa preparación en la Fuerza Aérea, para poder sobrevivir, O’Grady logró permanecer oculto a los ojos de soldados enemigos durante seis días, hasta que por fin fue rescatado por los infantes de marina. Durante ese tiempo él sobrevivió recogiendo agua de lluvia y comiendo insectos. Cuando le preguntaron acerca de la prueba sufrida, O’Grady dijo que la salvación de su vida se debió a la preparación para sobrevivir que había recibido. La Fuerza Aérea le había enseñado a esperar los problemas, así que, estaba preparado para ellos en el momento que llegaron.

Jesús no quiere que sus discípulos de hoy día se preocupen por las terribles posibilidades de la vida (Mateo 6.25–34), pero sí desea que nosotros entendamos que los problemas son parte de la vida del discípulo. Al entender esto, podemos estar preparados, y así, no ser destruidos espiritualmente

cuando los problemas lleguen.

Este capítulo sugiere que muchas veces tenemos necesidad de oír lo que no nos parece necesario oír en el momento. La gente a veces se queja de alguna clase bíblica o sermón, diciendo: “No tiene nada que ver con *las circunstancias en que me encuentro actualmente*”. La verdad es que a menudo tenemos necesidad de oír lecciones “acerca de las circunstancias en las que no nos encontramos actualmente”. Es decir, necesitamos oír acerca de aquello en lo que nos podamos encontrar eventualmente, estar preparados para situaciones que podamos enfrentar en el futuro. Es obvio que a los discípulos no les agradó lo que Jesús les dijo en el capítulo dieciséis, pero Jesús sabía que necesitaban oírlo. Del mismo modo, nosotros también necesitamos oír el mensaje completo de las Escrituras. Luego, tal como Pablo lo dijo, estaremos completamente preparados para cualquier eventualidad que se nos presente (2 Timoteo 3.14–17).

Tengo dos hijas, una de doce y otra de catorce años. Como padre que soy, oigo que el tictac del reloj es cada vez más alto en estos días. Sé que mi tiempo con mis hijas se está yendo rápidamente, y en tan sólo unos pocos años ellas ya no vivirán en mi casa. Cuando me doy cuenta de esto, a menudo me pregunto si ellas estarán preparadas. ¿Sabrán ellas cómo sobrevivir y prosperar en este mundo? ¿Sabrán ellas cómo cuidar de sí mismas? ¿Tendrán ellas una firme fe en Jesús, la cual las preservará a través de cualquier crisis que puedan enfrentar? Yo no conozco el futuro que les aguarda, y me pregunto, como padre que soy, si las habré preparado para lo que les sobrevenga.

Jesús, en el texto de esta lección, suena como un preocupado padre que está a punto de enviar a sus hijos a ganarse la vida en el mundo. Les dijo que él enviaría “el Consolador” para que estuviera con sus seguidores, que la verdad nos había sido dada como un ancla para nuestras vidas, que tan ciertamente como el día sigue a la noche, nuestro gozo seguiría a nuestra tristeza, que nuestras oraciones son escuchadas por un Padre amoroso que desea lo mejor para nosotros, y que él había vencido al mundo. ¿Era posible que hubiera algo más, de lo cual pudieran tener necesidad de oír? Lo que sea que el mañana nos pueda deparar en nuestras vidas, sea problemas o tranquilidad, podemos tener paz. ¡Jesús nos ha preparado para nuestro futuro!

El espíritu de este capítulo se refleja en uno de los más hermosos himnos cristianos jamás escritos:

Paz, perfecta paz, en este negro mundo de pecado:
La sangre de Cristo nos susurra paz dentro
de nosotros.
Paz, perfecta paz, por los grandes deberes
apremiada:
Hacer la voluntad de Jesús —esto es descanso.
Paz, perfecta paz, con aflicciones viniendo en
oleadas:
En el seno de Jesús no se encuentra más que
la tranquilidad.
Paz, perfecta paz, con seres queridos lejos de
nosotros:
Al cuidado de Jesús estamos a salvo, y ellos
también.
Paz perfecta paz, nuestro futuro desconocemos:
A Jesús conocemos, y él está en el trono.
Ya basta; las batallas de esta tierra pronto
cesarán,
Y Jesús nos llama a la perfecta paz del cielo.
Edward H. Bickersteth ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

“Padre, la hora ha llegado”

(17.1-26)

Las siguientes lecciones se prestan para un servicio de adoración especial, en el cual, el sermón se predica en cinco partes, entremezcladas con cánticos y oraciones. Esta es una manera particularmente apropiada para presentar un texto que es, en sí, una oración.

Primer mensaje —¿Qué diría usted en su oración?

Lectura bíblica: Juan 17

Cántico: “Digno de alabanza”

Segundo mensaje —“Glorifica a tu Hijo”

Cántico: “Glorifica tu nombre”

Oración

Tercer mensaje —“Ruego por ellos”

Cántico “En el momento de las tribulaciones”

Cuarto mensaje —“Que todos sean uno”

Cántico: “Bendito el vínculo” (estrofas de la una a la cuatro)

La cena del Señor

Cántico: “Bendito el vínculo” (estrofas de la cinco a la seis)

Recolección de la ofrenda

Quinto mensaje —“Les he dado a conocer tu nombre” (Hacer la invitación)

Cántico: “Sí, por mí él se preocupa”

Cántico: “Me maravillo”

Oración de despedida

¿QUÉ DIRÍA USTED EN SU ORACIÓN?

Si usted se encontrara pasando por una situación

de gran estrés, ¿qué diría en su oración? Si usted supiera que mañana va a morir, ¿qué diría en su oración? Si acabara de ser lastimado por un amigo íntimo, ¿qué diría en su oración? Si sintiera que absolutamente nadie le ha entendido, ni siquiera sus propios familiares, ¿qué diría en su oración? Si estuviera a punto de ser arrestado, de ser juzgado, y luego ejecutado, ¿qué diría en su oración?

El dolor y el estrés tienen la particularidad de que nos vuelven egocentristas. Cuando nos sentimos lastimados o estamos llenos de temor, es difícil pensar en los demás. ¡Esto es en parte lo que convierte la oración de Jesús en Juan 17, en una oración excepcional! La noche antes de morir en la cruz, algún tiempo después de la última cena con sus discípulos, y antes de que fuera arrestado en el monte de los Olivos, Jesús dijo esta increíble oración. Hay personas que insisten hoy día en llamarle a ésta “La oración del Señor”,¹ dada su belleza, profundidad y poder. No deja de ser asombrosa cada vez que la leemos; en sus momentos de angustia, ¡Jesús oró por nosotros!

“GLORIFICA A TU HIJO” (17.1-5)

Jesús dio comienzo a su oración, diciendo: “Padre, la hora ha llegado” (17.1). A través de todo este evangelio, el tiempo que le corresponde a cada evento es un asunto importante. Jesús les había estado diciendo, una y otra vez, a su madre y a sus discípulos: “Mi hora no ha llegado”,² pero para la noche que se describe en este capítulo, Jesús estaba

¹ La oración modelo, la cual se encuentra en Mateo 6.9-13, es la que comúnmente se llama “La oración del Señor”.

² 2.4; 7.6, 8, 30. Más adelante él comenzó a hablar acerca de que su hora había llegado: 12.23, 27; 13.1; 16.32.

diciendo: “La hora ha llegado”. Lo más seguro es que los discípulos estuvieran confundidos acerca de cuál podía ser el significado de esto, pero usted y yo podemos entender que para Jesús significaba que era el momento de morir en la cruz.

Luego Jesús dijo las siguientes palabras en oración: “Glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti” (17.1). La gloria, tal como lo hemos visto en lecciones de otros capítulos, es comúnmente utilizada en este mundo para referirse a la ambición personal, a los logros, a la honra y a la fama. No obstante, para Jesús, el significado de “gloria” es “servicio humilde” y “sacrificio”. Él estaba orando para que el Padre dispusiera de él en toda su plenitud, aun si ello significaba tener que morir en el calvario. En esencia, lo que Jesús estaba diciendo en oración era esto: “¡Padre, ya estoy preparado para que me pongas en la cruz!”. El modo como en realidad lo dijo fue este: “Padre, glorifícame tú a mí”.

Cuando Jesús hablaba de “gloria”, él sabía de qué estaba hablando. Él recordaba la gloria que había experimentado con el Padre “antes que el mundo fuese” (17.5), y también sabía que esa gloria se realizaría nuevamente, cuando él regresara al Padre. En consecuencia, eran dos imágenes, la del cielo y la de la cruz, las que Jesús tenía en mente cuando él, en su oración dijo: “glorifica a tu Hijo”.

“RUEGO POR ELLOS” (17.6–19)

Llegado a este momento de su oración, la atención de Jesús se centró en sus discípulos. De hecho, en esta oración es más lo que se dice acerca de los discípulos, que acerca de cualquier otro tema. Aquí vemos esta maravillosa demostración de la forma como Jesús, en esta hora suya de tan grande angustia, pensó en otros, más que en sus propios problemas. Conociendo lo que estaba a punto de enfrentar, él oró por ellos.

El Padre le había dado los discípulos a Jesús durante su ministerio. Jesús le dijo al Padre en su oración, que él se los devolvía, después de haberles enseñado todo lo que el Padre había querido que aprendieran. Luego oró “por ellos” (17.9), pidiéndole al Padre que cuidara de ellos, o, como Jesús lo dijo: “guárdalos en tu nombre” (17.11). Uno de los más grandes anhelos que Jesús reflejó en esta oración, era que sus discípulos fueran “uno”. Al comienzo, el objeto de esta unidad no es claro, pero después llega a ser obvio que él desea que sus discípulos estén unidos (sean “uno”) no sólo entre sí, sino también con él y con el Padre. La “unidad” es un concepto bíblico maravilloso que tiene su raigambre en el relato sobre Adán y Eva

(Génesis 2.24), y describe la forma como los cristianos deberíamos relacionarnos entre nosotros y con nuestro Dios.

Luego, Jesús oró por los discípulos, porque él tenía que dejarlos en el mundo. En toda esta oración, vemos una fascinante relación entre sus discípulos y el mundo.

... los hombres que del mundo me diste;... (v. 6).

... éstos están en el mundo,... (v. 11).

... hablo esto en el mundo,... (v. 13).

... no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo (v. 14).

No ruego que los quites del mundo,... (v. 15).

No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo (v. 16).

Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo (v. 18).

A Jesús le preocupaban, en gran manera, sus discípulos, pues ellos se iban a quedar *en* el mundo, aunque él mismo no iba a estar *en* el mundo con ellos. Mientras ellos estuvieran *en* el mundo, ellos nos serían *del* mundo. Era por la misión que debían cumplir, que ellos estaban siendo enviados *al* mundo. La oración de Jesús acerca de la relación de ellos con el mundo, nos recuerda de la oración de Elías en 1 Reyes 19.4. Durante una época particularmente desalentadora de su ministerio, él le había pedido a Dios que le quitara su vida y lo sacara del mundo. Dios se rehusó a concederle a Elías su petición, y pronto lo tuvo trabajando en el mundo, una vez más, como profeta suyo.

La oración de Jesús por sus discípulos, describe para nosotros la relación nuestra con el mundo hoy día. Aunque estamos *en* el mundo, no somos *del* mundo. Como siervos de Dios que somos, nuestra misión consiste en ir *al* mundo con el evangelio. Nuestra relación con el mundo es cosa seria, pero Jesús en la oración que pronunció la víspera de su crucifixión, no escatima palabras para dejar bien claro este tema.

Sabiendo lo que estaba a punto de sucederle, Jesús oró por sus discípulos. ¿Qué nos dice esto acerca del corazón de Jesús? ¿Qué nos dice acerca de su preocupación por nosotros hoy día?

“QUE TODOS SEAN UNO” (17.20–24)

A partir del versículo veinte, Jesús fue más allá de su preocupación por los doce (¡que ya eran once a estas alturas!), y oró por los que habían de creer en él “por la palabra de ellos” (17.20). Parece imposible

apartarse de la palabra “creer” en el evangelio de Juan. El propósito de este evangelio es que los lectores crean (20.30–31), y ello fue una gran preocupación en el corazón de Jesús toda su vida. El número de los que creen en Jesús por la palabra de los discípulos ¡nos incluye a nosotros! En sus más acongojantes momentos, ¡Jesús oró por usted y por mí!

La oración de Jesús por nosotros era que nosotros fuéramos “uno”. Fueron cuatro veces las que Jesús oró porque nosotros fuéramos “uno”. A menudo se cree que ser “uno” significa que los cristianos “se lleven bien”, que tengan paz y no haya escandalosos pleitos. No obstante, esta unidad por la que Jesús oró incluye mucho más que eso. La verdadera unidad es lo que se demuestra en la relación entre el Padre y el Hijo (17.21). Jesús deseaba ser uno con nosotros, así como el Padre era uno con él (17.23). La unidad entre los cristianos proviene del estar unidos con el Hijo y con el Padre de un modo tan intenso y consumidor que llegamos a ser uno con todos aquellos que hagan lo mismo. Para ponerlo en palabras que a menudo se escuchan en estos días, la unidad es un “abrazo de grupo”, el cual envuelve al Padre, al Hijo, y a todo cristiano.

La unidad por la que Jesús oró, puede ilustrarse mediante las relaciones familiares. ¿Conoció usted alguna vez, una familia en la que no hubiera conflictos declarados, pero en la que sí hubiera intimidad y comunicación? En contraste con lo anterior, ¿vio usted alguna vez, una familia en la cual sus miembros disfrutaran de una gran intimidad y comunicación, pero que también batallara con desacuerdos y conflictos? ¿Qué familia hay que sea más como la iglesia? ¿Qué familia hay que sea un modelo de unidad? Sin duda que sería la familia con la mayor intimidad entre sus miembros, a pesar de sus conflictos. Ésta, creo, es la clase de relación por la que Jesús oraba que tuviéramos entre nosotros como cristianos hoy día.

Cuando nos reunimos alrededor de la mesa del Señor, celebramos la unidad que tenemos en Cristo. No hay duda de que nuestra unidad no es perfecta. Hay momentos cuando disputamos tal como una familia unida ocasionalmente lo hace. No obstante, estamos comprometidos los unos con los otros, nos amamos unos a otros, y estamos unidos en el Padre

y en el Hijo. Cuando estamos a la mesa del Señor, volvemos a la cruz. Allí nos sentimos más unidos con Jesús, más unidos con el Padre, y más unidos con nuestros hermanos y hermanas de la iglesia.

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (17.25–26)

En la conclusión de la oración de Jesús, él, una vez más, se refirió al nombre del Padre (17.25). Declaró el hecho de que el mundo no había conocido al Padre, pero que él sí lo había conocido. Luego, siguió diciendo que, a causa de su ministerio, los discípulos habían llegado a conocer que el Padre había enviado al Hijo (14.26). Tal como Jesús le había dicho anteriormente a Felipe: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (14.9). Luego, justo antes de la oración que hemos estado estudiando, los discípulos le habían dicho a Jesús: “Creemos que has salido de Dios” (16.30).

Así, el conocimiento del Padre, había sido dado por Jesús a los discípulos. La última petición que Jesús hizo fue que el amor del Padre hacia el Hijo pudiera también ser dado por Jesús a los discípulos. La extensión del evangelio del Padre al Hijo, de éste a los discípulos, y, finalmente, de éstos a todo el mundo, es algo por lo que Jesús oró la noche antes de ser crucificado. Fue una preocupación que le embargó en gran manera su corazón, y no hay duda de que ¡sigue allí en su corazón hoy día! El Hijo conocía el gozo de ser “uno” con el Padre, y él desea que todo el mundo conozca el gozo de ser “uno” con el Padre y con el Hijo. ■

Río de oración

“La oración es un
río de oro
a cuya orilla algunos
mueren de sed, a la
vez que otros se
arrodillan y beben”.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

**“Yo no hallo en él
ningún delito”
(18.1–19.16)**

Cada cántico causa una impresión propia que lo distingue de los demás. Hay cánticos que lo hacen reír a uno, y hay otros que lo pueden hacer llorar. Hay algunos que le recuerdan los mejores días de su vida, y hay otros que le pueden hacer recordar momentos cuando su corazón se le destrozó. Esto es algo que sabemos y esperamos de los cánticos, pero también deberíamos esperarlo de pasajes de la Biblia. Ellos también tienen su forma particular de causar sus propias impresiones. El texto de este estudio es uno de los más angustiantes y dolorosos pasajes de las Escrituras.

Hemos leído diecisiete capítulos del relato sobre la vida y ministerio de Jesús. Juan informó de lo que Jesús dijo e hizo, organizando su relato de modo tal que hiciera nacer la fe en el corazón de los lectores. Al comienzo del capítulo dieciocho, Jesús estaba dirigiéndose decididamente hacia la cruz, la cual constituía la meta y propósito expresos de su vida. Esta sección, emocionalmente difícil, nos habla de tres procesos que tuvieron lugar durante las horas anteriores a la crucifixión de Jesús: el proceso a Jesús, a Pedro y a Pilato. Estos procesos están entrelazados como una cuerda de tres dobleces, juntos, contienen el mensaje de Dios acerca de su Hijo, y de la importancia de creer en él.

EL PROCESO A JESÚS

Después de haber pasado la noche comiendo y orando con sus discípulos, Jesús los llevó fuera de la ciudad, “al otro lado del torrente de Cedrón”

(18.1),¹ hasta un huerto donde él y sus discípulos habían venido a menudo a orar. Es obvio que Jesús orquestó su propio arresto. Sus enemigos creyeron que ellos lo estaban embaucando al arrestarlo de noche, cuando las multitudes no estuvieran presentes para protegerlo. En realidad, fue Jesús el que le facilitó a Judas, y a los soldados, el poder encontrarlo a él tan fácilmente.

El grupo de búsqueda se componía de soldados dirigidos por los principales sacerdotes y los fariseos. Cuando ellos llegaron al huerto, llevaban lámparas, antorchas y armas. Jesús les preguntó: “¿A quién buscáis?” (18.4), y ellos respondieron: “A Jesús nazareno” (18.5). Cuando él respondió: “Yo soy” (18.5), retrocedieron, y cayeron a tierra. Nuevamente Jesús les preguntó a quién buscaban, y otra vez respondieron: “A Jesús nazareno” (18.7). Una vez más, Jesús les informó de que él era el hombre que buscaban. Por fin, prendieron a Jesús, le ataron, y lo llevaron de regreso a Jerusalén para ser juzgado. Su comportamiento no era el de un hombre que estuviera evitando ser arrestado; era el comportamiento confiado de un hombre que sabía cuán importante era que los eventos de aquella noche tuvieran lugar.

La primera estación del proceso a Jesús fue en la casa de Anás, el suegro del sumo sacerdote, Caifás, y que había sido sumo sacerdote él mismo. El hecho de que Jesús fuera llevado primero a la

¹ Durante las aguaceros torrenciales, el torrente de Cedrón serpentea por el fondo del valle, al costado oriental de Jerusalén, separando las murallas de la ciudad, del monte de los Olivos. En el monte de los Olivos se encuentra el huerto de Getsemaní (Mateo 26.36), el cual es mencionado en este versículo.

casa de Anás, probablemente sea una indicación de que, aunque Caifás ostentaba el título, era Anás el que todavía tenía la autoridad. En la casa de Anás, Jesús fue interrogado acerca de sus enseñanzas y acerca de los seguidores que había atraído. Cuando les dijo que no tenía secretos y que sus enseñanzas habían sido públicas, para que todos las oyeran y evaluaran, uno de los oficiales le dio una bofetada a Jesús por haberle “faltado el respeto” a Anás. Después, Anás envió a Jesús, con sus manos todavía atadas, a Caifás.

De la casa de Caifás, Jesús fue llevado a la residencia del gobernador romano, un lugar conocido como “el pretorio” (18.28).² Lo que siguió hubiera sido chistoso, de no ser porque estaba en juego la vida de Jesús. Para los judíos, el pretorio era considerado la casa de un gentil. Para cualquier judío era inconcebible entrar en tal lugar, y ¡menos para el tiempo de la pascua!³ Pilato tuvo que salir de su propia casa, con el fin de poder hablar con los líderes judíos que lo llamaron para que aprobara la muerte de Jesús. Durante las horas que siguieron, Pilato entró y salió varias veces, tratando de encontrarle sentido a los eventos, y buscando desesperadamente alguna forma de liberar a Jesús.

Al comienzo, esto fue lo que Pilato les dijo a los líderes judíos: “Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra propia ley” (18.31). No obstante, ellos querían hacer morir a Jesús, y esto era algo para lo cual sólo el gobernador romano tenía autoridad. Pilato hizo que le trajeran a Jesús adentro, y comenzó a interrogarlo. Le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” (18.33). Como Jesús no le dio

² El gobernador romano vivía normalmente en la ciudad portuaria de Cesarea, la cual se acercaba más a la cultura romana. No obstante, el gobernador hacía patente su presencia política y militar en Jerusalén durante los tiempos de la pascua, pues la fiesta revestía un significado especial, y además siempre estaba latente el peligro de una revuelta judía en contra de Roma, en una ocasión así. (Después de todo, la pascua se celebraba originalmente con el fin de recordar el tiempo cuando los judíos habían escapado de un opresor —¡Egipto!).

³ Vea Hechos 10.28; 11.3, 12.

⁴ La Escrituras se refieren a Pilato en términos más generosos que la mayoría de los historiadores antiguos, los cuales veían en él a un cruel gobernador romano, que despreciaba a los judíos y los ofendía cada vez que tenía la oportunidad. Durante los diez años que estuvo en Israel, Pilato sustrajo del tesoro del templo, dio comienzo a un alboroto trayendo los ídolos romanos a la ciudad, masacró a un grupo de adoradores galileos (Lucas 13.1), e hizo una carnicería de una gran cantidad de samaritanos que estaban reunidos en el monte Gerizim. Cuando Pilato le dijo a Jesús: “¿Acaso soy judío?”, él estaba siendo sarcástico, pues él no se preocupaba por ocultar su odio hacia los judíos.

una respuesta directa, Pilato explotó: “¿Soy acaso judío?” (18.35).⁴ Jesús, entonces, le respondió:

Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí (18.36).

Después de este frustrante intercambio de palabras con Jesús, Pilato “salió otra vez” (18.38) y les dijo a los líderes judíos que él no hallaba ningún delito en Jesús (¡No se daba cuenta cuán correcto estaba en relación con esto!).

Pilato había tenido la esperanza de que su interrogatorio de Jesús dejara satisfechos a los que lo habían traído allí para ser procesado. No fue así. Cuando les ofreció una salida con la cual esperaba quedar bien, los líderes se rehusaron a aceptarla, pidiendo, más bien, que les soltaran a un homicida⁵ y demandando que Jesús fuera crucificado. Frustrado en sus esfuerzos de quedar bien con los acusadores de Jesús, Pilato hizo que le azotaran y dejó que sus soldados lo golpearan y ridiculizaran. Este fue el momento cuando la corona de espinas y el manto de púrpura fueron colocados en el Salvador.

Cuando Jesús llevaba puestos aquel humillante manto y corona, Pilato hizo que se le llevara afuera y se le mostrara a los líderes judíos. Si con esto esperaba que por fin se aplacara el odio que ellos le tenían a Jesús, estaba equivocado. Nuevamente, clamaron: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” (19.6). Pilato les dijo que lo hicieran ellos. Le informaron a Pilato que Jesús había afirmado ser el Hijo de Dios. En lugar de causar que Pilato quisiera ejecutarlo, esta información llenó de miedo al gobernador. Aunque Pilato no creía en el Dios de los judíos, ¡él no quería causarle ira a Dios alguno por matarle su hijo!

En su búsqueda de la escurridiza solución al molesto problema de qué hacer con Jesús, Pilato le llevó dentro del pretorio y comenzó a interrogarlo una vez más. Esta vez, cuando Jesús se rehusó a responderle a sus preguntas, Pilato dijo (¡es probable que gritara!): “¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?” (19.10). Jesús respondió: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene” (19.11).⁶ Llegado este momento, Pilato se esforzó más por encontrar una manera de

⁵ Barrabás había cometido homicidio en una reciente rebelión política (Lucas 23.19; Hechos 3.14).

⁶ El tema acerca de que Jesús de sí mismo pone su vida, fue introducido anteriormente en relación con la figura de Jesús como el buen pastor (10.17–18).

soltar a Jesús.

Cuando los líderes judíos rechazaron el último esfuerzo de Pilato por liberar a Jesús, él no pudo tolerarlo más. Tomó a Jesús a un lugar llamado Gabata, donde se llevaban a cabo juicios oficiales. Llegado a ese lugar dijo: “¡He aquí vuestro rey!” (19.14) y lo entregó para que fuera crucificado. El proceso a Jesús había terminado.

En términos jurídicos, los procedimientos seguidos aquella noche constituían una desgracia y una tragedia. En el proceso, tal como Juan lo presentó, ¡se probó que Jesús era inocente! El poder y la política prevalecieron sobre la verdad y la razón. Un inocente fue condenado a morir, simplemente por haber puesto nerviosas a ciertas personas a las que no debió poner así. Los cristianos, no obstante, tienen un punto de vista diferente sobre los eventos de aquella noche y la mañana siguiente. Lo vemos principalmente, no como una terrible tragedia, sino como un generoso regalo. Juan enfatizó que la vida de Jesús no le fue *quitada*; sino que él, de sí mismo la *puso*.

EL PROCESO A PEDRO

El segundo proceso de aquella noche fue la prueba espiritual sufrida por Pedro. Retomamos el relato que concierne a éste, cuando Jesús les lavaba los pies a los discípulos. Pedro, fiel a su modo de ser, reaccionó impetuosamente, primero, impidiéndole a Jesús que éste le lavara sus pies, y luego, pidiéndole a Jesús que le lavara todo su cuerpo (13.6–9). Más adelante, cuando Jesús les dijo a sus discípulos que él iba a un lugar, al cual ellos no podían seguirle, Pedro insistió en que no había nada que le impidiera seguir a su maestro. “Señor”, dijo, “¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti” (13.37). Jesús luego profetizó: “¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces” (13.38). Pedro no se imaginaba lo que iba a estar diciendo y haciendo en unas pocas horas.

Más adelante, aquella noche, en el huerto, Pedro estaba preparado para pelear con los soldados que venían a arrestarlo (18.10). Tomando una espada, hirió a un hombre llamado Malco, un siervo del sumo sacerdote. Aunque es probable que el propósito de Pedro era cortarle la cabeza al siervo, él sólo atinó a asestarle un golpe de espada oblicuo y a cortarle la oreja derecha al hombre. La pelea terminó tan pronto como comenzó; Jesús le dijo a Pedro que metiera su espada a la vaina. A estas alturas del relato, Pedro todavía parecía el más valiente y más valeroso de los discípulos.

El proceso personal al que Pedro estaba siendo

expuesto, se intensificó cuando Jesús fue llevado a la casa del sumo sacerdote. Juan explicó que Pedro estaba ya dentro del patio cuando los siguientes eventos tuvieron lugar (18.15–16). Una criada que servía a la puerta, le preguntó a Pedro cuando éste entraba: “¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?” (18.17). Él respondió: “No lo soy”. El hombre que hacía pocos momentos, había estado listo para pelear en contra de un grupo de soldados, que habían sido enviados a arrestar a Jesús, ¡estaba ahora sintiéndose intimidado por una joven criada!

La noche era fría, así que, los siervos y los soldados hicieron un fuego para calentarse alrededor del mismo. Pedro estaba con aquella gente alrededor del fuego, calentándose, cuando uno de ellos le dijo: “¿No eres tú de sus discípulos?” (18.25). Por segunda vez, Pedro negó cualquier relación con Jesús, diciendo: “No lo soy”. Estaba Pedro todavía tragándose la amargura de su segunda negación, cuando otro siervo habló, siendo éste uno de los testigos de los eventos del huerto, y un pariente del hombre a quien Pedro había cortado la oreja con su espada: “¿No te vi yo en el huerto con él?” (18.26), preguntó el hombre. Esto fue lo que Juan anotó: “Negó Pedro otra vez; y en seguida cantó el gallo” (18.27). Jesús fue procesado y hallado inocente, en cambio Pedro fue procesado, y hallado cobarde.

Los evangelios deben ser leídos siempre en tres diferentes niveles. En el primer nivel está la pregunta acerca de lo que sucedió en la vida de Jesús. En el segundo nivel está el tema de lo que el escritor del evangelio quería que la iglesia primitiva aprendiera de esta nueva relación de los hechos. En el tercer nivel, deberíamos preguntarnos qué es lo que significa este evangelio para nuestras vidas hoy día.

Una lectura de “primer nivel” del proceso a Pedro, nos dice que éste negó a Jesús tres veces. Una lectura de “segundo nivel” nos lleva a un mensaje, que ya ha sido presentado varias veces⁷ en este evangelio, y éste es, que los cristianos deben estar dispuestos a demostrar su fe en público, aún cuando el hacerlo así pueda atraer severa persecución. Nuestra lectura de “tercer nivel” nos llama a ser audaces con nuestra fe, y a confesar nuestro compromiso con Jesús, aún cuando el mundo nos pueda ridiculizar o lastimar.

Un buen amigo mío viajó al África a servir como misionero en 1995. Él ama al Señor y se ha comprometido en gran manera con hacer partícipes del evangelio a los demás. En virtud de ser un misionero al extranjero, él se destaca como un

⁷ Los relatos sobre Nicodemo (Juan 3) y sobre el hombre nacido ciego (Juan 9) son dos ejemplos previos de este tema.

celoso cristiano. En uno de sus primeros informes acerca de su labor, esto fue lo que escribió acerca de su vuelo en avión al África:

Un hombre que viajaba sentado junto a mí en el avión que nos llevaba a Uganda, la primavera pasada, dijo algo que se me ha adherido como una sombra. Después de que le expliqué que veníamos para Uganda a predicar acerca de Cristo, el europeo me dijo: "Pero, ¿no es que ya tienen dioses en África?". No sabía cómo responderle, así que, no dije nada.

Lo que le molestó a mi amigo acerca de aquella experiencia, creo, fue que se sintió como Pedro la noche que Jesús fue arrestado. Yo también conozco lo que es sentirse intimidado hasta quedarse callado. El evangelio de Juan nos cuenta la historia de Pedro para que nos sirva como advertencia de las oscuras fuerzas que operan en nuestro mundo, las cuales causan que hagamos lo inconcebible: ¡Negar a nuestro Señor!

EL PROCESO A PILATO

Para el observador casual, aquella noche, Jesús era él único que estaba siendo procesado. No obstante, el evangelio de Juan muestra que, a su propia manera, tanto Pedro como Pilato también estaban siendo procesados. A Pedro se le estaba sometiendo a prueba su compromiso con Cristo, y Pilato estaba viéndoselas con la pregunta más grande de todos los tiempos: "¿Qué hará usted con Jesús?". En cuestión de unas pocas horas, Pilato tuvo que hacerle frente a todas las preguntas de las que, por un período de tres años de andar con Jesús, los discípulos de éste habían tenido que ocuparse.

Cuando Jesús fue llevado a comparecer ante Pilato, las primeras palabras del gobernador fueron: "Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley" (18.31). A Pilato no le importaban los judíos ni las constantes polémicas de éstos. No obstante, el problema relacionado con Jesús no daba visos de desaparecer, así que Pilato pasó las siguientes horas tratando de resolver pacíficamente esta "polémica entre judíos". Durante el tiempo que duró intentado una solución, él tuvo que batallar con la pregunta acerca de qué hacer con Jesús.

La primera respuesta de Pilato, como ya lo hemos visto (18.31), se caracterizó por la apatía. No le importaba Jesús de algún modo u otro. Una actitud de apatía en cuanto a Jesús es la que más comúnmente percibimos hoy día. La mayoría de la gente preferiría no pensar en él en absoluto. No obstante, Pilato no pudo evitar tener que tomar una decisión en cuanto a Jesús, ¡ni tampoco podemos nosotros hoy día!

La segunda respuesta de Pilato a Jesús, se caracterizó por el desprecio. Durante el primer interrogatorio que el gobernador le hizo a Jesús, esto fue lo que le dijo: "¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?" (18.35). Para Pilato, Jesús era simplemente otro judío problemático. Muchos, incluso hoy día, han mirado a Jesús del mismo modo. Lo único que pueden sentir por Jesús y sus enseñanzas es desprecio.

La siguiente respuesta de Pilato se caracterizó por la esquivez. Después de interrogarlo la primera vez, él trató de maniobrar para salirse de la incómoda posición de tener que tomar una decisión acerca del nazareno. Cuando propuso la solución de liberar a Jesús por causa de la pascua (18.38-39), Pilato sólo estaba tratando de evitar dar un fallo en firme sobre él. ¿Ha visto usted esta misma reacción hoy día? ¿La gente se refugia en su trabajo, en su recreación, en su música o en sus fiestas con el fin de evitar tener que hacer algo acerca de Jesús!

La cuarta respuesta de Pilato se caracterizó por el temor. Cuando oyó que Jesús había afirmado ser Hijo de Dios, Pilato tuvo miedo (19.8). Aunque Pilato tenía autoridad sobre todos los judíos, ya sea para hacerlos morir, así como para dejarlos vivir, ¡se llenó de miedo por el galileo en cadenas que tenía delante de sí! Conozco varios misioneros que han entrado en países, en cuyas fronteras se colocan rótulos que dicen: "¡Advertencia!, ¡No se permiten armas ni Biblias!". Hasta los más poderosos gobiernos tiemblan ante el poder del evangelio de Jesucristo hoy día, pues le temen a éste tanto o más que a las armas de guerra.

Por último, Pilato le respondió a Jesús cediendo a la presión ejercida por los líderes judíos. Pilato sabía que Jesús era inocente, pero no tuvo la valentía suficiente como para estar firme y hacer lo correcto. En su lugar, eligió la salida más cómoda y dejó que Jesús fuera crucificado. De este modo, los relatos que conciernen a Pedro y a Pilato son semejantes.

El relato que concierne a Pilato ilustra que nadie puede evitar tomar una decisión acerca de Jesús. Podemos tratar de pasarlo por alto, pero él no dejará que se le pase por alto. En algún momento nos veremos obligados a decirle "Sí" o "No" a él. Todos nosotros enfrentamos presiones a volvernos en contra suya o, por lo menos, a distanciarnos de él, y todos todavía tendremos que decidir lo que habremos de hacer con él.

CONCLUSIÓN

Los tres procesos que hemos considerado describen el evangelio y nuestra respuesta a éste.

Jesús fue sometido a un proceso y fue hallado inocente. Usted y yo, al igual que Pedro y Pilato, estamos sometidos a un proceso. La pregunta que se nos plantea es esta: "¿Nos mantendremos firmes en defensa del que murió por nosotros?". ¿Cuando

se nos ejerza presión en sentido contrario, seremos lo suficientemente fuertes como para decir: "Soy un discípulo de Jesús de Nazaret"? No podemos evitar el tomar una decisión acerca de él. ¿Qué hará *usted* con Jesús? ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

“Le crucificaron”

(19.1-42)

¿Cuál será la más grande historia de amor de todos los tiempos? Habrá algunos que piensen en un cuento de hadas tal como el de la Cenicienta, como el de la Bella Durmiente o como el de Blancanieves. Cada historia presenta a una bella y bondadosa doncella que es rescatada por un guapo, noble príncipe, y luego fueron “felices para siempre”. Tal vez su mente se transporte a un romance más propio de adultos tal como el de *Romeo y Julieta* o *Lo que el viento se llevó*.

Puede ser que cuando usted piense en historias de amor, se imagine el amor de un padre hacia su hijo. De Corea nos llega una historia acerca de una madre campesina, la cual fue atrapada por una amarga tormenta de invierno en compañía de su pequeño hijo. Buscando desesperadamente salvarle la vida a su pequeño, ella se quitó sus gruesas ropas y envolvió en ellas al bebé. A la mañana siguiente, su cuerpo congelado fue descubierto, y del bulto de ropas que había junto a ella se oyó salir el llanto de su hijo, el cual estaba a salvo y tibio. Éste, cuando crecía, a menudo le contaban acerca del amor y sacrificio de su madre. Cierta día frío de invierno, se le vio junto al sepulcro de su madre, sin abrigo ni camisa. Una y otra vez preguntaba: “¿Madre, fue así de frío como sentiste por mí?”.

Esta clase de historias de amor enternecen nuestros corazones, pues constituyen grandes demostraciones de amor. No obstante, el más grande amor de todos los tiempos debe, sin duda, provenir de Juan 19. Se trata de la historia acerca de cuánto nos ama Dios; es la historia de la cruz.

LA CRUZ VISTA COMO HISTORIA DE AMOR

El referirse a la cruz como una historia de amor no es nada nuevo. Fueron varias veces que Juan señaló que la cruz era la máxima demostración del amor de Dios:

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna (3.16).

Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (13.1).

Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (15.12-13).

Son varias explicaciones las que se pueden dar acerca de la cruz. La que se recalca en el evangelio de Juan, es que la cruz constituyó la máxima demostración del amor de Dios.

Después de los procesos a los que fue sometido Jesús ante Anás, Caifás y Pilato, él fue entregado a los judíos para que lo crucificaran. Aunque la cruz es la piedra angular de la fe cristiana, el evento en sí es relatado en tan sólo unas breves palabras.

Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota; y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio (19.17-18).

En realidad, ninguno de los escritores de los cuatro

evangelios dio muchos detalles materiales acerca de la crucifixión de Jesús. “Y allí le crucificaron”, son sencillas palabras cargadas de un tremendo significado. El que cree (¡He aquí esta palabra nuevamente!) que Jesús es el Hijo de Dios, no puede leerlas sin conmoverse profundamente. Tal es el poder de las palabras con que Juan expresa: “Allí le crucificaron”.

Después Juan contó acerca de cómo Pilato dio la orden de que se colocara un rótulo un poco arriba de la cabeza de Jesús. Esto es lo que decía: “JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS” (19.19). Estas asombrosas palabras fueron escritas en hebreo (el idioma de los judíos), en latín (el idioma de los romanos), y en griego (el idioma común para el comercio, de aquellos tiempos). Por supuesto que esto era terriblemente ofensivo para los principales sacerdotes, los cuales eran responsables de la muerte de Jesús. Ellos querían que el rótulo dijera: “él dijo: Soy rey de los judíos”. Pilato, sea por una fortaleza no característica de él, o por su característica inclinación a ofender, dijo: “Lo que he escrito, he escrito” (19.22).

El rótulo colocado sobre la cruz, es otro ejemplo de alguien que, en el evangelio de Juan, dijo más de lo que realmente sabía. Vemos esto anteriormente, cuando Caifás le dijo al concilio judío gobernante: “Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (11.49–50). Juan continuó explicando:

Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (11.51–52).

Del mismo modo, Pilato dijo una profunda verdad, la cual fue más trascendental de lo que él mismo pensó, cuando dio la orden de que fuera puesto aquel rótulo por encima de la cabeza de Jesús en la cruz.

Los soldados que cumplieron la orden de crucificar a Jesús tenían una terrible, y sin embargo aburrida, tarea que cumplir. Una vez que una persona era colocada en la cruz y ésta era levantada, no había otra cosa que hacer, que quedarse allí, y esperar a que la persona muriera. Con el fin de matar el rato y ganar algún dinero extra, se dividían los vestidos de la persona que estaba siendo crucificada. Esto fue lo que hicieron con los vestidos de Jesús, cuando los dividieron en cuatro partes y después echaron suertes para decidir cuál de ellos se ganaría la túnica sin costura que él llevaba

puesta.

La crucifixión no era simplemente una forma de ejecutar a alguien; era un medio para causarle la más grande humillación y vergüenza al condenado. Siempre se llevaba a cabo en un lugar público por donde mucha gente pasara y observara la repugnante escena. El propósito de los romanos al hacer esto, era deshonorar a la persona que estaba muriendo y cualquier causa o crimen que ésta representaba. A los ciudadanos romanos no se les crucificaba; esta forma de ejecución estaba reservada para los esclavos, los extranjeros y la gente de baja clase. A menudo se les crucificaba desnudos, y los cuerpos de ellos eran dejados para que se pudrieran en la cruz durante semanas, haciendo más asquerosa y repugnante la escena. Cuando Juan anotó que los soldados se repartieron los vestidos de Jesús, él nos estaba recordando de la deshonrosa humillación que tenía como propósito la crucifixión —¡humillación que Jesús llevó por todos nosotros!

El relato de Juan dirige después su atención, a las mujeres que estaban al pie de la cruz. Una de ellas era María, la madre de Jesús. Es difícil incluso, imaginarse el dolor en el corazón que una madre siente cuando mira a su hijo sufrir tan horrible muerte. No obstante, hasta en su sufrimiento, Jesús pudo ver y ministrarle a las necesidades de su madre. Dado que, según parece, José había muerto en cierto momento de la juventud de Jesús, Jesús sabía que María iba a tener dificultades cuidando de sí una vez que él se hubiera ido. Jesús, mirando hacia abajo desde la cruz, vio “al discípulo a quien él amaba” (aparentemente a Juan) y le dijo a su madre: “Mujer, he ahí a tu hijo” (19.26). Luego le dijo a Juan: “He ahí a tu madre” (19.27). Los dos entendieron lo que él estaba diciendo; Juan había de responsabilizarse de María como si ella fuera su propia madre, y desde ese día María se fue a vivir a la casa de Juan.

Hasta sus palabras hacia María y Juan indican la fuerza y la pureza del amor de Jesús. El sufrimiento por lo general nos vuelve egocéntricos. Cuando sentimos dolor, es difícil que pensemos en otra persona o cosa. Este hecho vuelve más extraordinario el que Jesús se preocupara por las necesidades de su madre en los momentos en que moría en la cruz.

Después de estos eventos, la historia de la cruz llega abruptamente a su final. Jesús sabía que había cumplido con su tarea. Luego dijo: “Tengo sed” (19.28), y alguien le dio de beber vinagre de una esponja empapada. Una vez más, tal como ya lo hemos visto tan a menudo en este evangelio, la

humanidad de Jesús es recalcada. Él sabía lo que era tener hambre y estar cansado (4.6) y lo que era ser conmovido en espíritu (11.33). Jesús entiende perfectamente nuestra condición humana, y él ilustró este entendimiento momentos antes de morir cuando dijo: “Tengo sed”.

Jesús luego dijo sus últimas palabras en la cruz: “Consumado es” (19.30). Al decir esto, inclinó su cabeza y “entregó el espíritu”. Él había seguido un plan para su vida, y por fin lo había cumplido. Su muerte no fue accidental, y nadie le quitó su vida. Él había entregado su vida siguiendo el plan de Dios para el perdón de nuestros pecados.

LA CRUZ VISTA COMO UN LLAMADO A TOMAR UNA DECISIÓN

¿Qué hemos de hacer con la historia de la muerte de Jesús en la cruz? ¿Hemos de sentirnos mal por ello? ¿Deberíamos regocijarnos? ¿Habrá algo que debemos hacer?

A través de todo el evangelio de Juan se nos ha invitado a ser partícipes de historias en las que la gente observó, escuchó e interaccionó con Jesús. Jamás fue el propósito de éstas ser simplemente las historias de ellos; también son *nuestras* historias. Este evangelio no trata solamente sobre la fe *de ellos* en Jesús; también trata de *nuestra* fe. Juan nos recordó de esto después de su relato de la muerte de Jesús: “Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis” (19.35). Nuevamente vemos el tema de la fe. Juan nos presentó a Pedro y a Pilato como ejemplos de personas que ceden a la presión. En contraste con los anteriores, también proporcionó dos ejemplos de personas que tuvieron suficiente valentía como para confesar su fe en Jesús, inmediatamente

después de la muerte de éste.

José de Arimatea era un discípulo de Jesús, pero él lo había sido en secreto, pues temía a los líderes judíos. Cuando Jesús murió, José fue a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús, con el fin de darle sepultura. ¡Es obvio que ésta no constituía una acción “secreta”, por parte de uno que temiera ser señalado como seguidor de Jesús!¹

El compañero de José, en la audaz acción de darle sepultura al cuerpo de Jesús, fue ni más ni menos que Nicodemo, “el que antes había visitado a Jesús de noche” (19.39). Lo vimos en el capítulo tres, cuando Jesús le habló acerca del nuevo nacimiento. Lo vimos nuevamente en 7.50–52, cuando todavía no declaraba “públicamente” su fe en Jesús. Esta vez, no obstante, lo vemos en las horas más negras de la historia de la humanidad, el tiempo que transcurrió entre la muerte y la resurrección de Jesús. Aquí, él demostró una fe valiente, decisiva y atrevida. Juntos, José y Nicodemo prepararon el cuerpo de Jesús para su sepultura y lo colocaron en un sepulcro.

CONCLUSIÓN

La historia de Jesús no se cuenta con el fin de proporcionar un entretenimiento pasivo. Se cuenta con el fin de crear una fe viviente, transformadora, en los corazones de aquellos que la oigan. La cruz no es algo de lo cual podamos oír para después olvidar. Se requiere de una respuesta. La pregunta que Juan plantea es ineludible; ¿Se decidirá usted a dar un paso y ser identificado con el que murió por usted? Jesús murió por usted. ¿Qué va a hacer usted al respecto? ■

¹ En Marcos 15.43, se señala que José, un hombre rico y miembro del concilio judío, “osadamente” pidió a Pilato el cuerpo de Jesús.

LAS FIESTAS ANUALES DE LOS JUDÍOS

Mes aproximado según el calendario romano

ENE.	FEB./MAR.	ABR.	MAY./JUN.	JUL.	AGO.	SET./OCT.	NOV.	DIC.
	(1)	(2)	(3)			(4)		(6)
	Fiesta de Purim [2 días]	La pascua [1 día] y fiesta de los panes sin levadura [una semana]	Pentecostés (O fiesta de las semanas o de las primicias) [1 día]			Fiesta de los tabernáculos (O de las enramadas o de la cosecha) [1 semana] (5) Festival de las trompetas [1 día]		Fiesta de la dedicación (O fiesta de las luces) [8 días]

Lo que cada una conmemoraba: 1) La liberación de los judíos llevada a cabo por la reina Ester; 2) el haber sido salvados de la muerte y salida de Egipto de los israelitas; 3) el momento cuando a Moisés se le dio la ley en el monte Sinaí; 4) la vida en el desierto; 5) el día de año nuevo; 6) la rededicación del templo, después de haberlo rescatado de manos de los paganos.

Tres de estas fiestas —la pascua, la de los tabernáculos, y la de la dedicación— son mencionadas en el evangelio de Juan.

Juan, el camino de la fe

“¡He visto al Señor!” (20.1-31)

Cuando estuve en la universidad, una vez hice un viaje con un grupo de estudiantes para colaborar en una reunión de jóvenes en otro estado. Cuando viajábamos durante la noche, para llegar a nuestro destino, pasamos las largas horas tomándonos turnos para contarnos acerca de nuestros propios caminos de fe. Había algunos en el automóvil que habían crecido en hogares cristianos, mientras que otros eran los únicos cristianos de sus familias. Algunos habían batallado por largo tiempo con la duda, y otros no. Algunos habían hecho su compromiso de entregarles a Jesús sus vidas tan sólo recientemente, y otros habían sido cristianos por más de diez años.

Cuando nos contábamos nuestras historias, las palabras que mayor impresión me causaron, fueron las de una muchacha que había perdido su fe en una clase de biología de la secundaria. Intimidada por un maestro que puso en ridículo su fe en Dios, ella había decidido volver a leer los evangelios con el fin de darle a la fe una oportunidad más. Ella se preguntaba: “¿Es esto verdad, o es sólo una agradable historia que alguien inventó? ¿Existió alguna vez un hombre llamado Jesús? Si así fue, ¿fue él realmente el Hijo de Dios?”. Por largos meses batalló con estas preguntas. Al final, llegó a una sencilla pero profunda conclusión. La validez del evangelio depende, se percataba ella, de la resurrección. Si Jesús resucitó de entre los muertos, entonces todo lo que dice el evangelio es verdad: Él obró milagros, y él es el Hijo de Dios. Si él no resucitó de entre los muertos, entonces se trata tan sólo de un mito o de un terrible fraude.

¡Mi amiga estaba en lo correcto! Las afirmaciones que hace el evangelio (en este caso el

evangelio de Juan) descansan sobre la solidez de la verdad acerca de la resurrección de Jesús, o sucumben por falta de esta solidez. Pablo dijo esto:

... [Dios] había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos (Romanos 1.2-4).

Ahora, al llegar a la culminación de Juan —este evangelio de fe— enfrentamos la historia de la resurrección de Jesús. ¡No es un tema cualquiera, pues todo está en juego!

La presentación de la resurrección en Juan, se hace claramente y se organiza en cuatro diferentes apariciones del Señor resucitado. Cada una introduce algo nuevo en el cuadro. Al comienzo, en el capítulo veinte, podemos vernos como espectadores que observan a otros viéndoselas con las preguntas acerca de la resurrección. Al final del capítulo, no obstante, descubrimos que ¡somos nosotros los que estamos en el centro del cuadro, teniendo que decidir lo que vamos a hacer con Jesús!

LA RESURRECCIÓN Y MARÍA MAGDALENA (20.1-18)

En la mañana del domingo posterior a la crucifixión de Jesús, todavía estaba oscuro cuando María Magdalena vino al sepulcro. Al ver que estaba quitada la piedra del sepulcro, ella corrió a Pedro y a Juan (el “otro discípulo, aquel al que amaba Jesús”) y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han

puesto" (20.2). La idea de la resurrección no parece haberle pasado por la mente a María aquella mañana, a pesar de que era una devota seguidora de Jesús y de que había escuchado de buena gana las enseñanzas de éste. Para ella, la única manera de explicarse que la tumba estuviera vacía, era pensando que alguien se había robado el cuerpo.

Al oír el informe de María, Pedro y Juan corrieron hasta el sepulcro. Juan, el más rápido de los dos, llegó primero y se detuvo a la entrada. Cuando Pedro lo alcanzó junto al sepulcro, éste se precipitó adentro. (¿No era ésta la manera habitual de ser de Pedro?). Ambos vieron los lienzos puestos allí y el sudario enrollado en un lugar aparte. En este momento, Juan entró en la tumba también, y creyó. No obstante, los discípulos no entendían cómo las Escrituras habían enseñado desde un principio que el Mesías se levantaría de entre los muertos. Era demasiado como para que Pedro y Juan pudieran entender.

Después de que los dos discípulos hubieron regresado a sus hogares, María se quedó junto al sepulcro, llorando. Ella había amado a Jesús profundamente, y le parecía que algunos salteadores de sepulcros se habían encargado de agravarle su dolor. No podía imaginarse que en su vida pudiera encontrarse en una situación más terrible que ésta. Estaba llorando, cuando se inclinó para mirar dentro del sepulcro. Allí vio a dos ángeles, que estaban sentados como guardas, uno a la cabeza, y el otro a los pies de donde Jesús había estado. Cuando ellos le preguntaron por qué lloraba, ella dijo: "Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto" (20.13).

Note que el énfasis de la historia, hasta este momento, ha sido en la desaparición del cuerpo de Jesús. ¡Éste no es un detalle insignificante! Es una prueba muy importante para la fe de las generaciones posteriores. Cuando se lee Juan 20, junto con los primeros capítulos de Hechos, nos damos cuenta de cuán fácilmente los oponentes de la iglesia primitiva podían haber detenido la propagación del cristianismo: Todo lo que tenían que hacer, era presentar el cuerpo muerto de Jesús. Eso hubiera detenido la propagación del cristianismo en un instante. Es obvio que no pudieron, porque, de lo contrario, lo hubieran hecho. ¡La desaparición del cuerpo es la prueba más importante de la resurrección de Jesús!

María luego se volvió, y vio a Jesús. Por alguna razón, tal vez porque la mañana era oscura todavía, o por los vestidos que él llevaba puestos, o porque las lágrimas le impedían ver bien, María no se dio cuenta de que estaba frente a Jesús. Creyendo que

se trataba del hortelano a cargo de los jardines del lugar donde el sepulcro se encontraba, ella le suplicó: "Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré" (20.15). Jesús luego la llamó por su nombre: ¡María! En ese instante, ella se dio cuenta, por primera vez, de que estaba hablando con el Señor resucitado.

Cuando María oyó su nombre en labios de Jesús, ella respondió llamándolo: "Raboni", el nombre hebreo con el que uno se dirige a un maestro. Jesús le dijo que dejara de abrazarlo (es probable que ésta fuera una cuestión emocional más que física) pues él no había ascendido aún al Padre (20.17). Saliendo del huerto, ella se apresuró a ir donde los discípulos y les dijo: "He visto al Señor" (20.18). ¡La fe de María en el gran maestro, se había convertido en fe en el Señor resucitado!

LA RESURRECCIÓN Y LOS DISCÍPULOS EN EL APOSENTO ALTO (20.19-24)

El domingo de resurrección fue un largo y confuso día para los discípulos. Aquella noche se ocultaron a puerta cerrada, pues temían a los líderes judíos que habían hecho morir a Jesús. El informe de María Magdalena todavía se asemejaba a la incoherente afirmación de una persona emocionalmente perturbada. Ellos no sabían dónde estaba el cuerpo de Jesús, pero el pensamiento de sus corazones era que Jesús estaba muerto. Nos parece necesario hacer notar en este momento, que es el temor lo que reina en el estado de ánimo de discípulos, para quienes su maestro está muerto. Incluso hoy día, cuando los cristianos son presa del temor, ellos viven como si su maestro todavía estuviera en un sepulcro.

Cuando los discípulos se reunieron a puerta cerrada, Jesús repentinamente se les apareció dentro de la habitación. Los saludó con estas palabras: "Paz a vosotros" (20.19), y les mostró las señales de los clavos en sus manos y pies. Los discípulos estaban asombrados y "se regocijaron viendo al Señor" (20.20). Las palabras "paz", "regocijo" y "temor", en el contexto de la fe, nos hacen recordar un pasaje anterior del evangelio de Juan, donde Jesús había anunciado su muerte y resurrección:

La paz os dejo, mi paz os doy ; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo. Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis (14.27-29).

Al final, cuando Jesús se les apareció, estando ellos a puerta cerrada, la primera noche después de resurrección, los discípulos se estaban comenzando a dar cuenta de que él era más que un maravilloso maestro, e incluso más que un gran profeta; ¡él era el Mesías resucitado, era el Hijo de Dios! ¡El temor de ellos comenzó a disiparse, su gozo volvió a ellos, y comenzaron a experimentar la maravillosa paz de Dios!

LA RESURRECCIÓN Y TOMÁS (20.24–29)

Tomás no había estado con los otros diez discípulos cuando Jesús se les apareció a éstos. Cuando regresó, ellos le dijeron lo mismo que María les había dicho anteriormente: “¡Al Señor hemos visto!” (20.25). Aunque Tomás había tenido una vez, una gran fe en Jesús,¹ en este momento del relato, su corazón se había endurecido y se había vuelto escéptico. Una vez se había atrevido a ser partícipe de la visión celestial que Jesús tenía de la realidad, pero las decepciones y profundas heridas lo habían hecho volver a una visión terrenal del mundo. Tomás insistió: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré” (20.25).

Es demasiado tentador criticar a Tomás por su escepticismo. La verdad es que todos nosotros estamos familiarizados con los sentimientos que él expresó. Es demasiado lo que depende de nuestra decisión a creer, como para que tomemos a la ligera tal decisión. Deseáramos ver y tocar al Señor resucitado nosotros mismos. Tomás nos ayuda a hacerle frente a nuestras propias dudas, y luego nos ayuda a dejarlas atrás.

Después de que Tomás hubiera expresado repetidamente su escepticismo, por un período de ocho días, los discípulos estaban nuevamente reunidos a puerta cerrada. Esta vez Tomás estaba con ellos, cuando Jesús se les apareció nuevamente, justo como lo había hecho la vez anterior. Confrontando las dudas de Tomás, Jesús le dijo a éste que mirara sus manos, tocara sus cicatrices, e incluso, que metiera la mano en su costado. Tomás luego confesó: “¡Señor mío, y Dios mío!” (20.28). De las confesiones de fe en Jesús como Señor, que aparecen en el evangelio de Juan, esta es la más grande de todas, y provino de los labios del obstinado corazón de uno que había sido una vez un decepcionado escéptico.

Después de la confesión de Tomás, Jesús le

¹Juan 11.16, es un buen ejemplo de la anterior devoción de Tomás a Jesús.

dijo algo que describe nuestra situación hoy día. Le dijo: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (20.29). A nosotros nos gustaría tener la prueba que Tomás tuvo, pero eso es imposible hoy día, pues Jesús ha ascendido al cielo para estar con el Padre. Para nosotros, la fe debe basarse en otra cosa. Lo que la señal de los clavos fueron para Tomás y los otros discípulos, corresponde a lo que el evangelio de Juan es para nosotros hoy día: una forma de tener un encuentro con el Señor resucitado. Aunque no lo vemos cara a cara, nos encontramos con él a través de sus testigos, sus afirmaciones, sus enseñanzas y el poder de la palabra de Dios escrita.

LA RESURRECCIÓN Y NOSOTROS (20.30–31)

En 20.30–31, llegamos a la declaración del propósito, para el cual se escribió todo el evangelio de Juan:

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

Él dijo llanamente que Jesús hizo muchas otras “señales” en presencia de sus discípulos, pero las siete señales² que “quedaron escritas” en este evangelio fueron incluidas con el propósito de producir fe en las generaciones posteriores. Los que entren en contacto con la historia de Jesús a través de este evangelio pueden llegar a creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y creyendo, pueden tener vida en su nombre. El evangelio de Juan es un libro de carácter práctico, con un importante propósito.

En los relatos de la resurrección de los cuatro evangelios, no hay un solo versículo que sugiera que alguien de hecho viera a Jesús salir del sepulcro. Muchos lo vieron cuando lo mataban, y muchos lo vieron después de su resurrección, pero nadie lo vio salir del sepulcro. A nosotros, al igual que a los primerísimos discípulos, se nos deja que

² Las siete señales que presenta el evangelio de Juan son la conversión del agua en vino (capítulo 2); la sanidad del hijo de un noble (4); la sanidad del paralítico junto al estanque de Betesda (5); la alimentación de los cinco mil (6); el andar sobre el agua (6); la sanidad del hombre ciego de nacimiento (9); y la resurrección de Lázaro de entre los muertos (11). Tal vez sea más exacto referirse al evangelio de Juan como el evangelio de “las siete señales y de la gran señal (la resurrección)”.

saquemos nuestras propias conclusiones. Tal como aquella amiga de la universidad una vez me dijo: “Todo descansa en la resurrección. Si es cierta, entonces todo lo demás es cierto. Si es mentira, entonces nada importa”.

CONCLUSIÓN

Los eruditos han debatido por largo tiempo si Juan escribió este evangelio para producir fe en los que jamás habían creído anteriormente, o si lo escribió para fortalecer la fe de aquellos cuya fe se estaba debilitando. ¿Significará ese “que creáis”, un “que *comencéis* a creer”, o un “que *sigáis* creyendo”? En el evangelio de Juan, cuando una pregunta se responde de un modo o del otro, a menudo la mejor respuesta incluye ambos modos. No hay duda de que Juan escribió con el fin de crear fe en aquellos que jamás la habían tenido anteriormente. Al mismo tiempo, gran parte de este evangelio aborda los problemas de una fe de discípulos cansados, o que batallan, o que se han debilitado o acobardado, dentro de la comunidad cristiana.

Creo que a Juan le hubiera gustado la historia de Schia, una niña de cuatro años que le pidió a sus padres que la dejaran a solas con su hermanito recién nacido. Al comienzo sus padres se rehusaron a concederle tal deseo, pero cuando ellos vieron cuán tierna y cariñosa ella era con su hermanito, ellos consintieron. Cuando miraban, llenos de curiosidad, a través de una abertura de la puerta, vieron a Schia andar por encima de la cuna y la oyeron cuando suavemente le decía al niño: “Bebé, dime cómo se siente Dios. Se me está empezando a olvidar”.

Para algunos que lean esta lección, la fe es tan sólo el comienzo. Esta fe en crecimiento puede ser aterradora y emocionante al mismo tiempo. Para otros, la fe se expresa principalmente en tiempo pasado —algo que una vez estuvo vivo, pero que ahora está casi muerto. *El evangelio de Juan es para aquellos que jamás han conocido la fe, como también, para aquellos que se les está “empezando a olvidar”.*

¿A qué conclusión llegó acerca de la resurrección de Jesús? ¿Cree usted? ¿Creerá usted? ¿Renovará su fe usted? ¡*Todo* depende de esta decisión! ■

Las confesiones que se registran en el evangelio de Juan

Las confesiones acerca de Jesús, que se registran en el evangelio de Juan, incluyen las siguientes:

Natanael: “Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel” (1.49).

Nicodemo: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro” (3.2).

Marta: “Yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo” (11.27).

Todas estas confesiones son significativas, y todas constituyeron pasos en el camino de la fe. Tomás, no obstante, basándose en el hecho de la resurrección, hizo la más completa confesión cuando dijo de Jesús: “¡Señor mío, y Dios mío!” (20.28).

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Juan, el camino de la fe

“¿Me amas?” ***(21.1-25)***

El corrector líquido es un maravilloso producto, el cual se puede encontrar sobre el escritorio de casi todas las secretarías de los Estados Unidos. Es un producto semejante a la tinta, el cual viene en pequeños frascos y se aplica con una diminuta brocha, con el fin de cubrir errores de escritura a máquina. Si una palabra mal deletreada o algún manchón aparecen en una página, el corrector líquido lo cubre a modo de pintura y el problema desaparece. ¿No sería maravilloso tener corrector líquido para nuestras vidas, algo que pudiera borrar la señal de nuestros errores? ¡La triste verdad es que todos lo necesitamos! El último capítulo del evangelio de Juan describe la forma como podemos experimentar un nuevo comienzo cuando hemos fracasado, y tenemos necesidad de algún “corrector líquido espiritual” en nuestras vidas.

EL ESCENARIO (21.1-14)

Algún tiempo después de la resurrección y antes de la ascensión, Jesús se les apareció nuevamente a algunos de sus discípulos. Siete de ellos habían regresado a su hogar en los alrededores del mar de Galilea (Mar de Tiberias). Pedro, quien sin duda todavía estaba lleno de pena por la forma como había negado a Jesús tres veces, la noche que éste fue procesado, dijo: “Voy a pescar” (21.3). Los otros vinieron con él, y pasaron toda la noche en el lago, sin haber sacado un solo pez. Cuando estaba a punto de amanecer el día siguiente, la figura borrosa de alguien se les apareció en la orilla, y éste les preguntó: “Hijitos, ¿tenéis algo de comer?” (21.5). Sin darse cuenta que se trataba de Jesús, le respondieron con un grito: “¡No!” (21.5). El extraño les dijo que echaran la red a la derecha de la barca,

y que allí pescarían algo. Por la razón que haya sido, ellos hicieron lo que el extraño les había sugerido.

Cuando trataron de sacar la red nuevamente, no pudieron hacerlo porque estaba llena de peces. Juan se dio cuenta en ese momento de quién era el extraño que estaba en la orilla, y le dijo a Pedro: “¡Es el Señor!” (21.7). El siempre impetuoso Pedro, rápidamente se ciñó su vestidura exterior, se lanzó al mar, y nadó hasta la playa los noventa metros que los separaban de ella. Cuando los otros discípulos llegaron con su carga de peces, ellos hallaron que Jesús había puesto brasas y había preparado algún pan y peces para el desayuno de ellos. Tal vez sea significativo, a la luz de lo que sucedió después, que el único fuego de brasas, además de éste, que se menciona en el evangelio de Juan, sea aquel en el que Pedro se estaba calentando la noche que negó a Jesús (18.18).

Jesús invitó a los discípulos a venir y a comer algo de desayuno, lo cual hicieron todos. Es probable que el alimento pasara desapercibido, y que hayan experimentado un incómodo silencio mientras comían. ¿Qué se le puede decir a alguien que ha estado muerto y ha vuelto a la vida? ¿Es posible que pueda haber algo tan importante de qué hablar, cuando es el Hijo de Dios el que le está dando de comer su desayuno?

LA CONFRONTACIÓN (21.15)

Cuando los discípulos estaban terminando su comida, Jesús se volvió a Pedro y le hizo la pregunta que éste más temía, pero que más necesitaba escuchar: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?” (21.15). Con esa simple pregunta Jesús dejó

al descubierto el pecado de Pedro y abrió, como con lanceta, la herida espiritual que amenazaba con tomar el alma de Pedro. Si el pecado de Pedro no hubiera sido confrontado directamente, si él no se hubiera arrepentido de ese pecado, ni hubiera sido perdonado del mismo, el gran apóstol Pedro podría haberse pasado el resto de su vida lleno de amargura y sintiéndose destrozado —hubiera sido simplemente otro pescador de Galilea. Jesús lo amaba demasiado como para dejar que esto le sucediera.

Es extraña la manera como nosotros tratamos de ocultar nuestro pecado y negar nuestra culpa. La gente siempre ha hecho eso; sin embargo ello jamás ha hecho bien alguno. En lugar de escapar del pecado, lo que en realidad obtenemos, es que acabamos de darle a éste más fuerza sobre nosotros al pretender que no existe.

La película de Walt Disney, *El rey león*, es un estudio de la fuerza del pecado y la vergüenza. Es la historia de un joven león llamado Simba, cuyo padre muere aplastado por una estampida de ñúes. El tío malo de Simba, un cobarde llamado Scar, desea ser el siguiente rey de la manada, pero él sabe que sólo puede llegar a serlo, si el joven Simba desaparece. Scar, conociendo el poder del pecado oculto, primero insinúa que su sobrino es el responsable de la muerte de su padre, cuando le pregunta a Simba: “¿Qué has hecho? ¿Qué irá a pensar tu madre?”. Luego, cuando Simba pregunta qué debe hacer, Scar le dice: “¡Vete lejos!” —lo cual él hace.

Después de varios años de huir de su culpa, Simba se llena de suficiente valentía como para regresar a su hogar y enfrentar su pasado. Una vez allí, él puede rescatar a su familia y restaurar la justicia en el reino de su padre.

Todo el tiempo que Scar pudo mantenerlo huyendo de su culpa, él tuvo dominio sobre el joven Simba. No fue sino hasta que Simba enfrentó la verdad, que él pudo hallar la libertad (8.32).

El poder del pecado oculto es también el tema de la novela de Nataniel Hawthorne, intitulada *La letra escarlata*. Ubicada en la Nueva Inglaterra puritana, se trata de la historia de una mujer llamada Ester Prynne, la cual queda embarazada durante la ausencia de su esposo. Se lleva a cabo un proceso público en la comunidad, para debatir sobre la deshonor de ella, y dictar su sentencia. Aunque los ancianos de la aldea tratan de obligar a Ester a que revele quién es el padre de la criatura, ella obstinadamente se rehúsa. Su castigo consiste en que le cosan una letra “A” (inicial de “adulterio”) color escarlata sobre el pecho de su vestido, y que

la lleve puesta cada vez que salga en público. La primera vez que la lleva puesta, se le obliga a estar de pie durante horas sobre un andamiaje en el centro del pueblo. Es una sentencia terriblemente dolorosa para ella, pero acepta el castigo y prosigue con su vida.

Otra figura de la historia es el predicador Roger Dimmesdale. Siendo amado y respetado por todos, Dimmesdale tiene un doloroso secreto que cargar: Él es el padre de la criatura de Ester. A medida que la historia sigue, Dimmesdale trata de varios modos de escapar de la culpa por su pecado. Estudia y ora constantemente, y a veces, incluso, se golpea a sí mismo con un látigo, para tratar de expiar su pecado. No obstante, nada de esto le ayuda, y su salud se deteriora gradualmente. En la historia de estas dos personas, Ester comienza como una mujer destrozada, pero se fortalece gradualmente; Dimmesdale comienza como el hombre más respetado del pueblo, pero gradualmente se debilita, como si un cáncer espiritual le carcomiera el alma.

Un personaje extraño de la historia de Hawthorne, es Roger Chillingworth. Aunque la gente del pueblo no lo sabe, él es el extraño esposo de Ester. Éste se propone como misión personal de su vida el lograr que el compañero de adulterio de Ester sea castigado. Descubriendo prontamente que el predicador es la otra parte culpable, Chillingworth “le ofrece su amistad”, y le alienta, de muchas maneras sutiles, a mantener oculto su secreto.

Por fin, en la escena culminante al final del libro, Dimmesdale predica el más poderoso sermón de su vida. Cuando todos los miembros de la congregación salen del edificio de la iglesia, y andan juntos por las calles del pueblo, ellos pasan por el andamiaje donde Ester había estado de pie años atrás, con la letra “A” recién cosida a su vestido. Para asombro de todos, Dimmesdale se detiene, en aquel lugar de vergüenza, hace acopio de toda la valentía y fortaleza que todavía le quedan en su debilitado cuerpo, y llama a Ester y a su hija a que vengan a él. Chillingworth le ruega que se detenga, asegurándole que todavía está a tiempo de proteger su secreto.

Llegado este momento, no obstante, Dimmesdale descubre que Chillingworth es un siervo del diablo, así que lo aparta de su camino. Luego él y Ester, y la hija de ambos suben hasta el andamiaje, y el predicador por fin habla francamente acerca de su pecado. Reconociendo que ha sido derrotado, Chillingworth le dice a Dimmesdale que aunque hubiera viajado por todo el mundo, ¡el único lugar donde había posibilidad de que él pudiera haber escapado de su alcance era el andamiaje de la

confesión y el arrepentimiento!

El sacar a la luz su pecado, era lo que Dimmesdale había temido por tanto tiempo. Irónicamente, fue únicamente en la confesión de su pecado que él pudo hallar la libertad.

El Salmo 32, habla de esta misma relación, entre el enfrentamiento del pecado y la experiencia del momento cuando el alma es liberada del paralizante poder del pecado:

Mientras callé, se envejecieron mis huesos
En mi gemir todo el día.
Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu
mano;
Se volvió mi verdor en sequedades de verano.
Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad.
Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová;
Y tú perdonaste la maldad de mi pecado
(vv. 3-5).

Cuando Jesús le preguntó a Pedro si él lo amaba, él estaba sacando a relucir el doloroso tema de la jactancia exhibida por Pedro antes de que Jesús fuera arrestado, y de su terrible negación del Señor durante el proceso al que éste fue sometido. El evitar este difícil tema, habría sido lo más fácil, pero esto no hubiera obrado en beneficio de Pedro. El pecado secreto es destructivo, así que Jesús tuvo que sacar el pecado de Pedro a la luz, y tratarlo directamente.

LA RESTAURACIÓN (21.15-17)

Fueron tres las veces que Jesús le preguntó a Pedro si lo amaba. Tal vez fue con el fin de darle a Pedro la oportunidad de confesar su fe en Jesús, el mismo número de veces que él había negado al Señor anteriormente. Las primeras dos veces que Jesús hizo esta pregunta, él utilizó la palabra griega *agape*, que significa “amor de Dios”.¹ Pedro respondió las dos veces con la palabra griega *phileo*, la cual significa “amor de amistad”. En la última pregunta, Jesús utilizó la palabra *phileo*, y Pedro respondió utilizando la misma palabra. *Agape* es la forma más elevada de amor, Pero Jesús estaba diciendo que Dios podía aceptar el amor *phileo*, el cual era todo el que Pedro podía ofrecerle a Dios en aquel momento (tal vez porque Pedro tenía muy poca confianza en sí mismo).

Para entender el camino que nos lleva a ser restaurados del pecado, deberíamos hacer notar la pregunta que Jesús hizo: “¿Me amas?”. Cuando hemos caído en pecado, somos tentados a hacernos muchas otras preguntas, las cuales sólo

¹ La Primera de Corintios 13.4-7, es una excelente descripción de *agape*.

son distracciones de la verdadera. Nos preguntamos: “¿Fue culpa mía?”; “¿Fue mi pecado peor que el de los demás?”; “¿Qué daño ha causado mi pecado?”; “¿Me aceptarán los demás otra vez?”; “¿Qué me llevó a hacer esto?”. Las preguntas son de nunca acabar. Cuando Jesús guió a Pedro a la restauración, él demostró que la pregunta más importante cuando uno se vuelve a Dios es la que éste nos hace: “¿Me amas?”.

Cada vez que Pedro respondió la pregunta de Jesús, éste le encomendó una misión. Le dijo: “Apacienta mis corderos” (21.15), “Pastorea mis ovejas” (21.16), y “Apacienta mis ovejas” (21.17). Su perdón a Pedro no fue parcial; Pedro debía dejar atrás su pecado y una vez más tomar su puesto como apóstol de Jesús. Cuando nos volvemos de nuestros pecados hoy día, Jesús desea que hagamos lo mismo —¡que volvamos a la obra en su reino!

LA INVITACIÓN (21.19)

La última etapa del camino de restauración, que Jesús le trazara a Pedro, llegó con la palabra: “Sígueme” (21.19). Jesús había utilizado esta palabra para llamar a sus discípulos desde el comienzo de su ministerio temprano, y él utilizó la misma palabra al cierre de su encuentro con Pedro en la playa aquella mañana. La expresión “¡Sígueme!” es la esencia de aquello a lo que Jesús llama a todos sus discípulos a hacer, incluyéndonos a nosotros. La expresión “¡Sígueme!” no es para describir un nivel de crecimiento; es para señalar una dirección. No tiene nada que ver con nuestro pasado ni es para compararnos con otros discípulos. No excluye a los débiles, ni a los jóvenes, ni a los inmaduros. Llama a todos, allí donde cada uno se encuentra en ese momento, a comenzar la marcha en dirección a Jesús. Pedro había andado un largo camino, pero había retrocedido una gran distancia. ¡En su triunfo y en su tragedia, el llamado que Jesús le hizo a Pedro fue el mismo: “Sígueme”! Este mandamiento directo es el llamado que Jesús hace hoy día.

CONCLUSIÓN

Su usted no ha llegado a ser cristiano todavía, el camino para serlo es sencillo y claro. Comienza con algo que la Biblia llama “fe” o “creencia”.² La fe implica depositar nuestra confianza en Jesús y someternos a su voluntad. La fe se expresa a sí misma en el arrepentimiento (la decisión de alejarse del pecado y acercarse a

² Juan 3.16; Marcos 16.16; Hechos 16.31-34.

Dios)³ y en la confesión de que Jesús es el “Señor”.⁴ Esta monumental decisión de seguir a Jesús, es luego sellada y expresada en el hermoso acto del bautismo.⁵

³ Mateo 4.17; Lucas 13.3; Hechos 2.38; 17.30.

⁴ Juan 20.28; Mateo 10.32; Romanos 10.9–10.

⁵ Juan 4.1; Hechos 2.38; 8.38; Romanos 6.4–6; Gálatas 3.27; Colosenses 2.12.

Juan escribió este evangelio con el fin de producir fe en nuestros corazones (20.30–31). ¿Habrá cumplido usted este propósito en su vida? ¿Cree usted en Jesús? ¿Ha llegado usted a ser cristiano? ¿Ha sido fortalecida su fe después de haber andado por este camino? Si así es, Jesús, sin duda, se regocija de que podamos “tener vida en su nombre”. ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

La iglesia de Cristo

durante el siglo primero

Nota del editor: Esta serie de cinco lecciones, es una reimpression del folleto de J. Harvey Dykes, intitulado Hace 1900 años que la iglesia de Cristo fue establecida, el cual fue escrito en 1944. El Hermano Dykes, quien murió en 1982, fue un fiel predicador del evangelio. Durante su vida, también prestó servicios como profesor asistente del curso de oratoria de la Harding University, como director de la cátedra de Biblia de la Oklahoma State University, y como profesor de la Preston Road School of Preaching, en Dallas. Estas lecciones fueron adaptadas y reimpresas con el permiso de la familia del autor.

Hace más de mil novecientos años que la iglesia del Señor fue establecida. Esta fue la iglesia original. No era “su iglesia” ni “mi iglesia”. Era la iglesia de Cristo. No era “su confesión”. No era “una confesión”. No era “el conjunto de las confesiones”. No era una confesión que se denominara de una u otra forma. Era la iglesia de Cristo, su esposa. Ella era la iglesia original, antes de que otras organizaciones fueran fundadas, con el fin de apoyarla, oponérsele, imitarla, o contradecirla.

La iglesia del Señor es comúnmente llamada la iglesia de Cristo en las obras de historia y en varios libros religiosos. Ese título transmite a los lectores la idea de que tales historiadores no se están refiriendo a organizaciones fundadas posteriormente, ni están tomando posiciones en polémica alguna; ellos se están refiriendo a la iglesia de Cristo que fue establecida al comienzo. Este título que se le ha dado la iglesia, está bien escogido para tales propósitos. Hay otras razones por las que se le puede llamar la iglesia de Cristo. Ella es

verdaderamente la iglesia de Cristo. Cristo se refirió a ella cuando dijo: “... edificaré mi iglesia” (Mateo 16.18a). Reiterándolo, ella es suya porque él la compró; ella es “la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20.28b). Ella es suya porque él la edificó. Ella es suya porque él es cabeza de ella (Efesios 1.22). El título “iglesia de Cristo” es bíblico por los saludos que envían las congregaciones, cuando Pablo escribió: “Todas las iglesias de Cristo os saludan” (Romanos 16.16b).

EL COMIENZO DE LA IGLESIA

El primer día de Pentecostés posterior a su resurrección, Jesús estableció su iglesia. Era la hora tercera del día, según el modo de expresar las horas de los judíos, cuando Jesucristo envió al Espíritu Santo desde su trono a la diestra de Dios, a los apóstoles que aguardaban. *Este fue el comienzo de la iglesia.* Fue entonces y allí mismo que la iglesia recibió su vida. Pedro se refirió a esta ocasión como el “principio” (Hechos 11.15). Ese día por primera vez en la historia, Jesús fue proclamado en público como el Cristo (Hechos 2.36). Ese día, el día del comienzo, por primera vez en la historia, a la gente se le mandó ser bautizada en el nombre de Jesús para el perdón de sus pecados (Hechos 2.38). Ese día, por primera vez en la historia, el Señor añadió los salvos a su iglesia (Hechos 2.47).

LA NATURALEZA DIVINA DE LA IGLESIA

Hace más de mil novecientos años a la iglesia se le distinguía por su naturaleza divina. La iglesia era *entonces* la iglesia que Dios había proyectado (Efesios 3.10–11). Ella era la iglesia que Cristo

había comprado con su sangre. Cristo mismo la había edificado. Él le había dado todas y cada una de las porciones de doctrina que habían de predicarse (Gálatas 1.11). Cristo había sido dado “*por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia*” (Efesios 1.22b; énfasis nuestro). Él dotó a sus miembros con su propio nombre, cuando a los discípulos se les llamó “cristianos” (Hechos 11.26). Él era el Salvador de ella y derramó su alma sobre ellos en su amor por la iglesia (Efesios 5.23, 25). Él añadió cada nuevo miembro de su propia voluntad (Hechos 2.47). *La iglesia era la plenitud de Cristo* (Efesios 1.23). Ella era la institución divina a la que ninguna adición ni substracción, ni cambio ni modificación, se le habían hecho. Como era divina, no necesitaba cambios. Ella era la iglesia de Cristo, y él la había hecho conforme a su propio diseño. Ella era divina en su origen, su misión y su destino.

Hace más de mil novecientos años, la iglesia de Cristo era el templo de Dios. Así es como se le llama en 1 Corintios 3.16, pues el Espíritu de Dios y de Cristo moraba en ella. Los escritores del Nuevo Testamento la llamaban la novia de Cristo, pues, ella era su prometida y él la amaba (Efesios 5.22–33). Ellos la llamaban la casa de Dios, pues, Dios era el Padre de ella (1 Timoteo 3.15). Ellos la llamaban el reino de Cristo, pues Cristo era el Rey de ella (Colosenses 1.13). Todo esto era la iglesia entonces.

LA IGLESIA, EL REINO

Hace más de mil novecientos años, la iglesia de Cristo era el reino de Cristo. El nacimiento de la iglesia fue el día que se inauguró el reino. La venida del Espíritu para darle vida a la iglesia, fue la venida del Espíritu para darle poder al reino. Jesús había dicho que el reino vendría con poder y que el Espíritu vendría con poder (Marcos 9.1; Hechos 1.8). La iglesia y el reino eran una sola y la misma institución. ¡Pentecostés, el día que comenzó la iglesia, fue el día de la coronación del Rey Jesús! Fue entonces y allí, que Pedro declaró que Jesús había sido “... exaltado por la diestra de Dios” (Hechos 2.33a). La cabeza de la iglesia era el Rey del reino. Las condiciones de membresía dentro de la iglesia eran que los creyentes se arrepintieran y se bautizaran (Hechos 2.38). Las condiciones de membresía dentro del reino eran las mismas. Jesús había dicho que el nacer del agua y del Espíritu le permitirían a uno entrar en el reino (Juan 3.5). La iglesia y el reino eran lo mismo. Ambos tenían el mismo gobernante, las mismas condiciones de membresía, la misma membresía, y el mismo comienzo en cuanto a tiempo y lugar.

¡La iglesia era la esposa de Cristo, la casa de Dios, el templo de Dios, el cuerpo de Cristo, el reino de Cristo! La membresía dentro de esa iglesia era el más alto privilegio jamás ofrecido al hombre. El miembro más pequeño de la iglesia era más grande, en cuanto a privilegios, que Juan el Bautista. Jesús había alabado a Juan el Bautista por su carácter personal, pero él le asignó un lugar más alto al más pequeño en el reino de los cielos: “Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él” (Mateo 11.11). Juan había formado parte de la labor de preparación, mediante el mensaje que predicó: “... el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3.2); sin embargo, Juan no vivió para ver el día de Pentecostés y ser miembro de la iglesia, un ciudadano del reino de los cielos. Este hecho nuevamente establece cuándo fue que la iglesia de Cristo fue fundada y muestra que la iglesia no existía en los días de Juan el Bautista. Las palabras dichas por Jesús en Mateo 11.11, también señalan la grandeza de Su reino. Los hombres de otros tiempos, aunque grandes por ser fieles siervos de Dios, eran, no obstante, inferiores, *en cuanto a privilegios*, a los miembros del reino, la iglesia.

LA IGLESIA, LA PLENITUD DE CRISTO

Hace más de mil novecientos años que la iglesia de Cristo significaba la plenitud de Cristo (Efesios 1.23). La plenitud del perdón de Cristo se encontraba en la iglesia. La iglesia era perdonada por la sangre de Cristo (Efesios 1.7). La plenitud de la ciudadanía de Cristo se encontraba en su iglesia. Los miembros de esa iglesia eran ciudadanos de los cielos (Efesios 2.19). La plenitud del rumbo a seguir se encontraba en su iglesia. La mesa del Señor se encontraba en su iglesia, en su reino (Mateo 26.29). La plenitud de la oración se encontraba en su iglesia. Él le dio a la iglesia su propio nombre, para que sus miembros pudieran acercarse al trono de la gracia (Efesios 5.20). La plenitud del nombre de Cristo se encontraba en su iglesia. Tan plenamente se identificaba él con su iglesia que le dio a los miembros su propio nombre: Fueron llamados “cristianos” (Hechos 11.26). La plenitud de la causa de Cristo se encontraba en la iglesia, y para los cristianos era ocasión de gozo cuando sufrían persecución por su nombre (Hechos 5.41). Ella era tal como él la edificó, y luego la llenó de sí mismo para perdonar, bendecir, guiar y salvar. Cada miembro de ella estaba dotado de las riquezas de los cielos. Verdaderamente el estado espiritual de ellos era perfecto. Ningún miembro era per-

fecto, pero la iglesia se adaptaba perfectamente a las necesidades espirituales de los miembros. Ellos valoraban la membresía en aquella iglesia, pues la perfección de Cristo caracterizaba su iglesia. La iglesia era la plenitud de Cristo.

LAS VICTORIAS DE LA IGLESIA

Jesucristo coronaba su iglesia con victorias. Como victoria inicial, le dio tres mil miembros el día de su nacimiento (Hechos 2.41). Aunque ésta era una gran victoria, era sólo una victoria representativa. Él amplió sus victorias locales en Jerusalén hasta que la membresía sobrepasó la cantidad de cinco mil (Hechos 4.4). Tan grandes eran las victorias que Cristo le dio a su iglesia, que los hombres se pusieron celosos de ella. Persiguieron a sus miembros hasta la muerte. No obstante, nuestro Señor hace que aun sus enemigos la alaben. Cuando los enemigos de la iglesia procuraron derrotarla en Jerusalén, el Señor de ella la llevó a victorias más arrasadoras en el exterior. Los miembros fueron esparcidos cuando huían procurando hallar lugar seguro. Conforme huían, llevaban la semilla del reino a cada territorio. Hechos registra que ellos “iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hechos 8.4). La palabra se predicaba en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra (Hechos 1.8). Él coronó su iglesia con una victoria universal: la propagación del evangelio por todo el mundo (Colosenses 1.23).

EL FUTURO DE LA IGLESIA

La iglesia estaba desbordante de victorias que conmovieron al mundo para cuando ella alcanzó el primer siglo de su existencia. Ella tenía un Dios, un Padre, un Hijo que era su Salvador, un Espíritu que era su Maestro, una iglesia que era su membresía, y un Libro que era su estándar. ¿Qué le reservaba el futuro a tan gloriosa iglesia? El fuego y la espada de la persecución habían sido incapaces de detener su marcha de conquistas. ¿Continuaría ella su ascenso en resplandor de fe? Ella era pura en la enseñanza, sincera en la adoración y sencilla en la organización. ¿Conservaría ella estas características a través de las edades?

La historia ordinaria nos habla de eventos del pasado. La historia inspirada, o la profecía, nos habla de eventos que tendrían lugar. La profecía es historia escrita antes de que los eventos ocurran. La historia de la iglesia neotestamentaria fue escrita en esta forma. La pregunta acerca de “¿Qué le iba a suceder a esta gloriosa iglesia?” se responde en el Nuevo Testamento:

Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios (2 Tesalonicenses 2.3-4).

Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad (1 Timoteo 4.1-3).

Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas (2 Timoteo 4.3-4).

La profecía no anunció que la iglesia continuaría prosperando, que la fidelidad y la pureza serían características permanentes de su futuro. La persecución vino pero no pudo destruirla. Luego, las influencias nacidas dentro de ella la harían tambalearse. Una apostasía vendría. Hombres salidos de dentro de ella, enseñarían el error, y sus miembros se apartarían de la verdad. Habría uno que se levantaría dentro de ella y vociferaría en contra de Dios, jactándose de grandes cosas. Todo esto llegó a ocurrir. La iglesia ha tenido sus épocas de oscurantismo. Su historia es una historia de victoria al comienzo, y de apostasía después. Cuando se nos pregunta dónde estuvo la iglesia a través de los siglos, esto es lo que decimos: “Ella estuvo exactamente donde la Biblia dijo que estaría”. Estuvo bajo el estigma de oscuridad a causa de la enseñanza de falsos maestros, hombres que corrompieron la adoración, y pervirtieron el evangelio. Aunque estaba en la oscuridad, el Salvador de ella prometió que no fracasaría. Esto fue lo que dijo: “... y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16.18b).

LA PUREZA ORIGINAL DE LA IGLESIA

Todas estas corrupciones y cambios sufridos por la iglesia original fueron contrarios a la voluntad de Cristo. Él les llamó a las doctrinas que causaron estos cambios “doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4.1). Él dijo que el hombre que estaría a la cabeza de estas doctrinas era el “hombre de

pecado" (2 Tesalonicenses 2.3). Él dijo que aquellos que siguieran estas falsas enseñanzas apartarían "de la verdad el oído" (2 Timoteo 4.4). Él mencionó algunos de los desvaríos de ellos, diciendo que mandarían a la gente abstenerse de carne, y les prohibirían casarse. Todo esto se dio en contra de la iglesia y en contra del que la edificó.

Aunque la iglesia sufrió estos abusos, a ella no se le dejó sin medios; pues Cristo, al edificar la iglesia, le proveyó una semilla, la cual podía ser plantada en cualquier edad y en cualquier lugar

para producir otra conforme a la original. La palabra pura de Dios es la semilla viviente que puede producir, que producirá, y que produce, según su género. La iglesia del siglo primero está con nosotros hoy día porque la semilla viviente está con nosotros. El mismo evangelio está todavía estableciendo iglesias de Cristo.

Hace más de mil novecientos años que la iglesia de Cristo fue establecida y hoy día tiene la misma organización, forma de adorar y doctrina.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

La iglesia de Cristo a través de los años

La historia de la iglesia de Cristo es historia inspirada, la cual está escrita en la Biblia. Esta historia no es acerca de algún edificio material de la iglesia, pues no son piedras terrenales las que conforman la iglesia. La historia de la iglesia es una historia de almas. Estas almas son las piedras vivas que forman el edificio espiritual de la iglesia (1 Pedro 2.5). La historia bíblica de la iglesia del Señor, es la historia acerca de las almas redimidas, no de una confesión que lleva tal o cual nombre. La historia de la iglesia, que se encuentra en la Biblia, da comienzo antes de que cualquier confesión actual naciera.

La historia de la iglesia de Cristo es divina. No es un punto de vista humano de los eventos, sino el punto de vista de Cristo de éstos. El Espíritu Santo dictó la historia de la divina institución. Es una historia de la casa de Dios, de la familia de Dios, del cuerpo de Cristo, del reino de Cristo, de la iglesia de Cristo.

UNA HISTORIA BÍBLICA COMPLETA

La Biblia misma nos da una historia completa de la iglesia que Jesús edificó. Las Escrituras mencionan a la iglesia cuando ella aún se encontraba en proyecto, cuando ella estaba en el corazón de Cristo, pero no existía todavía. Jesús dijo: "... edificaré mi iglesia" (Mateo 16.18a). La historia bíblica de la iglesia dice que ella no fue edificada durante el tiempo que Cristo llevó a cabo personalmente su ministerio. No obstante, él dijo: "Edificaré mi iglesia", y esto fue lo que hizo. Desde el período que se encontraba en proyecto, la historia bíblica de la iglesia continúa hasta el día de su fundación,

el primer día de Pentecostés posterior a la resurrección. Hechos 2, es el relato inspirado del establecimiento de la iglesia del Señor. La historia bíblica prosigue a partir de ese día del comienzo, y nos habla de las persecuciones que la iglesia soportó, y del maravilloso crecimiento que tuvo.

La historia bíblica de la iglesia fue escrita toda durante el siglo primero. Para cuando la iglesia cumplió cien años de edad, ya la última línea de la historia inspirada de la iglesia, había sido escrita. No obstante, por el poder inspirado de la predicción, *la historia de la iglesia para todos los siglos, fue escrita durante el siglo primero*. Antes de que los eventos ocurrieran, el Espíritu Santo dijo que la historia de la iglesia sería una historia de "apostasía" (2 Tesalonicenses 2.3). La iglesia no iba a marchar a través de los siglos, por un camino de victorias continuas, siendo cada vez más poderosa, y llenándose de prestigio. La iglesia original se enfrentaría a una gran oposición por parte de falsos maestros, y el verdadero camino sería corrompido. Las mismas predicciones inspiradas que hablaron de tribulaciones que se opondrían a la iglesia, también declararon, como parte de su historia inspirada, que *la iglesia no moriría*. Jesús había dicho: "Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella" (Mateo 16.18b). Aunque muchos desertarían de ella, por causa de la corrupción de la forma de adorar y de la doctrina, aunque por algunas épocas sería empujada a la penumbra, la iglesia no moriría. La iglesia viviría a través de los años. A pesar de la oposición y los reverses externos, la iglesia verdadera podría vivir en cualquier tiempo y lugar del mundo. El Cristo que la edificó la había diseñado para que perdurara

a través de los siglos.

Hace más de mil novecientos años, la iglesia de Cristo fue establecida, pero, ¿cómo sobrevivió esa iglesia y cruzó los continentes para llegar a ser la misma hoy día? La iglesia sobrevivió un siglo, exactamente como sobrevivió un año, y se desplazó de un continente a otro, exactamente como se desplazó de una ciudad a otra. El evangelio de Jesucristo fue el sustento que le llegó íntegro a través del tiempo, y que pudo ser llevado sin sufrir cambio alguno por todo el mundo. El primer día de vida de la iglesia, el evangelio fue predicado, los hombres y las mujeres lo creyeron y lo obedecieron, y el Señor añadió a éstos a su iglesia. Años más tarde, y a muchos kilómetros de distancia, otra congregación de la misma iglesia fue establecida en Corinto. ¿Cómo esparció la iglesia original su semejanza hasta esta otra ciudad años más tarde? ¿Cómo sobrevivió la iglesia el viaje de mil seiscientos kilómetros desde Jerusalén, más de veinticinco años después, para establecerse en Corinto?

UNA PODEROSA DEMOSTRACIÓN

El poder de la demostración es el poder que prueba. Pablo demostró cómo la iglesia pudo extenderse en el tiempo y en el espacio sin pérdida de su diseño, bendición o destino. La historia inspirada dice que Pablo fue a Corinto con el evangelio de Cristo. En Hechos 18.5, dice que él les testificó “a los judíos que Jesús era el Cristo”. Los oyentes respondieron exactamente de la misma manera que otros lo habían hecho el día que la iglesia nació: Creyeron y fueron bautizados. Pablo dijo que ellos llegaban a ser miembros de la iglesia (1 Corintios 1.2), al ser “bautizados en un cuerpo” (1 Corintios 12.13). El evangelio original—predicado, creído y obedecido—dio origen a nuevos cristianos, estableciendo nuevas congregaciones de la misma iglesia, sin importar el tiempo o el lugar.

El evangelio de Cristo es el sustento de su iglesia. Pablo conoció la historia que acabamos de reseñar. Esto fue lo que le dijo a la iglesia de Corinto: “... en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio” (1 Corintios 4.15b). Jesús había dicho que la palabra de Dios sería la semilla de su reino, su iglesia (Lucas 8.11). Esa palabra, esa semilla, es viva y eficaz (Hebreos 4.12). La vida está en la semilla del evangelio. Éste vive para siempre. Pedro dijo que el mundo podría pasar, pero este evangelio semilla, por medio del cual los cristianos fueron engendrados, permanecería para siempre (1 Pedro 1.23–25). Esta semilla siempre viva, dadora de vida, *este evangelio de Cristo*, es lo que Pablo llevó a Corinto. Él la plantó en los corazones de la gente que estaba allí,

y estableció otra congregación de la iglesia de Cristo cuando ellos obedecieron la palabra. Él puso el fundamento de la iglesia de Corinto predicando a Cristo. Pablo *dijo* que así fue como se hizo: “yo... puse el fundamento” (1 Corintios 3.10b). Cristo era el fundamento. Él no predicó a Pedro. Éste y Pablo predicaban a Cristo: “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3.11). *Cristo* es el fundamento que se puede poner en cualquier ciudad, en cualquier siglo. El evangelio es las buenas nuevas de Cristo, la semilla que puede ser plantada en cualquier corazón, en cualquier siglo.

Cuando propagaron el evangelio original de Cristo, los predicadores llevaron la iglesia de una nación a otra, y de una década a otra. Ellos predicaron los mismos hechos que todos los oyentes habían de creer, dieron los mismos mandamientos que todos habían de obedecer, y definieron la misma forma de adorar que todos habían de observar. En una sola palabra, ellos predicaron la “unafe” de Efesios 4.5. Ellos siguieron las instrucciones que Pablo les dio en 1 Corintios 1.10: “... que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”. Ellos tenían el mismo evangelio; todos hablaban la misma verdad. Ponían el mismo fundamento. Plantaban la misma semilla. *Establecían la misma iglesia.* Estos obreros murieron pero el mensaje de ellos contenía la vida de la iglesia, y la iglesia se desplazó dejando atrás las vidas de ellos, para existir en la generación siguiente. Si ellos hubieran cambiado el evangelio, plantado una semilla diferente, o puesto algún otro fundamento, es obvio que hubieran establecido una iglesia diferente.

Esta *única iglesia* fue propagada mediante la predicación de un *único evangelio*. La predicación de una doctrina diferente, produce diferentes iglesias, diferentes formas de adorar y diferentes prácticas. Pablo le pidió a la iglesia que hablaran “todos una misma cosa” en 1 Corintios 1.10. Siempre y cuando así se haga, no podrán existir diferentes nombres, credos y sistemas de adoración. Allí donde haya diferentes nombres, credos y organizaciones, es porque una semilla diferente ha sido plantada. La existencia de nombres, formas de adoración y prácticas que no son iguales a las que produce el evangelio, es prueba de que alguien *no* ha estado enseñando el mismo evangelio que fue enseñado por los evangelistas del siglo primero. Aquel único evangelio llevó a la única iglesia a través del siglo primero y lleva esa misma iglesia a

través de todos los siglos.

DE TAL EVANGELIO, TAL IGLESIA

El evangelio y la iglesia se identifican mutuamente el uno con la otra. El evangelio se puede determinar mediante las características de la iglesia. La iglesia se puede determinar mediante las características del evangelio. Jesús adaptó esta verdad al idioma del mundo natural en su parábola de la cizaña que fue sembrada en medio del trigo, tal como se narra en Mateo 13.24–30. El hecho de que la cizaña creciera en medio del trigo era prueba de que una semilla diferente se había sembrado. Cuando sólo se sembraba semilla de trigo, sólo trigo podía producirse. Cuando el evangelio de Cristo es predicado es la iglesia del Señor la que será producida. Cuando se miran numerosas y extrañas organizaciones, ello es prueba de que numerosas y extrañas doctrinas se han enseñado. Para asegurarnos de que la semilla y la planta sean auténticas, para asegurarnos de que el evangelio y la iglesia sean auténticos, el Espíritu ha escrito una descripción exacta de uno y otro en el Nuevo Testamento. Cuando uno habla las mismas verdades que los predicadores bíblicos hablaron, tiene garantía de que se producirá una iglesia con las mismas características que se observan en las iglesias que aquellos establecieron. Cuando las iglesias tienen las mismas características de las iglesias establecidas por predicadores bíblicos, ello es prueba de que el mismo evangelio fue predicado. De tal semilla tal planta. De tal planta, tal semilla. *¡De tal evangelio, tal iglesia! ¡De tal iglesia, tal evangelio!*

EL PATRÓN ORIGINAL

La Biblia contiene el patrón original del evangelio y de la iglesia. Si un constructor desea que las piezas que sostienen el techo se ajusten a un patrón, él usará solamente el patrón original para cortarlas. Si fuera a utilizar el patrón para sacar otro patrón, y luego utilizara el segundo para cortar un tercero, y así hiciera sucesivamente, pronto se vería alejado del patrón con el cual había dado inicio. Si el evangelio nos hubiera llegado mediante la transmisión oral, durante los cientos de años que han pasado, hoy estaríamos alejados de su pureza original. El Espíritu Santo nos ha protegido de esta tragedia; él ha escrito el evangelio de Cristo y ha conformado el patrón permanente que se encuentra en el Nuevo Testamento. Del mismo modo, si cada generación copia el plan para la iglesia de la generación anterior, al final habrá una gran desviación con respecto del original. El Espíritu Santo nos ha protegido de este error. Nos ha preservado la imagen de la

iglesia original en el Nuevo Testamento.

Nosotros no nos dirigimos al siglo noveno, ni al quinto, ni al tercero en búsqueda de un modelo de predicación del evangelio. Es al siglo primero al que nos dirigimos. Fue durante este *tiempo* que se dio el modelo correcto. Nosotros no nos dirigimos a Boston, ni a Londres, ni a Augsborg en búsqueda de un modelo de predicación. Es a Jerusalén adonde nos dirigimos. Fue en este *lugar* donde se dio el modelo correcto. Nosotros no nos dirigimos a sucesores, ni a substitutos, ni a falsos apóstoles en búsqueda de un modelo de predicación del evangelio. Nosotros nos dirigimos a los apóstoles originales. Ellos fueron las *personas* que predicaron el modelo correcto. Nosotros no nos dirigimos a una revisión, ni a un credo, ni a una explicación del evangelio en búsqueda de un modelo de predicación del evangelio. Nosotros nos dirigimos al Nuevo Testamento. Es en este *libro* donde se da el modelo correcto. Todo lo que creemos es enseñado con las palabras del Espíritu Santo. Todo lo que mandamos es mandado por las palabras del texto del Nuevo Testamento. ¡Para hallar un modelo de predicación del evangelio, dejamos atrás las tradiciones, los sucesores, y los imitadores del Nuevo Testamento! Éste es verdadero, genuino y seguro. A través del infalible Nuevo Testamento, *volvemos nuestra mirada al tiempo y lugar del comienzo y escuchamos a los apóstoles originales*. Conocemos el mensaje de ellos, palabra por palabra, pues fue el Espíritu el que lo grabó. Lo creemos todo. *Sabemos* cómo era el evangelio entonces, y ése es nuestro patrón.

Para hallar un patrón para la iglesia de nuestro Señor, nosotros volvemos nuestra mirada a un tiempo más allá del siglo dieciocho con sus denominaciones. Dirigimos nuestra mirada más allá del siglo quince, cuando sólo un elemento de la cena del Señor se empezó a utilizar para la celebración de ésta. Volvemos nuestra mirada más allá del año 1311, cuando el bautismo se definió como rociamiento. Volvemos nuestra mirada más allá del siglo séptimo, cuando fueron introducidos los instrumentos de música en los servicios de adoración. Volvemos nuestra mirada más allá del siglo sexto, cuando la fuente de agua fue colocada a la entrada. Volvemos nuestra mirada más allá del siglo cuarto, cuando los obispos comenzaron a gobernar a más de una congregación. Volvemos nuestra mirada al tiempo y el lugar del comienzo, a la iglesia original. Sabemos cómo se distinguía en cuanto a su nombre, forma de adorar, organización, condiciones de membresía, mensaje, vida y esperanza; pues, el Espíritu Santo grabó esta información para nosotros. Queremos ser lo que la iglesia original fue —*nada*

más, nada menos, nada diferente. Sabemos cómo fue la iglesia entonces, y ese es nuestro patrón.

LA MISMA IGLESIA

Nuestra meta no es ser semejantes a una iglesia que haya existido hace cien años, ni es seguir a algún predicador que haya vivido hace quinientos años, ni a algún, así llamado, apóstol que haya vivido hace mil años. No debemos seguir un libro que se haya escrito acerca del evangelio. Hemos de ser la iglesia tal como Cristo la edificó. Hemos de obedecer el evangelio tal como los hombres inspirados lo predicaron, el evangelio tal como el Espíritu Santo lo escribió. Deseamos ser la misma iglesia

—con las mismas condiciones de membresía, la misma fe, el mismo bautismo, la misma forma de celebrar la cena del Señor, la misma música, los mismos líderes, el mismo nombre, la misma unidad, el mismo estándar y la misma esperanza. Esta es la iglesia que se ha mantenido a través de los siglos mediante el sustento que le da vida, la semilla viviente que es la palabra de Dios. Esta es la iglesia de Cristo hoy día. Las siguientes lecciones mostrarán parte por parte, que...

Hace más de mil novecientos años la iglesia de Cristo fue establecida y hoy tiene la misma organización, forma de adorar y doctrina.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

La iglesia de Cristo de hoy día, 1

Vimos, en la primera lección de esta serie, lo que la iglesia de Cristo era en el siglo primero. La iglesia de Cristo dio comienzo el primer día de Pentecostés posterior a la resurrección. En cuanto al lugar, ella dio comienzo en Jerusalén. En cuanto al edificador, ella fue fundada por Jesucristo. En cuanto al material, ella se componía de almas redimidas. En cuanto a denominación que la distinguiera, no tenía *ninguna*. En cuanto a la historia, ella prosperó en gran manera, pero enfrentó una apostasía, la cual tuvo lugar conforme al anuncio inspirado.

Nuestra segunda lección nos contó cómo la iglesia de Cristo se preservó a través de los siglos, a través de un período de apostasía. La iglesia fue dotada por su edificador de la semilla que le da vida. Esa semilla viviría y permanecería por siempre. El Espíritu Santo preservó para siempre el patrón del evangelio, y el patrón de la iglesia, en los escritos del Nuevo Testamento. La identidad y poder de esta semilla son incuestionables. En cualquier momento y en cualquier lugar, los hombres pueden recibir la enseñanza del Nuevo Testamento en sus corazones, y seguirla, para llegar a ser la iglesia de nuestro Señor.

En esta lección y en la siguiente, consideraremos la iglesia de Cristo de hoy día. Veremos con detalles prácticos, cómo la misma iglesia que se definió en las lecciones anteriores, se ha perpetuado a través de los años, y es hoy la misma iglesia.

LAS MISMAS CONDICIONES DE MEMBRESÍA

La iglesia de Cristo es hoy día la misma iglesia que

existió hace más de mil novecientos años, porque sus condiciones de membresía son las mismas. El Cristo que edificó la iglesia determinó las condiciones de membresía. A través de sus predicadores inspirados, él les ofreció membresía dentro de la iglesia a todos los que 1) creyeran en que él es el Hijo de Dios, 2) se arrepintieran de sus pecados, 3) confesaran su nombre delante de los hombres, y 4) se bautizaran para el perdón de sus pecados. No puede haber duda de que fue bajo estas condiciones que el Señor le añadió gente a su iglesia. Puede que hoy día haya debate en cuanto a si sería suficiente hacer algo más, algo menos o algo diferente—pero nadie podría poner en duda que lo que se hacía al comienzo era lo correcto. Hoy día, la misma iglesia tiene las mismas condiciones de membresía.

La fe en que Jesús es el Hijo de Dios, era la primera condición. Jesús había dicho: “Todo el que creyere y fuere bautizado será salvo” (Marcos 16.16a). El día de Pentecostés, Pedro llamó a los oyentes a tener fe cuando dijo: “... sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2.36). Pablo llamó a tener esta fe, cuando dijo: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16.31). Felipe pidió que se tuviera esta fe cuando le dijo al que pedía ser bautizado: “Si crees de todo corazón, bien puedes” (Hechos 8.37a). La fe en Cristo era la fe que se requería para ser miembro de la iglesia de Cristo. Ellos se aseguraban de que los potenciales miembros creyeran en Cristo. Sin esa fe, ellos no podía ser miembros. No obstante, no cuestionaban a los convertidos sobre su fe en Pedro,

en Andrés, en Santiago o en Juan. Tampoco los cuestionaban sobre su fe en algún, así llamado, profeta moderno o mesías rival. La verdadera iglesia de hoy día halla igualmente suficiente la fe en Cristo. Esta es la fe requerida para la membresía hoy día. Es la misma iglesia hoy día porque requiere de esa misma fe.

El arrepentimiento era la segunda condición. Jesús había dicho: "... que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lucas 24.47). El día de Pentecostés, Pedro les dijo a los que habían creído (Hechos 2.37) que se arrepintieran (Hechos 2.38). Pablo dijo que "Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan" (Hechos 17.30b). El arrepentimiento todavía sigue siendo un mandamiento para todos los que llegarían a ser miembro de la iglesia de Cristo.

La confesión de fe en Cristo era la tercera condición. Pablo dijo: "... con la boca se confiesa..." (Romanos 10.10b). Timoteo había "hecho la buena profesión [o confesión] delante de muchos testigos" (1 Timoteo 6.12b). El ejemplo del etíope se encuentra en Hechos 8.37b. Cuando Felipe le preguntó acerca de su fe, el etíope declaró: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios". *Esa* es la buena confesión. Se puede hacer leyendo textualmente lo que dice la Biblia. La confesión bíblica no es una declaración suya en el sentido de que Dios le ha perdonado, por Cristo, sus pecados. No es bíblica una confesión en la que usted afirme haber tenido una experiencia especial muy suya. La confesión bíblica es la confesión en el sentido de que se cree que Jesús es el Hijo de Dios. La iglesia de Cristo todavía emplea la misma confesión de fe en Cristo que se utilizaba hace más de mil novecientos años, la misma tal como fue escrita para ejemplo, por el Espíritu Santo.

El bautismo para el perdón de pecados era la cuarta condición. Jesús había dicho: "El que creyere y fuere bautizado será salvo" (Marcos 16.16). Él había dado mandamiento en el sentido de ir y hacer "discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mateo 28.19). El día de Pentecostés, Pedro dio el siguiente mandamiento a los oyentes del evangelio: "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados;..." (Hechos 2.38). Más adelante se lee así: "Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas" (Hechos 2.41). "Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos" (Hechos 2.47b). Ellos completaron los requisitos de membresía cuando fueron bautizados y el Señor mismo los añadió a su iglesia. *Así es como las personas llegan a*

ser miembros de la iglesia de Cristo de hoy día.

Su iglesia de hoy día es la misma que existió hace más de mil novecientos años porque las condiciones de membresía son las mismas. Ellas se estipulan en ese orden en el Nuevo Testamento, y se ilustran por medio de ejemplos en el Nuevo Testamento. Ellas son coronadas por la declaración en el sentido de que el Señor añadía a su iglesia a todos los que le hubieran obedecido bajo estas condiciones. ¿Habría obligado el paso de los siglos a que la gente acepte un sustituto o versión adulterada de ellas? No es así. *Usted puede obedecer el mismo evangelio y confiar en que el mismo Señor le añadirá a la misma iglesia.*

Cuando las personas cumplen con estas condiciones de membresía, ellas no tienen causa ni disposición para gloriarse en sí mismas. Estas condiciones no fueron inventadas por ellos; ellas constituyen el orden establecido por Cristo. Estas condiciones no son establecidas ni siquiera por los miembros de la iglesia. Las condiciones fueron establecidas por la cabeza de la iglesia, por Cristo mismo (Colosenses 1.18). El espíritu de humildad ha sometido nuestras almas y nos ha colocado a los pies de Cristo. Nosotros obedecemos sus mandamientos. El espíritu de lealtad a Cristo nos niega la libertad de establecer condiciones y mandamientos por nuestra propia cuenta. Podríamos intentar sonar más generosos o más exigentes que Cristo, e imponer condiciones de membresía de nuestra propia invención. Podríamos requerir de los hombres que hicieran el compromiso de seguir algún credo que podríamos escribir. Podríamos decirles que "se hagan de una religión". Podríamos pedirles que se "se contagien de la religión". Luego nosotros, la iglesia, podríamos elegir a los futuros miembros. Todo esto podríamos hacer y tomar de las manos de Jesús todo el asunto. Podríamos mandar que se cumplieran prácticas que no se encuentran en el Nuevo Testamento y tomar la silla del juez en lugar de dejar que sea Cristo el que añada miembros a la iglesia. Podríamos establecer nuestro propios credos, condiciones, elecciones e iglesias —pero preferimos las de Cristo. Él nos enseñó que aun si observáramos todos sus mandamientos siempre seríamos siervos inútiles; sólo habríamos hecho lo que *debíamos* haber hecho (Lucas 17.10). No hay duda de que si abandonamos sus preceptos por los nuestros, habríamos hecho lo que *no debíamos* hacer.

LA MISMA FORMA DE ADORACIÓN

La iglesia de Cristo de hoy día es la misma iglesia que existió hace más de mil novecientos años, porque tiene la misma forma de adoración. Al seguir el patrón

de membresía en la iglesia, también seguimos el patrón para la forma de adoración.

La cena del Señor

La iglesia del siglo primero se distinguía por su forma de adoración. Hasta el día cuando se adoraba contrastaba con el de las otras religiones. La fe de Israel había hecho del último día de la semana un día especial. Los paganos tenía varias fechas sagradas. Los cristianos se reunían el primer día de la semana (Hechos 20.7). Esto era así no sólo en el caso de la iglesia de Troas, sino también en el de las iglesias de Galacia y de Corinto (1 Corintios 16.1-2). El propósito para el cual se reunían, era partir el pan.

En el hermoso lenguaje de la Biblia, “la iglesia del Señor” (Hechos 20.28) comía “la cena del Señor” (1 Corintios 11.20) en “el día del Señor” (Apocalipsis 1.10). Ellos comían y bebían en memoria de su Cristo y Salvador. Este es el monumento a la memoria de Cristo que ha sobrevivido las tempestades del paso de los siglos y de la apostasía sin empañarse ni estropearse. Hoy día esa misma cena la observa el mismo día la misma iglesia para el mismo propósito. Cristo no nos dijo que comiéramos o bebiéramos para remisión de los pecados, pero sí nos dijo que su sangre fue derramada para remisión de los pecados (Mateo 26.28). Nos dijo que observáramos la cena en memoria de él, para anunciar su muerte y sufrimiento hasta que él venga nuevamente (1 Corintios 11.23-26). Cuando el día del Señor llega semana a semana, la iglesia del Señor se reúne para la cena del Señor, tal como se hacía en el siglo primero.

Las finanzas de la iglesia

En la reunión del día del Señor, los miembros daban de sus recursos para sostener la obra. La iglesia era la única “sociedad misionera” que había en el mundo del siglo primero. A los miembros se les comisionó con la predicación del evangelio. La iglesia era también la organización caritativa, a través de la cual los cristianos hacían su obra de benevolencia. El mundo era un campo ilimitado para la proclamación del evangelio, y había disponibles muchas oportunidades para la obra caritativa. El tesoro de la iglesia siempre estaba siendo llenado por generosas contribuciones, y siempre estaba siendo utilizado en el servicio cristiano. Durante las reuniones del día del Señor, cada miembro ponía “aparte algo”, con el fin de ayudar en esta gran obra (1 Corintios 16.1-2). Cada uno daba según había prosperado. Este sistema de finanzas funcionaba. Era sistemático y regular. Los miembros habían de dar de su liberalidad y conforme a su prosperidad.

Este mismo sencillo y eficaz sistema es el que financia a las iglesias de Cristo de hoy día. Cada primer día de la semana, a los miembros se les alienta a apartar algo, y a darlo según Dios los ha prosperado. Cada miembro se propone en su corazón lo que va a dar (1 Corintios 16.1-2; 2 Corintios 9.7). La iglesia de hoy día puede crecer en la gracia de dar y llegar a ser más liberal, pero no hay hombre ni ángel que pueda proponer mejor sistema para financiar a la iglesia. Ése era el plan de Cristo desde mucho tiempo atrás. Sigue siendo el plan que le resulta a la iglesia de hoy día. Deseamos ser cada vez más como la iglesia conformada por los que “a sí mismos se dieron primeramente al Señor” (2 Corintios 8.5), y como el Cristo que se dio a sí mismo en su totalidad (2 Corintios 8.9).

La música de la iglesia

Hace mucho tiempo, los que se acercaban a la reunión de la iglesia escuchaban música. Era la música de voces que cantaban con “salmos, con himnos y cánticos espirituales” (Efesios 5.19). Con estas voces ascendía a los cielos una música demasiado refinada como para que la puedan captar oídos humanos. A sus voces, las cuales le daban alabanza audible a Dios (Hebreos 13.15), les acompañaba la más dulce música de sus corazones. Éste era el acompañamiento musical de ellos. El arpa y el corno eran igualmente desconocidos en sus sagrados cultos (Colosenses 3.16).

De su servicio de cánticos manaba una vitalidad llena de significado. En Efesios 5.19, se le describe como “hablando entre vosotros”. Esta era la manera como se enseñaban y se amonestaban unos a otros. El cántico, lo que se hablaban, la enseñanza y la amonestación, son todas funciones demasiado elevadas como para poder ser ejecutadas por instrumentos mecánicos. Este era el servicio del evangelio, a través de cánticos, que se daba cuando la música de la iglesia era la música de voces humanas, y su acompañamiento era el corazón que adoraba lleno de vibraciones. Esta era música sencilla, pero era espiritual en clase y sagrada en diseño. Las artes de los hombres no pueden igualarla. Cristo la seleccionó, el Espíritu Santo la ordenó, y Dios la recibió. El hombre podrá sustituirla, pero no mejorarla. Se puede decir que lo mismo se da en la iglesia de Cristo de hoy día, pues ésta tiene la misma música en la adoración. En esto y en todas las demás cosas, es un deleite saber que...

Hace más de mil novecientos años, la iglesia de Cristo fue establecida y hoy día tiene la misma organización, forma de adorar y doctrina.

La iglesia de Cristo de hoy día, 2

*Hace más de mil novecientos años, los nombres de la iglesia de Cristo fueron dados por vocabulario inspirado. El Espíritu Santo dio los títulos y descripciones de la iglesia. Todos y cada uno de esos nombres son aceptados, utilizados, y reclamados por la iglesia de Cristo de hoy día. No seríamos la misma iglesia si nos rehusáramos a llevar *estos* nombres. No seríamos la misma iglesia si procuráramos llevar *otros* nombres. Así como en la forma de adorar, también en los nombres que lleva la iglesia del Señor: nada más, nada menos y nada diferente de lo que hay en las Escrituras inspiradas.*

LOS MISMOS NOMBRES, LA MISMA IGLESIA

El Espíritu se refirió a la iglesia en los siguientes términos: “la iglesia” (Colosenses 1.24), “la casa de Dios” (1 Timoteo 3.15), “la iglesia de Dios” (1 Corintios 1.2), “la familia de la fe” (Gálatas 6.10), el “reino de su amado Hijo” (Colosenses 1.13), “la congregación de los primogénitos” (Hebreos 12.23), “el cuerpo de Cristo” (Efesios 4.12), “la iglesia del Señor” (Hechos 20.28), y “las iglesias de Cristo” (Romanos 16.16). Estos nombres, junto con otros de las Escrituras, constituyen la manera como el Espíritu Santo se refiere a la iglesia de Cristo.

Aspiramos a ser hoy día la iglesia que Jesús edificó y guió en el siglo primero. Como parte de esa aspiración, llevamos los mismos nombres que el Espíritu Santo le dio a la iglesia primitiva. Si eligiéramos otros nombres, estaríamos reduciendo, en esa medida, nuestra aspiración a ser aquella iglesia. Si necesitáramos o requiriéramos de otros nombres, ello significaría, por supuesto, que somos

otra organización o iglesia. Si vamos a ser fieles en la forma de adorar, en la doctrina, y en el modo de vivir, a nuestra cabeza, que es Cristo, entonces tendremos derecho a llevar los nombres que él ha santificado para su iglesia. El llevar estos nombres, a la vez que se pervierte la forma de adorar, y se pasan por alto sus enseñanzas, sería como ponerle un título sólido a una institución hueca.

En la Biblia, a los miembros de la iglesia se les llama: “hermanos”, “creyentes”, “miembros”, “discípulos”, “sacerdotes”, e “hijos de Dios” (Romanos 12.1; 1 Timoteo 4.12; 1 Corintios 1.2; 1 Corintios 12.20; Hechos 9.1; 1 Pedro 2.9; 1 Juan 3.1). Todos estos fueron, por supuesto, nombres comunes. Ellos llevaron un nombre que fue un nombre propio. “... y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía” (Hechos 11.26b). Pablo les advirtió en contra del uso de nombres sectarios o partidistas:

Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. Porque he sido informado... que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo? (1 Corintios 1.10–13).

Hay muchos que dicen que un nombre no es nada. Esto dista mucho de concordar con la Biblia:

Y en ningún otro hay salvación; porque no hay

otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos (Hechos 4.12).

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla... (Filipenses 2.9–10a).

... pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello (1 Pedro 4.16).

Porque ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles (3 Juan 7).

El nombre no lo es todo, pues debemos seguir a Cristo en todos los aspectos así como en el del nombre. No obstante, el nombre de Cristo es el único nombre bajo el cielo en que podemos ser salvos. El nombre “cristiano” es el nombre bajo el cual podemos prestar servicio y sufrir sin tener que avergonzarnos. Cuando uno dice: “¿Qué es un nombre?”, está sin duda a punto de proponer un nombre que no se encuentra en la Biblia. En cuanto a los nombres para la iglesia, y en cuanto a los nombres para los miembros, la iglesia de Cristo de hoy día es la misma iglesia que existió hace más de mil novecientos años.

LOS MISMOS LÍDERES

Los líderes de cada congregación de la iglesia de Cristo de hoy día son los mismos que los de la iglesia de hace más de mil novecientos años. Pablo se dirigió a la congregación de Filipos y a los “los obispos y diáconos” de ella (Filipenses 1.1). Los obispos de la congregación eran lo mismo que los ancianos. Ellos son los mismos que se identifican en dos listas de requisitos que se encuentran en 1 Timoteo 3.1 y Tito 1.5. Por la naturaleza de su oficio como supervisores (Hechos 20.17, 28), se les llamó obispos. Por la dignidad y señorío de su cargo, se les llamó ancianos (1 Timoteo 3.1). Por la misma razón, se les llamó presbíteros, y al grupo de ellos, presbiterio (1 Timoteo 4.14). Por su autoridad, ellos eran gobernantes (Hebreos 13.17; versión King James). Por su cuidado del rebaño, eran pastores o apacentadores (1 Pedro 5.2–4; Efesios 4.11). Cada congregación tenía una pluralidad de estos supervisores (Tito 1.5). Era inaudito que un solo obispo gobernara una congregación, y más lo era, que un obispo tuviera autoridad sobre varias congregaciones. Cada congregación tenía el consejo equilibrado de un grupo de obispos que supervisaban la obra y los actos de adoración de la iglesia. Bajo este sistema, inspirado por el Espíritu Santo, la iglesia llegó a tener gran prosperidad. Bajo este sistema hoy día, la iglesia es bendecida.

Los diáconos prestaban servicio a la iglesia bajo la supervisión de los ancianos. El Espíritu consignó los requisitos de ellos, igual como hizo con los de los ancianos (1 Timoteo 3.1–13). Los ancianos y los diáconos prestaban servicio en cargos establecidos por el Espíritu Santo. La iglesia de hoy día puede tener, y tiene los mismos líderes, pues el Espíritu le ha especificado los estándares. Cuando hoy día se ponen en tales cargos hombres que concuerdan con la misma descripción, podemos saber que la iglesia tiene los mismos oficiales que tuvo en el comienzo. Si establecemos nombres y títulos de nosotros mismos, y creamos cargos y oficiales que no se encuentran en la Biblia, llegaremos a ser una iglesia diferente. La naturaleza humana es la misma, y los hombres todavía aman la alabanza de los demás (Mateo 23.7–12). Los hombres se han dado a sí mismos prestigiosos títulos que vacían de significado las descripciones del trabajo que se hacía dentro de la iglesia primitiva. En aquellos lugares y momentos en los que hombres son los mismos siervos humildes de Cristo que fueron los oficiales de la iglesia primitiva, ellos llevarán los mismos títulos con gozo y reducirán su autoridad a la misma esfera limitada con humildad.

Bajo esta modesta organización, la iglesia tuvo su más grande prosperidad espiritual. Este sencillo plan, que le daba a cada congregación sus propios obispos y diáconos, era no sólo el plan de Cristo, tal como el Espíritu Santo lo dio, sino que también fue el plan que demostró tener *éxito* dado el progreso que tuvo la iglesia cuando se guió por él. Las desviaciones del plan fueron algunas de las características que marcaron el proceso de desvío del camino de la verdad. El período conocido como la “apostasía” habría de caracterizarse por hombres llenos de ambiciones personales, que no se contentarían con el humilde plan de Cristo (2 Tesalonicenses 2.3–4). Esto llegó a ocurrir, y el sencillo plan para que cada congregación fuera completa, con sus propios líderes, fue abandonado a cambio de un diseño que le dio forma a la organización de la iglesia reflejando la estructura política del Imperio Romano. El apóstol Juan dijo: “Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios;...” (2 Juan 9). Los que han dejado atrás el plan original, han dejado atrás la fe, y esa parte de la iglesia de Cristo que siguió ese camino de transgresión perdió el poder que a ella le daba el ser pura en su organización. Hoy día la iglesia de Cristo tiene los mismos líderes para las congregaciones, que fueron dados por los apóstoles inspirados. Ellos llenan los mismos requisitos, llevan los mismos títulos, prestan

servicio dentro del mismo ámbito, enseñan y defienden la misma doctrina, y ofrecen las mismas ventajas a la membresía de la iglesia.

PREDICADORES Y TÍTULOS

Los predicadores de la iglesia de Cristo de hoy día son los mismos, en cuanto a nombre y obra, que existieron hace más de mil novecientos años. A ellos se le llamaba predicadores porque anunciaban el evangelio (Romanos 10.14). Ellos eran evangelistas porque eran heraldos del evangelio (2 Timoteo 4.5). Ellos eran servidores porque servían bajo el evangelio (1 Corintios 3.5). No eran pastores. El trabajo de “pastoreo” era de los obispos o ancianos, no del predicador. Los predicadores jamás reclamaron para sí —ni los cristianos les dieron— títulos tales como el de “Reverendo” o el de “Venerable”. Los predicadores de la misma iglesia de hoy día siguen la misma práctica.

UNIDAD

La plataforma para la unidad que el evangelio propone, es la misma para la iglesia de Cristo de hoy día, que fue para la de hace mil novecientos años. La *oración* por la unidad era “que todos sean uno” (Juan 17.21a). Esta fue la oración de nuestro Señor, y ella nos compromete a cumplir resueltamente su deseo. La petición que nuestro Señor le hizo al Padre, debería ser una poderosa motivación para nosotros. Su oración es nuestro deseo. “El nombre de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 1.10a) era *la autoridad para la unidad*. Bajo esta solemne autoridad, el apóstol Pablo impuso la unidad entre los cristianos primitivos. Nuestra actitud es obligada por este dominante nombre. La unidad se nos impone como un mandamiento de nuestro rey.

El estar “perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Corintios 1.10b) era *la profundidad de la unidad*. Esto sirvió de sondeo del alma, sondeo que busca en ésta la sinceridad. Escudriña nuestros corazones buscando allí la unidad verdadera, y que avasalla el alma. Nos somete a Cristo para renunciar al ego y seguirlo a él. Dos personas que se centren en su ego, crearán división, es decir, dos formas diferentes de pensar. Mil personas que se centren solamente en sí mismas, insistirán en que se atienda a mil diferentes modos de pensar. Cuando es Cristo el que está en perfecto dominio, sólo habrá un modo de pensar para todos —sean éstos dos o dos mil— los que le obedezcan ese completo mandamiento.

Cristo declaró *el objetivo de la unidad* cuando dijo: “que el mundo crea” (Juan 17.21b). Este

objetivo, establecido en las oraciones de Jesús, era la evangelización. La unidad entre los seguidores de Cristo había de resultar en la conversión de los demás. Jesús pidió que hubiera unidad, con el fin de alcanzar ese objetivo, cuando le dijo al Padre: “que el mundo crea que tú me enviaste”. Es obvio que no podríamos convertir almas a Cristo si siguiéramos a otro que no sea Cristo. La unidad en el seguimiento de Cristo debe excluir a otros a quienes seguir. Él es el único a quien seguir. Se perdería el objetivo si se pusiera la mirada en otros además de Cristo. Nuestro objetivo en la unidad es Jesús, y nosotros no creemos ni practicamos la clase de unidad que desvíe los pensamientos de los no salvos hacia cualquier otra persona.

La esfera de la unidad estaba definida por “La unidad del Espíritu” (Efesios 4.3b). Los cristianos primitivos hallaron dentro del ámbito de la enseñanza del Espíritu, el lugar o escena de la unidad. Esta es la provincia de la unidad para con nosotros hoy día. Cuando andamos según el Espíritu, estamos unidos en una misma mente. Esta es la *unidad del Espíritu*. La sustitución de esta unidad por otra, o la adición de otra unidad definida por nosotros mismos, haría añicos la unidad del Espíritu. Podríamos ponernos de acuerdo sobre varias ideas que no son del Espíritu, y establecer nuestro propio sistema. Podríamos salirnos de la esfera del Espíritu, y unirnos sobre nuestra propia plataforma. Como ésta no sería la unidad del Espíritu, tenemos el cuidado de evitarla a favor de la unidad que sí es del Espíritu.

El medio para alcanzar la unidad se expresaba en las palabras: “que habléis todos una misma cosa” (1 Corintios 1.10a). Detrás de este medio había corazones convertidos, dispuestos a dejar que Cristo impusiera su manera de pensar. El hablar todos la misma cosa era el medio visible. Hoy día, todos hablamos la misma verdad. Esto es posible cuando cada uno se despoja de sus propias opiniones y especulaciones y se contenta con hablar con las palabras de la Biblia. Si cada uno hablara con sus propias palabras, nos haríamos pedazos como las sectas. Cada uno ha aceptado la mente de Cristo, y todos hablan como si fueran uno solo. Las muchas preguntas que surgen son contestadas por el lenguaje de la Biblia. Por ejemplo, si alguien preguntara: “¿Qué es el bautismo en cuanto al acto que lo lleva a cabo?”, todos daríamos la misma respuesta, citando el texto bíblico: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte” (Romanos 6.4a). Jamás podríamos hablar la misma cosa si lo que hablamos son nuestras propias ideas. Nos resultará fácil hablar la misma verdad cuando

hablemos las palabras del Espíritu Santo. Este es el medio de la unidad.

El límite de la unidad estaba definido por la doctrina que habían aprendido (Romanos 16.17c). Más allá de ese límite, estaban advertidos que no debían ir los cristianos. El pasarse de ese límite conduciría a “divisiones y tropiezos en contra de la doctrina” que habían aprendido (Romanos 16.17b, c). Lo anterior significaría *la destrucción de la unidad*. En este terreno no nos atrevemos a entrar. Cuando se traspasan los límites de lo que la Biblia enseña con *tantísimas palabras*, ello equivale a entrar en el terreno de las “divisiones y tropiezos”. Una vez que abandonamos lo que Dios ha dicho, y nos introducimos en la esfera de las opiniones y especulaciones de los hombres, destruimos la unidad del Espíritu. Es lo que Dios *no* ha dicho, lo que ha causado división y ocasiones de tropiezo. Lo que Dios *ha* dicho es lo suficientemente claro como para servirle de plataforma para la unidad a *los que están dispuestos*. Denos las palabras de los hombres, y acto seguido habrá discordia. Denos la Biblia, y seremos uno solo. La unidad tiene sus límites; más allá de la palabra de Dios se encuentra la división. El mensaje de unidad que se predica,

en medio de algunos de los que se encuentran fuera de la palabra de Dios, no es “*unidad del Espíritu*”. Según la palabra de Dios, la expresión: “un corazón y un alma” (Hechos 4.32b), es *la demostración de la unidad*.

La iglesia de Cristo tiene su plataforma original para la unidad. Al comienzo estuvimos unidos por el seguimiento que cada uno hace de Cristo. Estuvimos unidos sobre la enseñanza dada por el Espíritu Santo. Muchos se han *dividido y apartado de nosotros* para salirse de Cristo, del Espíritu, de la Biblia, de la iglesia, para entrar en sectas, en ámbitos denominados por nombres dados por hombres y gobernados por credos de hombres. Nuestro amor y caridad hacia todos son todavía tan prolíficos como la enseñanza del Espíritu Santo; abrazamos todo lo que éste nos recomienda. Nuestra cautela es todavía tan limitada como el Espíritu Santo: Donde él no nos lleva, nosotros no vamos. Esta es la unidad del Espíritu, la unidad de la iglesia de Cristo.

Hace más de mil novecientos años, la iglesia de Cristo fue establecida y hoy día tiene la misma organización, forma de adorar y doctrina.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Preguntas acerca de la iglesia de Cristo

La Biblia no deja ninguna duda acerca de lo que la iglesia fue en el siglo primero. La organización, la forma de adorar, y la doctrina de ella, están todas claramente delineadas. Tampoco pueden haber dudas acerca de lo que esa misma iglesia sería hoy día. Es evidente que sería la misma, caracterizada por los mismos rasgos de organización, la misma forma de adorar y la misma doctrina. Aquí, no obstante, es una cuestión que probablemente le cause sorpresa a muchas personas: *La iglesia que claramente distinguimos en las páginas de las Escrituras puede realmente existir en el mundo de hoy día.* Con nada más, nada menos y nada diferente de los nombres, forma de adorar, líderes, y propósito que la iglesia tuvo al comienzo, la iglesia puede vivir, vive y prospera hoy día. Lo que la iglesia *fue* en el siglo primero, es una cuestión en la que hay acuerdo general. Lo que en amplios círculos se pone en duda, es que esa misma iglesia pueda existir hoy día sin la adición, por el hombre, de nombres, de oficiales y de credos. Aunque no es difícil conocer lo que la iglesia original fue, el mundo se ha saturado tanto con el sectarismo, que es difícil para la gente hacer alguna aplicación práctica del patrón y pureza original a nuestros días.

Todo el prestigio de los títulos y trajes ceremoniales, clama en contra de la simple proposición de ser solamente lo que la iglesia era en el siglo primero. ¿Qué son los títulos y los trajes cuando se les examina a la luz de una aventura de fe en la Biblia? Se nos ha dicho que las sendas antiguas son oscuras; pero, he aquí, están tan claras y tan frescas como lo estuvieron al comienzo, cuando se delinearon en el Nuevo Testamento inspirado. Se

nos ha dicho que el patrón original era obsoleto; pero, he aquí, lo predicamos y cientos de iglesias son establecidas cada año. Se nos ha dicho que causaríamos división; pero, he aquí, hombres de todos los credos se han vuelto a la unidad del Nuevo Testamento.

En lecciones anteriores hemos abarcado —punto por punto— la organización, forma de adorar y doctrina, de la iglesia de hace más de mil novecientos años, y de la iglesia de hoy. La conclusión es que la iglesia se ha desplazado a través de los siglos para ser la iglesia de hoy día. Esto es más que teoría; es un *hecho*. Esto es más que una posibilidad; es una *realidad*.

Además de los puntos tratados en las lecciones anteriores, algunas cuestiones podrían ser tratadas rápidamente en forma de pregunta. Estas son buenas y sinceras preguntas de interés general.

¿APÓSTOLES?

¿Tiene apóstoles la iglesia de Cristo? Sí. Tenemos los mismos apóstoles que tuvimos en el siglo primero. Los doce apóstoles de Hechos 1.12–26, y Pablo de 1 Corintios 9.1; son los apóstoles de la iglesia de hoy día. Ellos están con nosotros a través de su enseñanza escrita. Nosotros no pedimos voces vivientes, audibles, pues, tenemos sus voces siempre vivas, escritas. El apóstol Juan dijo que él escribió para que nosotros pudiéramos creer en Jesucristo (Juan 20.30–31). El apóstol Pablo dijo que él escribió con el fin de que nosotros supiéramos cómo conducirnos en la casa de Dios (1 Timoteo 3.14–15). El apóstol Pedro dijo, cuando escribió, que él estaba posibilitándonos siempre, incluso después de su muerte, el que nosotros recordáramos

su enseñanza (2 Pedro 1.12–13). En el tiempo que vivieron los apóstoles, muchas de las iglesias jamás vieron a un apóstol; sin embargo, ellas siguieron la enseñanza de los apóstoles del mismo modo que lo hacemos nosotros hoy día. Los siglos que han pasado no han destruido la obra de los apóstoles originales.

Los verdaderos apóstoles habían visto a Cristo (1 Corintios 9.1). Este era un requisito que debían llenar para aspirar al puesto (Hechos 1.12–26). ¿Habrán visto a Cristo los, así llamados, apóstoles de esta generación? Los verdaderos apóstoles obraron “señales de apóstol” (2 Corintios 12.12). Los milagros de ellos eran extraordinarios (Hechos 19.11–12). Ellos, incluso, levantaron muertos (Hechos 9.36–43). ¿Tienen los, así llamados, apóstoles este sello para su oficio?

Los apóstoles verdaderos fueron testigos de la resurrección. Esto era parte de sus sagradas funciones. Jesús les dijo: “... me seréis testigos” (Hechos 1.8b). Pedro dijo: “... todos nosotros somos testigos” (Hechos 2.32). Pedro también dijo: “A éste levantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase; no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros...” (Hechos 10.40–41). Mientras estos apóstoles vivían, ellos dieron testimonio en calidad de testigos. Hoy día tenemos a los mismos apóstoles dando el mismo testimonio de la resurrección (Juan 20.30–31). Ellos pusieron su testimonio por escrito para que todas las generaciones lo leyeran. Es a todas luces inaudito que un testigo tenga sucesores. Es imposible transmitir esta función u oficio.

El tiempo cuando se nombraban los apóstoles ya pasó. Incluso el apóstol Pablo fue nombrado extemporáneamente (1 Corintios 15.8). Por supuesto que fue Jesús el que personalmente hizo el nombramiento de Pablo, como fue en el caso de todos los apóstoles. ¿Por qué desear tener apóstoles que sólo pretenden serlo, apóstoles que son falsos o los, así llamados, sucesores de los apóstoles? Nosotros tenemos a los apóstoles originales con su testimonio y enseñanza originales. Bastante ha sucedido que confunde a los que esperan hallar apóstoles vivientes hoy día. A menudo se ha discutido quién podrá ser tal apóstol viviente. En cambio, en cuanto a los apóstoles originales, jamás se ha discutido quiénes fueron ellos, ni se ha discutido el hecho de que el Nuevo Testamento es la voz viviente de ellos.

¿MILAGROS?

¿Cree la iglesia de Cristo en los milagros? Sí. Por ejemplo, creemos en el milagro de la resurrección como prueba de que Jesús es el Hijo de Dios (Romanos 1.4). Creemos en los milagros de los

apóstoles como prueba de que la enseñanza de ellos era de Dios (2 Corintios 12.12; Hebreos 2.1–4). Creemos que todos los milagros que menciona la Biblia en realidad ocurrieron. Hoy día tenemos exactamente esos mismos milagros que la Biblia registra, como prueba de las mismas verdades. Tenemos el milagro de la resurrección para probar que Jesús es el Hijo. Por supuesto que el milagro no se repite cada año o cada generación, pues en tal caso debería sufrir Cristo una y otra vez. El testimonio del milagro se registra en las Escrituras inspiradas. Si usted desea juzgar si es verdad, lea el testimonio. Sin duda que usted no pediría que Jesús viniera nuevamente, muriera nuevamente y resucitara nuevamente para convencerlo. Lea nuevamente en Lucas 16.26–31. Tenga la certeza de que si uno no cree lo que está escrito, tampoco creerá si alguno se levantara de entre los muertos, para aparecérselo en persona. Sí, nosotros creemos en todos los milagros que se registran en la Biblia —pero no exigimos que Dios los repita para convencerlos. Él ha dado testimonio, y nosotros creemos en él y en su palabra.

La iglesia de hoy día tiene todos los milagros que alguna vez tuvo. Tenemos el milagro de la resurrección para probar que Jesús es el Cristo. La resurrección de Dorcas fue prueba de que Pedro era un apóstol. Todavía tenemos ese milagro. Una víbora se le prendió en la mano a Pablo, y éste no sufrió efectos malignos. Ese incidente probó que Pablo era un apóstol de Jesucristo (Hechos 28.1–6). Todavía tenemos ese milagro para confirmar a Pablo y a su mensaje. Estos predicadores enviados por Cristo, fueron confirmados, y el mensaje de ellos, también fue confirmado (Hebreos 2.1–4). No obstante, no tenemos milagros actuales para probar que nuestra enseñanza es verdadera. Los apóstoles probaron mediante sus milagros, que las enseñanzas de ellos eran de Dios. Ellos nos legaron las Escrituras ya probadas a nosotros. Esa es nuestra prueba hoy día. Si hablamos tal como la Biblia habla, no hay duda de que hablaremos la verdad. Si no hablamos lo que la Biblia dice, entonces no hablaremos la verdad. La verdad no necesita de milagros actuales para probar que ella es verdad; *la verdad ya ha sido confirmada.*

Somos la misma iglesia con los mismos milagros. La iglesia ya dejó su niñez y ha entrado en la edad adulta. Hubo un tiempo cuando los predicadores del evangelio tuvieron necesidad de obrar milagros para probar que ellos estaban enseñando el evangelio de Cristo. Ahora ya tenemos las Escrituras permanentes del Nuevo Testamento, verificadas por Cristo, para probar en todos los siglos,

que nosotros estamos predicando el evangelio de Cristo. Hubo un tiempo cuando los cristianos profetizaron, hablaron en lenguas, y tuvieron conocimiento sobrenatural. Lea las palabras del apóstol Pablo: "... las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará" (1 Corintios 13.8). Ahora lea su explicación en el versículo siguiente: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño" (1 Corintios 13.11). Las profecías, las lenguas, y el conocimiento inspirado pertenecieron a la niñez de la iglesia. En aquel tiempo conocíamos en parte y profetizábamos en parte; era porción por porción como entonces esto se daba. Lo perfecto ya vino; lo tenemos completo en el Nuevo Testamento, no está distribuido en varias porciones. Ya no tenemos necesidad de profecías, ni de lenguas, ni de lo que era de niño. Esto tuvo que cesar. Ahora hay suficiente y sobra, pues "ahora permanecen la fe, la esperanza, y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor" (1 Corintios 13.13).

Sería una admisión de debilidad el alegar que se obran milagros hoy día. Los milagros fueron dados para confirmar la palabra (Marcos 16.20). Esto fue durante el período cuando el evangelio era nuevo y necesitaba confirmación. Ahora somos más fuertes que entonces, pues *el evangelio ya ha sido confirmado*. En aquel tiempo, el mensaje de los apóstoles era objeto de cuestionamientos; por tal razón, Dios proporcionó los necesarios milagros de confirmación. Hoy día nuestro mensaje —el mismo que ellos obedecieron y anunciaron— ha dejado atrás los cuestionamientos, pues ya fue confirmado. Un mensaje que necesite de confirmación hoy día, no es un mensaje bíblico, pues el mensaje de la Biblia ya ha sido confirmado.

Ante todo este panorama, hay algunos que alegan obrar milagros hoy día. Esta alegación no pertenece al ámbito del debate oral; pertenece al ámbito de la demostración. Si ellos tienen este poder, es inútil debatir sobre el tema; sólo tienen que demostrarlo. Por supuesto, no hay nadie que pueda tomar víboras mortíferas en las manos, sin que les haga daño, tal como Pablo lo hizo. Nadie puede resucitar a otro de entre los muertos, tal como Pedro lo hizo. Como ya lo dijimos, si ellos estuvieran predicando el evangelio, no tendrían necesidad de tal confirmación, pues el evangelio ya ha sido confirmado.

¿EL ESPÍRITU SANTO?

¿Cree la iglesia de Cristo en el Espíritu Santo? Sí. Creemos en cada palabra que él escribió. Creemos

en cada promesa que él hizo. El Espíritu de Cristo está en la iglesia (1 Corintios 3.16). Producimos su fruto: "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza;..." (Gálatas 5.22–23a). Él nos guía en todo artículo de fe y acto de adoración. Por supuesto que no alegamos haber sido bautizados con el Espíritu Santo. Pero no hemos perdido nada por ello. Nuestros apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo para guiarlos a toda la verdad (Juan 16.13). Somos guiados a toda la verdad, pues se nos ha proporcionado ésta en los escritos de estos hombres que fueron guiados por el Espíritu Santo. Después de todo, sólo hay "un bautismo" (Efesios 4.5). Por un tiempo hubo dos: uno para el período de la niñez de la iglesia, y el otro para todo el tiempo hasta el fin del mundo (Mateo 28.19–20). El mismo Espíritu que guió a nuestros apóstoles, nos guía a nosotros. Nosotros lo seguimos a toda la verdad, tal como ellos lo hicieron. Él los guió cuando el mensaje era nuevo. Es él el que nos guía al haber sido consignado el mensaje en forma permanente en el Nuevo Testamento. Es la misma iglesia, guiada por el mismo Espíritu, a través del mismo evangelio.

En el siglo que comenzó, cada artículo de fe, cada acto de adoración, y cada disposición organizativa, fueron explícitamente declarados por el Espíritu Santo. Hoy día el Espíritu es todavía nuestra guía. Donde él no nos lleve, no vamos. Donde él nos lleve estamos seguros y confiados en nuestro Cristo. En el lenguaje del Espíritu Santo, le invitamos a creer en el Señor Jesucristo. La iglesia de Cristo no le pediría que creyera nada que el Espíritu Santo no enseñe. Una vez que comience a tener fe, la Biblia le pide que se arrepienta (Hechos 17.30). Una vez arrepentido, la Biblia le proporciona la buena confesión, la confesión de fe en Cristo (Hechos 8.37). Una vez que haya confesado, la Biblia le manda a ser bautizado para el perdón de sus pecados (Hechos 2.38). Una vez que haya obedecido mediante el bautismo, la Biblia le promete que el Señor le añadirá a la iglesia (Hechos 2.47).

Como miembro de la iglesia del Señor que usted sería, cada acto de adoración y servicio que preste, sería llevado a cabo bajo la cabeza, es decir, bajo la autoridad de Jesús. Usted observará la cena de él, cantará las alabanzas de él, orará en el nombre de él, vivirá la vida de él, llevará el nombre de él, y será partícipe del destino de él. Como cristiano que usted sería, podría invitar a toda alma que hay en el mundo a unírsele a usted en su defensa de la palabra de Dios. No le estaría pidiendo a nadie que se le uniera a usted en la defensa de sus opiniones

ni de sus teorías. Usted debe repudiar sus opiniones y teorías y deshacerse de ellas, no sea que vayan a espantar a otros de su comunión. Usted debe defender *lo que Dios ha dicho*. Otros que conozcan lo que Dios ha dicho, se desharán de sus nombres y métodos humanos para unírsele a usted sobre la plataforma de la palabra de Dios. Lo que Dios ha dicho es muchísimo mejor que lo que los hombres han dicho. Como hijo redimido de Dios que usted sería, no sacrificaría la seguridad que hay en su palabra, a cambio de la gloria del mundo.

Jesús edificó su iglesia. Él la compró con su propia sangre. Él la purificó para sí mismo mediante el lavamiento del agua con la palabra. Él le dio su propio nombre. Él le dio su propio Espíritu Santo. Él

le dio que celebrara su santa cena. Él la sustenta y la guarda. Por último, él la salva con redención eterna, ante la presencia de su Padre. Su iglesia será partícipe de su destino. ¡Cuán maravilloso será, en ese eterno día, contemplar al Cristo nuestro y regocijarnos de que oímos su evangelio a tiempo, y llegamos a ser miembros de su iglesia! Será entonces, cuando su iglesia le dará a él alabanza que jamás termina, en aquella tierra más hermosa que el día; pues él es digno de todo el señorío, la gloria y el poder en este mundo, y para siempre.

Hace más de mil novecientos años la iglesia de Cristo fue establecida y hoy día tiene la misma organización, forma de adorar y doctrina.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

Preciosa Biblia,



el libro divino

David Roper

Cuando Dios hizo al hombre, no lo dejó sin dirección. Al contrario, le dio instrucciones, primero en forma oral, y luego en forma escrita. Las instrucciones escritas constituyen lo que llamamos la Biblia.¹ En Hebreos 1.1–2, se resume la forma como la Biblia nos llegó: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo”. Cuando usted sostiene una Biblia en su mano, usted está sosteniendo el libro *de Dios*.

LA BIBLIA PROCEDE DE DIOS

Muchos pasajes de la Biblia dan testimonio de su origen divino. En los primeros cinco libros de la Biblia, se declara, una y otra vez, la expresión: “Dios le dijo a Moisés...” (Vea Éxodo 3.14). Esto fue lo que David, el salmista, recalcó: “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua” (2 Samuel 23.2). En otro pasaje del Antiguo Testamento, se hace notar lo siguiente: “Habló, pues, Jehová por medio de sus siervos los profetas...” (2 Reyes 21.10).

Llegados al Nuevo Testamento, leemos acerca

¹ Gran parte del material de esta lección, que venga de otra fuente además de las Escrituras, fue tomado de una presentación hecha por Furman Kearley, titulada: “Mi preciosa Biblia, el libro divino”. El hermano Kearley utilizó esa presentación en unas conferencias verificadas en el local de la Brown Trail church of Christ, de Fort Worth, Texas, cuando este servidor predicaba allí, y luego en el programa televisivo “La verdad en amor”, del cual este servidor era conductor. Él ha dado permiso para la utilización de este material. La forma final del mismo es de mi responsabilidad. Las demás fuentes se mencionan en pies de páginas.

del evangelio de Dios, que él lo “había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras” (Romanos 1.2). Cuando Pablo les escribió a los corintios, él afirmó que su mensaje fue hablado “no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Corintios 2.13b). En la misma epístola, les dijo: “lo que os escribo son mandamientos del Señor” (1 Corintios 14.37b). En otra epístola, hablando de su mensaje, esto fue lo que escribió: “pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1.12). Y en todavía otra epístola más, él se regocijó con las siguientes palabras: “cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios...” (1 Tesalonicenses 2.13).

En 2 Timoteo, Pablo hizo la ya clásica declaración acerca del origen divino de la Biblia: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (3.16–17).

Prueba: La profecía cumplida

Tenemos muchas razones para creer que la Biblia procede de Dios.² Una dramática prueba es la profecía cumplida. “... porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1.21). Son de especial interés las profecías que se refieren al Mesías. Esto fue lo que Jesús dijo acerca de las Escrituras: “ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5.39b). Él les dijo a los dos hombres que se encontró en el camino a Emaús, lo siguiente: “era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito *de mí* en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24.44b; énfasis nuestro).

Prueba: La influencia de la Biblia

Otra prueba de la inspiración de la Biblia es el gran alcance que ella ha tenido. En un libro intitulado *Eclipse de fe*, Henry Rogers trató de imaginarse cómo sería un mundo al cual Cristo no hubiera venido y en el cual la Biblia no hubiera sido leída. Él se imaginó a sí mismo entrando en las grandes ciudades. A la derecha vio un enorme lote baldío lleno de malezas. ¿Qué habría habido allí si el cristianismo y la Biblia hubieran venido? Una escuela. A la izquierda había otro campo vacante.

² Pueden incluirse pruebas adicionales de la inspiración de la Biblia.

¿Qué hacía falta? El Hospital el Buen Samaritano. ¿Por qué? Porque Jesús no había venido para contar la historia del buen samaritano. El señor Rogers se imaginó las instituciones que no habría, tales como bibliotecas, hogares para niños, hogares para ancianos, y muchas otras contribuciones para el bien de nuestra civilización.

¿Cómo sabemos que estas instituciones son, en gran manera, el resultado de la presencia y uso de la Biblia? Por el estudio de la historia y el análisis de civilizaciones del pasado en las que la Biblia no ha ejercido su influencia. Incluso hoy día, en regiones del mundo en las que la Biblia tiene una influencia limitada, uno a menudo mira sufrimiento y muerte. En lugar de hogares para niños, uno mira niños sin hogar que se están muriendo de hambre.

El Dr. Smiley Blanton escribió un artículo en el *Reader's Digest*, intitulado "Los consejos eternos y oportunos de la Biblia".³ Blanton, en su condición de siquiata, explicaba que la Biblia es el libro más grande sobre comportamiento humano que jamás se haya compilado. Esto fue lo que escribió: "Si las personas asimilaban su mensaje, muchos de nosotros los siquiatas cerraríamos nuestros consultorios y nos iríamos a pescar".

Otro famoso siquiata, el Dr. James T. Fisher, declaró:

Si usted tomara la totalidad de los artículos autoritativos jamás escritos por los más capaces sicólogos y siquiatas, sobre el tema de la higiene mental —y si los combinara y refinara eliminándoles la verbosidad excesiva— si hiciera que estos elementos dispersos de puro conocimiento científico, fueran concisamente expresados por los más capaces de los poetas vivientes, usted acabaría con una muy poco elegante e incompleta recapitulación del Sermón del Monte.⁴

Son muchos los ejemplos que se pueden dar acerca de cómo la Biblia les ha ayudado a las personas. El capitán Howard Rutledge, un piloto de la Marina de los Estados Unidos, pasó siete años en un campo de prisioneros de guerra en Vietnam del Norte. A él se le mantuvo en una celda de noventa por ciento ochenta centímetros, en reclusión solitaria durante cinco de esos siete años. Fue víctima de la más extrema crueldad física y mental. Para conservar su salud mental, él inventó juegos que podía jugar en su celda. Observaba las ratas hasta de treinta centímetros y las lagartijas arrastrarse alrededor de sus pies. Jugaba con

³ Smiley Blanton, "The Bible's Timeless and Timely Insights" ("Los consejos eternos y oportunos de la Biblia"), *Reader's Digest*, August 1966, 93-6.

⁴ Joe Barnett, "The Ultimate How To Book" ("El manual definitivo") n.p., 2 (Tract).

las moscas, los mosquitos y las arañas. Para sustentarse, trataba desesperadamente de recordar trozos de las Escrituras, que había aprendido cuando niño. Cuando los guardas no estaban presentes, recitaría versículos en voz alta y haría partícipes de éstos a los demás prisioneros. Más adelante, contó: "Jamás soñé que... el sólo pensar en un versículo podía hacer que el día entero fuera más llevadero".

¿Qué otro libro puede bendecir la vida de un hombre tanto, que elegiría llevarlo como una porción extra de su cargamento cuando sale a la batalla? Muchos soldados han tenido copias de la Biblia consigo, si era posible, en el campo de batalla.

La Biblia es con mucho, el libro más copiado, más imprimido, más traducido, más distribuido, más comprado, y más leído de todo el mundo. La Biblia ha sido traducida en parte o en su totalidad, a más mil setecientos idiomas. Ni el más grande de los clásicos⁵ ha sido traducido a más de treinta o cuarenta idiomas.

La Biblia ha ejercido, especialmente, una dramática influencia en el país en el cual este servidor vive.⁶ Cuando el que fue presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, declaró que el año 1983 sería "el año de la Biblia", el semanario *Newsweek* destacó un artículo intitulado: "Cómo la Biblia le dio forma a los Estados Unidos". El artículo comenzaba con las siguientes palabras:

Incluso para navidad, la Biblia es un libro más reverenciado que leído. Y sin embargo, por siglos, ha ejercido una influencia no igualada en la cultura, la política y la vida social de los Estados Unidos. Ahora los historiadores están descubriendo que la Biblia es, tal vez, más que la Constitución, nuestra carta fundamental: Es la fuente del poderoso mito de que los Estados Unidos constituyen una nación especial, sagrada, un pueblo llamado por Dios a establecer una sociedad modelo, un faro que guía el mundo.⁷

Los presidentes de los Estados Unidos siempre han hallado en la Biblia un libro de gran valor para sus vidas personales y profesionales como líderes. George Washington decía: "Es imposible gobernar correctamente el mundo, si no se tiene a Dios y a la Biblia". Abraham Lincoln, Woodrow Wilson, James Adams, y otros, han alabado el valor de la Biblia

⁵ La frase "los clásicos" se refiere a escritos seculares que se consideran inmortales, a pesar de haber sido escritos hace mucho tiempo.

⁶ Esta sección debería ser adaptada para la utilización en diferentes países, con el fin de enfocar la influencia positiva que la Biblia ha ejercido a nivel local.

⁷ "How the Bible Made America" ("Cómo la Biblia formó a los Estados Unidos"), *Newsweek*, 27 December 1982, 44.

para cada persona y para cada civilización. Reagan decía: “Es un hecho indiscutible que todas las cuestiones complejas y horrendas que enfrentamos en nuestro país y en el mundo, tienen su respuesta en ese libro por sí solo”.⁸

Prueba: La indestructibilidad de la Biblia

Otra prueba de la inspiración de la Biblia es su indestructibilidad. El profeta Isaías hacía notar: “Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Isaías 40.8). Jesús aseveró: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Lucas 21.33). Pedro simplemente dijo: “La palabra del Señor permanece para siempre” (1 Pedro 1.25a).

Ha habido intentos por destruir la Biblia, ha sido quemada, prohibida, y ha sido objeto de blasfemia. Ha tenido una variedad de enemigos que se extiende en el tiempo, desde el emperador Dioclesiano del siglo tercero, hasta la atea Madeleine O’Hare del siglo veinte.⁹ Muchos la han aborrecido, la han combatido, y la han considerado enemiga de la humanidad. Los emperadores romanos la atacaron. Los bárbaros, los paganos y gobernantes pecaminosos han tratado de destruirla. Los críticos y los filósofos la han ridiculizado. No obstante, la Biblia continúa viviendo.

Un poema llamado “El yunque —la palabra de Dios”, habla de la indestructibilidad de la Biblia:

Ayer pasé junto a la puerta de un herrero,
Y oí el yunque dar el repique vespertino.
Luego, al mirar hacia dentro, vi sobre el piso,
Viejos martillos, desgastados por tantos años
de continuo golpear.
“¿Cuántos yunques has tenido”, le pregunté,
“Como para desgastar y maltratar estos
martillos tanto?”
“Solo uno”, me contestó, y luego, guiñando un
ojo, dijo:
“El yunque los desgasta, usted sabe”.

Y del mismo modo, pensé yo, es el yunque de
la palabra de Dios,
Sobre el cual por tantos años los escépticos
han golpeado;
Sin embargo, aunque el ruido de golpes cayendo
se oyó,
El yunque sigue sin sufrir daño, y los
martillos han desaparecido.

Dios no sólo inspiró la Biblia; también la protegió providencialmente a través de los años.

⁸ *Ibid.*, 46.

⁹ Madeleine O’Hare es una atea estadounidense, la cual se ha pasado toda su vida tratando de eliminar los vínculos de los Estados Unidos con Dios. Ella es la principal promotora de que se eliminara la práctica de la oración en las aulas de las escuelas públicas de los Estados Unidos.

Ninguna traducción es inspirada, pero cuando sostenemos la Biblia en nuestras manos, podemos decir con certeza: “¡Esta es la palabra de Dios!”. Ella es en efecto esa “preciosa Biblia, el libro divino”.

Las palabras de Jehová son palabras limpias,
Como plata refinada en horno de tierra,
Purificada siete veces (Salmos 12.6).

La ley de Jehová es perfecta, que convierte el
alma;
El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio
al sencillo.
Los mandamientos de Jehová son rectos, que
alegran el corazón;
El precepto de Jehová es puro, que alumbra los
ojos (Salmos 19.7–8).

Lámpara es a mis pies tu palabra,
Y lumbrera a mi camino (Salmos 119.105).

[Jesús dijo en oración]: Santificalos en tu verdad;
tu palabra es verdad (Juan 17.17).

Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y
más cortante que toda espada de dos filos; y
penetra hasta partir el alma y el espíritu, las
coyunturas y los tuétanos, y discierne los
pensamientos y las intenciones del corazón
(Hebreos 4.12).

¿CÓMO DEBERÍAMOS RESPONDER A ESTA VERDAD?

¿Cuál debería ser mi respuesta a la gran verdad
en el sentido de que la Biblia procede de Dios?
¿Cuál debería ser la suya?

Cómo otros han respondido

Veamos cómo otros han respondido. En primer lugar note la actitud de algunas personas de la Biblia, hacia la revelación de Dios. Job dijo: “Guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23.12b). Hablando acerca del hombre justo, el salmista¹⁰ dijo lo siguiente: “En la ley de Jehová está su delicia, en su ley medita de día y de noche” (Salmos 1.2). Hablando de las palabras de Dios, dijo lo siguiente: “Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal” (Salmo 19.10). Hablando de lo mismo, dijo: “¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra”; “¡Oh,

¹⁰ Ni el Salmo uno ni el diecinueve se atribuyen a un escritor específico en las antiguas notas de introducción que preceden a cada salmo. (Según la tradición judía, esos dos salmos fueron escritos por Esdras). En las notas de introducción, el Salmo diecinueve se le atribuye a David. Dado que no sabemos definitivamente quién fue el que escribió dos de los salmos que se mencionan en este párrafo, simplemente utilizaré la expresión “el salmista” para referirme al autor de los tres salmos.

cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación” (Salmo 119.9, 97).

¿Y qué de las actitudes que otros han tenido desde los tiempos de la Biblia para acá? Antes del año 1450 d.C., no existía la imprenta. Las Biblias tenían que ser copiadas a mano. Los copistas trabajaron largas horas arduamente, para reproducir la Biblia. Como resultado de ello, en el siglo quince en Inglaterra, una copia de la Biblia costaba el equivalente del salario de siete años de un obrero corriente. Sin embargo, cada Biblia que se producía era comprada instantáneamente.

Considere esta ilustración de un tiempo más cercano al nuestro: William McPherson vivió varias generaciones atrás. Siendo un hombre joven, en sus treinta, él era un especialista en explosivos de una cuadrilla de construcción. Él había sido criado en un hogar cristiano, el cual asistía bastante regularmente a la escuela dominical. No obstante, su conocimiento y aprecio de la Biblia había sido desplazado por su juventud y el disfrute de los placeres del mundo.

Un día que trabajaba con dinamita, ésta le explotó en sus manos y cara. Cuando despertó en el hospital, descubrió que había perdido sus manos, sus antebrazos, su vista, y toda la sensibilidad de su rostro. En los días que siguieron, como no tenía otra cosa más que sufrir el dolor y pensar, su mente se volvió a las historias de la Biblia y a las Escrituras que había oído siendo niño. Él anhelaba poder recordarlas más específicamente, con el fin de hallar consuelo en medio de la prueba que sufría. Pero, no podía leer la Biblia. Esto fue en un tiempo anterior a las Biblias grabadas en cinta magnetofónica, y no tenía manos, con las cuales leer Braille. Él probó leyendo Braille con sus labios, pero no había sensibilidad en éstos.

Por fin, descubrió que con la punta de su lengua él podía distinguir los signos Braille. Gradualmente aprendió a leer Braille con la punta de su lengua. En los años que siguieron, él leyó su Biblia de comienzo a fin, más de veinte veces con su lengua.

A través de los años, ha habido gente que incluso estuvo dispuesta a morir por la Biblia. Cuando Dioclesiano dio la orden de que se registraran las casas con el fin de hallar copias de la Biblia, con el propósito de quemarlas, los líderes de las iglesias fueron torturados con el fin de obligarlos a entregar sus copias. Muchos de ellos murieron a manos de los torturadores, antes de revelar los lugares donde escondían las Escrituras. Un cristiano llamado Félix respondió con las siguientes palabras a las demandas de los torturadores: “Es mejor que me quemé yo mismo, antes que las Escrituras”.

Un joven cristiano llamado Timoteo, había

estado casado con una hermosa esposa durante sólo tres semanas, cuando fueron arrestados por los guardas de Dioclesiano. Timoteo fue torturado para hacerlo revelar el escondite de la Biblia. Como él se rehusó firmemente a ceder, su esposa fue torturada delante de él. Ninguno de los dos entregó las Escrituras, de modo que murieron a manos de sus torturadores.

William Tyndale tuvo que desafiar autoridades estatales y eclesiásticas, para poder traducir y producir las primeras Biblias impresas en inglés. Como castigo por sus esfuerzos, cuando fue atrapado, fue quemado en la estaca.

¿Cómo deberíamos responder nosotros?

Ahorra llegamos a nosotros mismos: Si tuviéramos que pagar el equivalente de siete años de salario para poder tener una Biblia, ¿cuántas tendríamos? Si se nos llamara a morir por ella, ¿cuántos de nosotros haríamos ese sacrificio? Si tuviéramos que leer la Biblia con la punta de nuestras lenguas, ¿cuántos la leeríamos? ¿De veras creemos que ella es “la preciosa Biblia, el libro divino”?

Podemos hacernos una prueba más sencilla. Recuerde cómo comenzaba el artículo del semanario *Newsweek*: “Incluso para navidad, la Biblia es un libro más reverenciado que leído”. Furman Kearley, editor del *Gospel Advocate*, dijo recientemente: “¿Es la Biblia... preciosa para usted? Antes de decir que sí, piense cuidadosamente. Si jamás se ha tomado el tiempo para leer su Biblia de comienzo a fin, entonces no significa mucho para usted”.

La Biblia pone un gran énfasis en la lectura y estudio de las Escrituras. El salmista dijo: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmos 119.11). Lucas, hablando de los judíos de Berea, hizo notar que “éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17.11). Juan escribió: “Bienaventurado el que lee,¹¹ y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca” (Apocalipsis 1.3).

Después de hablar acerca de la necesidad de leer la Biblia de principio a fin, Kearley continuó diciendo:

Tal vez la más grande tragedia de hoy día sea que muchos que alegan ser amigos de ella, que alegan amarla, están, sin embargo, destruyéndola de manera más eficaz, al pasarla por alto y

¹¹ Es probable que esto se refiera a la lectura en público de la palabra. Cuando no todos podían tener copias de las Escrituras, la única manera de conocerlas era haciendo que se les leyera la palabra a ellos.

descuidarla. Nuestra civilización está tambaleándose y fallando por causa del descuido de la Biblia.

Él siguió diciendo que los hogares se están desintegrando en cantidades sin precedentes, porque los esposos y sus esposas no aman a Dios ni el uno al otro, y no aman la Biblia. Él concluyó sus palabras diciendo: “Si la Biblia fuera la guía para nuestra civilización, innumerables problemas que nos están causando grandes dificultades pronto desaparecerían”.

¿Con cuánta seriedad hemos tomado usted y yo la lectura y el estudio de nuestras Biblias? ¿Hemos leído alguna vez la Biblia de principio a fin, tanto el Viejo como el Nuevo Testamento?

Sí, este servidor está consciente de que el Antiguo Testamento no es el pacto para nosotros hoy día (Colosenses 2.14, 16–17), y de que estamos bajo el Nuevo Testamento de Jesucristo (Hebreos 9.15–17). Sin embargo, la lectura y el estudio del Antiguo Testamento tienen valor. Pablo, refiriéndose a los israelitas que anduvieron por el desierto, escribió: “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Corintios 10.11); “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15.4). Jesús, refiriéndose a las Escrituras del Antiguo Testamento, dijo: “ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5.39c). Cuando Pablo recaló que las Escrituras le proveen al hombre de todo lo que necesita espiritualmente, la referencia en el contexto, era a las Escrituras del Antiguo Testamento (2 Timoteo 3.15–17).

No es difícil leer la Biblia de principio a fin en un año.¹² Tan sólo basta con leer tres capítulos al día, los días entre semana, y cinco el día domingo. Esto le tomará a muchos lectores tan sólo de quince a treinta minutos al día —más cualquier otro tiempo que se utilice en el estudio y meditación de los pasajes.

Permítaseme invitar a todo cristiano, sea joven o anciano, a leer toda la Biblia durante el año que viene. Las enseñanzas de la Biblia son para todos, no importa la edad: Moisés dijo que las cosas “reveladas son *para nosotros y para nuestros hijos* para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta

¹² Este servidor usó esta lección para introducir un programa especial congregacional, de lectura de toda la Biblia durante un año. Se les entregaron materiales de estudio útiles a todos los miembros de la congregación, incluyendo un programa para hacerle un seguimiento de su lectura de la Biblia. Una invitación similar se les puede presentar a los oyentes al final de esta lección.

ley” (Deuteronomio 29.29; énfasis nuestro). Cuando Juan escribió su primera epístola, él dijo: “Os escribo a vosotros, padres,... os escribo a vosotros, jóvenes,... os escribo a vosotros, hijitos,...” (1 Juan 2.13).

Durante la Feria Mundial de Nueva York (1939–1940), un hombre obtuvo una copia de la Biblia en un puesto de exhibición. Esto fue lo que dijo: “Esta es la primera Biblia que jamás tuve en mis manos. ¿De qué es lo que trata?”. Algunos de ustedes pueden pensar lo mismo. ¡La mejor manera de hallarla es leyéndola! Dios nos dice: “Oíd esto, pueblos *todos*; escuchad, habitantes *todos* del mundo, así los plebeyos como los nobles, el rico y el pobre juntamente” (Salmos 49.1–2; énfasis nuestro); “*Desead*, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2.2; énfasis nuestro).

CONCLUSIÓN

Hace varios años, una madre le escribió a Furman Kearley, pidiéndole que le visitara a su hijo, el cual estaba en una penitenciaría, pues había sido condenado a muerte, y estaba a la espera de la ejecución de la sentencia. Él fue a ver al joven hombre, aunque no sabía qué podía decirle que le ayudara. Cuando hablaban, el joven hombre, que pronto moriría, levantó una copia de la Biblia, y le dijo al señor Kearley: “¿Sabe usted cómo obtuve esto?”. Furman dijo que no sabía; pensó que tal vez algún pariente se la había traído. El hombre dijo: “Estaba en mi celda cuando me pusieron en ella. Es obligatorio por ley que esté aquí”. Luego hizo dos preguntas que han continuado persiguiendo al editor: “¿Por qué no fue obligatorio por ley que esto estuviera en mi cuna cuando yo nací? ¿Por qué no fue obligatorio por ley que estuviera en mi aula cuando fui a la escuela?”.

Nadie va a obligarlo a usted a que tenga una Biblia en su casa. Si usted tiene una Biblia, nadie va a obligarlo a usted a que la lea. Desde luego, que nadie va a obligarlo a que la lea toda el año que viene. No obstante, permítame decirle que lo que está en juego es mucho más que su vida física. Juan dijo: “[estas cosas] se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20.31). Pablo recaló: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10.17). Se trata de “las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3.15). Solamente la palabra de Dios “puede salvar vuestras almas” (Santiago 1.21).¹³

¹³ Si esta lección se utiliza como sermón, entonces debe utilizarse lo que la Biblia dice acerca de cómo ser salvo.